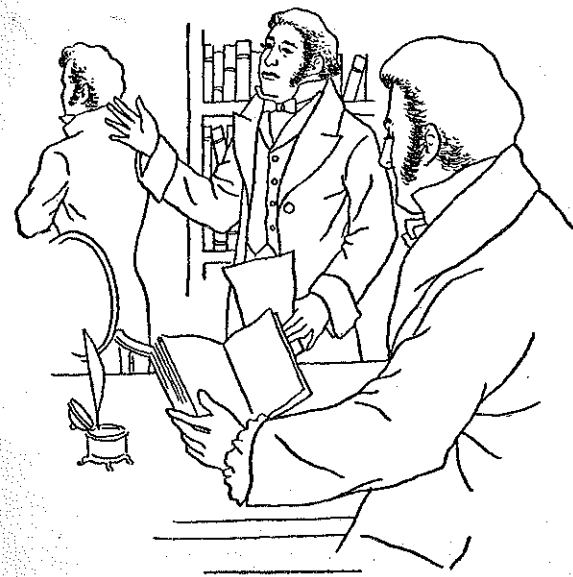




EL PASADO ARGENTINO

M. SASTRE - J. B. ALBERDI  
J. M. GUTIÉRREZ - E. ECHEVERRÍA

# EL SALÓN LITERARIO



HACHETTE

## EL SALÓN LITERARIO

1837 es año clave en la historia de nuestro pensamiento militante: por primera vez, en términos generacionales, un grupo de hombres se pone a reflexionar sistemáticamente sobre la realidad nacional, por encima de las fracciones que entonces dividían el país. No estaban inficionados de apresurados esquemas intelectuales, sino real y concretamente preocupados: pensaron, pues, para obrar.

El Salón Literario de Marcos Sastre fué el germen de esa inquietud colectiva. Vivió poco, pero su influencia se proyectó sobre el futuro de la Argentina y hoy reconocemos como imperiosamente contemporáneos muchos problemas y soluciones que entonces se enunciaron. De aquel Salón surgieron sobre todo —creo— dos lecciones perdurables: la que define el ejercicio de la libertad responsable de sus actos y la que

*(Sigue en la 2ª solapa.)*

*Ortiz*

COLECCIÓN "EL PASADO ARGENTINO"

*dirigida por*

GREGORIO WEINBERG

MARCOS SASTRE – JUAN BAUTISTA ALBERDI  
JUAN MARÍA GUTIÉRREZ – ESTEBAN ECHEVERRÍA

# EL SALÓN LITERARIO

*Estudio Preliminar de*

FÉLIX WEINBERG

LIBRERÍA HACHETTE  
BUENOS AIRES

Las fuentes de los textos están expresamente  
indicadas en el Estudio Preliminar.

Tapa de  
PÁEZ TORRES

## EL SALÓN LITERARIO DE 1837

*"Una nueva generación se levanta, llena de virtudes, de actividad y de talentos, que promete a la Patria hermosos días de grandeza y de gloria."*

MARCOS SASTRE

*"Hemos, llenos de ardor y esperanza, emprendido la marcha... Pero no nos basta el entusiasmo y la buena fe; necesitamos mucho estudio y reflexión, mucho trabajo y constancia."*

ESTEBAN ECHEVERRÍA

Hecho el depósito que previene la ley número 11.723.  
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE



## I. INTRODUCCIÓN

Si ADMITIMOS como signos distintivos de una generación la circunstancia que sus integrantes exterioricen independencia y aún originalidad en sus planteos y actitudes; homogeneidad en sus enfoques analíticos y críticos de hombres, ideas y hechos; identidad y coherencia en el multiforme obrar intelectual y material; exaltación de los propios valores; premiosidad en renovar y perfeccionar la realidad heredada; y toma de conciencia de todo ese complejo fenómeno, entonces sí no cabe duda alguna que los jóvenes de 1837 se desempeñaron con sentido y perspectivas generacionales.

La historia de ese movimiento es tan fecunda como larga y apasionante. Transcurre en nuestro país y luego más allá de nuestras fronteras; y es vigorosa su repercusión a través del tiempo. Alguna vez reconstruiremos circunstanciadamente todo ese singular itinerario. Mas como toda historia debe comenzar por donde corresponde, intentaremos acercarnos ahora, en rapidísima visión retrospectiva, a ese Buenos Aires de antaño que vió desenvolverse a una juventud que —sin transición— pasó de las aulas a la proceridad.

En consecuencia, es necesario admitir también que 1837 fué el florecimiento de un ineludible proceso previo de gestación y desarrollo. Por supuesto que es tarea harto difícil aprehender todos los factores que de una u otra forma se aportaron a ese proceso. Para simplificar, aun al riesgo que implica todo esquema, correspondería primero la fijación del escenario —ámbito geosociohistórico— y luego de los elementos que se le incorporan para operar la transformación que identifica la presencia renovadora del grupo.

El *Facundo* (1845) de Sarmiento y la *Ojeada retrospectiva* (1846) de Echeverría son documentos ilustrativos respecto de la circunstancia señalada inicialmente; y en cuanto a la segunda, su diversidad sucesiva obliga a consideraciones más detenidas, que sólo parcialmente se han realizado. En este caso la enumeración de ciertas corrientes ideológicas y de ciertos autores vinculados a ellas puede indicarnos el clima intelectual de esa hora. Pero no ha de creerse que se trata sólo de una pasiva y excluyente asimilación de lecturas foráneas.

Hubo una reelaboración local de ideas y principios universalizados que pertenecían a la época y a sus anhelos e insurgencias. Pero esa reelaboración necesariamente se integró y plasmó con la tradición del país o por lo menos con las facetas de tradición que se consideraron susceptibles de reivindicar. Claro que en este último sentido su tarea resultó relativamente fácil puesto que la nación había nacido bajo los impulsos de una Revolución de inequívocos e inesquivables alcances dinámicos y trascendentes.

Así pues, la Argentina de esos días, con su pampa inmensa y baldía —que iba a ser nuestro más pingüe negocio— apenas si cobijaba medio millón de habitantes. Era —es— un país embrionario, de fisonomía elemental, con auras y tinieblas de genesíaca reminiscencia. La guerra de la Independencia —ante cuyos altares se sacrificaron hijos de todas las latitudes y condiciones— derivó casi de inmediato, en el orden interno, en una verdadera contienda civil (no es del caso precisar sus orígenes y contradictorios vaivenes). La pugna se acentuó hasta culminar con una franca división del pueblo o de sus núcleos activos en dos facciones irreconciliables que agrupaban sectores ponderables de las masas urbanas y rurales. Largos años fueron estos que esterilizaron las tentativas de progreso del país, con absoluto olvido del imperativo programa transformador de 1810.

“Había entretanto —escribió Echeverría— crecido, sin mezclarse en esas guerras fratricidas, ni participar de esos odios, en el seno de esa sociedad, una *generación nueva*, que por su edad, su educación, su posición, debía aspirar y aspiraba a ocuparse de la cosa pública.”<sup>1</sup>

Siguiendo, pues, los pasos de esa juventud desentrañaremos su ulterior acción.

## II. EL AMBIENTE UNIVERSITARIO

Jóvenes provenientes de distintos rincones del país se dieron cita en las aulas universitarias de Buenos Aires, creación de Rivadavia. Particularmente la Facultad de Derecho (o Departamento de Jurisprudencia, según la denominación de la época) resultó la de mayor atracción.

<sup>1</sup> Cfr. ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, en *Dogma Socialista de la Asociación Mayo*, Imprenta del Nacional, Montevideo, 1846, pág. II. El subrayado le pertenece.

El sacudimiento político que afrontaba la República se reflejó necesariamente en la Universidad. La lucha de liberales y restauradores alcanzó allí rasgos propios. Así, cuando el 17 de diciembre de 1833 el gobernador Viamonte aprobó por decreto el plan de reorganización de la enseñanza universitaria elaborado por una comisión integrada por los doctores Diego E. de Zavaleta, Valentín Gómez y Vicente López, los federales netos entendieron que se trataba de anular lo obrado por Rosas durante su primer gobierno. Según ellos reaparecía el espíritu renovador de los tiempos de Rivadavia, esto es la “confusión de principios religiosos y subversión del orden de la sociedad entera con las ideas corrompidas de la gente ilustrada”. En una carta a Rosas, del 31 de diciembre de 1833, Felipe Arana manifestaba su consternación por los funestos planes a que se va “arrastrando la universidad y los estudios que en ella reciben nuestros jóvenes...”<sup>2</sup>

Los acontecimientos se precipitaron bien pronto. Viamonte desapareció de la escena y los rosistas recuperaron el control del gobierno. La Universidad sintió el nuevo impacto. Veamos el caso de Valentín Alsina. En 1834 y durante menos de un año estuvo Alsina al frente de la cátedra de derecho natural y de gentes. Sus clases nocturnas atraían además de estudiantes a numerosos ciudadanos ajenos a la Universidad, ávidos de escuchar sus explicaciones que trasuntaban severos conocimientos. En julio de ese año se difundió la noticia de que Alsina renunciaría y esto fué suficiente para promover la agitación estudiantil, que se concretó en un petitório donde se suplicaba al catedrático la rectificación de su actitud.<sup>3</sup> También padres de alumnos y otras personas expresaron su preocupación por esa eventualidad: “¿Es posible que la felicidad huya de nosotros? ¿Por qué razón no es estable lo bueno en este desgraciado suelo? ¿Todo se resiente, todo se subordina al cambio político? ¿Y hasta la juventud, nuestros

<sup>2</sup> El texto íntegro de la carta puede verse en ERNESTO H. CELESIA, *Rosas. Apuntes para su historia*, Ed. Peuser, Bs. As., 1954, págs. 422-430.

<sup>3</sup> En una nota que lleva, entre otras, las firmas de Miguel Estévez Sagui, Benito Carrasco, Jacinto Rodríguez Peña, Carlos Tejedor, José Rivera Indarte, Gervasio Antonio Posadas y Manuel Quiroga Rosas, se elogian las lecciones de Alsina aludiéndose a la no común asidua concurrencia de estudiantes y de supernumerarios a sus clases. “¿Quién nos responde que el que sucede a V. sea tan digno como V.? ¿Quién, en unos tiempos en que la inestabilidad de los funcionarios públicos origina errores graves no sólo sobre las cosas sino también sobre las personas...? Sírvase V. oír nuestros ruegos, haga que su amor a la instrucción allane todas las dificultades y que no sean ilusorios los votos de una parte de la juventud de Buenos Ayres...” Cfr. *La Gaceta Mercantil*, N° 3330, Bs. As., 8 de julio de 1834, pág. 2 cols. 3-4.

hijos, en quienes está fijo el más halagüeño porvenir para la patria, también han de ser víctimas de sucesos que le son heterogéneos?"<sup>4</sup>

Así era: los estudiantes rodeaban con su aprecio a los pocos cate-dráticos de mérito que proseguían sus enseñanzas, y con los demás —como dijera uno de aquellos jóvenes— se llenaba el deber de la asistencia... Se agranda por entonces la figura de Diego Alcorta, titular de filosofía en el departamento de estudios preparatorios, quien guiaba a sus discípulos por caminos racionalistas, siguiendo las huellas del ideologismo de Destutt de Tracy.<sup>5</sup> Pero la enseñanza de Alcorta —verdadero ídolo de los jóvenes— no se circunscribía a las aulas sino que predicaba fuera de ellas en largas tertulias con los alumnos, quienes tenían razones para admirar aquella vida rectilínea consagrada a la cultura y a los ideales republicanos. Alcorta fué uno de los pocos diputados que votaron en la Legislatura contra el otorgamiento de la suma del poder público a Rosas e hizo siempre exteriorización de un liberalismo consecuente, pero "la situación de su patria —al decir de Juan María Gutiérrez— le abrió una herida en el corazón que le llevó prematuramente al sepulcro" en 1842.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Cfr. *La Gaceta Mercantil*, N° 3333, Bs. As., 12 de julio de 1834, pág. 2, col. 2. Otros materiales sobre la renuncia de Alsina en *El Imparcial*, N° 143, Bs. As., 11 de julio de 1834, pág. 3; y N° 149, del 18 de julio de 1834, pág. 3. La dimisión fué presentada formalmente el 10 de diciembre de 1834 y aceptada por el gobernador Manuel V. Maza el 14 de enero de 1835, agradeciéndosele a Alsina su desempeño, contracción y esmero.

<sup>5</sup> Durante muchos años sus lecciones permanecieron inéditas —fueron publicadas por Groussac en 1902 en el tomo II de los *Anales de la Biblioteca*— pero circularon apuntes de clase, que tenían gran demanda y se cotizaban a alto precio. En un aviso periodístico de junio de 1838 se ofrecía en venta el *Curso de Filosofía dictado en la Universidad de Buenos Aires por el Dr. Alcorta*, un tomo manuscrito, a doce pesos; a igual precio que los *Principios del Derecho de Gentes* de Andrés Bello. Como pauta de comparación deberá tenerse presente que los libros corrientes se podían adquirir en esa época a tres, cuatro o cinco pesos, sin hablar de las ofertas especiales o "baratillos", de a un peso el tomo.

<sup>6</sup> Los testimonios de sus discípulos le recuerdan con unánime veneración. Mármol, en el capítulo segundo de *Amalia*, expresa: "Cada joven de nuestros amigos, cada hombre de la generación a que pertenecemos y que ha sido educado en la Universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del doctor Alcorta. Somos sus ideas en acción, somos la reproducción multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra él ha encendido en nuestro corazón el entusiasmo por todo lo que es grande; por el bien, por la libertad, por la justicia." El 21 de diciembre de 1835 un grupo de veintiséis estudiantes, ex discípulos suyos, le ruegan en una carta se dejara sacar un retrato para procurarse así un objeto que les despertara incesantemente "sus lecciones,

En verdad tiempos más difíciles se acercaban envueltos en el torbellino de la política a impulsos de la facción triunfante en abril de 1835. Los claustros de profesores comenzaron a desintegrarse. El 13 de abril de 1835, fecha en que Rosas asumió el gobierno con facultades extraordinarias, resulta un hito singular; al día siguiente se inauguraban las cesantías de funcionarios administrativos, jefes y oficiales del ejército, jueces, curas de parroquia, etc., por no demostrar fidelidad al partido federal. Varios profesores de la Universidad como Cosme Argerich, Juan Antonio Fernández y Juan José Montes de Oca,<sup>7</sup> fueron alcanzados por esas medidas. En mayo del mismo año se ausenta definitivamente a su patria Octavio Fabricio Mosotti. Este ilustre sabio italiano renunció a su cátedra de física experimental en 1834, la que quedó vacante hasta 1854. Casi al mismo tiempo se reestructura esa alta casa de estudios: se suprime el consejo universitario y se reduce el número de profesores.<sup>8</sup>

Precisamente a poco de instalarse Rosas en el Fuerte se iniciaron las muestras de servil obsecuencia, a las que la Universidad no pudo escapar. A la inevitable felicitación al gobernador por parte del Rector, doctor Paulino Garf, se unieron después "Veinte Portefolios Federales", estudiantes del segundo año de matemáticas, que querían mostrar su regocijo y adhesión a la causa de la Federación organizando una guardia de honor para el mandatario a semejanza de lo

sus virtudes y sus ejemplos". Entre los firmantes anotamos los nombres de Florencio Balcarce, José y Luis Domínguez, José Tomás Guido y Félix Frías. En la respuesta a sus "queridos discípulos" accede Alcorta a la solicitud sobreponiéndose a su aversión a la publicidad. "Vuestra gratitud sólo es para mí la más halagüeña compensación de mis tareas, aunque no una prueba de mi mérito." Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1367, Bs. As., 5 de enero de 1836, pág. 6, cols. 2-3.

<sup>7</sup> Los tres citados pertenecían al departamento de medicina. En el decreto de cesantía se expresaba que "los preceptores de nuestra juventud debían resaltar a más de la virtud, la moralidad y suficiencia una fidelidad y decidida adhesión a la causa de la Federación, a fin de que impriman en sus discípulos estos religiosos sentimientos y el amor respetuoso al sistema que han jurado sostener todos los pueblos de la República... y que después de las funestas experiencias que nos han dado los sucesos, no hay otro arbitrio para salvar al país de los males que le amenazan sino el de depurar todo lo que no sea en consonancia con la opinión general del país, alejando para siempre de los destinos públicos a aquellos que abiertamente la han contrariado..." Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1158, Bs. As., 22 de abril de 1835, pág. 2, cols. 1-3.

<sup>8</sup> Desapareció en 1834 el Departamento de Ciencias Exactas, una de las cuatro facultades mayores. En 1830 se suprimió la enseñanza de la economía política y en años siguientes se suspendió en la Universidad el estudio del francés e inglés.

obrado, entre otros, por los gremios de comerciantes y hacendados. Al día siguiente: "Unos Estudiantes de Leyes" aplauden en un periódico aquella sugestión, pero no aceptan que sólo los de matemáticas realicen esa guardia, pues "en la clase de segundo año de filosofía se encuentran jóvenes tanto o más capaces quizá que los de matemáticas para el objeto indicado por su constante adhesión al Restaurador". Una correspondencia de *Los Restauradores* aclara luego la polémica ilustrándonos sobre el verdadero sentimiento no precisamente filorrosista de la mayoría de los estudiantes universitarios: "Hemos visto en su apreciable diario —expresan— indicar la conveniencia de que los estudiantes de la Universidad dieran una guardia de honor. Nosotros estamos disconformes con ella, porque creemos que los individuos que forman las guardias de honor deben ser *Restauradores netos*; y como a nuestro modo de ver sería difícil reunir una docena de Restauradores en la Universidad, juzgamos conveniente se abandone este proyecto para ocasión más oportuna." Pone punto final al asunto la correspondencia firmada por "Don cada cosa tiene su tiempo", a quien le parece muy digno el propósito estudiantil de organizar una guardia de honor al gobernador, pero entiende que S. E. agradecerá más que se consagren a estudiar con ahinco contrayéndose a sus libros y obligaciones específicas, así "él y la Patria quedarán más complacientes".<sup>9</sup>

El país se iba federalizando. Eran tiempos de moño y cinta punzó. Los vivas a la Federación atronaban los sitios públicos, desde la Legislatura al teatro pasando hasta por los avisos comerciales de los periódicos. Y otra vez la Universidad sintió el rigor de la intervención política del gobierno. Por decreto del 27 de enero de 1836 se dispuso que a nadie se confiriera grado de doctor en ninguna facultad sin acreditar previamente, por información sumaria, haber sido obediente y sumiso a las autoridades y adicto a la causa nacional de la Federación. Desde entonces, pues, los aspirantes a graduarse tuvieron que realizar ineludiblemente esa gestión. Los nombres que hallamos en esa situación no puede hacernos suponer que admitieron una

<sup>9</sup> Toda la documentación de este sugestivo y desconocido episodio está tomada del *Diario de la Tarde*, de Bs. As., N° 1160, 1161, 1162 y 1163, ediciones correspondientes al 24, 25, 27 y 28 de abril de 1835. Pudimos comprobar que, en efecto, en la "clase de segundo año de filosofía" del curso de 1835, había algunos estudiantes de cuya adhesión al Restaurador difícilmente se pueda dudar, como que eran parientes de destacados funcionarios del régimen, tales Obligado, Aguirre, Irigoyen, Victorica y Dorrego, quienes, dicho sea de paso, no alcanzaron a graduarse en jurisprudencia.

humillación colectiva. Creemos, por el contrario, que esos jóvenes no sintieron impedimento alguno en cuanto a sus convicciones y escrúpulos de conciencia en prestar esa adhesión al régimen, ya que en verdad no eran unitarios —verdaderos destinatarios del decreto— y no les unía solidaridad alguna con el partido proscrito, y porque todavía no habían manifestado su hostilidad al gobierno, cosa que sólo ocurriría algún tiempo después. De los integrantes de esa generación Mariano E. de Sarratea se graduó en 1836; y al año siguiente, Benito Carrasco, Miguel Estévez Saguí, Enrique de la Fuente, Vicente Fidel López, José Quiroga de la Rosa, Jacinto Rodríguez Peña y Carlos Tejedor, todos en jurisprudencia. En 1838 recibieron sus títulos Luis Méndez y Santiago Viola; y en 1839, Miguel Irigoyen.<sup>10</sup> Se exceptuaron Alberdi, quien sí rehuyó el compromiso, y Rafael J. Corvalán, que si bien tramitó su expediente de conducta y adhesión, prefirió no recibir su grado sino en 1852. Para completar el conjunto generacional, ofrecemos esta nómina de graduados en la misma Facultad o Departamento: en 1831, José Barros Pazos; en 1832, Antonino Aberastain, Brígido Silva y Pío José Tedín; en 1834, Marco M. Avellaneda, Juan María Gutiérrez y Juan M. Thompson; en 1835, Miguel Cané, Carlos H. Eguía, Demetrio Rodríguez Peña y Andrés Somellera.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> A título de modelo se transcribe seguidamente la resolución del Ministerio de Gobierno en el expediente promovido por Luis Méndez, según el proyecto que el asesor general don Eduardo Lahitte elevó el 14 de diciembre de 1837: "Se declara que D. Luis Méndez ha probado en bastante forma con arreglo a las resoluciones generales que durante el curso de sus estudios fué obsecuente a sus superiores y que además es fiel y adicto a la causa nacional de la Federación. Vuelva este expediente a la Escribanía Mayor para que, dándose al interesado el testimonio o testimonios que solicitase de él para los usos que le convenga, se archive." Con anterioridad el fiscal consideró "bastantemente justificada la adhesión del suplicante a la Causa Nacional de la Federación, y por lo mismo lo cree apto para recibir el grado de Doctor". Archivo General de la Nación, *Sección Gobierno*. Año 1837, Sala X, cuerpo 16, anaquele 9, N° 7.

<sup>11</sup> Cfr. NORBERTO PIÑERO y EDUARDO L. BIDAU, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, en *Anales de la Universidad de Buenos Aires*, t. I, Bs. As., 1888, págs. 407-408; y MARCIAL R. CANDIOTTI, *Bibliografía doctoral de la Universidad de Buenos Aires y catálogo cronológico de las tesis en su primer centenario, 1821-1920*. Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, Bs. As., 1920. La referencia sobre Rafael Corvalán en DARDO CORVALÁN MENDILAHARSU, "Apuntes sobre la vida universitaria e intelectual bajo la dominación de Rosas", en su libro *Rosas*, Ed. M. Gleizer, Bs. As., 1929, pág. 164.

La Universidad, que adolecía de viejas fallas en su estructura y sistema pedagógico, además de soportar a algunos catedráticos no precisamente de prestigio magistral y que fueron objeto de burlas estudiantiles, afrontó el último embate de la dictadura con raro estoicismo: el 27 de abril de 1838 dispuso Rosas excluir del presupuesto de gastos a esa alta casa de estudios por razones de economía, fundadas en la situación de guerra contra el gobierno de Bolivia y en el bloqueo francés, debiendo en consecuencia los profesores exigir a los padres de los alumnos una cuota proporcional a fin de cubrir sus sueldos y los del personal administrativo.

### III. LA VIDA CULTURAL DE BUENOS AIRES: LIBROS, CRÍTICAS, POLÉMICAS

Pero la Universidad no era el ámbito donde se satisfacían enteramente las inquietudes de esos jóvenes que pronto entraron con raros bríos a la escena pública.

La insuficiencia en la enseñanza y la comprensible curiosidad por indagar en el mundo extrauniversitario les llevó, a través de libros de procedencia europea, a embarcarse en una aventura intelectual de insospechadas consecuencias. Desde 1830, coincidentemente con la repercusión de las jornadas revolucionarias parisinas de julio, comenzaron a multiplicarse en los escaparates de las librerías porteñas centenares de volúmenes que generosamente abrían horizontes nuevos. Literatos, juristas, filósofos, políticos, historiadores de allende el Atlántico entremezclaron sus nombres en la avidéz insaciable de nuestros jóvenes: Fortoul, Cousin, Chateaubriand, Dumas, Quinet, Lermínier, Saint Simon, Guizot, Leroux, Jouffroy, Scott, Staël, Sand, Villemain, Byron, Nisard, Lamennais, Hugo, Tocqueville; y los periódicos *Revue de Paris*, *Revue Britannique*, *Revue Encyclopédique*, *Revue des Deux Mondes*, *The Edinburg Review*. El testimonio de Vicente Fidel López es bien ilustrativo.<sup>12</sup> Todas esas obras —dice— “andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores... nuestro espíritu tomó alas hacia lo que creíamos las alturas... aprendíamos a pensar a la moderna y a escribir con intenciones nuevas y con formas novísimas...” Y para satisfacer la creciente demanda de libros de la más

<sup>12</sup> VICENTE FIDEL LÓPEZ, *Autobiografía*, en *La Biblioteca*, t. I, Bs. As., 1896, págs. 325-355.

diversa índole fueron proliferando las librerías porteñas. En 1830 habían cinco comercios de ese tipo<sup>13</sup> y a fines de 1836 los avisos periodísticos nos indican el doble.<sup>14</sup> Las librerías —y los libreros— han desempeñado un papel importante en la divulgación de la cultura en la ciudad.<sup>15</sup> Volvemos sobre el tema.

Por supuesto que tratándose de libros no es posible olvidar la Biblioteca Pública de Buenos Aires, creada por Mariano Moreno en 1810, y cuyos anaqueles exhibían tentadoras colecciones siempre frecuentadas por los estudiantes desde aquellos años iniciales hasta nuestros días. Pero chocaba esa Biblioteca con dos obstáculos muy serios: la falta de obras recientes, modernas, que eran precisamente las más buscadas; y el horario restringido para la atención de los lectores.<sup>16</sup> Por su parte el viajero francés Arsène Isabelle afirmó que hacia 1834 los hermanos Duportail tenían abierto un gabinete de lectura en su librería.<sup>17</sup> Había otros lugares de concurrencia menos asidua es cierto, adonde podía recurrirse para consultar periódicos europeos y americanos.<sup>18</sup>

<sup>13</sup> Eran las librerías de la Independencia; de Duportail Hnos.; Juan Miguel Ereysa; Gustavo Halbach; y de José Ocantos. Cfr. J. J. M. BLONDEL, *Almanaque del comercio de la ciudad de Buenos Aires para el año de 1830*, Imprenta Argentina, Bs. As., pág. 120.

<sup>14</sup> Librería Nueva, calle de Cangallo N° 82; Mompíe e Isac, calle de la Reconquista N° 72; Librería de la Independencia, calle de los Representantes N° 60; Librería de Steadman, calle de la Catedral N° 30; Ruperto Martínez, calle de Potosí N° 39; Librería de la Plaza de las Artes, calle de Cangallo N° 222; Teófilo Duportail, calle de Potosí N° 61 ½; Librería Argentina, calle de la Victoria N° 136; Antonio Marchi, calle de Belgrano N° 230; Librería de Ortiz, calle de Potosí N° 51 ½. Además correspondería incluir la Imprenta Argentina, calle de la Universidad N° 37, pues también, permanentemente, ofrecía libros extranjeros en venta.

<sup>15</sup> Véase el documentado estudio de RAFAEL ALBERTO ARRIETA, *La ciudad y los libros. Excursión bibliográfica al pasado porteño*, Ed. Librería del Colegio, Bs. As., 1955.

<sup>16</sup> Estaba abierta para el público “todos los días de trabajo por la mañana desde las nueve hasta las dos de la tarde”. Cfr. J. J. M. BLONDEL, *Guía de la ciudad y almanaque de comercio de Buenos Aires para el año de 1836*, Imprenta de la Libertad, Bs. As., 1836, pág. 19.

<sup>17</sup> Cfr. ARSENIO ISABELLE, *Viaje a Argentina, Uruguay y Brasil en 1830*, traducción de Pablo Palant, Ed. Americana, Bs. As., 1943, pág. 145.

<sup>18</sup> Nos referimos a la Sala de Comercio Británica (British Commercial Rooms) y a una segregación de ésta, la Sala Argentina (Buenos Ayres Commercial Rooms) que fué dirigida durante algunos años por Thomas George Love. A esta última podían concurrir todos los interesados, nativos o extranjeros, sin exclusiones. Por la índole misma de entidades mercantiles su material bibliográfico era de interés restringido. Cfr. JOSÉ ANTONIO WILDE,

Pero no todo era leer. Hay una prolongada y paciente obra intelectual cuya trascendencia caracteriza con perfiles propios la presencia de una nueva generación.

Cronológicamente es Echeverría quien inaugura la nueva etapa. Su opúsculo poético *Elvira o la Novia del Plata* (Imprenta Argentina), publicado en setiembre de 1832, presenta como innovación el reemplazo del ajeño endecasílabo por el remozado octosílabo. Con tal motivo, algunos diarios porteños expresaron sus opiniones sobre la obra, circunstancia ésta que señala la iniciación de la crítica bibliográfica argentina. Aunque en verdad la crítica literaria como tal nace dos años más tarde, a fines de 1834, a propósito de otra obra de Echeverría, *Los Consuelos* (Imprenta Argentina), que fué la inaugural manifestación poética del romanticismo argentino. Los versos doloridos y melancólicos que contenía significaron un verdadero acontecimiento en las letras nacionales en aquellos difíciles tiempos que presagiaban la inminencia de una dictadura. Juan María Gutiérrez y Pedro de Angelis, entre otros, llamaron la atención sobre ese primer poemario argentino, mas el estudio analítico corrió por cuenta de Juan Thompson, cuyo artículo trasunta adecuada sensibilidad y serios estudios estéticos. Se formula Thompson el interrogante de si hacia esas fechas existía una literatura nacional y si *Los Consuelos*, por su temática, podían vincularse a la misma. Afirmaba que ese volumen era una renovación en las letras americanas y que haría época. Era unánime el reconocimiento de que Echeverría con su obra ensayaba entrar al campo poético por un camino enteramente nuevo entre nosotros. No olvidemos que en una nota en *Los Consuelos* Echeverría plantea el problema del carácter propio, original y emancipador que debe tener la poesía nacional, como reflejo de la naturaleza física, de las costumbres, de las ideas dominantes, sentimientos y pasiones "que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual". Y con

Buenos Aires desde setenta años atrás, Bs. As., 1881, capítulos XI y XXIX; y JORGE NAVARRO VIOLA, *El Club de residentes extranjeros*, Imprenta y Casa Editora Coni, Bs. As., 1941, pág. 11. Y aunque organizadas para la colectividad de habla inglesa estaban abiertas a todos, además, la Biblioteca y Gabinete de Lectura de la Unión (Union Library and Reading Room Buenos Ayres), creada en 1832; y la Buenos Ayres British Subscription Library, cuyos orígenes se remontan a los tiempos de Rivadavia, que al decir de Love en un comentario retrospectivo, "those were the golden days of Buenos Ayres". Cfr. *British Packet and Argentine News*, N° 568, Bs. As., 8 de julio de 1837, pág. 3, cols. 1-2.

*La Cautiva*, unos años más tarde, comenzaría a predicar con el ejemplo.

En diciembre de 1834 vió la luz la *Memoria descriptiva sobre Tucumán* (Imprenta de la Libertad), breve ensayo de Alberdi.<sup>19</sup> En esas páginas desarrolla la teoría de la influencia del medio ambiente sobre los caracteres de los pueblos. Cita a Cabanis, Montesquieu, Bentham, Volney y a varios escritores románticos. Hay al respecto un documento olvidado. Es una crítica a la *Memoria* donde, entre otras cosas, se discute la aludida tesis de la conformación que el mundo exterior haría en las cualidades morales y físicas de los hombres y se formula de paso algún concepto restrictivo sobre el romanticismo. Alberdi publicó esa carta crítica con unas acotaciones propias a modo de respuesta, en la última de las cuales agradece a su corresponsal su trabajo "tan lleno de gusto y filosofía y más que todo de entusiasmo por los progresos de nuestra literatura nacional". Y agrega Alberdi: "¡Ojalá su ejemplo fuese imitado por los demás jóvenes de letras! Yo tendría el doble gusto de verme criticado por mis propios colegas, cuyos progresos no me interesan menos que los míos, y de contemplar el grato espectáculo de ver a nuestra juventud trabajando con entusiasmo en la grande obra de la literatura argentina."<sup>20</sup>

<sup>19</sup> La obra estaba dedicada al gobernador de Tucumán, coronel D. Alejandro Heredia. Año y medio antes, en julio de 1833, se publicó en Buenos Aires una *Corona lírica* consagrada al mismo Heredia. Era una colección de composiciones poéticas y musicales realizada por varios comprovincianos residentes en esta capital, entre los cuales anotamos los nombres de Sixto Terán, Bonifacio Huergo, Luis Pose, Brígido Silva, Ezequiel Paz, Marcos Paz, y Alberdi. Un periódico de la ciudad reconoció que los dos jóvenes últimamente mencionados desplegaron un gran interés en "promover ese adecuado y hermoso tributo al mérito de un gran ciudadano". Cfr. *La Gaceta Mercantil*, N° 3045, Bs. As., 25 de julio de 1833, pág. 3, col. 2. Interesante derivación tuvo un artículo que publicó el diario *El Amigo del País*, N° 14, Bs. As., 23 de julio de 1833, pág. 2, cols. 2-3, con observaciones sobre las poesías contenidas en esa *Corona lírica*, pues otro diario, *El Constitucional de 1833* (editado por Miguel Valencia), N° 16, Bs. As., 26 de julio de 1833, pág. 3, cols. 1-2, impugnó esas observaciones, originándose así una breve polémica sobre la preeminencia del soneto o de la oda. Entre los redactores de *El Amigo del País* se encontraban Juan María Gutiérrez y Marco Avellaneda. Resulta curioso ese debate literario en instantes de tensa agitación política que culminaría con la llamada "Revolución de los Restauradores".

<sup>20</sup> Véase "Carta crítica sobre la Memoria Descriptiva del Sr. Alberdi, escrita por un joven literato de nuestro país y anotada por el autor de la Memoria", en *La Gaceta Mercantil*, N° 3463, Bs. As., 18 de diciembre de 1834, pág. 3, cols. 1-2. Como la crítica apareció firmada con las iniciales N. N. se ignora el nombre del autor.



Una mención particular corresponde hacer a las *Cartas escritas por el muy honorable Felipe Dormer Stanhope, conde de Chesterfield, a su hijo* (Imprenta de la Libertad), que vieron la luz en dos tomos a fines de 1833, en versión castellana del general Tomás de Iriarte. La celebrada obra, por la universalidad y permanencia de sus enseñanzas edificantes, merecía en opinión de Iriarte —quien la dedicó “a la juventud argentina”— el sacrificio de exponerse él a la crítica de su paciente labor personal. Es que —manifestó en el prólogo— “en mi ánimo pesa más el servicio que me he propuesto hacer a la nueva generación de mi país, que la mortificación que pueda causarme la severa censura a que doy lugar por mi incapacidad como traductor”. Era la de Iriarte una sensible contribución a enaltecer las virtudes morales de nuestros adolescentes y jóvenes.

Sin entrar en detalles sobre libros de otra índole, como el *Memorial ajustado* y el *Apéndice* al mismo, por Pedro José Agrelo —sobre una cuestión de orden público como es el derecho de patronato—; o a volúmenes de alcance casi estrictamente didáctico —tales los casos de la *Gramática latina*, del padre Calixto Hornero; el *Pronuario de práctica forense*, del doctor Manuel Antonio Castro; las *Instituciones del derecho real de España*, del doctor José María Álvarez; o las *Instituciones de derecho canónico*, de Gmeiner; obras estas tres últimas editadas por Dalmacio Vélez Sársfield, quien tuvo como colaborador a Vicente Fidel López; nos referiremos a una obra de indudable repercusión cultural que comenzó a publicarse por entregas en 1834: el *Curso de Historia de la Filosofía* (Imprenta de Hallet y Cía), de Victor Cousin.

La primera entrega —que corresponde a la primera lección— apareció el 19 de mayo. Acaso por falta de apoyo económico los editores desistieron de su empresa, pues con posterioridad sólo alcanzó a ver la luz una segunda entrega —la segunda lección—, un mes más tarde. La traducción de la obra estuvo a cargo de José Tomás Guido, hijo del general del mismo nombre, y de Alfredo G. Bellemare, estudioso francés radicado entre nosotros; y fué elogiosamente comentada por el periodismo de Buenos Aires, no acostumbrado a contemplar esfuerzos de esa jerarquía.<sup>21</sup> Según se dijo en ese momento la publicación introducía a Cousin al conocimiento del público americano. Los jóvenes encargados de la versión del *Curso* expresaron

<sup>21</sup> Es digna de subrayar la preocupación de los jóvenes de tornar accesibles en nuestro país y en nuestra propia lengua los estudios filosóficos de autores por entonces celebrados. Así como el malogrado José Tomás Guido

que se proponían hacer conocer al “filósofo moderno que ha cautivado la admiración y los aplausos de sus contemporáneos, y cuyos principios escuchará sin duda con interés el pueblo argentino, que ha hecho siempre gala de una decisión generosa por favorecer la marcha conquistadora del espíritu del siglo. Buenos Aires —agregan— recibe, puede decirse, los primeros reflejos que alcanzan a este continente del brillo de las producciones de los sabios que se consagran a la ilustración y ventura de la humanidad; los recoge, los fomenta y los hace reverberar en los demás pueblos de la joven América”. Sí, es cierto que los jóvenes de aquí fueron deslumbrados por la fama del catedrático parisino, pero bien pronto, como se verá, reaccionarían contra el eclecticismo que pretendía conciliar extremos inconciliables, cuyo máximo paladín era precisamente Cousin.

En la producción bibliográfica del año 1835 merece un recuerdo de simpatía la reedición de las *Últimas cartas de Jacobo Dortis* [sic] de Hugo Fóscolo (Imprenta Argentina), en la versión castellana de un compatriota olvidado, José Antonio Miralla. Miralla, secretario de Bolívar durante algún tiempo, muerto en 1826 en México cuando se aprestaba a integrar una expedición libertadora de Cuba, había dejado en la mencionada su principal obra literaria. En las páginas de esas *Cartas*, estimaba su editor, don Patricio de Basavilbaso, “encuentra el desgraciado ideas consoladoras, dignidad el mortal abatido, coraje cívico el ciudadano y lecciones el filósofo”, por lo que es dable suponer que los jóvenes de la época habrán visto allí, en cierta medida, reflejadas algunas de sus propias inquietudes.

Corresponde también a 1835 una obra polémica de José Rivera Indarte, cuyo título completo sintetiza el contenido: *El Voto de América, o sea breve examen de esta cuestión: ¿conviene o no a las nuevas repúblicas de América apresurar el reconocimiento de su independencia, enviando embajadores a la corte de Madrid?* (Imprenta del Comercio).<sup>22</sup> El opúsculo pretendía ser “un cuadro fiel” de lo

cooperó a la divulgación de Cousin, Florencio Balcarce —también tempranamente desaparecido— había realizado, a su vez, la traducción —aún inédita— de las lecciones que escuchó en París a Laromiguière.

<sup>22</sup> A principios de enero de 1835 Rivera Indarte había publicado *La Volcanería. Aguinaldo de 1835* (Imprenta de la Libertad), un volumen de casi doscientas páginas, dedicado a doña Agustina Rosas de Mansilla. Era un farragoso conjunto de poesías y prosas, propias y ajenas, de pésimo gusto y donde hay de todo: desde una evocación de “La degollación de San Juan Bautista” a unos versos “El mono y el amor”, pasando por “Una visita a Robespierre”, unas estrofas “A un viudo rico”, cuentos como “El nigromán-

que se pensaba en este hemisferio acerca de la reconciliación entre España y sus antiguas colonias, y en tal sentido se proponía combatir a los "empecinados en prolongar el entredicho" con la península. Aludía a la oportunidad que significaba la presencia de la reina Cristina en el trono, "sabia y liberal", que quería tender una mano de amistad a los pueblos del nuevo mundo. Finalmente se enumeraban las ventajas que reportaría la cesación del estado de guerra entre España y los países americanos. El opúsculo causó sensación e inmediatamente suscitó una encendida controversia periodística que se prolongó durante meses. En verdad la trascendencia del asunto merecía el debate. Toda clase de argumentaciones se trajeron a colación, desde las de esfera económica hasta las de índole puramente sentimental. Para refutar a Indarte salió a la palestra, entre otros, Alberdi con un folleto intitulado *Contestación al Voto de América* (Imprenta Argentina). Sus páginas impetuosas trasuntan orgullo nacional herido y por eso su respuesta altanera desmenuza los argumentos de Indarte. "El patriotismo americano respira en ellas —se ha dicho— y la frase corta, vibrante y afilada del polemista, empieza a demostrar desde ya todo su poder y su empuje."<sup>23</sup> El asunto no quedó ahí. Rivera Indarte difundió de inmediato su *Defensa del Voto de América contra las impugnaciones que de él se han hecho en un folleto recientemente publicado* (Imprenta Argentina). Replica a lo que estimaba antiespañolismo furibundo de Alberdi, a quien alude con indisoluble menosprecio: "No se trata de hacer una proclama de guerra, se trata de atraer a la paz, y esto no se consigue con improperios." Aunque Alberdi pensó escribir un nuevo folleto defendiendo su posición, se limitó finalmente a proseguir la polémica utilizando la columna de comunicados de un difundido diario porteño, donde bien pronto se derivó al plano personal, sin faltar algunas insinuaciones malévolas.<sup>24</sup>

tico" y elegías como la intitulada "A la muerte del general Lafayette". El destacado poeta oriental Francisco Acuña de Figueroa publicó una crítica a esa obra. Muy por encima de la *Volkamería* debe colocarse *Un paso en el Pindo* (Montevideo, Imprenta de los Amigos, 1835), colección de poesías escogidas del uruguayo Manuel de Araujo, que, si no nos equivocamos, es el primer libro de versos publicado en el vecino país. Sus páginas —que alcanzaron difusión en Buenos Aires— muestran composiciones de disímiles formas y méritos. En nuestro concepto merece particular atención un diálogo gauchesco que sigue las pautas de Hidalgo.

<sup>23</sup> MARTÍN GARCÍA MÉRQU, *Alberdi. Ensayo crítico*, Ed. La Cultura Argentina, Bs. As., 1916, pág. 30.

<sup>24</sup> Según se desprende de una muy interesante carta inédita de Alberdi a

A fines de ese agitado año 1835 se produce un verdadero acontecimiento cultural: comienza a aparecer la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata* (Imprenta del Estado), dirigida por Pedro de Ángelis. El primer cuaderno salió de las prensas el 16 de noviembre y con bastante regularidad fueron publicándose quincenalmente los restantes cuadernos, con sendos discursos preliminares, hasta conformar en 1838, en que se interrumpe la labor, más de seis gruesos volúmenes. La empresa de de Ángelis no tenía precedentes en el país y significó una aportación de excepcional valor para el conocimiento y estudio de nuestro pasado. Pese a las objeciones que se le formularon, muchas de ellas al calor de la contienda política posterior, la *Colección* fué recibida con general beneplácito y hasta con admiración. Muchos jóvenes, entre ellos Echeverría y Gutiérrez, se acercaron a de Ángelis y frecuentaron su trato y su vastísima biblioteca.<sup>25</sup>

Durante 1835 un órgano periodístico porteño, *El Museo Americano*, comenzó a llamar la atención de los aficionados a la literatura. Este semanario presentaba materiales de disímil contenido y valor, acompañados de litografías de C. H. Bacle, su editor. Gutiérrez colaboró allí con algún artículo original. El periódico, al año siguiente, 1836, cambió de denominación y lo que es más importante de orientación. Así, pues, *El Recopilador*, cuyo redactor principal fué Gutiérrez, se convirtió en un vehículo cultural de primer orden. En sus números se dió preferencia a artículos de escritores del país y a temas nacionales, relegándose a un segundo plano las inevitables variedades de procedencia europea. Allí aparecieron varias poesías y canciones de

Florencio Varela —original autógrafa en nuestro archivo— éste apoyó la refutación a Indarte, a quien se calificó de "godo". En un ensayo próximo, circunstanciado, ofreceremos amplia documentación sobre esta sonada polémica que aquí nos limitamos a mencionar.

<sup>25</sup> Una carta sin fecha de de Ángelis a Gutiérrez revela la gratitud por el obsequio que éste y Echeverría le hicieron de obras manuscritas y ofrece en compensación obras de sus propios anaqueles. Por los años 1837 y 1838, recordaba Gutiérrez mucho tiempo después "visitaba yo con frecuencia a D. Pedro, que tenía una magnífica y escogida biblioteca: me lisonjeaba y acariciaba mucho. Yo le proporcionaba copias bien hechas de planos antiguos y él me hacía por su propia mano colecciones de impresos antiguos y me regalaba obras impresas de literatura. Lástima que este hombre se hubiera pervertido con el contacto tentador de Rosas. ¡Qué no se corrompe con el hábito de los tiranos y caudillos!" Cfr. RICARDO PICCIRILLI, *Carlos Casavalle, impresor y bibliófilo. Una época de la bibliografía americana*, Ed. Julio Suárez, Bs. As., 1942, págs. 123-124.



Echeverría como asimismo su artículo de costumbres *Apología del matambre*; un interesante estudio del propio Gutiérrez sobre la vida de nuestros paisanos del campo; un ensayo de Thompson sobre *La poesía y la música entre nosotros*, del que en seguida nos ocuparemos; etc. Entre las traducciones, fragmentos de Lamennais, Robertson, Janin, Chateaubriand y Heine —quien así es introducido por vez primera en nuestro país. Artículos de Larra (Figaro) completan el conjunto.<sup>26</sup>

El trabajo ya citado de Thompson estudia a la poesía y a la música como reflejos de la vida social, en el entendimiento que ambas artes influyen en la creación de formas superiores de vida intelectual. Concretándose a nuestro caso, Thompson estima que el arte argentino comenzó su desarrollo con nuestra emancipación política y que no puede apartarse de las ideas imperantes en cada época. Menciona a Echeverría y a Esnaola —quienes repetidas veces amalgamaron sus inspiraciones de verso y melodía— como protagonistas de una empresa superior de elaboración de elementos que, como la canción, hacen a las costumbres y al gusto del pueblo. Y en una nota de la redacción, Gutiérrez manifiesta que *El Recopilador* se propone “alentar las bellas artes de nuestra sociedad naciente, porque las artes abren el camino a las ciencias: primero alcanzaremos el sentimiento de lo bello y luego el de lo bueno y útil”.

Y ya que estamos en la consideración de las canciones, es del caso recordar que esta expresión artística alcanzó una difusión extraordinaria, allá por los años 1836 a 1838. Circulaban de mano en mano, y acompañadas de piano o de guitarra, hacían las delicias en las tertulias sociales. Por supuesto que cualitativamente esas composiciones eran heterogéneas y entre las mejores se contaban —hay abundantes pruebas de ello— las debidas a la inspiración de Echeverría. Justamente Echeverría alcanzó en esa época a través de sus canciones,

<sup>26</sup> Luis L. Domínguez, miembro conspicuo de la generación que nos ocupa, recordaría veinte años más tarde, en 1857, que la dirección y escritos de Gutiérrez en *El Recopilador* “contribuyeron más quizá de lo que pudiera creerse a formar el buen gusto y la vocación por las letras que distinguía a la juventud que entonces se formaba”. Este valioso testimonio fué publicado por JUAN CARLOS GÓMEZ HAEDO, “Una noticia biográfica sobre Juan María Gutiérrez”, en *Revista Nacional*, N° 6, Montevideo, junio de 1938, págs. 503-504. Gutiérrez, con posterioridad, colaboró realizando traducciones de literatura romántica en el *Diario de la Tarde*, hasta fines de 1837, donde aparecieron escritos de Byron, Chateaubriand, Hugo, Mme. de Staël, Washington Irving, etc.

su mayor popularidad en Buenos Aires y en Montevideo. Incluso los músicos se apropiaban de fragmentos de sus poesías —como *La Cautiva*— para hacerlas oír en los salones o en las serenatas. En anuncios periodísticos se ofrecen en venta canciones “del célebre Echeverría”. Pronto surgió la necesidad de recopilar las canciones en boga para contar con repertorios impresos. A principios de 1837 José Antonio Wilde lanzó el prospecto de *El Cancionero Argentino*. En marzo apareció el primer número, que motivó un interesante artículo crítico firmado por Zoilo, donde se discute el gusto evidenciado en la colección. Se expresa que las canciones tienen la grave responsabilidad de llenar una misión difícil en la formación de nuestra literatura naciente, “que comienza a moverse”. Afirma que necesariamente la poesía debe adquirir un verdadero carácter nacional; ello es “una exigencia, una ley de nuestro estado social”. *El Cancionero Argentino* publicó en total cuatro cuadernos, pero tuvo simultáneamente que afrontar la competencia de numerosas publicaciones similares que fueron aflorando en ambas márgenes del Plata. Las canciones se constituyeron en toda una etapa de nuestro desarrollo artístico literario.<sup>27</sup>

En otro orden de cosas, la edición en 1837 de los tres tomos de la *Recopilación de leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810 hasta el fin de diciembre de 1835* (Imprenta del Estado), realizada por de Angelis, da motivo a que un periódico de la ciudad comente la significación de la obra, puesto que es un balance del cambio operado en el país desde la Revolución de Mayo, cambio no sólo político sino administrativo y moral. Transcurrido ya el período de una generación, esas leyes “son quizá el mejor cuadro histórico que pudiera ofrecerse a los ojos del investigador filósofo de los elementos que se han puesto en movimiento para constituir esa potencia de acción, que ha tenido tanto influjo en el nuevo modo de ser de la mitad del mundo, cuyos destinos futuros no correrán ya sin llevar impresas las señales de los hechos que hemos visto”.<sup>28</sup>

El proceso de formación de la conciencia generacional abarcaba muchas facetas. No podía estar ausente el teatro, que tan decisivo papel desempeñó en el triunfo del romanticismo en Europa. Aquí surgieron críticos teatrales como Alberdi, Cané, Sarmiento e Irigoyen.

<sup>27</sup> En nuestro ensayo *Itinerario de Echeverría*, próximo a aparecer, ofrecemos amplios y novedosos detalles sobre canciones y cancioneros de la época.

<sup>28</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1729, Bs. As., 31 de marzo de 1837, pág. 1, cols. 1-2.

Los dramaturgos aun debían esperarse, ya que, según la propia explicación de los jóvenes, esa escala del arte requería una madurez no alcanzada aún en el desarrollo social del país.<sup>29</sup> A guisa de ejemplo de las ideas que los jóvenes tenían sobre la misión del teatro, veamos lo que escribía "Un romántico" a propósito de la representación de una obra de Dumas. "El teatro —expresaba— es una tribuna, una escuela, un púlpito. Siendo la expresión de la época, sigue a la sociedad como una sombra: su marcha es la que ella traza en su marcha progresiva. . . El teatro es el anverso de lo presente y el reverso de lo pasado: alguna vez el invasor atrevido de lo futuro. En fin, su misión es social."<sup>30</sup>

Apuremos la marcha. En junio de 1837 se organiza el Salón Literario, cuya existencia describiremos luego.

Al mes siguiente, julio, se publica el *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (Imprenta de la Libertad), de Alberdi, uno de los documentos capitales de esa etapa cultural.<sup>31</sup> Sus páginas entremezclan influencias de distinto orden, como Jouffroy, Condorcet, Leroux, Vico, Herder y Lerminier, pero es su propio planteo lo que interesa, el cual desde el campo de la historia, de la política y de la filosofía del derecho apunta a la integración de una filosofía para llegar a una nacionalidad. "Por primera vez —se ha señalado—, en los años que lleva de existencia independiente el país, alguien usa la filosofía con designio metódico para pedir su cifra substancial al pre-

<sup>29</sup> No nos olvidamos del esfuerzo de uno de ellos en llevar una obra a la escena. Luis Méndez estrenó en el Teatro Argentino de esta capital el 10 de junio de 1838 un drama en tres actos, *Carlos o El infortunio*, que aunque escrita en el país no presenta los caracteres que individualizan a un teatro como vernáculo. Cfr. RAÚL H. CASTAGNINO, *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*, Ed. Instituto Nacional de Estudios de Teatro, Comisión Nacional de Cultura, Bs. As., 1944, pág. 528. Se nos ocurre que lo más positivo del drama de Méndez es haber dado lugar al extenso artículo crítico, doctrinario y denso de sugerencias, de Miguel Irigoyen, una de las producciones literarias más valiosas de la época, que apareció en *El Iniciador*, t. I, N° 10, Montevideo, 1° de setiembre de 1838, págs. 209-217.

<sup>30</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1752, Bs. As., 28 de abril de 1838, pág. 2, cols. 1-3. Otro artículo posterior alude a la gran influencia que ese arte tiene en las ideas, creencias y costumbres de la comunidad, porque posee una doble misión, como sociabilidad y como diversión. En 1834 se suscitó una interesante polémica entre "Dos románticos" y "Dos antirrománticos" a propósito de la representación de un drama de Víctor Ducange.

<sup>31</sup> El prefacio, seguramente posterior a la obra en sí, lleva fecha 5 de enero de 1837. Tiene, no obstante, alguna acotación polémica que debió añadir en febrero o marzo.

sente fenomenal y confuso y granjear una nueva norma para la dirección histórica de la vida nacional; la filosofía como diagnóstico de su tiempo y como programa de trabajos futuros. . . Por primera vez, en la historia de la cultura americana, se intenta afirmar una filosofía desde fuera de la cátedra; substituir a las filosofías del claustro una filosofía de la palestra; a la filosofía pura una filosofía para; a la filosofía-metafísica una filosofía-social."<sup>32</sup> También Argentina debía realizarse. En esa época de universal lucha por la consolidación de las estructuras y conciencias nacionales, nuestro Alberdi fijaba su pensamiento en el imperativo de consumir la emancipación intelectual como corolario lógico de la independencia política. "Depuremos nuestro espíritu de todo color postizo —escribía—, de todo traje prestado, de toda parodia, de todo servilismo. Gobernémonos, pensemos, escribamos y procedamos en todo, no a imitación de pueblo ninguno de la tierra, sea cual fuere su rango, sino exclusivamente como lo exige la combinación de las leyes generales del espíritu humano, con las individuales de nuestra condición nacional." Filosofía, industria, arte, política, lengua, costumbres, todos los elementos de civilización y cultura son otros tantos mundos que tenemos que conquistar, y agregaba que todo ese complejo proceso requería meditación y procedimientos libres y racionalistas; sólo así se podía "crear la filosofía nacional y por tanto la emancipación nacional". Este era, en síntesis, el "programa de trabajos futuros de la inteligencia argentina" que proponía el discutido *Fragmento preliminar*.

Enlazada directamente con la materia abordada en el ensayo alberdiano, apareció poquísimo tiempo después la *Tesis sobre la naturaleza filosófica del derecho* (Imprenta de la Libertad), de Manuel José Quiroga Rosas. También aquí hay severas especulaciones filosóficas orientadas a urgencias practicistas. Insiste en la necesidad de completar la tarea de la generación que logró la Independencia en los campos de batalla. No se trata —explicaba— que los hijos de aquellos revolucionarios se circunscriban a la pasiva admiración, a puramente vivir. Nosotros, sin duda —añadía—, deseamos conquistas útiles y grandiosas, mas para ello debe seguirse a la filosofía, considerada como "triunfo perpetuo del entendimiento humano y perfectibilidad indefinida del hecho de humanidad". Esa búsqueda apa-

<sup>32</sup> Véase el ensayo de BERNARDO CANAL FEIJÓO, *Introducción a la filosofía del "Fragmento"*, estudio preliminar a una reciente reedición de esa obra de Alberdi realizada por Librería Hachette (Colección "El Pasado Argentino"), Bs. As., 1955, págs. 7-37.

sionada y reflexiva de explicación de la realidad ambiente; y de programa para triunfar sobre esa misma realidad, lleva a Quiroga Rosas a establecer que una conducta doctrinaria —filosófica— debe estar presente en todas las actividades del hombre argentino, para así formular correctamente los caminos que conducen a nuestra completa emancipación. La adecuada ordenación del país nos lleva al progreso, "porque yo infiero de la doctrina de Saint-Simon que la edad de oro es el porvenir; el porvenir está en la perfección del orden social y sólo en esta perfección se encuentra la edad de oro". Con la certitud de ir pisando las sendas de la libertad y de la independencia, debemos ir "bebiendo la civilización, desenvolviendo nuestro genio, avanzando al infinito".

Por fin el 27 de setiembre de 1837 apareció el tan esperado volumen de *Rimas* (Imprenta Argentina), de Echeverría, cuya parte sustancial era *La Cautiva*, aunque no se incluía su anunciado *Estudio de lo bello en las artes y en la literatura*. El éxito de las *Rimas* alcanzó contornos extraordinarios y sin precedentes. Pero el eco periodístico no fué el que era de presumir. Se explica ello porque el diarismo oficial ya veía con algún recelo las actividades de los jóvenes. Hubo, para concretar, un solo artículo, mas este resultó una exégesis tal que rivalizaba en méritos con la enjuiciada producción de Echeverría. El autor del ensayo era Gutiérrez, y sus páginas constituyen la piedra angular de la crítica literaria argentina.<sup>33</sup> Se examinaba allí la obra entera de Echeverría, desde su inicial *Elvira* hasta las *Rimas*, pasando por *Los Consuelos*. "La idea de una poesía nacional tuvo su aurora en las páginas de *Los Consuelos*", en la nota puesta por Echeverría donde éste expresa su manera de concebirla. Y él mismo —agrega— con su *Cautiva* va edificando los pilares de nuestra poesía nacional, porque allí está reflejada sin concesiones nuestra naturaleza física.

Y en Montevideo, un adolescente poeta de dieciséis años, Bartolomé Mitre, publicó a su vez un artículo de rara ecuanimidad a propósito de las *Rimas*, donde asienta que "el autor de *La Cautiva* ha demostrado que es capaz de hacer una revolución literaria..."<sup>34</sup>

Interrumpimos aquí esta excursión por el movimiento cultural de Buenos Aires, considerado en sus principales rasgos desde 1830.

<sup>33</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1879 y 1880, Bs. As., 3 y 4 de octubre de 1837, en ambos pág. 1, cols. 1-3.

<sup>34</sup> Cfr. *Defensor de las Leyes*, N° 342, Montevideo, 7 de noviembre de 1837, pág. 2, cols. 2-4; y pág. 3, cols. 1-2.

Como se ha visto, no escasa participación cupo a los jóvenes en tan dignificante menester.

Ellos no se limitaron a leer y a ponderar pasivamente ciertos libros extranjeros. Asimilaron sus lecturas —con cierto apresuramiento evidente en algunos casos— y bien pronto correlacionaron todo ese vasto caudal ideológico adquirido con la inmediata realidad nacional. En distintos campos de expresión ejercitaron sus conocimientos y su sensibilidad educada en las nuevas corrientes. Y es característico de esta generación la coherencia que evidenció en la formulación doctrinaria expresada en sus obras originales o en sus críticas. El romanticismo literario y el romanticismo político les atrajo con su hálito rebelde y esperanzado. La avidez de lectura se correspondía naturalmente con el afán de hacer algo por el país, el cual, entendían, debía perfeccionarse bastante y pronto a través de cauces novedosos. Esto último no por esnobismo sino por convicción, ya que reputaban agobiadoras y exhaustas las experiencias cívicas que les precedieron. El estado general de las provincias argentinas no era, en efecto, para halagar a la ciudadanía. Así es como los jóvenes comienzan por apartarse del dogma estético del neoclasicismo y concluyen, en unánime convergencia, calificando de esterilizante el inveterado enfrentamiento de unitarios y federales.<sup>35</sup> Aspiraban, sí, a la efectiva concreción de la libertad, estimada en sus más amplias y generosas derivaciones no sólo ideales sino reales y tangibles. Repudiaron, por consiguiente, cuanta cosa significase restricción o conservadorismo. Ideas e intereses debían servir a la comunidad, sujeta necesariamente para ellos a progreso continuo y perfectibilidad indefinida. El prefacio al drama

<sup>35</sup> Años más tarde de Angelis escribiría burlescamente que esos estudiantes "sin más nociones que las que se adquieren en una aula, y solamente por haber leído las novelas de Hugo y los dramas de Dumas, se consideraban capaces de dar una nueva dirección a las ideas, a las costumbres y hasta a los destinos de su patria". Cfr. [PEDRO DE ANGELIS], "Dogma Socialista de la Asociación Mayo... (Juicio de este libelo)", en *Archivo Americano*, t. IV, N° 32, Bs. As., 28 de enero de 1847, págs. 78-82. Precisamente en la refutación de Echeverría a este escrito se puntualizó el ridículo y desprecio con que los adversarios locales del romanticismo pretendieron resistir a la innovación. Para ellos, lo romántico, dicho con intención peyorativa, era exageración o extravagancia, afectando ocultar su sentido de emancipación de formas vetustas, de espontánea originalidad y de fecunda transformación de la literatura y el arte. De allí, expresó Echeverría, que los jóvenes que sabían todo esto, se reían a su vez "de la ignorancia de los burlescos reaccionarios y de los que aplaudían sus irónicas pullas". Cfr. ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Cartas a D. Pedro de Angelis, editor del Archivo americano*, Imprenta del 18 de Julio, Montevideo, 1847.

*Cromwell* de Víctor Hugo devino en un nuevo dogma literario y "regía como constitución sobre las ideas", según lo recuerda uno de aquellos jóvenes. No era para menos. En sus páginas iconoclastas y efervescentes hallaron —deslumbrados— la justificación doctrinaria de sus varias e imprecisas inquietudes y apetencias. De ahí en más arremetieron contra el pasado, en tanto el mismo trababa el desarrollo de formas superiores de arte, filosofía y política. Entusiasmados y estimulados por el multifacético romanticismo, nuestra juventud acudió presurosa a cumplir con su cita histórica, convocada por esa campana que llamaba a los pueblos al "verdadero templo de la libertad".

#### IV. TENTATIVAS PRECURSORAS DE ORGANIZACIÓN

Corresponde consignar ahora la lenta estructuración que tuvo la empresa orgánica de 1837, durante los años que precedieron al Salón Literario. Poco a poco se superó la dispersión de inquietudes y éstas, encausadas en espontáneo andar, convergieron finalmente en aquel decisivo "encuentro de soledades" que dijera Pablo Rojas Paz.

La relación y amistad, que muchos de esos jóvenes contrajeron entre sí se fué anudando en las aulas de la Universidad. Y como derivación de esa relación, se reunían pequeños grupos afines para estudiar en común no sólo las materias que establecía el programa oficial sino otras allí no incluídas y que la curiosidad constructiva requería. Tal el caso del derecho comercial, que era estudiado en común en el texto de Pardessus, por Eduardo Acevedo, Carlos Tejedor, Enrique de la Fuente, Mariano Sarratea y Miguel Estévez Saguí. Grupos similares constituían Alberdi, López y Cané; Balcarce, Frías, Irigoyen, Thompson, Obligado, etc. Particularmente la casa de Cané era lugar de frecuente cita para algunos de estos jóvenes en sus sesiones de estudios libres, que con preferencia correspondían a literatura, materias políticas, derecho filosófico, etc.

López asegura que en tiempos del gobierno liberal de Balcarce (1833) se constituyó la Asociación de Estudios Históricos y Sociales, "para poner en común nuestras lecturas y estudios".<sup>36</sup> Según Estévez Saguí, cuyo testimonio coincide en ciertos detalles con el ofrecido por López —a quien completa aún en algunos aspectos si bien comete

<sup>36</sup> Cfr. VICENTE FIDEL LÓPEZ, *Autobiografía*.

evidentes anacronismos—, las primeras reuniones de la Asociación —que él llama Sociedad de Estímulo y Estudio— tuvieron lugar en casa de los hermanos Demetrio y Jacinto Rodríguez Peña, calle Defensa, en los altos de la esquina de la Recova nueva.<sup>37</sup> López ubica el centro original en casa de Cané, y esto lejos de una contradicción podría interpretarse en el sentido de que coexistían independientemente ambos núcleos y que luego se fusionaron en una entidad común. La Asociación prosperó bastante y tuvo que encarar una ampliación de espacio por lo que se decidió alquilar una habitación, donde se instalaron no sin antes dirigir "invitaciones a todos los que suponíamos inclinados a la cosa", como dice López. Estévez Saguí lo ratifica: "Después tomamos una sala en casa particular en la calle Venezuela, entre Defensa y Bolívar, acera que mira al Sur. Formábamos parte la mayoría de los estudiantes."<sup>38</sup>

Se dieron sus autoridades y se aprobó un reglamento. Cada sábado por la noche un socio designado al efecto leía una disertación, cuya materia era establecida previamente. Hecha la lectura se procedía, en la sesión siguiente, a un libre debate después de oídas las críticas a cargo de otro socio también nombrado para el caso. Apelemos una vez más a la *Autobiografía* de López. Dice éste en unos párrafos bien ilustrativos: "Recuerdo que me tocó disertar sobre la época de Alejandro. Yo lo flagelé en grande por haber tiranizado a la Grecia y maltratado la 'interesante familia de Darío', cual Pizarro y Cortés habían hecho con Atahualpa y Moctezuma. Me serví para mi trabajo de mi *Quinto Curcio* latino y de un romance francés titulado *La Casandra*, que después he sabido es una mascarada del reinado de Luis XIV con nombres griegos y persas... Es seguro que no puse nada que no fuese tomado más o menos directamente de esas lecturas; pero fué mi crítico don Laureano Costa y como era un amigo íntimo, con el que nunca discrepábamos, hizo en su crítica mucho elogio de 'mi estilo'. Hablo de esto sólo para dar un golpe de vista sobre las preocupaciones que animaban nuestro espíritu a los veinte años. Félix Frías tuvo que escribir sobre Mirabeau y Martínez de la Rosa, que en ese tiempo comenzaba a brillar. Estaba bien escrita

<sup>37</sup> Los *Apuntes históricos*, inéditos, de Miguel Estévez Saguí, se encuentran en poder del doctor Alfredo L. Palacios. La generosidad del distinguido hombre público nos facilitó la consulta del valioso material histórico que encierran aquellos recuerdos.

<sup>38</sup> López ubica esa habitación en la misma calle Venezuela, pero entre Perú y Bolívar.

su disertación, pero le caímos todos porque presentaba a Martínez de la Rosa como muy superior en todo al tribuno francés. . . .”

Parece que algunas dificultades surgieron en la Asociación, fruto de ciertas divergencias manifestadas en su seno. En una carta, hasta ahora no mencionada, López le comunica a Frías cómo se proponía encarar la situación:

Felix:

desde que oí, la otra noche á [Eduardo] Acevedo, los obstaculos q<sup>o</sup> se oponían á la reunion de la Sociedad, conocí (como tu tambien cono- cerías) p<sup>r</sup> el modo con que hizo su narracion, q<sup>o</sup> tanto él como los demas Socios de su intimidad, tienen poco interés en q<sup>o</sup> se efectúe la d[ic]ha reunion; y lo q<sup>o</sup> menos se puede deducir de su frialdad, es q<sup>o</sup> no están dispuestos á dar paso alguno con este fin. Yo me he determi- nado á hablar á [Miguel] Cané y á ecsigir como Socio q<sup>o</sup> se cumpla con el reglamento. Esta tarde pienso ir á su casa, donde él debe esperarme, p<sup>a</sup> proponerle, en caso q<sup>o</sup> no se haya adelantado nada, q<sup>o</sup> se le mande a [Juan María] Gutierrez una nota firmada p<sup>r</sup> él y alg<sup>s</sup> otros exigiendole una reunion.

Anoche se me olvidó hablarte, y hé aquí la razón p<sup>a</sup> escribirte. Quiero que tu me acompañes, y á la verdad que es un motivo bien justo p<sup>a</sup> hacerles una faltita a [Luis Germán] Vega y á [Benito] Carrasco.

tu affmo. ami<sup>o</sup>

[Firmado] V<sup>to</sup> F. López

Si quieres puedes venir ahora.<sup>39</sup>

Los tropiezos internos de la Asociación —que, como se infiere de la carta recién citada, parece estuvo presidida por Gutiérrez—, unidos al cambio político que significó el ascenso de Rosas al gobierno bonaerense con la suma del poder público en abril de 1835, habrán determinado la conveniencia de disolver la entidad. Pero la lectura y el estudio no se interrumpieron ni resintieron por ello. Cada grupo afín de estudiantes —siempre en simultaneidad con las labores espe- cíficamente universitarias— se ingenió para seguir consiguiendo libros

<sup>39</sup> Cfr. Biblioteca Nacional, Sección manuscritos, *Archivo de Félix Frías*, Doc. N<sup>o</sup> 9738. (Este fondo documental se encuentra ahora en el Archivo General de la Nación.) Se advierte que en la transcripción del texto lo intercalado entre corchetes son aclaraciones que nos pertenecen. Si bien infortunadamente la carta carece de fecha, debe corresponder a lo sumo a los primeros meses de 1835, pues el 10 de mayo de ese año Cané —mencionado en el texto— se ausentó al Uruguay —después de doctorarse en derecho—, donde se radicó durante muchos años.

y revistas europeas, en cuyas páginas se embebían del “nuevo espíritu del siglo”. La generosidad de uno de esos jóvenes, de desahogada posición económica, Santiago Viola, hizo que los nutridos anaqueles de su biblioteca particular estuvieran siempre a disposición de sus camaradas. Los ejemplares de la *Revue de Paris* y de la *Revue Britanique*, a las que estaba suscrito y que él solía prestar, contribuyeron no poco a satisfacer la avidez literaria de aquella generación.

“En ese tiempo —recuerda Alberdi— contraí relación estrecha con dos ilustrísimos jóvenes, que influyeron mucho en el curso ulterior de mis estudios y aficiones literarias: don Juan María Gutiérrez y don Esteban Echeverría. Ejercieron en mí ese profesorado indirecto, más eficaz que el de las escuelas, que es el de la simple amistad entre iguales. Nuestro trato, nuestros paseos y conversaciones fueron un constante estudio libre, sin plan ni sistema, mezclado a menudo a diversiones y pasatiempos del mundo. Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lerminier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó el romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica. Yo había estudiado filosofía en la Universidad por Condillac y Locke. Me habían absorbido por años las lecturas libres de Helvecio, Cabanis, de Holbach, de Bentham, de Rousseau. A Echeverría debía la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de Víctor Cousin, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos precedentes de Alemania en favor de lo que se llamó el espiritualismo.

“Echeverría y Gutiérrez, propendían, por sus aficiones y estudios, a la literatura; yo, a las materias filosóficas y sociales. A mi ver, yo creo que algún influjo ejercí en este orden sobre mis cultos amigos.”<sup>40</sup>

#### V. BREVE HISTORIA DE LA LIBRERÍA DE MARCOS SASTRE

Al cabo de no mucho tiempo pudo restablecerse el diálogo generacional, intenso y abierto. El gobierno de Rosas a lo largo de 1836, bien consolidado en el poder, había ido aflojando un tanto su política represiva. Ese atisbo de tolerancia no fué desaprovechado, como ya se ha visto. Sólo faltaba una oportunidad propicia que canalizara

<sup>40</sup> Cfr. JUAN B. ALBERDI, *Mi vida privada que se pasa toda en la República Argentina*, en sus *Escritos póstumos*, Ed. Francisco Cruz, Bs. As., 1900, t. XV, págs. 294-295.

en la dirección conveniente tantas voluntades dispersas y ansiosas de ser y hacer algo. Desempeña entonces un papel decisivo don Marcos Sastre, quien se propuso organizar en su librería, con la colaboración de parroquianos y amigos, una especie de "club de discusión, de conversación y de lectura". Pero a fin de comprender el sentido cabal de aquella inspiración es necesario historiar brevemente la trayectoria de la librería de Sastre, por su directo contacto y vinculación de años con la juventud de Buenos Aires.

Sastre, por su edad —había nacido en 1808—, pertenecía a la generación que nos ocupa. Natural de Montevideo, emprendió estudios en la Universidad de Córdoba y aun en la Buenos Aires, pero los suspendió sin lograr título alguno. Fué un autodidacto, pues su formación intelectual debió muy poco a las aulas universitarias. De regreso a su ciudad natal, ocupó cargos en la administración pública uruguaya. Allí, en 1832, dió a la prensa su primer obra didáctica,<sup>41</sup> que le vinculó definitivamente a la enseñanza, en la cual, con el correr de los años, brillaría con luz propia como autor de una vasta producción bibliográfica especializada. Para no verse comprometido en las revueltas políticas de su patria, se embarcó en 1833 hacia Buenos Aires.

A mediados de julio de 1833 abrió una librería en la calle Reconquista Nº 54.<sup>42</sup> El aviso inaugural decía textualmente:

#### NUEVA LIBRERÍA

En la calle de la Reconquista núm. 54, meños de cuadra y media de San Francisco para Santo Domingo. Se hallarán en ella obras clásicas sobre varias materias: Derecho, Legislación, Política, Filosofía, Moral, Religión, Educación, &c. &c. Libros elementales para el estudio de los idiomas latino, castellano y francés; y para las primeras letras. Excelentes devocionarios, y algunas buenas novelas. Pintura fina de diversas

<sup>41</sup> *Compendio / de la / Historia Sagrada, / seguido de un / diccionario latino-español, / para el uso de los que desean entender / la lengua latina / Por MARCOS SASTRE, / Oficial Mayor de la Secretaría del Senado de la / República Oriental del Uruguay. / Montevideo: / En la Imprenta de la Caridad / 1832.* (Volumen de 164 páginas in 8°.) Hemos consultado esta rara obra en la Biblioteca Americana de don Enrique Tomasich, distinguido bibliófilo argentino a quien agradecemos su constante y generosa colaboración, que tanto ha facilitado nuestra labor.

<sup>42</sup> Los detalles relacionados con la librería de Sastre y su evolución, son fruto de nuestras propias indagaciones pues hasta ahora este asunto no fué estudiado.

clases, hojas de marfil para la miniatura, pinceles finos ingleses y de la Gran China, papel de marquilla, lápices negros para dibujo de la mejor clase de París, estudios o modelos para dibujo, papel de música, y otros muchos objetos pertenecientes a las ciencias y bellas artes. Hay también varios artículos de mercería y perfumería exquisita: todo a precios moderados.

En dicha librería se compran toda clase de libros y papeles, manuscritos o impresos, nuevos o viejos, en castellano o en latín, griego, francés, inglés, portugués, &c.<sup>43</sup>

Los anuncios insertos en los periódicos son ilustrativos de las elevadas miras de Sastre, quien evidentemente no quería ser un librero más en nuestra ciudad. Apenas unos días después de abierto su establecimiento, se dirige a los estudiantes:

#### AVISO A LOS ESTUDIANTES

En la Librería nueva calle de la Reconquista número 54, se hallarán todos los libros necesarios para los Gramáticos latinos, y otras muchas obras propias para formar las costumbres e ilustrar el entendimiento de la juventud.<sup>44</sup>

La nueva librería comenzó a identificarse pronto con el nombre de su joven propietario, quien se había propuesto reunir allí, además, "toda especie de objetos que tengan relación con las ciencias y las artes". Desde el 30 de octubre de 1833 los avisos hacen referencia, en el encabezamiento, a la "Librería de Sastre". Así se la menciona, por ejemplo, cuando en noviembre de 1834 se puso en venta el volumen de *Los Consuelos* de Echeverría.

Su contacto con los estudiantes era innegable. Hay una curiosa prueba de ello. Una carta de Sastre, publicada en setiembre de 1834, sale al encuentro de una especie difundida de que los estudiantes vendían o malvendían en su establecimiento los libros de uso diario en las aulas. Tras desmentir esa queja de algunos padres, advertía el dinámico librero que todos los volúmenes usados que vende están amparados por una cedulilla que dice que "ha sido comprado en

<sup>43</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, Nº 637, Bs. As., 16 de julio de 1833, pág. 3, col. 3.

<sup>44</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, Nº 646, Bs. As., 26 de julio de 1833, pág. 3, col. 3.



la librería de M. Sastre", con lo que él se responsabilizaba de su origen y de la debida circunspección en la compra.<sup>45</sup>

Pronto el negocio de Sastre requirió un local más amplio para atender a su numerosa y creciente clientela. El día de año nuevo de 1835 es para él todo un feliz suceso: hay mudanza, nombre nuevo en el frente y nueva orientación en el establecimiento. Desde entonces se llamó Librería Argentina, y se instaló en Reconquista N° 72, esto es al lado de su primitiva ubicación, en la misma calle y acera. Unos días después se divulga por la ciudad su anuncio de la organización en su librería de un Gabinete de Lectura, abierto a la suscripción del público a cuya disposición ponía Sastre un millar de obras selectas de las más diversas materias. El hecho trascendía de la esfera privada para adquirir la significación de un acontecimiento cultural de Buenos Aires. Estimamos de interés la transcripción íntegra del anuncio de esa creación de Sastre.<sup>46</sup>

#### GABINETE DE LECTURA

Tengo la satisfacción y la honra de anunciar al público que el Viernes 23 del presente se abrirá un Gabinete de Lectura o Biblioteca pública en la librería de mi propiedad, calle de la Reconquista N° 72, en la cual he procurado reunir los libros más selectos y raros que he podido adquirir en el espacio de muchos años. No pasan de mil los volúmenes que contiene; mas entre ellos se encuentran obras excelentes sobre las Artes y Ciencias más útiles al hombre, y particularmente las más necesarias para nuestro país. Allí la juventud estudiosa podrá recoger las más bellas flores y los frutos más sazonados y exquisitos de toda la Literatura. El padre de familia hallará los mejores tratados de educación. El hombre religioso, el pensador que quiera penetrarse de la verdad de nuestra religión, hallará escritores sabios y elocuentes que al paso que ilustren su entendimiento, le deleiten con las bellezas del estilo —un Crisóstomo, un Cipriano, un Bossuet, un Massillon, un Fenelón, un Chateaubriand. El que desee estudiar el Libro más admirable y sublime, lo hallará con las mejores versiones, notas y disertaciones sapientísimas. El filósofo podrá meditar con los Plutarcos, los Epictetos, los Cicerones, los Sénecas, los Vives, y con los modernos Pope, Young, Zimmermann, Saint-Pierre, Steward, Herder, &c. El agricultor podrá leer y estudiar los mejores libros de Agricultura que se han publicado en España, Fran-

<sup>45</sup> Cfr. *La Gaceta Mercantil*, N° 3390, Bs. As., 20 de setiembre de 1834, pág. 2, col. 4.

<sup>46</sup> Cfr. *La Gaceta Mercantil*, N° 3490, Bs. As., 22 de enero de 1835, pág. 3, col. 4; y *Diario de la Tarde*, N° 1088, de igual fecha, pág. 3, col. 3.

cia e Inglaterra. El aficionado al cultivo de las flores hallará los tratados más modernos de Jardinería. El amigo de los campos se recreará con la deliciosa lectura de Vanière, Saint Lambert, Sturm, Salas y Delille. El artista, el artesano, el hombre industrioso, podrán entresacar los secretos de su arte de algunos libros de Química, Economía, Mecánica, Pintura y otras Artes y Ciencias. También se ha colocado en los estantes del Gabinete a Plinio, Buffon, Bonnet... para los amantes de la Historia Natural; a Linneo, Quer, Mirbel, para los que se dan al estudio de la Botánica; a Quintiliano, Blair, Capmany... para los que aspiran a la elocuencia; el grande y famoso Atlas de Blaeu que contiene las mejores cartas generales y particulares de todas las partes del mundo, para los que estudian la Geografía; y excelentes gramáticas, Diccionarios y otros tratados sobre el griego, el latín, el francés, el inglés y el italiano, para los que se dedican al estudio de los idiomas. Entre los Políticos se hallarán los clarísimos Aristóteles, Moro, Saavedra, Jovellanos, Mably, Cabanis, Beccaria y Ganilh. Aunque hay otros muchos célebres políticos modernos, pero como se han multiplicado, tanto en el día las ediciones de sus obras, me ha parecido innecesario colocarlos en mi Biblioteca. No sucede así con las buenas versiones de los clásicos griegos y latinos, que son tan raras entre nosotros; y por lo mismo se encontrarán en el Gabinete las mejores traducciones de las obras de Virgilio, Horacio, Cicerón, Séneca, Salustio, Tito Livio, César, Valerio Máximo, Nepote, Demóstenes, Isócrates, Lisias y otros. A los que quieran hacer un estudio formal de la lengua castellana para hablarla con pureza y elegancia, se les ofrece, además del gran Diccionario de la Academia Española en 6 volúmenes, la inmortal obra de Sicilia, sobre la Ortología y Prosodia, y los maestros León, Saavedra, Cervantes, Quevedo, Isla, Jovellanos, Fajardo, Quintana, &c. Y como no es de menor importancia la sanidad del cuerpo que la cultura del alma, he reunido los mejores autores de Higiene y Medicina doméstica.

Tampoco faltan historias agradables, buenas poesías, novelas divertidas e instructivas que pueden distraer útil y deleitosamente al que quiera vacar a sus fatigosas ocupaciones. Estarán también todos los periódicos de esta capital y algunos de Europa que se harán traer en adelante.

Ningún autor impío, ningún libro inmoral, ni de máximas peligrosas o falsos principios se hallará en el Gabinete de Lectura: por manera que los padres pueden mandar allí a sus hijos, con la seguridad de que no leerán sino libros que les inspiren amor a la religión y a la virtud, amor al saber, afición al estudio y al trabajo, tedio a la ociosidad y aversión a todo lo que sea contrario a la sana moral y a la verdadera ciencia.

MARCOS SASTRE

El Gabinete de Lectura estará abierto diariamente desde las 7 de la mañana hasta las 2 de la tarde, y desde las 5 hasta las 10 de la noche.

*Precios de la subscripción*

Por un trimestre .....	7 \$
Por un mes .....	3 \$
Por una semana .....	12 rs.
Y por una vez .....	2 rs.

Es permitido hacer apuntes y extractos de cualesquiera libros del Gabinete.

El Gabinete de Lectura fué recibido con unánime simpatía. Resumiendo esa impresión general, atengámonos a una publicación periodística que recogiera las manifestaciones elogiosas de un lector que había concurrido a la librería de Sastre. La breve nota —suscripta por A. (¿de Angelis?)— dice textualmente:

Hace algún tiempo que las personas estudiosas sentían la necesidad de una biblioteca pública abierta a todas las horas del día y particularmente en las de la noche, que son las más silenciosas y desocupadas. Para llenar este vacío ha establecido D. Marcos Sastre en la casa de su librería un Gabinete de Lectura, compuesto de obras escogidas pertenecientes a su uso particular. Las hemos examinado cuidadosamente y llenan todos los deseos y todas las inclinaciones de los concurrentes. Las ciencias, las artes y la literatura pueden estudiarse con provecho en el Gabinete de Lectura y distraer la contracción forzosa que requieren estas materias con otras obras de entretenimiento al mismo tiempo que útiles, todas muy bien escogidas y abundantes.

Hemos notado con agrado que en el Gabinete de Lectura del Sr. Sastre no se halla ninguno de aquellos libros que extravían el juicio, pervierten la moral y las costumbres y que por desgracia suelen ser buscados con ahínco por la maestría con que ocultan el mal entre atavíos vistosos y máscaras seductoras. Nosotros damos al joven propietario de este Establecimiento las más sinceras gracias y le deseamos que recoja con profusión los frutos agradables que son por lo general el premio merecido de las empresas útiles.<sup>47</sup>

<sup>47</sup> Cfr. *La Gaceta Mercantil*, N° 3499, Bs. As., 3 de febrero de 1835, pág. 2, col. 2.

En julio de 1835 anunció la Librería Argentina haber recibido "las mejores obras que puedan desearse para formar una biblioteca de gusto, hasta el número de tres mil ejemplares". Los detalles de autores y títulos ocupan largas columnas en los anuncios periodísticos. También publicó catálogos impresos —que se distribuían gratuitamente— de las obras ofrecidas en venta.<sup>48</sup> En julio de 1836 la Librería Argentina, en ampliación constante, se traslada a la calle Victoria N° 136, "del Cabildo más de cuadra y media para el poniente". Y en noviembre del mismo año, Sastre enriquece sus anaqueles al adquirir y fusionar a su establecimiento la conocida librería de Teófilo Duportail. Simultáneamente inicia la suscripción para la lectura de obras francesas, creando así en Buenos Aires el práctico y económico sistema de biblioteca circulante —mediante un módico abono mensual se ofrecían obras a elección con "la comodidad de leerlas en la casa"—, que después fué imitado por sus colegas de la ciudad.<sup>49</sup> Contribuyó Sastre decididamente a la divulgación de los libros al mayor número posible de lectores. Eran famosos sus "baratillos extraordinarios" con ofertas de volúmenes a dos pesos y hasta a un peso cada uno.

Vicente Fidel López nos ha dejado una estampa ya clásica del celebrado librero, según sus impresiones de aquellos años: "Sastre era muy conocido y popular entre los estudiantes. Era bastante eru-

<sup>48</sup> Tenemos entendido que el distinguido estudioso don Rafael Alberto Arrieta posee en su selecta biblioteca un ejemplar del rarísimo catálogo de la Librería Argentina, que corresponde precisamente a julio de 1835.

<sup>49</sup> Otros libreros siguieron el ejemplo de Sastre y organizaron sendas bibliotecas circulantes. Mompíe e Isac lo adoptaron en abril de 1837, en la confianza de que "el público ilustrado de Buenos Aires no dejará de patrocinar una empresa que tiende directamente a una utilidad común". En agosto hizo lo propio la Librería Nueva, publicando con tal motivo un anuncio en los diarios de la ciudad intitulado así: "Advertencia ¡¡¡Al mundo elegante!!!", donde entre otras cosas se decía: "La ilustración, esta necesidad nacional, es el medio que puede conducirnos al grado de esplendor y perfectibilidad social que forman el risueño y necesario porvenir del pueblo Argentino. La ilustración tiene sus grados, su carácter, sus formas: es armónica con la respectiva condición social. Contribuir a generalizarla en la clase más delicada y preciosa de nuestro país es el objeto que nos proponemos." En abril de 1838 también incorporó la nueva modalidad la librería de Ortiz. No olvidemos, por lo demás, que el Salón Literario, en julio de 1837, ofreció poner a disposición de sus suscriptores no sólo las obras más importantes de la literatura moderna existentes en su escogida biblioteca sino que prometía hacer venir "constantemente de Europa los mejores periódicos literarios y científicos, y todas las obras nuevas de más crédito que se publiquen en francés, inglés, español o italiano".



dito y el primer bibliógrafo de aquellos días. Había abierto, desde años atrás, una librería en la calle Defensa entre Belgrano y Moreno, frente de las casas de Plomer, donde hemos vivido,<sup>50</sup> y por consiguiente, a la vuelta inmediata de la Universidad. A poco tiempo su librería se hizo para nosotros un lugar de visita diaria. Allí vendía y cambalacheaba toda clase de libros, y sobre todo buscaba los muy viejos, sobre cualquiera materia que fuese. Se extendió bastante su crédito; y no sólo estudiantes, sino gentes de mayor entidad concurrían; porque no sólo tenía abundancia de mercancía, sino que daba noticias, de dónde, de cómo, de qué forma, etc., podía hallarse o pedirse la obra que se buscaba. Era un consejero siempre dispuesto a indicar lo que sabía, con un laconismo y una seriedad en la que no transpiraba nada de mercantilismo; mostraba lo que tenía si se lo pedían o se lo indicaban."

#### VI. EL SALÓN LITERARIO

Y bien, don Marcos Sastre, durante los primeros meses de 1837, se propuso organizar con los más calificados *habitués* de su negocio una institución cultural de cierta jerarquía. Era la culminación de quién sabe cuántas pláticas con sus clientes, ya tornados en amigos identificados por comunes aspiraciones. Allí en esa librería Echeverría trabó contacto directo con muchos jóvenes universitarios, que debían escuchar embelesados su palabra. Una generación argentina estaba encontrando su destino. Entre libros se gestaba una empresa de trascendencia histórica. A Sastre le corresponde, en consecuencia, el mérito de intuir el sentido de la oportunidad y de vislumbrar en la misma la iniciación de una etapa esencial en el desarrollo argentino. Con gran sagacidad aprovechó la romántica efervescencia juvenil y las inquietudes intelectuales de algunos maduros parroquianos de la Librería Argentina.

Planteó la idea a los jóvenes más representativos como Gutiérrez y Alberdi, y es de imaginar el caluroso apoyo que les mereció. En cuanto a Echeverría, debió también mostrarse entusiasmado por la sugestión de Sastre, pero no lo suficiente. Y si bien comprometió

<sup>50</sup> Contrariando la intimidad de este recuerdo se ha visto ya que Sastre nunca tuvo su librería en el lugar que indica López. Sólo se halló en las cercanías de la Universidad cuando, a partir de julio de 1836, se instaló en la calle Victoria, en sus dos direcciones consecutivas.

su colaboración parecía no confiar mucho en el éxito de la empresa. Aunque tomó parte en las veladas del Salón y desempeñó allí más luego un papel decisivo, las circunstancias posteriores le dieron la razón.<sup>51</sup>

El plantel de socios y la experiencia de la extinguida Asociación de Estudios Históricos y Sociales facilitó considerablemente la tarea de Sastre, quien se entregó de lleno a organizar un Salón Literario "con mayores elementos de acción y de vida propia".

Resuelto definitivamente Sastre a concretar sus planes —se contaban ya, por anticipado, con unos cincuenta socios—, buscó una casa propicia, con varios ambientes en los cuales pudiera actuar el Salón con cierta autonomía. El 16 de mayo de 1837 habilita la Librería Argentina su nuevo local, en la calle Victoria número 59, "dos cuerdas y media de la plaza para el campo". Los jóvenes amigos de Sastre aceleraron los preparativos difundiendo y explicando el proyecto a sus camaradas universitarios.

Es raro que el periodismo de Buenos Aires no haya registrado aviso o noticia alguna sobre la fundación del Salón Literario, por lo que hasta ahora se ignora con precisión el día en que inició sus actividades. Generalmente los estudiosos han aceptado como tal el 23 de junio de 1837.<sup>52</sup> La primera reunión pública se celebró el lunes

<sup>51</sup> Hasta ahora nadie reparó en un hecho que estimamos muy sugestivo. Si, como hay múltiples testimonios, Echeverría era por esa época la principal personalidad literaria de Buenos Aires, ¿cómo es posible que no ocupara la tribuna del Salón en el acto inaugural? Incluso parece que no asistió a esa ceremonia. De otro modo es seguro que los concurrentes hubieran reclamado su palabra, tal como hicieron con Vicente López y Planes.

<sup>52</sup> La fecha del 23 de junio de 1837 se funda en el dato ofrecido por Echeverría en su *Ojeada retrospectiva*, pero éste, con evidente error en cuanto al año, se refería a la Asociación. En 1937, con motivo de celebrarse lo que se creía el centenario de la Asociación de Mayo, se efectuaron varios estudios que demostraban que esa Asociación es de 1838 y que el Salón correspondía a 1837. Las confusas referencias existentes hasta ese momento ubicaban al Salón en 1835 o 1836. Cfr. ERNESTO MORALES, "Echeverría a los cien años", en *La Prensa*, Bs. As., 25 de abril de 1937; PASCUAL GUAGLIANONE, "Cuándo se fundó la Asociación de Mayo", [Resumen de la conferencia] en *Centro de Estudios Históricos* (Publicación de la Universidad Nacional de La Plata), t. XXI, N° 10, Año 1937, La Plata, 1938, págs. 14-15; AGUSTÍN RIVERO ASTENGO, "El Salón Literario de Marcos Sastre", en *La Nación*, Bs. As., 30 de mayo de 1937; RAFAEL ALBERTO ARRIETA, "Notas sobre el Salón Literario de 1837", en *La Prensa*, Bs. As., 6 de junio de 1937; RAFAEL ALBERTO ARRIETA, [Síntesis de una disertación académica], en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, t. V, N° 18, Bs. As., abril-junio de 1937, págs. 336-337; DARDO CORVALÁN MENDILAHARSU, "Las dudas acerca del año en que se

26 de ese mes y, en consecuencia, el acto inaugural debe siempre corresponder a una fecha anterior.<sup>53</sup> Si admitimos el dato de López, corroborado por Florencio Balcarce, de que el Salón se inauguró un domingo, en este caso tendríamos el día 25 de junio. Cabe aún otra posibilidad. Algo difícil es admitir que al día siguiente de su instalación ya se celebre la primera reunión ordinaria, por lo que —siempre si pensamos, siguiendo a López y a Balcarce, que ese acto tuvo lugar un domingo— bien podría resultar esta otra fecha: 18 de junio. Esta es, en nuestra opinión, la fecha inaugural que —siempre en plano hipotético, sujeto a ulterior rectificación o ratificación documental— se acercaría más a lo verosímilmente posible.<sup>54</sup>

El Salón Literario se instaló en dos amplias habitaciones en la trastienda de la librería de Sastre. Imaginemos acercarnos allí. Atravesamos el negocio —ornamentado con mapas desplegados, pinturas y retratos— con su mostrador y estantes pléticos de volúmenes a la rústica o encuadernados sobre las más disímiles materias y en varios idiomas. Casi en un extremo del local enfrentamos una puerta entreabierta. Separamos con las manos un cortinado que cierra el paso y entonces sí, ahí está el Salón. Lo que primero admira nuestra curiosidad son dos severos armarios de caoba, abiertos, mostrando en su generoso interior anaqueles con libros. Y aplicados a la pared varios estantes con más libros; unos cuantos cientos, acaso un millar, cuidadosamente alineados en doble fila. Mirando al pasar los lomos de algunos volúmenes, nos encontramos con Sainte-Beuve, Lermínier, Montaigne, Shakespeare, Delavigné, Hugo, Villemain, Destutt de Tracy, Byron, Dumas, Lamennais, Herder, Lamartine, Robertson, Constant, Béranger... y un poco más arriba, con Jovellanos, Cer-

fundó la Asociación de Mayo son motivo más para suplir con documentos las deficiencias de la historia", en *La Razón*, Bs. As., 1º de julio de 1937; DARDO CORVALÁN MENDILAHARSU, [Carta al diario *La Nación*], en *La Nación*, Bs. As., 3 de julio de 1937. Con posterioridad debe citarse muy especialmente la edición crítica y documentada del *Dogma Socialista* de Echeverría, que con sustancial prólogo de Alberto Palcos, dió a conocer en 1940 la Universidad Nacional de La Plata, aclarando definitivamente la cuestión —en cuanto al año— en base a una numerosa serie de testimonios no utilizados en las investigaciones anteriores.

<sup>53</sup> El primer aviso de las actividades del Salón Literario se publicó en *La Gaceta Mercantil*, N° 4214, Bs. As., 26 de junio de 1837, pág. 3, col. 4.

<sup>54</sup> En el párrafo inicial del discurso de Alberdi se expresa: "No hace muchas mañanas que el cañón de Mayo vino a quitaros el sueño, para advertiros que estaban cumplidos 27 años a que nosotros entramos en un movimiento nuevo y fecundo."

vantes, Ulloa, Fray Luis de León, Feijóo, Larra, Saavedra Fajardo, Calderón, Quintana, Espronceda... En otro estante, consagrado a clásicos, Tácito, Plinio, Cicerón, Virgilio, Horacio, Juvenal, Lucrecio, Séneca... Y más autores, Cabanis, Sismondi, Bentham, Cuvier, Locke, Vico, Rousseau, Linneo, Adam Smith, La Harpe, Franklin... De pronto tropezamos con Andrés Bello y casi a su lado la *Historia civil* del Deán Funes, *Vida y memorias de Mariano Moreno*, la *Campaña de la Sierra de Arenales*, *La Lira Argentina*, la *Memoria sobre pesos y medidas* de Senillosa, obras de derecho de autores nacionales, como Antonio Sáenz, Pedro Somellera, Manuel Antonio Castro, los cursos de ideología de Juan Crisóstomo Lafinur y de Fernández de Agüero; y periódicos ya viejos como la *Gaceta*, *El Argos* y *La Abeja*... En lo alto del testero principal una inscripción latina: "Abjiacimus ergo opera tenebrarum et induamur arma lucis".<sup>55</sup> Sillas de esterilla y mesitas de caoba, cubiertas algunas de éstas con variedad de revistas europeas, completan el mobiliario. Varios candelabros de plata sobre un bargueño parecían aguardar la noche, prestos a hacer ofrenda de su luz.

La austeridad de esta sala de lectura contrasta con la contigua —ambas tienen puertas independientes que dan al ancho patio emparrado—, un verdadero museo de cuadros, miniaturas y curiosidades. Junto a una escena báquica una magnífica vista de Buenos Aires; tres paisajes pequeños enfrentan a otras tantas miniaturas que representan sendas jóvenes hermosas. Por allí unas pinturas chinescas al óleo, un rey David pequeño, un San Pedro haciendo penitencia, un Nacimiento de Jesucristo, y dos colecciones de flores hermosísimas pintadas en papel de arroz. En un rincón un busto de mármol de la emperatriz María Luisa de Austria. En otro muro, una pesada espada del tiempo de la conquista de América junto a otra arma similar de un mandarín de la China. Un escritorio mediano con lámparas y reloj de sobremesa, presidiendo la habitación, canapés y numerosas sillas, nos recuerdan que estamos en una acogedora sala de conferencias. Aquí y acullá, macetas de cristal y floreros de mármol con rojas florecillas invernales, un gran espejo con marco dorado y otra vez candelabros de plata. Todo, todo, generosamente cedido por el dueño de casa, poseedor de un exquisito buen gusto que sus ahorros han ido satisfaciendo a lo largo de años de duro bregar en el hechicero comercio de los libros.<sup>56</sup>

<sup>55</sup> "Arrojemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de luz", palabras de la *Epístola de San Pablo a los Romanos*, XIII, 12.

<sup>56</sup> Esta reconstrucción de ambientes la hemos realizado siguiendo en lo

Por fin, deshojando el calendario, llegamos a aquel domingo de junio en que, "con música en el patio", se inauguró el Salón Literario. Para darle al acto la trascendencia y realce necesarios cursó Sastre con suficiente antelación invitaciones a destacadas personalidades intelectuales de la ciudad, a las cuales suponía afectas a manifestaciones culturales como la que ahora se proponía. Era de prever, no obstante, que algunos invitados habrían de rehuir el compromiso y en efecto no se hicieron presentes aquella tarde. Pero ciertas ausencias debieron pasar desapercibidas ante la calidad del auditorio congregado. Echemos, pues, ahora una ojeada para reconocer a la concurrencia, bien numerosa y expectante.

En las primeras filas se apretujaba la juventud estudiosa, esa que —para decirlo con palabras de Gutiérrez— "como una corriente pura circulaba por Buenos Aires y bajaba con ímpetu, curiosa de mayor saber, desde las alturas laicas de la Universidad y del Colegio de Ciencias Morales".<sup>57</sup>

Allí estaban Juan Bautista Alberdi, el más inquieto de los inquietos, ya autor de varios opúsculos publicados a esas fechas y con un respetable caudal de conocimientos filosóficos y sociales; Juan María Gutiérrez, graduado en jurisprudencia, topógrafo, poeta y serio estudioso de la literatura; Manuel José Quiroga Rosas, apasionado de la acción, el que no podía soportar hayan ideas sin realizarse; Juan Thompson y Félix Frías, fervientes católicos, laboriosos impulsores de las letras nacionales; Miguel Irigoyen, lúcido expositor de la trascendencia social del arte; los hermanos Demetrio y Jacinto Rodríguez Peña, Avelino Balcarce, Vicente Fidel López, Gervasio Antonio Posadas, descendientes todos ellos de próceres de la Independencia; y Carlos Tejedor, Enrique de la Fuente, los hermanos José y Luis L. Domínguez, los hermanos Carlos y Manuel Eguía (agrimensor este último); Benito Carrasco, Laureano Costa, Pastor Obligado, Santiago Viola, Rafael Jorge Corvalán, José Barros Pazos, Nicanor Albarells, Santiago Albarraçín, Miguel Estévez Saguí, Mariano Sarraatea, Luis Méndez, José María Cantilo (estudiante de farmacia), Andrés Somellera, Gregorio Alagón, Fermín Orma, Félix Tiola, Eduardo Ace-

esencial la nómina de objetos artísticos de su propiedad, que Sastre tuvo que liquidar al clausurarse el Salón, y que se publicó como aviso de la casa de remates de Tomás Gowland en *Diario de la Tarde*, N° 1987, Bs. As., 14 de febrero de 1838, pág. 3, col. 4.

<sup>57</sup> JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *Noticias biográficas sobre don Esteban Echeverría*, en *Revista del Río de la Plata*, t. VIII, N° 29, Bs. As., 1874, págs. 3-84.

vedo (el talentoso oriental), Juan Ramón Muñoz, Santiago Calzadilla... Pero la nómina no se agota aquí. También se acercaron José Marmol, el futuro poeta; Claudio Cuenca, quien cursaba el último año de la carrera de medicina;<sup>58</sup> y José Pedro Esnaola, músico popular. Otros jóvenes, de idéntico idealismo bullente, por razones de distancia y ocupación no estuvieron allí, pero en el recuerdo de los muchachos porteños estaban presentes los ex camaradas de estudios que ya ostentaban títulos doctorales, como el sanjuanino Antonino Aberastain, los tucumanos Marco Avellaneda y Brígido Silva, y el salteño Pío Tedín.

Aquí es conveniente una ilustrativa acotación. Los jóvenes universitarios, que ya bastantes obligaciones tenían que cumplir en las aulas —debían concurrir diariamente por la mañana y por la tarde—, buscaron procurarse recursos con qué subvenir a sus gastos, porque pocos tuvieron la suerte de que sus progenitores estuvieran en condiciones de brindarles amplia ayuda material, como ocurrió, por ejemplo, con Vicente F. López, cuyo padre era vocal del Superior Tribunal de Justicia de la Provincia. Algunos, aun en esa situación buscaron independizarse de la tutela económica paterna, como Rafael J. Corvalán, quien siendo hijo del general Manuel Corvalán, edecán de Rosas, se desempeñó como empleado en la Biblioteca Pública. Otros recurrieron a empleos mercantiles, tal es el caso de Alberdi y de Estévez Saguí. Pero las ocupaciones más apetecidas eran las oficinas de la administración pública. Laureano Costa fué durante algún tiempo, oficial escribiente en el Ministerio de Hacienda; y cargos similares tuvieron Enrique de la Fuente, en el Ministerio de Gobierno; Demetrio Rodríguez Peña y Juan Thompson, en el Ministerio de Relaciones Exteriores; Benito Carrasco, auxiliar en el Archivo General, etc. Por su parte, Juan María Gutiérrez era segundo ingeniero del Departamento Topográfico que dirigía el coronel José Arenales. Y con estudios y conchavos se ingeniaban por encontrar tiempo para reunirse en grupos, leer y debatir. Ya encontra-

<sup>58</sup> El malogrado poeta caído en la jornada de Caseros, estaba vinculado ideológicamente a su generación de 1837, aunque no consta que militara en la empresa común. La afinidad de su pensamiento doctrinario, su concepto de la Revolución de Mayo y del desarrollo nacional y hasta la terminología filosófico-social que utilizara, coincide con el de sus camaradas universitarios y esto puede verificarse en un olvidado opúsculo de que es autor: *El doctor D. José M. Gómez de Fonseca, juzgado por UN CONTEMPORÁNEO* [CLAUDIO M. CUENCA], Imprenta Argentina, Bs. As., 1844.

rían tiempo para más aún. No olvidemos, además, que hasta 1835, cuando se suscitaban debates sobre cuestiones trascendentales en la Legislatura bonaerense —cuyo recinto se hallaba al lado de la Universidad, en la misma “manzana de las luces”— solían escabullirse de las aulas para participar allí, desde la barra, en ruidosos incidentes que agitaban más aún el ambiente político de la ciudad. Pero estas travesuras y aquellas labores no incidían en el rendimiento de los estudios. En la distribución de premios universitarios que anualmente se hacía a los mejores alumnos, encontramos casi invariablemente los nombres que luego la historia haría célebres.<sup>59</sup> Hasta tuvieron un temprano mártir en Esteban Badlan, asesinado por la Mazorca en abril de 1834, cuando contaba poco menos de veinte años de edad. En fin, éstos eran los estudiantes “presumidos y holgazanes”, como de Ángelis les calificaría con peyorativa y malévolamente intención!

Prosigamos. La solidaridad sentimental e ideológica agrandaba el núcleo de los jóvenes que inauguraban el Salón Literario. Desde Montevideo les acompañaban Miguel Cané, Bartolomé Mitre y el brillante y activísimo uruguayo Andrés Lamas; y más lejos, en París, Florencio Balcarce. Otros jóvenes, diseminados en el interior de la República, suscribirían la empresa que comenzaba y la harían suya, como Domingo F. Sarmiento, Benjamín Villafañe, Francisco Álvarez, Paulino Paz, Santiago Cortínez, Saturnino Laspiur...

Por la edad también pertenecían a esa generación Florencio Varela y Ventura de la Vega, pero el primero —en su exilio montevidiano— respondía en estética y en política a los cánones de la generación anterior; y en cuanto al otro, ausente de la patria desde la infancia, su estada en la corte de Madrid le alejó de las inquietudes rioplatenses pero siempre tuvo palabras de recuerdo y simpatía para la tierra natal y las luchas de sus compatriotas. En cuanto a José Antonio

<sup>59</sup> A título de ejemplo veamos la nómina correspondiente a 1835 de estudiantes calificados de sobresalientes en los exámenes “por su aplicación y progresos”. En segundo año de jurisprudencia: Enrique de la Fuente, Eduardo Acevedo, Mariano Sarraitea y Marcelino Carvallido. En primer año de jurisprudencia: Mariano Beascochea, Carlos Tejedor, Ramón Quiroga, Vicente Fidel López, Miguel Estévez Sagui y Benito Carrasco. En primer año de filosofía en el Departamento de Preparatorio: Félix Frías, José Tomás Guido, Florencio Balcarce, Miguel Irigoyen, José Domínguez, Juan Manuel Victorica y José Gaffarot. Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1270, Bs. As., 9 de setiembre de 1835, pág. 1, cols. 1-2. Acotemos, además, que entre los socios del Salón de 1837 se encontraba casi la mitad de los practicantes miembros de la Academia Teórico-Práctica de Jurisprudencia.

Wilde —autor luego del celebrado retrospecto *Buenos Aires desde setenta años atrás*—, joven meritorio él también, seguramente debió ser contertulio del Salón, pues como editor de *El Cancionero Argentino* contrajo vínculos de amistad con algunos que serían socios y dirigentes de aquel establecimiento.

Parece que no obstante encontrarse en la ciudad, faltaron algunos jóvenes a la cita: sus razones tendrían, como Nicolás Mariño, ex discípulo de Alberdi, redactor de *La Gaceta Mercantil*; y José Rivera Indarte, publicista arrebatado e intolerante. Compensaban largamente esas ausencias otras gentes que se acercaron al Salón por compartir de algún modo los ideales renovadores o por mera curiosidad, aunque algo mayores que los muchachos congregados en la casa de Sastre. Tales Mariano Fraguero, el economista; Dalmacio Vélez Sársfield, el jurisconsulto; Miguel Piñero, el periodista; y José María Fonseca, celebrado médico. También estuvo el venerado patricio don Vicente López. Y María Sánchez de Mendeville, Mariquita, animadora de tertulias literarias. En cambio, no creemos que Diego Alcorta, el querido catedrático, estuviera; se habrá excusado por escrúpulos bien comprensibles. Algunos extranjeros prestaron su espontánea colaboración a la flamante empresa, como Federico von Schentein, entusiasta difusor de la literatura alemana; Felipe Senillosa, ingeniero y sabio español aquerenciado en Buenos Aires, y por entonces diputado en la Legislatura; Juan Hughes, inglés inquieto, conocedor de las letras de su patria; Pedro de Ángelis, estudioso, publicista y bibliófilo; y Juan Bautista Cúneo, italiano exilado, propagandista de las ideas mazzinianas.<sup>60</sup>

Y presente físicamente o no, estaba allí, en la conciencia de todos, el ejemplo y la palabra señera de Echeverría. El poeta romántico del Plata, el poeta por antonomasia, se encontraría justamente allí con su destino cívico, ganando el país el orientador de un movimiento histórico que aún palpita en las entrañas de nuestro pueblo.

Antes de abocarnos a los discursos inaugurales pronunciados en aquella jornada vespertina, estimamos imprescindible hacer algunas pequeñas consideraciones sobre las corrientes ideológicas que convergieron en el Salón. En verdad, esas corrientes corresponden a facetas diversas del movimiento intelectual de la época. Los jóvenes, de acuerdo con sus propias inclinaciones y predilecciones, admitieron las novedades que en cada caso se venían produciendo en Europa, y al inte-

<sup>60</sup> Fraguero, Vélez Sársfield, Piñero y Cúneo residían por entonces en Buenos Aires.

grarse el movimiento generacional esas parcialidades culturales se aportaron a una elaboración doctrinaria de conjunto. En el campo filosófico, Cousin resultó todo un hallazgo. Pero su eclecticismo acomodaticio, doctrina de la Restauración, pronto fué repudiado por los jóvenes, quienes por boca de Alberdi lo calificaron de transacción impura entre el pasado caduco y el espíritu nuevo. En plano de igual censura resultaron aquí Royer-Collard y Guizot, por haberse quedado al margen del progreso social. Lerminier —de quien también abjurarían después por su equívoca conducta— influyó notablemente en la filosofía del derecho. Jouffroy facilitó un dinámico concepto historicista. Por Quinet y Michelet se conocieron aquí Herder y Vico, aunque este último fué divulgado en realidad por de Angelis; Saint Simon y Leroux son las fuentes donde nuestros jóvenes abrevaron los planteos sociales con sus utópicos ensueños de transformación progresista de la humanidad. Por Tocqueville vislumbraron las posibilidades ciertas del desarrollo de los países hispanoamericanos a ejemplo de lo operado en los Estados Unidos. La exaltación revolucionaria debe bastante a Mazzini. Un apasionado cristianismo renovador se concreta en las páginas vibrantes de Lamennais. Por supuesto que el influjo del liberalismo clásico del siglo XVIII se hacía sentir, pero se lo admitía ya con ciertos reparos en orden a sus consabidas limitaciones. Villemain, Sainte-Beuve, Schlegel y Fortoul, aportaron sendas exposiciones críticas de la literatura. Y para concluir, la conmoción mayor: el deslumbramiento del romanticismo literario, con Chateaubriand, Byron, Vigny, Hugo, Lamartine, Musset, Dumas... Pero no se olvide la contribución española de un Espronceda y sobre todo de Larra.

La sensibilidad romántica, introducida entre nosotros por Echeverría, prendió rápidamente en la juventud porteña porque implicaba emancipación de inflexibles normas tradicionales, desborde de lirismo, una vuelta a la espontaneidad en la captación de la naturaleza y en la expresión de los sentimientos; exaltación de lo nacional y fe ilimitada en el progreso de los pueblos cuya hermandad se glorificaba. El romanticismo —impetuosa rebeldía en una sociedad conservadora— era renovación intelectual, libertad creadora.

Y aquí, entre nosotros, esas energías en marcha se enlazaban con la verificación esencial de que era imperativo perfeccionar, completar y concretar el programa transformador de la Revolución de Mayo, postergada y casi olvidada en medio de tantos embates políticos, tan pertinaces como esterilizantes.

Ahora sí, conociendo qué alas interiores impulsaban los anhelos juveniles, nos será fácil captar la verdadera trascendencia del acto celebrado en el Salón Literario, de cuya apertura se trataba precisamente.

## VII. LOS DISCURSOS INAUGURALES

El primero en ocupar un improvisado estrado para oradores, fué el promotor de la idea, don Marcos Sastre (28 años de edad). Le tocaba exponer el plan, objeto y tendencias del flamante establecimiento, y lo hizo bajo el título de *Ojeada filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la Nación Argentina*.

Como paso inicial se proponía, con la colaboración de los "muy estimables individuos que concurren con sus luces y sus recursos para fomentarlo y sostenerlo", ofrecer una escogida biblioteca y una serie de disertaciones. Tanto éstas como los anaqueles debían trasuntar los progresos que las nuevas ideas de la época iban haciendo en lo artístico, científico y económico, y consideradas en sus posibilidades de aplicación en nuestro país.<sup>61</sup> A Sastre le preocupaba seriamente en ese momento que nos quedásemos a retaguardia de la "marcha del espíritu del siglo", pero esa adopción correspondía hacerse sin apresuramiento ni violencia, mediante lo que él llama y subraya "progreso pacífico". La paz y el orden debían ser las grandes columnas en que se habría de apoyar la nueva arquitectura institucional y moral. De allí deduce que el gobierno de Rosas, "poder fuerte", dotado de inflexible energía como de "tanto amor al orden", es "el único conveniente, el único poderoso para allanar los caminos de la prosperidad nacional". Esas y otras manifestaciones elogiosas para el entonces gobernador insertas en el discurso, no pueden tomarse —como generalmente se ha hecho— estimándolas simples concesiones a las circunstancias políticas. El esquema trazado por Sastre en su discurso, es bastante coherente consigo mismo y lo que importa más, andando el tiempo se afirmó en sus propias convicciones.<sup>62</sup> Expresa asimismo

<sup>61</sup> Dirá luego Alberdi: "Aquí no se trata de leer por leer. Habría sido frívolo suscribirse con un semejante objeto. Se trata nada menos que de alistarse para llenar una exigencia de nuestro desenvolvimiento social."

<sup>62</sup> No olvidemos que al clausurarse el Salón —como veremos en seguida— Sastre pudo emigrar y afincarse en el Uruguay, al fin y al cabo su tierra nativa; pero no lo hizo así y considerándose orgullosamente ciudadano argentino permaneció en la provincia de Buenos Aires. Su actuación posterior, en tiempos de Rosas, le muestran un convencido federal, enemigo de lo que

su antipatía a las ideas e instituciones extranjeras que no se prestan a una adecuación a las particularidades nacionales. Formas de gobierno, sistemas educacionales y escuelas literarias, se experimentaron aquí con suerte diversa aunque generalmente —para él— con intención o consecuencias meramente plagarias y por consiguiente ocasionando ecos de impopularidad.

Pero Sastre, joven él mismo, tenía plena confianza en el papel protagónico de la juventud en la transformación y progreso social de la República. La organización misma del Salón lo estaba evidenciando. "La nación tiene en su seno una juventud —afirma— adornada de las más bellas cualidades que puedan ennoblecer al hombre; una juventud dotada de los más puros, nobles y generosos sentimientos; llena de capacidad, animada del más grande amor a la sabiduría, y de los más ardientes deseos de consagrarse al bien público. Con tanta virtud y talento, con tan poderosos elementos, ¿qué cosa habrá, por ardua y grande que sea, que no pueda alcanzarse?"

él consideraba exotismo unitario —acaso se obstinó en residir aquí para no verse confundido en la vecina orilla con los herederos del partido rivadaviano—, y adversario nacionalista de las influencias europeas —aquí sí, renunciando a sus ambiciones de ir en pos de la "marcha del espíritu del siglo", llegó a orillar la xenofobia más extremista. Sus escritos de la época, sea en Buenos Aires, en Santa Fe o en Entre Ríos, nos brindan esta imagen de Sastre —educador y publicista dinámico—, militante federal y entusiasta admirador de Rosas. Estos antecedentes le crearon un ambiente bastante hostil después de Caseros. Como ejemplo ilustrativo de la actitud de Sastre que se ha expuesto véase una carta suya, inédita, fechada en Santa Fe el 30 de octubre de 1849 dirigida a Antonino Reyes. La misma —encabezada con el riguroso "¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!"— pretende aclarar una situación de indisposición para con el gobierno a consecuencia de un malentendido ocasionado por una publicación suya. En su condición de "argentino federal, religioso y moral" quería sincerarse "a los ojos del Gran Rosas". Formula consideraciones sobre los extranjeros que iban monopolizando la enseñanza y el periodismo en la Confederación. "Esta es la más funesta y desastrosa de las influencias extranjeras, que nos dividen, nos arruinan y se absorben nuestra sustancia. La intervención armada del extranjero la podemos repeler con la fuerza, pero esta que desgarrar nuestras entrañas, nos aniquila y consume sin remedio. Vea V. la Prensa, la Educación y el Altar en manos de ellos." Cfr. Archivo General de la Nación, *Archivo del Dr. Juan Angel Farini*. Varios 1847-1850, sala VII, caja 3, anaquel 3, N° 16, doc. 175. Sastre tenía una fe casi mística en la educación. Estaba convencido que sólo la educación adecuada de la juventud argentina regeneraría la patria. No pudo evitar verse arrastrado por los acontecimientos públicos, que le impidieron, muy tempranamente, conservar una ambicionada abstracción de la política, que él valoraba imprescindible para la labor pedagógica. Acaso sea éste el signo dramático de su vida.

Hay otra faceta notable en el discurso pronunciado por Sastre ese día. Es la mención que hace de una serie de trabajos literarios y de otra índole que se hallaban, en elaboración o en prensa. Algunos de ellos no verían jamás la luz, como los anunciados trabajos de Juan María Gutiérrez, *Efemérides de la Provincia de Buenos Aires desde 1810*, *Carta de los viajes de descubrimiento y expediciones militares hechas en la Provincia de Buenos Aires*, y su traducción de los *Deberes del hombre* de Silvio Pellico;<sup>63</sup> los estudios de botánica de Vicente López; los *Clamores de un cristiano* de autor innominado; y sendas traducciones del latín y del alemán. No olvidemos que en ese momento era inminente la aparición del *Fragmento preliminar* de Alberdi y *La Cautiva* de Echeverría. En cambio, la publicación del *Curso de filosofía* de Diego Alcorta demoraría más de medio siglo todavía. Sastre precisa también los nombres de algunos jóvenes pintores como Saint Arromán, García del Molino, Morel y Somellera, de los cuales presentía iban a merecer el recuerdo de la posteridad, presagio que sí se cumplió respecto de los tres últimamente mencionados. Estos minuciosos detalles, reveladores de un ambiente promisorio, exteriorizan por otra parte, los vínculos amistosos que Sastre mantenía con muchos frecuentadores de su librería y dejan bien en claro el papel desempeñado por la misma como centro de reunión de la gente estudiosa, particularmente joven, y en cuyas tertulias precisamente y como su florecimiento natural, se convino en emprender la organización de una entidad común de mayor fuste y ambición, como quiso ser el Salón Literario.

Luego se escuchó una disertación de Alberdi (26 años de edad), sobre la *Doble armonía entre el objeto de esta institución con una exigencia de nuestro desarrollo social: y de esta exigencia con otra general del espíritu humano*. En verdad anticipaba temas que desenvolvería en su *Fragmento preliminar*, que por esa fecha se encontraba ya en la imprenta. En síntesis, Alberdi manifiesta que la Revolución de Mayo permitió que el país comenzara a integrarse con el movimiento progresivo de la vida de la humanidad. Pero siendo material la obra de la Revolución, no afectó el desarrollo intelectual del país, que seguía sujeto a las tradiciones y normas antiguas. En consecuencia, completando la realización de la generación precedente, había que adquirir la verdadera personalidad nacional. "Es, pues, del pensamiento y no de la acción material que debemos esperar lo que nos

<sup>63</sup> Fragmentos de esta traducción publicó Gutiérrez entre 1838 y 1839 en varios números de *El Iniciador* y *El Nacional* de Montevideo.



falta. La fuerza material —agrega— rompió las cadenas que nos tenía estacionarios, y nos dió movimiento: que la filosofía nos designe ahora la ruta en que deba operarse este movimiento." Ahora bien, teniendo en cuenta que cada pueblo se desarrolla de acuerdo a sus particulares condiciones de tiempo y espacio, esa "civilización propia y nacional" ha de ser resultante de la combinación de lo que él llama "ley universal del desenvolvimiento humano" y de las circunstancias de la realidad argentina. Estas dos direcciones armónicas que debían ser objeto de los nuevos estudios, eran la "doble exigencia inteligente" que le preocupaba.

Lamentablemente, ciertos períodos de la exposición de Alberdi habrán resultado abstrusos para algún sector de la concurrencia, no habituada al uso de la por entonces moderna terminología filosófica. Así lo preveía el propio autor cuando en una breve advertencia expresaba que no sería extraño que la concisión esencial de un discurso de esa naturaleza hubiera esparcido alguna oscuridad sobre ideas que se vuelven claras apenas se cuentan con los antecedentes y elementos necesarios.<sup>64</sup>

Correspondió hablar en seguida a Gutiérrez (28 años de edad). Éste se ocupó de la *Fisonomía del saber español: cual deba ser entre nosotros*. Es una sintética exposición del desarrollo intelectual americano desde los tiempos de la conquista y colonización. Con tal motivo puntualiza el atraso de la cultura española que, en su parecer, ningún nombre ilustre ni nada útil aportó a la humanidad en los últimos siglos. Lógicamente las colonias fueron reflejo natural de "tan denso velo de ignorancia". La crítica contra la vieja metrópoli alcanza una dureza que seguramente dejó perplejos a muchos.<sup>65</sup> Y bien, decía Gutiérrez, si nula es la ciencia y la literatura española, "debemos nosotros divorciarnos completamente con ellas y emanciparnos a este respecto de las tradiciones peninsulares, como supimos hacerlo en política, cuando nos proclamamos libres". El cambio de rumbo debía orientarnos a entrar en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de Europa. Mas prevé una limitación: todo lo

<sup>64</sup> Alberdi dijo además palabras de encomio para Rosas, "hombre extraordinario", "hombre grande que preside nuestros destinos públicos". También en el *Fragmento preliminar* se encontrarán frases semejantes y esto, como se verá luego, suscitó desagradables incidencias en 1839.

<sup>65</sup> Ya en los discursos precedentes se formularon al pasar algunas censuras a España. Sastre se refirió a los "absurdos sistemas de instrucción pública" legados por ella; y Alberdi a su vez dijo que "España nos hacía dormir en una cuna silenciosa y eterna".

"bueno, interesante y bello" de allende el Atlántico debía adoptarse en función de las peculiares condiciones de nuestro desarrollo social. "Esta importación del pensamiento y de la literatura europea —expresó Gutiérrez— no debe hacerse ciegamente, ni dejándose engañar del brillante oropel con que algunas veces se revisten las innovaciones inútiles o perjudiciales. Debemos fijarnos antes en nuestras necesidades y exigencias, en el estado de nuestra sociedad y su índole... Tratemos de darnos una educación análoga y en armonía con nuestros hombres y con nuestras cosas; y si hemos de tener una literatura, hagamos que sea *nacional*; que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza..." Hay notoriamente en estos párrafos un enfoque comprensivo y realista de un asunto tan complejo y esencial como es analizar lineamientos y conformación de una cultura nacional. Ésta era la médula de todas esas disquisiciones. Civilicémonos, insistía, pero antes de "descubrir y abrir nuevos rumbos en el campo de las ciencias físicas o morales, empapémonos del saber que generosamente nos ofrece la Europa culta y experimentada". Los múltiples conocimientos a adquirir debían posibilitar a nuestros compatriotas a desempeñarse con eficiencia en las distintas esferas del trabajo material e intelectual que había menester para la prosperidad del país. Agricultura, comercio, industria, transportes, educación, legislación, demandan aplicación inteligente; las ciencias "exigen ser estudiadas con filosofía, cultivadas con sistemas"; y la literatura "requiere almas apasionadas, pródidas, sensibles a lo bello y eminentemente poseídas de espíritu nacional". Particularizándose con la poesía expresa que la misma debe ser ejercicio militante, un sacerdocio social, y no un "hacinamiento armonioso de palabras desnudas de pensamiento y de afectos".

Y para dar vida a tan vasto y trascendente plan estaba la juventud, libre de odios y rutinas, esa juventud a la que fervorosamente convocaba el Salón Literario.<sup>66</sup>

Luego de los tres discursos leídos, a pedido de los organizadores del Salón, improvisó una breve disertación Vicente López (52 años de edad), quien había sido invitado a presidir la ceremonia. Sus

<sup>66</sup> Es importante anotar que el discurso de Gutiérrez es el único de los que se pronunciaron aquella tarde en que no se encuentran, no digamos elogios, sino ni vestigios de alusiones al gobierno de Rosas. Y es que Gutiérrez nunca fué precisamente rosista, y se mostró hasta 1837 cautamente disforme de la gestión del gobierno de Buenos Aires, como se puede comprobar por la correspondencia que mantenía con sus amigos desde años atrás. Cfr. ERNESTO MORALES, *Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, Ed. Instituto Cultural Joaquín V. González, Bs. As., 1942, fols. 1-21.

palabras entusiastas y alentadoras — escuchadas “con gran cariño y veneración”, como lo puntualiza su propio hijo en la *Autobiografía* ya citada— pusieron broche final al acto.<sup>67</sup> Fuegos de artificio rubricaron la expansiva alegría de los jóvenes.

En síntesis, los planteos esenciales esbozados en los tres discursos conducen a cinco ordenamientos básicos, interrelacionados solidaria e íntimamente: 1º estructuración de una cultura nacional; 2º difusión democrática y popular de los bienes intelectuales; 3º conocimiento y estudio de la realidad social y material del país; 4º integración realista con el movimiento de ideas y tendencias renovadoras vigentes en el mundo; y 5º enfrentamiento activo de las tradiciones retrógradas.

Este programa como puede apreciarse, se refiere casi exclusivamente a la esfera intelectual, aunque su orientación cardinal resulta válida para todos los otros aspectos de la vida nacional.

Bien pronto vendría Echeverría para superar esa más que limitación, simple unilateralidad en la dirección de los esfuerzos, y entonces sí lo social y económico adquirirán en los estudios del Salón Literario la jerarquía que les corresponde como estructuras básicas de un país.

Unos días después de la inauguración se publica el plan de labor que desarrollará el Salón. Decía así textualmente el anuncio dado a conocer en las columnas de *La Gaceta Mercantil* y del *Diario de la Tarde*<sup>68</sup>:

#### SALÓN LITERARIO

1º El Salón Literario ofrecerá en su escogida biblioteca lectura de las obras más importantes de la literatura moderna. Hará venir constantemente de Europa los mejores periódicos literarios y científicos; y todas

<sup>67</sup> Los discursos principales se publicaron y difundieron. Un extracto del pronunciado por Sastre se insertó en *Diario de la Tarde*, N° 1812, Bs. As., 13 de julio de 1837, pág. 1, cols. 1-2. El de Gutiérrez salió en el número siguiente de ese mismo periódico. Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1813, Bs. As., 14 de julio de 1837, pág. 1, cols. 1-4; y pág. 2, cols. 1-2. Unos pocos días después, en ese mismo mes de julio, apareció el folleto conteniendo las disertaciones de Sastre, Alberdi y Gutiérrez. Cfr. *Discursos / pronunciados el día / de la / apertura del Salón Literario, / fundado por / D. MARCOS SASTRE. / Buenos Aires. / Imprenta de la Independencia. / 1837.* (61 págs. in 8º). El contenido de este folleto se reprodujo en *Dogma Socialista*, edición crítica, cit., págs. 220-260.

<sup>68</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1816, Bs. As., 18 de julio de 1837, pág. 3, col. 4; y *La Gaceta Mercantil*, N° 4233, Bs. As., 19 de julio de 1837, pág. 3, col. 4. El aviso se repitió diariamente durante una semana.

las obras nuevas de más crédito que se publiquen en francés, inglés, español e italiano.

2º Habrá cada semana dos o más reuniones en que se leerá todo trabajo literario importante que sea presentado con este objeto, sea traducción o composición original; y cada uno de los concurrentes podrá hacer libremente las observaciones que le ocurran en pro o en contra de las ideas enunciadas. El carácter de estas reuniones debe ser el de la franqueza, la cordialidad y la satisfacción.

3º Se formará un fondo para costear la impresión de toda obra original, ensayo, traducción o composición en prosa o en verso, que se consideren dignas de ver la luz pública; y para establecer premios.

#### CONDICIONES DE LA SUBSCRIPCIÓN

1º La subscripción se hace por un año: importa sesenta pesos, que se entregarán por meses, a cinco pesos mensuales.

2º Los subscriptores tienen el derecho de introducir una persona de su confianza al Salón Literario, en los días de *lectura y reunión literaria*.

3º Los que se suscriban desde esta invitación recibirán *gratis* un ejemplar de todas las impresiones que se hagan por el establecimiento, durante la mitad del año.

4º Los trabajos literarios que presenten los subscriptores, serán admitidos y leídos con preferencia a los de cualquier otro individuo.

Se reciben las subscripciones en la LIBRERÍA ARGENTINA, calle de la Victoria N° 59.

#### VIII. PRIMERAS REACCIONES

Bien pronto el Salón Literario se convirtió en el tema obligado de las conversaciones de la gente culta de la ciudad. El impacto era demasiado grande como para ignorarlo. Jóvenes apasionados y hombres maduros debatían la razón o sinrazón del establecimiento, las virtudes y defectos de los organizadores, el acierto o error de las disertaciones iniciales. Hubo elogios y aplausos. Pero también hubo críticas y de las más despiadadas.

Muestra típica de la airada reacción de ciertos círculos de los “viejos” resulta un artículo remitido que, con la firma de “Un Lechuguino”, apareció en un diario a principios de agosto de ese año.<sup>69</sup>

<sup>69</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1829, Bs. As., 2 de agosto de 1837, pág. 2, cols. 2-3. El artículo ha sido reproducido en *Dogma Socialista*, edición crítica cit., págs. 299-301. ¿Fue de Ángelis el autor de esta mofa? ¿Acaso algún profesor de la Universidad? Florencio Varela, en carta que se mencionará en



Satiriza las tempranas inquietudes de los jóvenes, sus planteos y hasta la terminología filosófica por ellos utilizada. Dice así el artículo en su párrafo inicial:

"Habiendo despertado como de un letargo, que tenía sumergido mi *sensualismo*, al contemplar la *indefectibilidad* del nuevo vocabulario que forman la *susceptibilidad*, *subdivisibilidad* y *perfeccionabilidad* de la literatura moderna, me siento arrebatado del *electricismo*, que fundiendo sobre el talento mi inagotable *idealismo*, produce el milagro de generalizar con rapidez lo que en *añegismo* de nuestras paternas escuelas sólo podrá esperarse de la *longevidad*, *extensibilidad* y *fastidiosibilidad* del tiempo."

Añade que con tal motivo, "colocándome a la *alturabilidad* de las ideas del siglo", preparó un discurso que con sarcasmo dice quisiera ver traducido a la lengua pampa "por *ser la más nacional* que tenemos, de modo que pueda presentarse como un ser *particular y propio*, que participe del *esencialismo* de la *invención*, aunque todo él no valga un comino". Y ya en el seudodiscurso burlesco manifiesta que, en la nueva era que se inicia, todas las reglas deben seguir la razón inversa a lo que hasta ahora se había enseñado: "Pasó ya el tiempo en que estaba en boga la rutina envejecida y fastidiosa de *tener que estudiar* para aprender... No, señores, ni libros, ni maestros, ni escuelas... El sistema de *improvisación*, de *instantánea infusión*, de pronta y *repentina adquisición* hará brillar los talentos de nuestros jóvenes... y llegará el día en que todo quedará allanado al sólo esfuerzo de pomposos discursos..." El dardo es de diáfana intención. También la zumba alcanza a la pretensión de elaborar una cultura nacional, a cuyo efecto dice el "Lechuguino" que hay que abjurar de los escritores y doctrinas aceptados hasta entonces y reemplazarlos por las obras, "enteramente nacionales", como son, por ejemplo, las de los caciques pampeanos, cuya senda habrá de guiar ahora los pasos al templo de Minerva. Más luego, colocándose en plano serio y en tono de franca amonestación, dice:

"No proscribimos los deseos de aprender ni los nobles trabajos dirigidos a ese fin. Antes los deseamos, como un medio eficaz de estimular el genio y la aplicación de nuestros jóvenes. Pero si se

seguida, sostiene que de Ángelis, en una misiva particular de fecha anterior a la publicación periodística en cuestión, ridiculizó burlescamente algunos de los discursos pronunciados en el Salón. Este indicio antecedente quizá permita atribuirle a don Pedro la paternidad del engendro de "Un Lechuguino", cuyo estilo bien se conforma con el suyo propio.

quiere sacar algún provecho de nuestra contracción, destiérrese la pedantería y la presunción de saber todo lo que se ignora. Sea la modestia el primer ornato de nuestra juventud. Inspíresele una noble confianza de que su empeño le hará algún día alcanzar el objeto de sus aspiraciones; mas para ello es preciso no comenzar pintándola como un prodigio de capacidad, cuyas luces bastan a ofuscar la vista del que intenta mirarla. Sean su noble empeño las virtudes, la moderación y el amor al trabajo. Hágasele entender que *después* de dedicar cada uno el tiempo que es necesario al fiel desempeño de sus *obligaciones*, podrá destinar los *ratos sobrantes* a la adquisición de los conocimientos que sólo pueden suministrarles *el estudio y la experiencia*. De otro modo no se conseguirá más que lo que consigue un caballo desbocado tirando de un carro, que llama la atención de todos y no deja más vestigios en su carrera que los de su imprudente celeridad."

Los párrafos finales —incluyendo el torpe símil del equino— sintetizan el hostil pensamiento que inspiró el artículo. Además de la implícita acusación de indebida holganza, entiende el "Lechuguino" que los jóvenes han pecado por inmodestos y apresurados. El episodio reeditaba el veterano enfrentamiento de las generaciones: las que querían desplazar y las que se sentían desplazadas. No hubo respuesta pública formal, pero seguramente en las tertulias del Salón los ánimos debieron exaltarse. La pugna habrá derivado en una acentuación de las naturales disparidades de criterio entre los jóvenes y los que ya no lo eran.

No se habían apagado los ecos de ese debate cuando un distinguido miembro de la entidad publicó otra crítica periodística. Pero esta vez al articulista le guiaban móviles constructivos y, por lo tanto, exponía argumentos y no burlas. Su autor, el ingeniero español Felipe Senillosa, una de las más notables personalidades intelectuales de Buenos Aires, salió en defensa del aporte español a la cultura, tan vapuleado en el discurso de Gutiérrez; y significaba, además, una defensa del establecimiento creado por Sastre ante las erróneas y maliciosas intenciones que se le atribuían.<sup>70</sup>

En este último sentido, sostenía que era importante disipar todo equívoco que perjudique a la entidad o que afecte a los miembros

<sup>70</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1835, Bs. As., 9 de agosto de 1837, pág. 2, cols. 2-4. Este artículo de Senillosa apareció firmado por "Un Socio del Salón Literario". También su texto puede verse en *Dogma Socialista*, edición crítica cit., págs. 302-305.

empeñados en contribuir con sus conocimientos y trabajos al adelanto del Salón. Para Senillosa las causantes de ese ambiente hostil han sido ciertas opiniones sobre la literatura y la lengua española, vertidas en los discursos inaugurales y en el *Fragmento preliminar* de Alberdi. Yendo al fondo de la cuestión, reconocía que si bien las ciencias y la literatura "no han adelantado en estos últimos tiempos en España como en otras naciones, por fatales circunstancias que nadie ignora", no se pueden negar hechos evidentes que hacen a su progreso y buen nombre. Alude seguidamente al papel desempeñado por algunos españoles en el adelanto científico relacionado con la arriesgada empresa de la navegación por mares lejanos y desconocidos. Impugna también el aserto de Gutiérrez acerca del atraso con que la metrópoli habría mantenido el conocimiento de la historia natural de América, citando con ese fin, entre otros, la labor de Ulloa, Juan y Azara. Pone en duda lo aseverado también por Gutiérrez de que Francia, "esa misma Francia que se nos alaba hasta el fastidio", sea el país de más méritos literarios y científicos. Defiende la riqueza, hermosura y encantos de la lengua española, "que como todas las lenguas vivas, se enriquece constantemente de nuevas voces y nuevos modos de decir, al paso que progresan los conocimientos humanos". Luego señala que el verdadero objeto de su artículo no es el de vindicar las glorias intelectuales de España, sino sostener, como socio del Salón Literario, que esta institución nada tiene que ver con las opiniones particulares de algunos de sus colaboradores; y por lo tanto todos los amigos del país debían convencerse de la utilidad del establecimiento para desear su prosperidad y aun tomar parte en su fomento, ya que sus objetos fundamentales —dice— son proporcionar obras modernas que no se hallan en librerías y costear la impresión de producciones locales.

Semanas más tarde, otro artículo periodístico sale a bregar por los fueros de la literatura española ante "los ataques que tan injustamente se han dado de poco tiempo a esta parte".<sup>71</sup> Expresaba en una breve carta al editor del diario que era necesario salir en defensa de la literatura de la madre patria "por la parte que a los americanos nos toca en el agravio, sobre lo que tal vez no se ha reflexionado bien". A modo de refutación, decía, no iba a tributarle elogios de fórmula o hacer declamaciones insustanciales sino presentar, como mejor defensa, un bosquejo histórico de la marcha de las letras es-

<sup>71</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1852, Bs. As., 31 de agosto de 1837, pág. 1, cols. 1-4; y pág. 2, col. 1. Estaba firmado por "Un Americano Bachiller".

pañolas, que, en efecto, se publicó a continuación de esa carta. En el *Bosquejo* comienza afirmando rotundamente que "la literatura española es nuestra literatura: ella por muchos títulos nos pertenece". Así considera como propias, por ejemplo, las obras del padre Las Casas, de Ercilla o los versos del príncipe de Esquilache. "Cuando se maltrata hoy la lengua española, cuando se deprimen los ingenios de aquella nación y se menosprecia sus obras de más mérito, veo con dolor que se maltrata nuestro idioma, se deprimen nuestros ingenios y se menosprecian nuestras propias obras." Y añade: "Mientras no logremos haber sobresalido por nosotros mismos, honrémonos con descender de generosos y honorables padres", porque es tiempo de hablar con imparcialidad y verdad ya calmadas las pasiones que la guerra de la independencia pudo excitar entre unos y otros. Concluye el extenso *Bosquejo histórico de la literatura española* con una reseña de sus aportaciones a lo largo de diecinueve siglos, desde Quintiliano hasta Martínez de la Rosa, para demostrar la riqueza y belleza de las letras peninsulares.

#### IX. ACERCA DE UN PRESUNTO ANTIESPAÑOLISMO

Evidentemente se había abierto el debate sobre un tema esencial: la tradición cultural española y sus proyecciones en la cultura hispanoamericana, debate éste que a más de un siglo de aquellas jornadas de 1837, sigue abierto y sigue apasionando. En homenaje a la brevedad y por no corresponder a la restrictiva índole de este estudio, no desarrollaremos aquí la cuestión a la luz de todos los antecedentes aportados por aquella generación, cosa que haremos en otra oportunidad con la amplitud documental que el caso exige. Por ahora nos limitaremos a señalar unas pocas notas que conceptuamos imprescindibles.

Creemos que la vieja polémica acerca de si es más justo renegar de la contribución española que exaltar la misma, no está colocada en un plano adecuado. No se pueden negar las evidencias de la realidad, pero esta realidad es harto compleja y contradictoria y por lo mismo no puede reducirse a esquemas simplistas e ingenuos. No se puede hablar así del aporte español sino de aportes españoles porque varias corrientes, incluso antagónicas, convergieron sucesivamente al Nuevo Mundo a lo largo de toda la Colonia. Esto quiere decir que a su vez en la propia España se debatían esas diversas corrientes,

como puede verificarse en cualquier historia de la cultura de ese país. Y en América, por supuesto, se reflejaban en las mentalidades y obras de los hombres más esclarecidos de la época esas distintas concepciones del desarrollo de la sociedad. Hay en todo ello un proceso histórico que no se puede eludir. Por ahora nos eximimos de entrar en aquellas otras arduas polémicas acerca de las bondades o crueldades prodigadas durante la conquista y colonización; o sobre si se dispensaba o no tratamiento de colonia a esta parte del mundo. Nos atenemos a verificar un hecho bien concreto y terminante: en 1810 los pueblos americanos se lanzaron a la guerra por la independencia, circunstancia que obliga a pensar que buscaban mejores condiciones de vida, que les eran negadas dentro de la estructura colonial.

Concluído el período bélico era necesario organizar la vida normal de los nuevos países independientes. Pero sobrevivían, por supuesto, tradiciones, costumbres, cultura, legislación, instituciones de la época anterior, que ahora correspondía adecuar a la nueva situación creada. Es en ese momento cuando, entre nosotros, irrumpe la generación de 1837. Ésta se propuso completar la flamante soberanía nacional con la independencia cultural.

Para ello y a semejanza de lo ocurrido en su tiempo en las esferas de la economía y la política, se imponía una reorientación también en el quehacer intelectual. La renovación implicaba abandono de un camino —el colonial— para emprender el del "espíritu del siglo", ya que cada una de estas dos trayectorias conducía a puertos distintos si no opuestos. No era cuestión de gustos sino de necesidades vitales de la sociedad. La Revolución había señalado categóricamente un norte de libertad y no de vasallaje, y por ello la nueva marcha debía armonizar con tal principio o repudiarlo. Pero no se trataba de una elucubración intelectual acerca de una mera disyuntiva entre ortodoxia o apostasía revolucionaria, sino de una actitud consciente y reflexiva emanada de la captación y comprensión de la realidad circundante. Y esta realidad del país, desde cualquier ángulo operativo, exigía transformación y no inercia.

La generación de 1837 entendía que a tal efecto era imprescindible una ruptura de desarrollo. La continuidad de la cultura heredada de sus mayores quedaba, pues, sujeta a un análisis crítico, más o menos implacable. Es bien sabido que en toda construcción ha menester una etapa previa de demolición. El balance del aporte hispano no resultaba ciertamente alentador, si se lo confrontaba, aun en términos generales, con los aportes coetáneos de otros países a la corriente ya

universal de la cultura. El menguado estado que presentaba España no era un aliciente en su favor y sí una queja airada contra la vieja metrópoli. Muchos escritos de los jóvenes de 1837 rezuman acaso en su enjuiciamiento de la herencia española un encono —¡quién pudiera negarlo!— a veces rayano en la más ingenua injusticia. Esta exteriorización de apasionamiento antiespañol —casi desconcertante para la posteridad— se explicaría por la supervivencia de la exaltación del patriotismo criollo de los tiempos no tan lejanos de la guerra de la Independencia. No olvidemos que la jornada de Ayacucho, hito final de esa guerra, se había librado apenas trece años antes. Y tampoco olvidemos, además, que no era ningún secreto que por lo menos hasta 1833 España —Fernando VII— hizo lo indecible por recuperar su extinto imperio.

Pero nuestros románticos ¿fueron en verdad obcecadamente anti-hispanistas como generalmente se sostiene? Hay muchas constancias que invalidan esa tesis. Téngase presente la influencia que ejercieron sobre ellos Espronceda y sobre todo Larra. Recórranse las páginas de los periódicos que ellos redactaron y se encontrarán hermosas y cálidas semblanzas biográficas de Meléndez, Quintana, Larra, Zorrilla y se verá el cariño que trasuntan. Ellos se sentían solidarios con lo que daban en llamar la "Joven España", esto es con el conjunto de hombres que en ese preciso tiempo en la península pugnaba por la renovación y la libertad. Y apurando más, diremos que la propia madre patria olvidó durante muchísimos años rendirle a Cervantes —¡Cervantes!— el tributo que merecía su gloria. Fué entre nosotros que se alzó una pluma romántica para exaltar con palabras emocionadas la memoria del manco inmortal y lamentar aquella incuria de siglos. Entonces, es conveniente marchar, tratándose de estas cosas, con más precaución y más información...

¿Que aquellos jóvenes buscaran fuentes de inspiración ideológica en países ajenos a la península ibérica, particularmente Francia? Seguramente ha de recordarse que desde aún antes de 1789 el pensamiento francés influyó decisivamente en conformar la justificación doctrinaria al descontento de los criollos que culminaría en nuestra Revolución de 1810. Si se ha de ser consecuente y se niega a la generación de 1837 el derecho de inspirarse en determinadas ideas francesas, habrá de renegarse también de la generación de Mayo. El enfoque unilateral y los prejuicios pueden conducir a semejantes absurdos. No es posible olvidar tampoco el directo aporte ideológico de los liberales españoles, no ajenos a su vez del bullente mundo

transpirenaico, como Jovellanos —ostensible en Belgrano y en Vieytes—; o de las Cortes de 1812 —reflejado en la legislación de nuestra Asamblea de 1813. Y esta afinidad —más que de idioma o de sangre— resulta de la circunstancia de que los problemas que se enfrentaron y pretendieron solucionar en la península eran similares a los nuestros. Y es que el afán europeizante —civilizador, progresista— de muchos españoles, corroboraba por anticipado el esencial esquema que formularía Sarmiento, cuyo aserto resultaba así válido tanto para América como para la propia España. ¿Será por eso que a los liberales de la época, de allí y de aquí, se les ha juzgado de extranjerizantes?<sup>72</sup> Y a propósito de este remanido asunto del extranjerismo ¿acaso todavía se puede hablar seriamente —aún para el siglo XIX— de culturas virginalmente autóctonas, cerradas e impermeables a influjos externos? ¿Acaso la creciente interdependencia de las naciones no ha ido creando nuevas situaciones imposibles de eludir? ¿Acaso la propia España, para ceñirnos a una caso bien cercano al nuestro, no exterioriza en su desarrollo cultural, y con harta reiteración, la presencia de factores ajenos a ella que han contribuido a la peculiar elaboración peninsular? Y apremiando más el asunto ¿las ideas renovadoras —aún exógenas y casi siempre hay estímulos exógenos en países subdesarrollados— significan necesariamente abjuración masiva del pasado? ¿No son esas ideas renovadoras las que esclarecen y posibilitan la concreción del desenvolvimiento social? ¿O seguiremos creyendo en duendes y leyendas, como las que con ánimo represivo califican de disolvente a toda manifestación ideológica que no comulgue con las generalmente aceptadas y

<sup>72</sup> En España el calificativo *extranjerizante* se ha aplicado con intención peyorativa y más o menos agravante, a muchas distinguidas personalidades intelectuales a lo largo de su historia moderna. ¿Y qué es ese afán europeizante de que acabamos de hablar sino la voluntad de modernizar a España y quebrar moldes internos caducos y anacrónicos? El drama peninsular residiría en ese desencuentro del desarrollo social universal con la inercia local coloreada de tradición, interesada más en evocar glorias pasadas que en construir sólidas realidades. ¿Es que la crisis de 1898 no fué un dolorido toque de atención? Todavía hacen falta las lecciones de Ganivet y Unamuno, esos "despertadores de España" que dijera Carlos Vossler. Entramos en estas consideraciones aparentemente ajenas a nuestro asunto porque entendemos que tratándose de estas cosas no es posible desvincular el proceso histórico español del nuestro, pues tienen en lo cultural más similitud de lo que se pueda creer. Y es que los países hispanoamericanos y España deben todavía, en este como en otros grávidos terrenos, resolver problemas muy semejantes, fruto del destiempo con que se va realizando la cita ineludible con el progreso social que se opera en la humanidad.

toleradas? Y ¿desde cuándo el conformismo es signo de progreso? Precisamente un erudito español —insospechado de pecaminosos prejuicios antitradicionales—, don Marcelino Menéndez y Pelayo, cuando concluyó de escribir su monumental *Historia de los Heterodoxos Españoles* —¡de los heterodoxos!—, resultó que la obra, como lo observara Gregorio Weinberg, era la verdadera historia de la cultura de su patria. Aún más, a flagrante contramano de la historia, algunos revisionistas nuestros, utilizando una adjetivación más efectista que sería, hablan del descastizamiento que el país habría comenzado justamente en 1810. Que se luchó contra el colonialismo español no cabe duda alguna, pero esa guerra, en su fondo sustancial, no pretendía tanto negar lo español sino afirmar nuestra propia personalidad nacional, porque ya éramos dos cosas distintas. No era proceso de descastizamiento sino de argentinización.

Haciendo abstracción de minucias y desechando las injustas y enfáticas hipérbolas vertidas con más apresuramiento que intención, se puede convenir que para aquel movimiento generacional de 1837 —que se proponía nada menos que consolidar las bases de una auténtica singularidad nacional— lo hispano (como síntesis y encarnación de lo español colonialista) —el error residió en la impetuosa generalización— era entre nosotros supervivencia del pasado que había que superar y era símbolo de estancamiento si no de franca regresión.<sup>73</sup> Si Echeverría definió nuestra situación como "independientes en política y colonos en literatura", resultaba justo y necesario marchar contra la colonia injerta en nuestra realidad y contra cuanto ella significaba en nuestra vida intelectual. Era la lucha por romper seculares y arraigados hábitos de pasividad, para lanzarse a elaborar una cultura propia, independiente.<sup>74</sup> Había una actitud di-

<sup>73</sup> "Bajo la síntesis general de *españolismo* nosotros comprendemos todo lo que es retrógrado porque, en efecto, no tenemos hoy una idea, una habitud, una tendencia retrógrada que no sea de origen español. . . ¿Y no es la misma España la que proclama hoy todas estas verdades, la que se agita por arrojar su antigua condición, por dejar de ser lo que era, por transformarse en otra nación nueva y diferente? ¡La misma España persigue a la España; y se nos hace un delito a nosotros de que la persigamos! ¡La Joven España, la hermana nuestra porque venimos de un mismo siglo, se burla de la España vieja, la madrastra nuestra!" Esto escribió Alberdi en 1838. Cfr. *La Moda*, N° 22, Bs. As., 14 de abril de 1838, pág. 2, col. 1.

<sup>74</sup> Nuestra elaboración cultural necesitaba exhumar y reivindicar los elementos ostensiblemente meritorios que alcanzaron a desarrollarse en América en la época de la dependencia. De esta labor, como es notorio, se ocupó el propio Gutiérrez durante largos años de paciente investigación, a quien debe-

námica y realista, una postulación integradora y una orientación conscientemente nacional.

Después de estas ineludibles consideraciones retomemos el hilo de los acontecimientos relacionados con el Salón Literario.

#### X. CRÍTICAS COETÁNEAS

El eco de los discursos inaugurales de ese establecimiento cruzó el Plata y llegó a Montevideo. Desde hacía años, sobrellevaban allí su vida de proscritos numerosos argentinos vinculados al partido unitario. Sus convicciones políticas y estéticas estaban en pugna con las ideas de la nueva generación que Buenos Aires estaba gestando. Esa disparidad de criterios se acentuaría en los años siguientes, en que —después de exilarse también los jóvenes— se enfrentarían ambas tendencias en varias ardorosas polémicas.

Montevideo también veía crecer en su seno a jóvenes nativos de serias y promisorias inquietudes intelectuales. Justamente el más brillante de éstos, Andrés Lamas, que coincidía con las miras de sus colegas porteños en cuanto a la necesidad de una renovación cultural en estos países, trabó contacto por vez primera con el núcleo de Buenos Aires, en ocasión de publicarse el *Fragmento preliminar* de Alberdi.

Con tal motivo dió a conocer una *Impugnación al Fragmento*,<sup>75</sup> donde si bien acepta el programa de desarrollar y completar la obra de la Revolución de 1810, no lo subordinaba —como señala Pablo Blanco Acevedo— a una evolución pacifista, pues “era un convencido de la acción, aun de la violencia, especialmente contra Rosas, contra la tiranía sobre la cual nada podía edificarse y dentro de cuyos principios básicos resultaba imposible el perfeccionamiento

mos el rescate del olvido definitivo de muchas figuras literarias coloniales que honran el acervo común de nuestros pueblos. Recientemente se publicó la primera recopilación de esos trabajos del que fuera rector ilustre de la Universidad de Buenos Aires. Cfr. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *Escritores coloniales americanos*, edición, prólogo y notas de Gregorio Weinberg, Ed. Raigal, Bs. As., 1957.

<sup>75</sup> Con el título de *Impugnación a la obra de D. J. B. Alberdi* (Montevideo, Imprenta de los Amigos, 1837) existe un folleto rarísimo de ocho páginas. En realidad —detalle que no se ha señalado hasta ahora— es una separata del editorial que Lamas escribió en el *Diario de la Tarde*, N° 92, Montevideo, 27 de julio de 1837, pág. 2, col. 3; y pág. 3, cols. 1-2.

social”.<sup>76</sup> Lamas, en efecto, insistió que bajo la égida de Rosas no había lugar para ilusiones de regeneración, que sólo podía resultar de la lucha y de la coincidencia de las voluntades libres.

Unos pocos días después, siendo entonces Lamas redactor de *Otro Diario*, publicación de vida efímera, escribe en un breve suelto: “En el número próximo aparecerán unos discursos pronunciados en la apertura del Salón Literario de Buenos Aires, que tienen para nosotros el mérito de ser producciones de jóvenes americanos aunque lamentamos que ellas se resientan de las circunstancias ominosas del infortunado Buenos Aires. Prometemos para después de concluida su inserción echar una rápida ojeada sobre ellos”.<sup>77</sup> Estas pocas líneas adelantan y sintetizan el juicio que los discursos le merecían. Como se ve, insistía en el planteo expuesto ya en su *Impugnación*; aprobaba los propósitos del Salón y los esfuerzos de sus organizadores —ello va implícito en la sola intención de reproducir las disertaciones— pero disenta con los elogios que Sastre y Alberdi prodigaron a Rosas. Lamentablemente las colecciones conservadas de *Otro Diario* son harto incompletas. Apenas se guardan tres números de los siete que aparecieron, pues el gobierno de Oribe dispuso su temprana clausura y la prisión del redactor. Ignoramos, por ahora, si aparecieron los prometidos discursos en sus páginas y si Lamas alcanzó a comentarlos. De todos modos no hay dudas respecto de su constructiva actitud crítica.

Por su parte Florencio Varela, que interpretaba inteligentemente el pensamiento de sus compatriotas unitarios, manifestó varias veces su seria preocupación por la orientación que los jóvenes estaban dando a los trabajos culturales que desarrollaban en Buenos Aires. También en este caso sirvió el *Fragmento preliminar* para exteriorizar ese disenso que luego, como ya se dijo, se acentuó notablemente. Cuando Alberdi publicó en enero de 1837 el prospecto donde preanunciaba las reflexiones que contendría el *Fragmento preliminar*, Varela reaccionó entre dolorido y decepcionado. Una carta inédita de Varela a Gutiérrez —su amistoso corresponsal— trasunta su franca opinión.<sup>78</sup>

<sup>76</sup> Cfr. PABLO BLANCO ACEVEDO, Prólogo a ANDRÉS LAMAS, *Escritos Seleccionados*, Ed. Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo, 1922, t. I, pág. XXXV.

<sup>77</sup> Cfr. *Otro Diario*, N° 3 [Montevideo], 5 de agosto de 1837, pág. 2, cols. 3-4.

<sup>78</sup> Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, fechada en Monte-



Aquí, en mi modo de ver las cosas, estoy afligido por la suerte futura de nuestra juventud; y V., mi buen amigo, es uno de los pocos en quienes siempre confío, con quienes siempre cuento. He visto ya, y veo ahora mismo, ejemplos que me prueban que nuestros jóvenes no sólo han errado el camino de la razón, no sólo tienen pervertido su gusto literario, sino que también van perdiendo la dignidad propia, y sacrificando eso que llama pundonor, carácter y elevación. Una reciente publicación de esa me ha contristado de veras y me ha indignado también; sentimientos ambos que pronto se renovarán en mí con otra publicación que aquélla me hace esperar. Por Dios, amigo mío, dígame V. qué es eso, por qué se extravían así los jóvenes en quienes teníamos esperanzas; por qué ustedes, usted Juan María, señaladamente, no se esfuerzan en volverlos al camino; en hacerles comprender que nada hay más ridículo, más digno de conmiseración y de desprecio, que un joven que no ha tenido tiempo siquiera de estudiar ni aprender, y que se pone a escribir y enseñar, con un aire de magisterio que repugnaría aún en los más doctos. Ataque V. eso, Juan María; combata V. ese espíritu capaz de perder toda nuestra juventud; y haga V. ese servicio a su país.

Desconocemos la respuesta de Gutiérrez porque no se ha conservado.<sup>79</sup> Pero no debemos olvidar que precisamente don Juan María era uno de los dirigentes máximos de su generación, por lo que, pese al llamado personal, pese a la invocación de la amistad que hizo Varela, los trabajos de los jóvenes continuaron y con las mismas direcciones doctrinarias. Veremos en seguida eso sí, una carta de Gutiérrez, fechada varios meses después, donde se puede apreciar que la discrepancia con los "viejos" se había agravado. Alberdi, a

video el 27 de febrero de 1837, en Biblioteca del Congreso de la Nación, *Archivo de Juan María Gutiérrez*, caja 9, carpeta 36, legajo 5, carta 30.

<sup>79</sup> Es muy sensible que un archivo particular tan rico para la historia política y cultural del Río de la Plata, como fué el de Florencio Varela, se haya perdido casi totalmente por notoria negligencia de quienes tuvieron la obligación de ser sus fieles custodios o cuando menos personeros de su oportuna cesión al Estado. Muchas lagunas se hubieran llenado en el conocimiento que tenemos de esa época en que fué Varela protagonista de tantos acontecimientos cívicos y literarios; y muchas sorpresas nos hubiera también deparado que acaso disiparían algunos equívocos que rodean a su gestión pública. Una mínima parte de los papeles de Varela se custodian en repositorios oficiales; el resto se ha perdido o está diseminado en manos de particulares que no siempre pueden valorar adecuadamente lo que poseen, y tampoco siempre los franquean a los estudiosos interesados en su consulta. Que esta lamentable situación sirva de aleccionador ejemplo para evitar con tiempo la destrucción de muchos archivos privados que aún guardan algunas familias tradicionales.

su vez, reaccionó de inmediato y alcanzó a agregar una nota bastante extensa a su *Fragmento preliminar* que por ese entonces estaba ya en la imprenta. Recogía en la nota su respuesta a las críticas que Varela y algunos otros unitarios destacados se apresuraron a hacerle a su prospecto. Califica muy duramente a los que con intención peyorativa llaman discípulos de Bentham.<sup>80</sup>

La polémica entre las dos primeras generaciones argentinas alcanzó en ese momento su punto más alto con la extensa carta que el 1º de agosto de 1837 Varela hizo llegar a Gutiérrez.<sup>81</sup> Es curioso verificar que Florencio Varela, por su edad, pertenecía a la generación que él enfrentaba. Evidentemente en su caso la influencia de educación —la ideología unitaria comprendía todas las facetas de una concepción de la vida—; de ambiente hogareño —su hermano Juan Cruz era su guía y casi su padre intelectual—; y de las primeras gestiones públicas —en tiempos de Rivadavia— dejaron honda y decisiva huella. Por la voz, por la pluma de don Florencio hablaban los hombres que, en concepto de los jóvenes, habían cumplido ya su misión y debían ceder paso a una promoción renovadora.

<sup>80</sup> Decía así Alberdi en algunos de esos párrafos: "No es extraño que nos juzguen así los que no conocen en la conducta humana otro móvil que la utilidad. Los patriotas utilitarios, es decir egoístas, es decir no patriotas, no sirven a la patria por deber, sino por honores, por vanidad, por amor propio; esto es, por interés, por egoísmo. Nosotros, que no tenemos el honor de pertenecer a la escuela de Bentham, servimos a la patria por una impulsión desinteresada y porque creemos que todo ciudadano tiene el deber de servirla; de suerte que, aun cuando en vez de recompensas no esperásemos más que desprecios (porque a veces la patria paga los servicios con desdenes), nosotros nos creeríamos siempre en el deber de servirla. Pero estos sacrificios no entran en las cabezas utilitarias. Su patriotismo egoísta dejaría arder diez veces la patria antes que salvarla a precio de una efímera ignominia. ¡Fuera lindo que los que se proponen desterrar de entre nosotros el dogma inmoral del egoísmo comenzaran por venderse ellos mismos!" Cfr. JUAN BAUTISTA ALBERDI, *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, Ed. Hachette, cit., págs. 61-62.

<sup>81</sup> El original autógrafo de esta carta se encuentra en la Biblioteca del Congreso de la Nación, *Archivo de Juan María Gutiérrez*, caja 9, carpeta 36, legajo 5, carta 32. Fué publicada por vez primera en *Antecedentes de la Asociación de Mayo. 1837-1937*, Ed. Homenaje del H. Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, Bs. As., 1939, págs. 15-22. Esa carta constituye la respuesta a otras dos de Gutiérrez y a una de Manuel Eguía, en todas las cuales se inquiría expresamente la opinión de Varela sobre el Salón Literario y sobre cada una de las primeras disertaciones. Hace unos años, en 1952, en ocasión de la venta que se hizo en una librería portefía de una parte del archivo de don Florencio, tuvimos en nuestras manos la carta de Manuel Eguía, fechada en Buenos Aires el 19 de julio de 1837.

Creemos que el largo debate de esas dos generaciones —de lo cual nos ocuparemos próximamente— fué único en nuestros anales por la claridad y altura con que se fijaron las respectivas posiciones; por la seriedad del acopio doctrinario puesto en juego para justificar cada instancia y cada proposición; por la envergadura del frente de litigio, que comprendería no sólo lo cultural sino también lo social, económico, político e institucional; por la efectiva correlación con sendas etapas del desarrollo histórico argentino; y por el reflexivo y apasionado común afán de ordenamiento y construcción nacional.

En la carta ya aludida de Varela hay que distinguir dos partes. La primera se refiere a la complacencia con que recibió la noticia de la instalación del Salón Literario, formulando consideraciones sobre los miembros conocidos que lo integran y sobre las perspectivas de trabajo del establecimiento. "V., Juan María —dice—, puede comprender mejor que otros el interés que yo tomo en los progresos de la inteligencia en nuestro país, y el placer que me causa cualquier mejora que tienda a promover esos progresos." Pero no creía en la larga vida de la entidad. De Angelis "va a que los demás le aplaudan, y a reírse, y a mofarse de todos"; Vicente López —agrega— sustenta las ideas de la generación anterior; y Alberdi es un joven poco menos que malogrado. De manera que difícilmente —en su opinión— los esfuerzos de Echeverría, Gutiérrez y de otros podrían solos sostener durante mucho tiempo el Salón.

Para la segunda parte de esta carta hay que tener presente los conceptos ya vertidos por Varela en la misiva del 27 de febrero, antes citada. Ahora, en esta otra, concretándose a los discursos, está de acuerdo con el fondo de la exposición de Sastre, aunque su estilo no le resulte precisamente de buen gusto, lamentándose del soplo de adulación que le empaña. El de Alberdi le resultó ininteligible. Acomete Varela contra una falla y un exceso. Este residiría en lo que él estima manía de prodigar palabras y frases tomadas de autores extranjeros; y aquélla, en la carencia de síntesis, que hace inútilmente largos los discursos.

Particularizándose con la oración de Gutiérrez, en concepto de Varela —y también en concepto de Vicente López— inmensamente superior que las precedentes, cree éste que contiene varios errores de fondo que podríamos resumir así: 1º nadie ha pensado en nuestro país adoptar como modelo la educación española; 2º no es correcto decir que Buenos Aires, después de la Revolución, ha seguido la rutina colonial; 3º no se puede afirmar rotundamente que la lite-

ratura española sea toda ella una nulidad; 4º no es admisible la emancipación de la lengua y la consiguiente adopción de vocablos o frases extranjeras; 5º resultaría contradictorio pretender dar a la literatura un carácter nacional y abreviar al mismo tiempo en elementos extraños; y 6º la poesía no puede participar en las luchas sociales y políticas, pues "ella es y no puede dejar de ser un adorno".

Dejando de lado detalles secundarios e incidentales, es notorio que, en lo medular, Gutiérrez y Varela exteriorizan cada uno dos enfoques distintos sobre las vías del desarrollo cultural del país y su problemática. Son dos filosofías discordantes que, con el andar del tiempo y particularmente en el exilio, se desencontrarían más aún.<sup>82</sup>

Para concluir con este aspecto de las críticas coetáneas formuladas al Salón Literario, nos referiremos a otro documento de innegable interés. Es una carta que Florencio Balcarce enviara a Frías, desde París, con fecha 29 de octubre de 1837.<sup>83</sup> Balcarce, hijo del general Antonio González Barcarce, era por ese entonces un muchacho de diecinueve años. Estaba vinculado por lazos de amistad a los jóvenes que constituyeron en Buenos Aires el Salón Literario; por eso ese conocimiento íntimo de ciertos entretelones a que él hace referencia y que juzga con un tino raro en su edad. Es muy sugeridor que algunas apreciaciones suyas coincidan casi con las de Varela —mayor en años, en estudios, en experiencia—, sobre todo cuando sus conceptos alcanzan a los organizadores del Salón y a sus posibilidades.

Balcarce entiende que la entidad no puede tener larga vida. No encuentra allí unidad de pensamiento en los hombres dirigentes;

<sup>82</sup> En una carta de Gutiérrez a Varela, del 22 de setiembre de 1837, en respuesta a las críticas de éste, si bien cortésmente dice que en cuanto a los discursos "estoy con la opinión de usted", formula luego conceptos que tácitamente indican que la discrepancia de fondo persistía: "Mucho quería decirle a usted sobre este asunto y sobre algunas ideas de su carta y dos o tres cargos que me hace más o menos fundamentales; pero estoy tan disgustado sin saber por qué, que doblo la hoja para cuando nos encontremos y podamos conversar cuatro o cinco días sin respirar ni escupir." Un año más tarde, en carta a Alberdi del 7 de diciembre de 1838, afirma Gutiérrez categóricamente que "ha prescrito por tiempo la fama de *sabidores*" de los liberales viejos; añadiendo: "Yo conozco esta gente como el enclaustrado conoce los frailes." Cfr. ERNESTO MORALES, *Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, cit., fols. 22, 23 y 25.

<sup>83</sup> Fué publicada por vez primera por RAFAEL ALBERTO ARRIETA en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, t. V, N° 18, Bs. As., abril-junio de 1937, págs. 305-318.

los socios son de formación moral e intelectual diversa; y Sastre carecería del tacto que requiere un guía. Prevé que la indiferencia general de "nuestros ilustrados compatriotas" terminará por aplastar tan loable intento: "ha nacido tan contrahecha que antes de poder desarrollarse debe morir, si el ejercicio y la edad no modifican sus defectos de constitución". López y de Angelis —dice— difícilmente compartan las ideas de los jóvenes; Gutiérrez no es amigo de Sastre; Sastre —en quien presume miras de interés personal— no tolera los escritos de Echeverría; Alberdi es generalmente mal visto por sus opiniones; y de Angelis se burla de todos... El inventario que hace Balcarce no puede ser más desalentador. Pero yendo al fondo de algunas cuestiones está de acuerdo con la necesidad de estructurar una literatura nacional "que reprodujese nuestras costumbres, nuestros campos y nuestros ríos"; mas admite no comprender el sentido de la tesis que preconiza la formación de un lenguaje nacional. Y formula una advertencia que sorprende por provenir de un joven: la presunción de "dos o tres mozos apenas conocidos en un pequeño círculo" no les autoriza atribuirse exagerada influencia. "Yo siento en el alma que desde el primer día empiecen manifestando así el deseo de llamar la atención por la novedad a expensas del buen sentido."<sup>84</sup> Aun añade otra circunstancia pesimista. Ante la situación política de Buenos Aires, controlada por un gobierno fuerte,

<sup>84</sup> Los jóvenes pagaron su tributo a la presunción, casi inevitable a esa edad en quienes poseían tan prematuro caudal de conocimientos adquiridos en laboriosas y espontáneas lecturas. Y es muy probable también que validos de esas luces menospreciaran con exceso a los valores intelectuales tradicionales. ¿Era la de 1837 una congregación de esos moscardones petulantes que todo lo hallan mal y, teniendo la receta mágica de cómo hay que hacer las cosas, no las hacen ni las dejan hacer? ¿Era esnobismo fugaz de afectadas minorías? ¿Era fatuidad incurable acreedora de póstuma compasión? Estudiosos apresurados han cedido a la tentación que involucran tales interrogantes y han dado su respuesta categóricamente afirmativa. Si se repasa cuidadosamente la nómina de los integrantes de aquella generación, se hallará —en cambio— la respuesta adecuada. Que no hubo en su actitud fatuidad ni fugacidad de acné, lo demuestran palmariamente las circunstancias adversas y harto peligrosas —persecuciones y exilio— que también en modo espontáneo resolvieron afrontar y hasta las últimas consecuencias. Tenían la convicción de que una responsabilidad histórica recaía sobre sus espaldas e hicieron desde bien temprano cuanto sacrificio se requirió para no rehuirla sino cumplirla acabadamente. Los jóvenes cuyos nombres no se encontrarán en la crónica posterior a Caseros, justifican su ausencia —¡vaya si la justifican!— en razón de que todavía en tiempos de la dictadura, emprendieron en la flor de la edad aquel viaje larguísimo, sin retorno, que dijera Echeverría, malogrando así quién sabe cuántas otras brillantes figuras que hubieran hon-

resultarían inoportunas semejantes actividades: "Salir hablando de literatura, que es lujo en la sociedad, al son de las descargas que diezman la población parece hacer burla de las desgracias públicas." Por todo ello Balcarce manifiesta que el establecimiento debería limitarse a formar el buen gusto literario, mejorar las costumbres, fomentar la economía y difundir los libros de aplicación local. Pese a tan poco halagüeñas perspectivas su íntimo deseo era inequívoco: "quisiera que durase y haría todo empeño por pertenecer a ella", y por si quedase duda de este deseo requiere en la posdata se le envíen noticias acerca del Salón, y algo más pide a Frías, su corresponsal: "Hágame el gusto de decirme cuál es la opinión de Alcorta sobre la Sociedad."

Así, pues, el joven Balcarce —malgrado muy tempranamente también él— consideraba la creación del Salón plausible pero extemporánea. No es aventurado interpretarle en el sentido de que había que esperar tiempos mejores para la acción y, mientras tanto, estudiar, estudiar mucho. Está de acuerdo con la corriente renovadora de la juventud porteña en el entendimiento de imprimirle un sello independiente, realista y efectivamente nacional. Y esto es lo fundamental a la postre.

#### XI. LA OBRA DEL SALÓN LITERARIO

Y bien, volvamos al Salón, allá en la calle de la Victoria número 59. El eco que despertó la flamante entidad fué de general simpatía. Las notas discordantes, si bien ruidosas, fueron las menos. Es que verdaderamente venía a cumplir con una necesidad social de cierto sector de la población porteña, vinculada por uno u otro motivo con la cautivante frecuentación de los libros y de la cultura. Superando la indolencia y la rutina se acercaron muchas personas al Salón dispuestas a colaborar allí activamente con sus luces o con su bolsa. En este sentido resultaron mezquinos los cálculos más optimistas.<sup>85</sup>

rado a la Argentina. ¿Podemos pedir más a aquella impetuosa muchachada de 1837?

<sup>85</sup> "Concurrieron en número de más de quinientos [ciudadanos] al llamamiento del Sr. Sastre, para el sostén de la institución." Cfr. EMILIO MANGEL DU MESNIL, *Notoriedades del Plata. Marcos Sastre*, Imprenta de la Tribuna, Bs. As., 1862, pág. 8. Este folleto fué ostensiblemente realizado con datos que el propio Sastre le facilitara al autor. Por eso son valiosas sus referencias.



Al margen de los comentarios que suscitó aquella inolvidable jornada dominical, los jóvenes y muchos hombres maduros estuvieron unánimes en una cosa: la ruta quedaba abierta. Ahora correspondía transitar resueltamente. Y así fué.

Apenas unos pocos días después de la recordada ceremonia inaugural, inició el Salón Literario sus actividades regulares. Los avisos insertos en los principales periódicos de la ciudad permiten reconstruir su trayectoria, durante los tres primeros meses. El lunes 26 de junio, "a las siete de la noche", tuvo lugar la primera reunión.

En esa oportunidad y ante numerosa concurrencia, leyó Gutiérrez "con énfasis y con elegancia", el primer canto de *La Cautiva* de Echeverría, poema por entonces todavía inédito. Se escucharon también breves disertaciones sobre diversos temas: "Progreso inteligente nacional", "Del escepticismo y de la fe", "La poesía visible: Víctor Hugo, Próspero Merimée", y "Del escepticismo actual". Esta primera experiencia demostró la necesidad de abreviar los programas de cada sesión, pues imaginamos la excesiva y agobiadora duración que alcanzó el acto. Y que así se hizo en adelante lo demuestran los anuncios siguientes.

El 1º de julio se leyó el segundo canto de *La Cautiva* y la primera parte de "Un ensayo filosófico en que se desenvuelven ideas importantes y miras nuevas sobre la civilización argentina".<sup>86</sup> El 13 de junio se concluyó ese ensayo, completándose la reunión con unos versos inspirados por la flor del aire. El 19 de julio Sastre informó sobre una obra que se está preparando sobre merinos y refinamiento de lanas con un anexo de tratado de economía rural y doméstica aplicado a las necesidades del país. Después de darse a conocer un fragmento de la traducción de *Claudio Gueux* de Víctor Hugo, Alber-

Concuera con López, quien asegura que "desde el primer momento contó [el Salón] con un número considerable de subscriptores y de obreros para realizar la empresa".

<sup>86</sup> De primera intención pareciera fácil asignar a Echeverría las disertaciones intituladas "Progreso inteligente nacional" y "Un ensayo filosófico en que se desenvuelven ideas importantes y miras nuevas sobre la civilización argentina", porque se corresponderían a la materia de las dos lecturas que él efectuó en el Salón y a las cuales nos referiremos más adelante. Sin embargo la índole de las conocidas disertaciones de Echeverría hacen dudar que se pronunciaran allí en esas oportunidades porque ello hubiera significado derechamente la prematura muerte del Salón. Los avatares ulteriores del establecimiento, en cambio, prestaron el ámbito circunstancial propicio para esas lecturas famosas.

di proporcionó algunas aclaraciones sobre su *Fragmento preliminar* que ese mismo día se puso en venta.<sup>87</sup>

La reunión siguiente —compuesta de la lectura de la parte final de la citada traducción de *Claudio Gueux*<sup>88</sup> y de un discurso original sobre el propio Salón Literario—, y programada para el 24 de julio, se transfirió "a causa de la lluvia" para el 26. En casi todos los avisos se reiteraba la invitación particular hecha a "varios señores en quienes se reconoce un grande amor a las ciencias" para que concurran a la institución. El 2 de agosto tuvo lugar otra sesión de lectura cuyo detalle no se ha consignado.

Hay luego un interregno de casi dos semanas. Probablemente en esos días las lecturas públicas hayan cedido su lugar a reuniones privadas para debatir la burlesca crítica de "Un Lechuguino" y el artículo subsiguiente de Senillosa. La crisis se salvó y el 14 de agosto se reanudaron las actividades normales con una sesión dedicada a las letras europeas. En efecto, se dieron a conocer dos escritos de Víctor Hugo: uno sobre Lamennais con motivo de su *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión*; y el otro, una evocación póstuma de Lord Byron. Una semana después se leyó una disertación acerca de "Pestalozzi y la sociedad para la propagación de los conocimientos útiles". El 29 de agosto el programa comprendió un ensayo traducido del inglés sobre la literatura del siglo XIX; otro original, "Reflexiones sobre la pintura de los retratos" (¿a cargo de Carlos E. Pellegrini?); y cerróse con unas páginas dedicadas a ciencias naturales: "Interior del globo terráqueo".

En setiembre la materia predominante fué la filosofía. El día 9 continuó tratándose el asunto relacionado con la instrucción popular que comenzara a verse el 21 de agosto, y luego se escuchó una disertación presuntamente a cargo de Alberdi, que tendía a demostrar que "El espíritu de la filosofía y la sociabilidad del siglo XIX no es el *eclecticismo* enseñado por Cousin: es, al contrario, la doctrina de la *perfectibilidad indefinida*". El día 15 la reunión, contra lo previsto, por su desarrollo amplio e interesante tuvo que limitarse a considerar

<sup>87</sup> Al cabo de un tiempo Alberdi consignó (*Escritos póstumos*, cit., t. XV, pág. 496) que esas explicaciones suyas sobre el *Fragmento preliminar* obedecían a la refutación de Lamas. Esto no se atiene a la realidad pues la *Impugnación* se publicó recién ocho días después de aquella sesión del Salón.

<sup>88</sup> Esta traducción de *Claudio Gueux* de Víctor Hugo se publicó en un fugaz periódico literario que Alberdi dirigió en el exilio. Cfr. *El Corsario*, N° 2, Montevideo, 8 de marzo de 1840, págs. 33-44; y N° 3, del 15 de marzo de 1840, págs. 69-79.

las respuestas que los socios presentaron acerca de una cuestión propuesta previamente: "¿Cuál debe ser la misión de la literatura en las sociedades modernas?" El 23 sí pudo exponerse la postergada disertación acerca de la doctrina de Cousin y sus puntos de vista sobre diversos sistemas filosóficos, como el sensualismo, el idealismo, el escepticismo y el misticismo, considerados en la utilidad relativa y mérito intrínseco de cada uno de ellos. Dudamos que después de esta extensa lectura se hayan dado a conocer "varios trozos originales" de literatura como decía el anuncio correspondiente. El viernes 29 se leyeron una exposición sobre el eclecticismo de Cousin y algunos capítulos de los *Deberes del hombre* de Silvio Pellico en traducción castellana de Gutiérrez.

Se ignoran detalles sobre las restantes reuniones del Salón Literario, pues ni *La Gaceta Mercantil* ni el *Diario de la Tarde* publicaron más avisos de ese establecimiento. Esta situación debe presumirse como síntoma de la malquerencia de las autoridades de Buenos Aires, evidentemente dispuestas a evitar el expansivo desenvolvimiento del Salón. Aunque en un principio —según afirmación de Senillosa— la entidad, "a pesar de su título algo pomposo", no era en realidad más que un gabinete de lectura —se estaba formando "una interesante y rica biblioteca"<sup>89</sup>— que congregaba a algunos suscriptores para leer trabajos originales y traducciones que se presentaban, las reuniones sucesivas vieron acrecer a la concurrencia: "el Salón se llenó de gente", asiente por su parte Vicente Fidel López.

El entusiasmo de los organizadores no decaía ciertamente. El 14 de agosto Sastre suplicaba a los suscriptores del Salón que le presenten los títulos de las obras que consideren dignas de enriquecer la biblioteca de la entidad, pues él se proponía hacer "en estos días" un pedido de libros a Europa.

Como se recordará, entre los fines del Salón se contaba también la impresión de libros que por sus méritos se hicieran acreedores de esa distinción. Sólo en setiembre se consiguieron los fondos necesarios para enviar a la imprenta el primer título: la traducción realizada por Gutiérrez de los *Deberes del hombre* de Pellico. La obra, sin embargo, no llegó a publicarse.<sup>90</sup> Con posterioridad se dispuso editar

<sup>89</sup> Sastre había cedido varios centenares de volúmenes al Salón, con los cuales se formó su biblioteca. Luego, donaciones de socios, acrecentaron el caudal original.

<sup>90</sup> Decía un aviso del Salón publicado el 27 de setiembre de 1837 que "por los muchos gastos que ha exigido su fundación no ha sido posible

un tratado de índole diametralmente distinta, relacionado con la promoción de un aspecto de la economía del país. Nos referimos al intitulado *De la cría de las ovejas y refinamiento de sus lanas*, de Juan Enrique Clausz, en versión directa del alemán por Marcos Sastre, quien ya había dado noticia de su contenido en la reunión pública del 19 de julio. Este libro estaba ya en prensa cuando cesó el Salón, por lo cual Sastre y unos amigos se hicieron cargo de la tirada, que se verificó finalmente, después de varias postergaciones, el 15 de febrero de 1838.<sup>91</sup>

## XII. UN PERIÓDICO FRUSTRADO

Los jóvenes no se daban tregua. Algunos de ellos se propusieron sacar un periódico cuyas páginas serían de tal modo un vehículo difusor de las nuevas tendencias que se introducían en Buenos Aires, y que, por supuesto, además, haría de tribuna de las labores que desarrollaba el Salón Literario. Seguramente éste fué el pensamiento que inspiró la nueva empresa. Aunque ostensiblemente asumía la redacción responsable Rafael J. Corvalán, no cuesta mucho ver a su lado la mano de Alberdi. Se cumplieron previamente las formalidades legales, de acuerdo a la ley de imprenta vigente en la pro-

costear en los dos [sic (?)] primeros meses la impresión de algunas producciones literarias que se han presentado". La preparación de la edición de la obra de Pellico se había demorado más de lo previsto, hasta que, a fines del año 1837, envuelto el Salón en serios problemas que hacían a su subsistencia, se decidió su postergación definitiva. Si bien en forma de libro esa versión de los *Deberes del hombre* no apareció jamás, Gutiérrez —quien, como ya se dijo, había adelantado algunos fragmentos en una lectura en ese establecimiento— hizo publicar varios capítulos en ediciones sucesivas de *El Iniciador*, periódico de Montevideo.

<sup>91</sup> Ese tratado iba a constituir el inicial de una colección especializada sobre ganado ovino. El tomo segundo —que quedó en proyecto— sería una *Guía del pastor y ganadero*. La obra de Clausz reviste para nosotros un interés especial pues en la anteportada está incripto el nombre de la Librería Argentina, siendo así la única pieza bibliográfica propiamente dicha con esa indicación editorial. La descripción de la portada es ésta: *De / la cría de las ovejas / y / refinamiento de sus lanas, / por / JUAN HENRIQUE CLAUSZ, / miembro honorario y corresponsal de la sociedad económica de Dresden [... etc.] / Traducido en Buenos Aires / de la edición original alemana, publicada en Meissen / en el año de 1836. / Con tres láminas. / Buenos Aires, / Imprenta del Estado, / 1838.* (Un vol., in 8° de VIII + 151 págs. + 3 lám. f. t.) Hay otro detalle digno de anotar; es la primera traducción directa del alemán realizada en nuestro país; y este mérito también le corresponde a Sastre.

vincia. Apenas lograda la aprobación del gobierno —este requisito era indispensable ya que no había libertad de prensa— se lanzó al público el prospecto del periódico, como era costumbre en la época. Esto ocurría apenas un mes después de instalado el Salón Literario. Si bien el prospecto de *El Semanario de Buenos Ayres* —que así se llamó la nueva hoja— carece de fecha, sabemos que circuló a fines de julio de 1837.<sup>92</sup>

*El Semanario de Buenos Ayres*, “periódico puramente literario y socialista; nada político”, como se titulaba, pretendió concretarse en una publicación especializada en asuntos literarios y sociales, para divulgar entre nosotros en forma adecuada las nuevas expresiones doctrinarias “de la Europa contemporánea y progresiva”, con lo cual se llenaría “una necesidad fundamental en nuestra sociedad argentina”.<sup>93</sup> Pero esa importación ideológica no podía hacerse sin discriminación sino que era menester cuidar su aplicabilidad, es decir tener en cuenta las condiciones peculiares del país. Entendían que era tiempo ya de discernir el carácter que debía tener la literatura nacional y la personalidad nacional, y sus relaciones con los principios consagrados críticamente por las letras y la sociabilidad de países más evolucionados y experimentados que el nuestro. Pero —añadía el prospecto— estas complejas cuestiones de filosofía moral y social, de economía, de arte, de literatura, no son de mero interés

<sup>92</sup> Esta fecha se basa en una comprobación categórica, cual es el aviso de apertura de la suscripción para *El Semanario de Buenos Ayres* inserto en *Diario de la Tarde*, N° 1821, Bs. As., 24 de julio de 1837, pág. 3, col. 4. El aviso se repitió los días 25 y 26 de julio. Hemos sido los primeros en indicar esa fecha. Cfr. FÉLIX WEINBERG, *El periodismo en la época de Rosas*, en *Revista de Historia*, N° 2, Bs. As., 1957, págs. 81-100. Hasta entonces quienes estudiaron a la generación de 1837 han repetido el dato erróneo de Zinny, quien en su *Efemeridografía Argirometropolitana* asignaba al prospecto el año 1838, esto es a continuación de *La Moda*, periódico del cual nos ocuparemos en seguida. El contenido del prospecto del *Semanario* mal podía avenirse como sucesor de *La Moda* si se tienen presentes las circunstancias que determinaron la clausura de ésta.

<sup>93</sup> Decían que hay muchos vocablos y expresiones filosóficas que se han introducido en Buenos Aires y circulan en ella desde hace algún tiempo, definitorias de intereses reales y positivos de la sociedad, pero que para quienes no están en antecedentes no constituyen otra cosa que un farrago, un jergal de palabras retumbantes, afectadas, y vacías de sentido. Tales resultan, agregan, a título de ejemplos, *progreso continuo*, *doctrina social*, *teoría del porvenir*, *ley del desarrollo humano*, *perfectibilidad indefinida*, *ley humanitaria*, *fórmula de sociabilidad*, *filosofía de la historia*, *espiritualismo*, *sensualismo*, *eclecticismo*, *misticismo*, *egoísmo*, *racionalismo*, *escepticismo*, *sansimonismo*, *clasicismo*, *romanticismo*, *cormentalismo*, *industrialismo*, etc.

especulativo sino de la más positiva y alta trascendencia social. Advertían los editores las limitaciones insalvables que iban a afrontar en su tarea, la cual tenía más el deliberado propósito de paciente siembra para el porvenir. “No se ha de esperar de nosotros —decían—, porque no lo prometemos, soluciones completas de las cosas que serán tocadas. De un papel de estas proporciones es injusto exigir cosa completa. Se habrá conseguido bastante si se ha logrado fijar los espíritus sobre materias cuyo desarrollo pide mucho saber, mucho espacio y mucho tiempo. Después de que estamos recién en el tiempo de fijar las cuestiones; que la época vendrá de resolverlas.”

Hay también en el prospecto un elogio al gobierno de Rosas. No ha de sorprender ello si definían la peculiaridad argentina como república joven, ardiente, católica, federativa, americana, democrática. “En los momentos en que el hombre superior que nos rige se ocupa de imprimir a la política una dirección americana y nacional, nos ha parecido oportuno ensayar un movimiento armónico y paralelo en la crítica artística y socialista.”

Prometían matizar las páginas del *Semanario* con secciones consagradas a música y poesía, siempre dentro de la orientación general del periódico. Iba a aparecer “tan luego como la suscripción haya tomado algún cuerpo”. Corvalán, hijo del edecán de Rosas, hacía de pararrayos. Sin embargo, el eco del prospecto del *Semanario* no fué el que esperaban sus editores. Su entusiasmo juvenil no trascendió lo suficiente y faltos de apoyo abandonaron allí mismo la empresa, antes de lanzar el primer número. Acaso en la excesiva claridad del programa estuvo su frustración.

Corvalán y Alberdi no se amilanaron. Prosiguieron trabajando en el Salón, en la confianza que no demoraría en presentarse oportunidad mejor para sus particulares inquietudes periodísticas.

### XIII. ECHEVERRÍA, UNA PRESENCIA DECISIVA

Hemos visto la labor que durante tres meses desarrolló la entidad creada por Sastre. Desde un comienzo se plantearon allí algunas dificultades originadas principalmente en la crítica nada constructiva de personas adversas e impermeables a una manifestación renovadora semejante. El tiempo andado demostró —ya lo habían previsto Varela y Balcarce— que la heterogénea concurrencia era en realidad un obstáculo; lo que se ganaba en número y nombres se tor-

naba difuso en la orientación ideológica del establecimiento. Probablemente esto motivó algún escepticismo en las filas de los propios jóvenes —verdadera alma del Salón—, por lo menos de aquellos que esperaban allí una tendencia clara y firme en los trabajos. Pero pronto se alejaron algunos socios que, a su vez, desde otro plano, se creyeron decepcionados por los fines reales del Salón, que los presumían más sobrios e inocentes y no tan comprometedores. Otros se fueron no sin hacer indisimulada ostentación de menosprecio, como de Angelis. Estas crisis sucesivas contribuían paradójicamente a aclarar el ambiente. Una carta de Gutiérrez, de esos precisos días, nos ilustra cumplidamente acerca de la situación.

Nuestros viejos *sont des bien drôles de gens*. Nadie según ellos puede abrir los labios si no ha encanecido; si no ha sido canónico, fiscal de estado, ministro o representante. También está mal con que se imprima: no señor, se deben *gustar* las luces en la tertulia de malilla, en el café; pero para el pueblo nada; esto es cómodo porque la publicación suele evaporar la reputación de saber que con admiración de ellos mismos, persigue a ciertos hombres.<sup>94</sup>

Así es como unos pocos meses de labor fueron suficientes para hacer culminar el saludable proceso de decantación que se operaba en la entidad, facilitándose por consiguiente el reordenamiento de la marcha. Entonces, definida a impulsos de los jóvenes la esencia de una línea ideológica más o menos precisa y coherente, Sastre apela a Echeverría —hasta ahí contertulio notable y cuya palabra y simple acción de presencia ejercía una singular pedagogía— y le llama a desempeñar la responsabilidad que las circunstancias requerían.

En lo medular de la extensa carta reservada del 28 de setiembre de 1837, le dice Sastre al celebrado poeta:

Yo pienso, Sr. Echeverría, y me atrevo a asegurar que V. está llamado a presidir y dirigir el desarrollo de la inteligencia en este país.

<sup>94</sup> Carta de Gutiérrez a Varela, fechada en Buenos Aires el 22 de setiembre de 1837, en ERNESTO MORALES, *Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, cit., fols. 22-23. La difusión popular de la cultura es otro signo definidor de la generación de 1837. Los libros y la tribuna periodística fueron utilizados en tal sentido. ¿Y qué otro propósito puede atribuirse a las numerosas polémicas sostenidas con los unitarios, en las cuales dilucidaron públicamente diversos asuntos que hasta entonces no habían trascendido de los claustros de iniciados? No olvidemos, por fin, el papel que Echeverría asignaba a la educación y a la cultura como elementos progresivos que permitirían dinámicamente el desarrollo de una auténtica democracia.

V. es quien debe encabezar la marcha de la juventud; V. debe levantar el estandarte de los principios que deben guiarla, y que tanto necesita en el completo descarrío intelectual y literario en que hoy se encuentra. ¿No se siente V. allá en su interior un presentimiento de que está destinado a tan alta y gloriosa misión? Ya es tiempo, Sr. Echeverría, de hacer brillar la luz. Es menester no dar lugar a que esta juventud que rompe a gran prisa las ataduras del error de una generación extraviada, vaya a extraviarse a su vez por falta de una guía ilustrada. Ya es tiempo de que V., que reúne a la instrucción el don de la palabra, el crédito literario y la edad juvenil, ponga en acción estos poderosos resortes y no espere a que se inutilicen, por las falsas doctrinas y las pretensiones de algunas cabezas incapaces de empuñar el cetro de la inteligencia. A V. le toca, no lo dude: y de aquí nace mi empeño porque V. se ponga a la cabeza de este Establecimiento.<sup>95</sup>

Es interesante consignar que el día anterior, el 27 de setiembre, había aparecido el volumen de *Rimas*, cuyo éxito alcanzó contornos sin precedentes. Por supuesto que no fué esa circunstancia la que inspiró a Sastre los conceptos recién transcritos.<sup>96</sup> Muchas pláticas sucesivas, a lo largo de años, convencieron al organizador del Salón que Echeverría, por variadas y sólidas razones, era la figura clave de la juventud estudiosa de Buenos Aires, y por esa misma gravitación intelectual le correspondía asumir la orientación general del movimiento. Concretando su propuesta, Sastre le pide a Echeverría acepte el cargo de director del Salón Literario, como paso preliminar para la transformación de esa entidad en un Instituto o Sociedad Literaria de más alto vuelo aún.

Lamentablemente se ha extraviado la respuesta de Echeverría, que se sabe fué extensa. Aunque no cuesta mucho imaginar que Echeverría habrá planteado diversos problemas y objeciones que hacían a la buena marcha de la institución, es de creer que finalmente aceptó el ofrecimiento. No podía rehuir la responsabilidad trascendente de esa hora decisiva para una generación argentina.

La carta de Sastre ilustra también acerca de un proyecto suyo de estatutos, donde con algún detalle se refiere a las autoridades del

<sup>95</sup> Se publicó en *Dogma Socialista*, edición crítica cit., págs. 306-309.

<sup>96</sup> Esos párrafos confirmarían nuestra hipótesis del retraimiento y pasividad de Echeverría respecto del Salón durante los tres primeros meses de actividades, aunque esto no excluye necesariamente la colaboración y concurrencia de Echeverría en tal lapso. Sólo queremos significar que su colaboración, en ese caso, no debió ser lo influyente que podía presumirse de su capacidad y posición, como lo demostraría efectivamente después.

Salón, deberes de los socios, trabajos, publicaciones, premios, finanzas, etc. Se hace alusión allí a la existencia de un presidente —que no debe confundirse con el director, que ahí se proponía—, un vicepresidente, tres secretarios y un administrador, cargos todos éstos ya cubiertos. Surge inmediatamente la pregunta: ¿quiénes fueron esos dirigentes? La escasa documentación que sobre el Salón se ha conservado impide, por ahora, una respuesta categórica. Excepto la plaza de administrador, que se infiere claramente fué ejercida por Sastre, los demás nombres se ignoran. Estévez Saguí dice en su *Memoria* que presidente fué Echeverría y secretarios Alberdi y el propio Estévez Saguí. Este dato parece referirse a la etapa final del Salón, pues de la citada carta de Sastre se desprende que hasta ese momento Echeverría no era presidente. Una conjetura no desdeñable podría traer a colación para tal jerarquía el nombre de don Vicente López y Planes, admirado y querido por los jóvenes, a quienes él a su vez alentaba y comprendía. ¿Fué Gutiérrez el vicepresidente? ¿Y el tercer secretario?

Siguiendo con lo sugerido por Sastre en su epístola, Echeverría debía elaborar un "plan de estudios" para regir las actividades del Salón. Él, como director, propondría las cuestiones y materias a estudiar, las cuales serían asignadas a los socios "que quieran o puedan" ocuparse de ellas. Una comisión revisaría los trabajos presentados e informaría acerca de sus merecimientos y de si son dignos de leerse en las reuniones; incluso se preveía, en este sentido, un recurso de apelación sobre los veredictos negativos. Con el título de *Ensayos del Salón Literario* se pensaba iniciar una serie de publicaciones con los trabajos meritorios de los socios, según dictámen de otra comisión especial; y asegurándose los derechos de propiedad del autor. Como recompensa distinguida se mandaría hacer retratos al óleo de los socios que más hubieran trabajado en beneficio del establecimiento, en cuyas salas precisamente se expondrían tales pinturas. Se estipulaban dos categorías de socios, según el monto de sus aportes: colaboradores y protectores. Además existían los suscriptores al salón de lectura, pero a éstos no se consideraba socios. Había una disposición curiosa: una forma de conseguir fondos consistía en la imposición de multas a los socios por cada inasistencia a las reuniones del Salón. Ignoramos si el mecanismo estatutario aquí sintetizado entró en vigor, total o parcialmente. De todas maneras es elocuente sobre los propósitos que uno de sus fundadores más caracterizados le quiso asignar; y da la tónica de lo que pudo haberse hecho allí

si hubiese tenido el Salón una existencia más prolongada y regular.

Como los tiempos no estaban para dilaciones Echeverría no se limitó a puntualizar discrepancias con la organización formal del Salón, sino que entró de lleno, resueltamente, a la prédica sistemática. Le tocó aportar con franqueza y valentía —la una suponía la otra— un enfoque medular del estado intelectual y económico-social del país, temas virtualmente inéditos allí. El Salón, ocupado hasta entonces en disquisiciones preferentemente literarias y filosóficas, penetra ahora —por lógica derivación de la clarificación operada en el establecimiento— en un terreno comprometedor y harto peligroso. ¡Vaya si peligroso como que resultó poco menos que fatal!

En esa oportunidad Echeverría —treinta y dos años iluminaban su mirada— inició su público magisterio, su diálogo abierto con los muchachos que él presentía llamados a grandes destinos porque el país los reclamaba. Para decirlo con las palabras de su biógrafo Gutiérrez, Echeverría comenzó a mover el ánimo de la juventud en la dirección de una empresa lógica de reforma social.<sup>97</sup>

<sup>97</sup> Se ha sostenido que Echeverría no pronunció en el Salón las dos "lecturas" sino que éstas habrían sido escritas con posterioridad. (Cfr. ABEL CHÁNETON, *Retorno de Echeverría*, Ed. Ayacucho, Bs. As., 1944, págs. 93-95.) Creemos que los testimonios de Gutiérrez que Cháneton ha utilizado se vuelven contra su propia hipótesis. Esos estudios de Echeverría permanecieron largos años inéditos hasta que Gutiérrez los dió a conocer en la *Revista del Río de la Plata*, t. V, N° 18, Bs. As., 1873, págs. 229-251; y t. VI, N° 21, págs. 73-85, respectivamente, acompañados de sendas notas introductorias. Decía Gutiérrez que Echeverría trazó el plan de unas lecturas públicas en las cuales se proponía explicar los distintos elementos que concurren a la organización de una democracia. "Este trabajo, como más público, era más peligroso —añade—; pero el patriota no se arredró y dió comienzo a la tarea." En la nota a la segunda lectura expresa Gutiérrez que la misma "encierra el pensamiento económico de Echeverría a la fecha de la instalación del Salón Literario, presentado intencionalmente en aquel lugar despojado de fórmulas técnicas y de todo aparato científico". Y en las *Noticias biográficas sobre don Esteban Echeverría*, cit., se lee a este respecto que esos trabajos del prócer en el Salón "dan alguna idea de la manera cómo se presentó él allí y de los propósitos innovadores que dejaría traslucir en sus conversaciones con los concurrentes al Salón". (Los subrayados nos pertenecen. F. W.) Si esos datos terminantes de Gutiérrez, miembro conspicuo que fué del Salón, no fueran aceptables se debería recurrir a una lectura detenida de las dos disertaciones y se comprobará, por la forma de la presentación y por varios detalles que emanan del propio texto, que bien corresponden a la época del Salón. No obstante ello, si se atribuyeran las dos disertaciones a la época del exilio estaríamos en presencia de una doble superchería de Echeverría y de Gutiérrez, posibilidad que el mismo Cháneton descarta por inadmisibile. Aun así debe recordarse que Echeverría, en la correspondencia que mantenía con sus



En la primera disertación —generalmente conocida como “discurso de introducción a una serie de lecturas”<sup>98</sup>— Echeverría hace un inventario de lo realizado en la superestructura del país desde 1810. Como él mismo lo advertía sus palabras no estaban destinadas a una pura especulación intelectual sino a ilustrar convenientemente la labor que correspondía concretar a las nuevas promociones. “Lejos estoy de pensar —afirmó— que ninguno de los que me escuchan venga aquí por un mero pasatiempo, ni con otro interés que el de instruirse por un mutuo cambio de ideas... pues tenemos patria y queremos servirla, si no con la espada al menos con la inteligencia... para continuar la grande obra de la Revolución de Mayo.”

Su bosquejo acaso resulte demasiado severo y demasiado negativo. Son discutibles algunos de sus enjuiciamientos pero es innegable que guiaba a su valoración una intención sanamente constructiva. Criticaba hombres, ideas, instituciones, para aleccionar al pueblo con honradez y no con mezquinas miras de aprovechamiento político inmediato. No venía a reabrir viejas y dolorosas llagas para complacerse en el sufrimiento colectivo y aparecer luego como un providencial salvador, o para favorecer la avidez de ciertos grupos desplazados o para congraciarse con la secta gobernante. Venía para indicar que las mejores medicinas no son el tiempo y el olvido —ceguera inconsciente de los hombres que se obstinan en alejarse de la realidad— sino la efectiva curación del mal suprimiendo las causas que lo originaban y posibilitaban. ¡Y cómo no iba a hablar claro y fuerte si el enfermo era el país!

“La primera, la más grande y gloriosa página de nuestra historia —dijo— pertenece a la espada”, pero esa página heroica quedó cerrada con la conclusión de la guerra de la Independencia. La etapa siguiente era, en su concepto, de organización o para decirlo con sus palabras, de regeneración social y política, pues este último proce-

amigos les ponía de continuo en antecedentes de sus trabajos y proyectos de publicaciones y no hay carta alguna que haga referencia a una elaboración o reelaboración de las cuestionadas lecturas. Finalmente del hecho que López en su *Autobiografía* nada diga sobre el punto no debe inferirse más que un sensible olvido —uno de tantos— de su parte, pues, por ejemplo, en sus carillas escritas *calamo corriente* nada dice sobre las explicaciones que en el Salón dió Alberdi acerca de su *Fragmento preliminar*, lo cual sabemos por los anuncios del Salón y por las propias *Memorias* de Alberdi.

<sup>98</sup> Gutiérrez asigna a ambas disertaciones la fecha de setiembre de 1837. Entendemos que —de acuerdo a los anuncios periodísticos de la época— ellas no se pronunciaron en ese mes; por lo tanto deben corresponder a octubre o meses siguientes de ese mismo año.

so de emancipación —puntualizó— es el único que justifica y legitima las revoluciones.

Entiende que uno de los signos de la insuficiencia de nuestro desarrollo reside en la mediocridad, de suyo infecunda, de los hombres dirigentes que no supieron satisfacer las esperanzas de la Revolución. Esa mediocridad —afirma—, “si literaria, se contenta con imitar; si científica, almacena en la memoria lo que otros aprendieron y descubrieron; si política, sierva de sus propias pasiones o de la ambición...” Faltó en los estadistas “ideas sistemadas, conocimiento pleno de la ciencia social, de su alta y delicada misión y de las necesidades morales de la sociedad...” y por ello mismo no pudieron crear nada estable ni adecuado. Todo lo hecho es anecdótico: sólo existe para la historia puesto que no ha alcanzado vida y permanentemente realidad.<sup>99</sup> Y lo mismo ocurrió en el plano institucional y legislativo; como tampoco se hizo nada por una auténtica educación popular. El realismo crítico de Echeverría eludía sistemáticamente lo declamatorio, la frase ampulosa y grandilocuente, para considerar en forma descarnada lo que él estimaba verdad objetiva. Para Echeverría la nación había que construirla desde adentro y con la mirada siempre fija en las necesidades del pueblo. La frustración de tantas buenas ideas e intenciones se explicaba, según él, en el desconocimiento de los intereses de las masas populares y de las exigencias del país. El extravío resultó doloroso. “El pobre pueblo ha sufrido todas las fatigas y trabajos de la Revolución, todos los desastres y miserias de la guerra civil y nada, absolutamente nada, han hecho nuestros gobiernos y nuestros sabios por su bienestar y educación.” Se había perdido más de un cuarto de siglo en vanas disquisiciones, guerras fratricidas, tumultos y otras calamidades para venir a dar en el punto de partida. Y esto es justamente lo que era menester superar. Conociendo así “cuál es la condición actual de nuestra sociedad, cuáles sus necesidades morales”, se sabrá recién cuál es la misión que correspondía emprender. Para no andar a tientas, para no reincidir en los viejos errores, era necesario “buscar los materiales de nuestra futura grandeza en la ilustración del siglo”, para

<sup>99</sup> Estas consideraciones aludían particularmente, como es obvio, a la gestión del partido unitario. No es del caso discriminar los aciertos y yerros de su planteo crítico, pues ello nos conduciría más lejos de lo que nos propusimos desarrollar aquí. Nos concretamos por ahora a tomar las referencias de Echeverría en relación con el asunto de este estudio, ya que dedicaremos a su doctrina y actitud política el espacio adecuado en un próximo ensayo.



que ese caudal científico, elaborado convenientemente, se vuelque en la realidad argentina: "amparándonos de los tesoros intelectuales que nos brinda el mundo civilizado, por medio del tenaz y robusto ejercicio de nuestras facultades, estampemos en ellos el sello indeleble de nuestra individualidad nacional". Sólo así tendremos "una cultura nacional verdaderamente grande, fecunda, original, digna del pueblo argentino".

Página tras página Echeverría incita a la juventud a ponerse de pie y a emprender el camino de la acción cívica: "Nuestros padres hicieron lo que pudieron, nosotros haremos lo que nos toca...; el tiempo no da espera, él nos llama a trabajar por la patria...; no nos basta el entusiasmo y la buena fe, necesitamos mucho estudio y reflexión, mucho trabajo y constancia...; estudios profundos, confianza varonil en nuestras fuerzas y marchemos..."

Un detalle que queremos subrayar, por lo que se verá más adelante, es la alusión que —varias veces— hace Echeverría al despotismo del gobierno de Rosas, sustituto de la antigua tiranía peninsular, "degradación tanto más profunda e infamante cuanto sólo ha sido obra de nuestros propios extravíos". Y afirma —utilizando por vez primera un término que luego se consagrará como definitorio de la época— que el poder de Rosas era una verdadera contrarrevolución. Decir estas cosas en Buenos Aires, en 1837, requería algo más que convicciones acendradas y firmes.

En fin, esta disertación es riquísima en reflexiones y sugerencias de toda índole, muchas de las cuales no han perdido vigencia porque el país aún no se ha encontrado consigo mismo y andan circulando por ahí parecidos errores y vicios que los que fustigara Echeverría.

Unos días después vuelve Echeverría a ocupar la tribuna del Salón Literario. Ahora, en su "segunda lectura", analizaría la situación económico-social del país.<sup>100</sup>

Verificaba que el desarrollo nacional se hallaba en estado embrionario, en comparación con el alcanzado por la sociedad europea a la que gradualmente había que alcanzar. En consecuencia correspondía observar y estudiar no sólo las necesidades, deseos y esperanzas de nuestro pueblo sino la forma y modo que posibiliten la expansión de la agricultura, ganadería, comercio, esto es los elementos

<sup>100</sup> Como el texto difundido por Gutiérrez difiere del manuscrito autógrafo que se conserva en la Biblioteca del Congreso de la Nación, nos atenemos a este último según se transcribió en *Antecedentes de la Asociación de Mayo*, cit., págs. 81-90 y en *Dogma Socialista*, edición crítica cit., págs. 276-285.

materiales que contribuían a formar lo que él llama "civilización humanitaria". Insiste en la adaptación a nuestras particularidades de los principios y leyes de la economía política. Planteaba algo que aún no se ha realizado cabalmente entre nosotros: la utilidad que reportaría una seria y amplia investigación económica que permitiera un estudio valorativo y comparativo de las modificaciones que habrían ocurrido desde la época colonial en las distintas esferas de la producción, distribución y consumo de la riqueza nativa e importada y sus relaciones con la demografía. Estos datos, explicaba, podrían engendrar con el tiempo una "ciencia económica verdaderamente argentina", que ilustraría y marcara rumbos al progreso nacional. Entiende que en el aspecto práctico cumplía ampliar e intensificar la producción rural y urbana, facilitar las comunicaciones y transportes, remover científicamente las trabas naturales que obstaculizan ese desarrollo de conjunto (forestación, control del régimen pluvial, canalización, regadío, etc.). El régimen de propiedad debía modificarse para dar un incentivo verdadero a los labradores, cuyo eficaz amparo reclamaba al Estado a través de instituciones crediticias. Se muestra decidido partidario de la industrialización del país. Enumera las ventajas que ella reportaría a toda la economía nacional al valorizar la producción de materias primas. Para promover la industria se requieren brazos y capitales, libertad, garantías y protección. Los gobiernos debían preocuparse de su estímulo, fomento y control adecuado.

Señala que en todos los ámbitos había que superar la rutina, la inercia, la inestabilidad, el desaliento, pues el atraso, la pobreza y el encarecimiento van siempre enlazados para desdicha de las naciones. En este sentido consideraba que los gobiernos, desde 1810, nada hicieron para anular o mitigar efectivamente la miseria, necesidades e ignorancia de los sectores populares.

Anticipando el verbo dolorido de José Hernández, stampa Echeverría estas palabras:

"Los habitantes de nuestra campaña han sido robados, saqueados, se les ha hecho matar por millares en la guerra civil. Su sangre corrió en la de la Independencia, la han defendido y la defenderán, y todavía se les recarga con impuestos, se les pone trabas a su industria, no se les deja disfrutar tranquilamente de su trabajo, única propiedad con que cuentan mientras los ricos huelgan.

"Se ha proclamado la igualdad y ha reinado la desigualdad más espantosa; se ha gritado libertad y ella sólo ha existido para un

cierto número; se han dictado leyes, y éstas sólo han protegido al poderoso. Para los pobres no han hecho leyes, ni justicia, ni derechos individuales, sino violencia, sable, persecuciones injustas. Ellos siempre han estado fuera de la ley."

Estas cosas sugerentes e incitadoras prendieron en el entusiasmo auditorio juvenil. Ahora sí Echeverría se jerarquiza como orientador de una generación. Ahora sí es Echeverría quien con elocución persuasiva y realista señala las posibilidades y dimensiones argentinas de los imprecisos ensueños de libertad y progreso; el que abre perspectivas verosímiles para canalizar el bulente idealismo en una empresa de renovación nacional.

Por lo que con reiteración insinuó Echeverría en ambas disertaciones, las "lecturas" debían proseguir con otras sucesivas que permitieran completar el examen de toda la vida argentina para después abordar racionalmente, críticamente, los caminos que habrían de conducir a las grandes soluciones nacionales, que armonizaran las exigencias de nuestro pueblo y las concepciones de la época. Parece, no obstante, que la serie de "lecturas" concluyó allí mismo. Por lo menos no se conservan manuscritos o simplemente referencias de otras "lecturas". Era, en verdad, demasiada audacia desmenuzar públicamente semejantes cuestiones. Los tiempos que corrían en el Buenos Aires de Rosas no eran a propósito para esta clase de ejercitaciones cívicas. Echeverría había preguntado en su inaugural presentación: "¿Adónde vamos? ¿Por qué camino y con qué mira?" Las respuestas vendrían más luego, en furtiva acción, porque eran inquietantes planteos incompatibles con el orden de cosas que imperaba en aquellos días.

#### XIV. LA MODA, SINGULAR EMPRESA DE ALBERDI

Con esas dos lecturas echeverrianas culminaron las actividades del Salón Literario. De ahí y creemos que a raíz precisamente de ellas arranca la ostensible declinación pública del establecimiento;<sup>101</sup> pero entendámonos, ocaso ante los ojos de las autoridades, las cuales se encargaron más adelante de insinuar la desconfianza con que veían esas precisas derivaciones extraliterarias.<sup>102</sup>

<sup>101</sup> La no inserción de avisos en los diarios desde fines de setiembre de 1837 fué el primer síntoma de la ojeriza oficial. Se comenzaba por interferir represivamente la publicidad.

<sup>102</sup> Es a todas luces sorprendente la afirmación que hace Saldías, en el

El testimonio de López ilustra esta transformación operada en el clima de la entidad: "Ya fuera por el influjo del espíritu con que se había creado o por la inclinación de las ideas que el movimiento liberal de la literatura francesa tenía con nuestros anhelos políticos, las tendencias del Salón tomaron este último declive..." Lo corrobora por su parte Estévez Saguí cuando escribe que el establecimiento fué "tomando vuelo y dedicándose en sus conferencias a asuntos sociales".

Planteadas así las cosas, es de imaginar que algunos socios timoratos se apresuraran a rehuir el contacto ya peligroso con los jóvenes del Salón. Pero justamente cuando era de presumir que esos jóvenes —ahora sí, jóvenes de Echeverría— reaccionarían apretando más aún las filas, a la expectativa de los acontecimientos, se produce entre ellos una fisura sensible, que abriría a su vez un breve interregno de incertidumbre.

El 10 de noviembre se anunció la próxima aparición de *La Moda*, "gaceta semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres, de modas", dedicada "al bello mundo federal".<sup>103</sup> Días después, el 18 de noviembre, apareció el primer número. Rafael Jorge Corvalán, hijo del edecán de Rosas, como ya se dijo, desempeñaba el papel de editor responsable aunque el verdadero jefe de redacción era Alberdi. *La Moda* salía a luz a cuatro meses del fallido intento de *El Semanario de Buenos Ayres* y tenía que salvar no sólo los obstáculos que enfrentaron y aplastaron a éste —falta de suscriptores por temor e indiferencia ante una publicación definitivamente ideológica y social— sino los nuevos riesgos emergentes de la indisimulada

sentido de que enterado de sus conferencias en el Salón Literario, "Rosas quiso alentar a Echeverría transmitiéndole sus felicitaciones por intermedio del joven militar don Ramón Maza". Cfr. ADOLFO SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina. Rosas y su época*, Ed. Félix Lajouane, Bs. As., 1892, t. II, pág. 314. A más de que allí no se indica el origen del dato, él mismo no se aviene y está en contradicción con todos los otros testimonios conocidos de gente de la época.

<sup>103</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1911, Bs. As., 10 de noviembre de 1837, pág. 3, col. 2. Según este aviso el contenido del número inicial sería: "1º, un prospecto de la marcha de la moda; 2º, unos lindos versos inéditos —a unos ojos— por un poeta argentino; 3º, un artículo burlesco sobre algunos usos, señales de mal gusto; 4º, algunas últimas modas francesas; 5º, las modas del día entre nosotros; 6º, una carta conteniendo el programa de una serie de artículos interesantes sobre la música que publicará *La Moda*; 7º, un boletín musical; y 8º, un minué nuevo, enteramente nuevo." ¡Más puritanismo e intrascendencia, imposible!

frialdad del gobierno ante las actividades juveniles. Para evitar una muerte prematura y prolongar lo más posible su existencia no encontró Alberdi arbitrio más ingenioso que disfrazar sus propósitos renovadores con ese inofensivo nombre de *La Moda*. El prospecto o artículo de presentación confirmaba esa tendencia. Aunque prometía ocuparse del movimiento de la moda en cuanto a vestidos, peinados, calzados, muebles, etc.; de indicaciones de urbanidad, de crónicas pintorescas; de poesías inéditas y bellas; de publicaciones musicales como minués, valeses y cuadrillas; contendría también nociones claras y breves sobre literatura moderna aplicada a las ideas e intereses sociales; "y muchas otras cosas cuya inteligencia fácil cubre de prestigio y de gracia la educación de una persona joven". El contenido del primer número, si bien difiere de lo anunciado, estaba en concordancia con esas promesas generales: allí se habla de modas francesas, de modas porteñas, de ropa de hombres, de música y de crítica costumbrista. La prueba de fuego fué salvada felizmente. En el segundo número se insertan frases de Fortoul, Leroux y Béranger, y se presenta a Mazzini, "coloso de treinta años, jefe de la joven Europa". Más adelante asomarían en esas páginas los nombres de Larra, Saint-Simon, Quinet, Hugo, Schlegel, Viardot, Planché, Lerminier, Jouffroy, Lamartine, Stäel, Sainte-Beuve, Chateaubriand, Scott, Vigny...

Colaboraron en *La Moda*, además de Alberdi —quien popularizó allí el seudónimo de Figarillo—, Corvalán, Gutiérrez, los hermanos Rodríguez Peña, Tejedor, Carlos Eguía, Barros Pazos, Albarellos, López y Quiroga Rosas. Difundieron todos ellos el romanticismo literario —no el excéntrico, misantrópico o de nostalgias feudales sino el filosófico, moralista, progresivo, militante, libertario—<sup>104</sup> y las doctrinas humanitarias y sociales, particularmente el sansimonismo. Se hace exteriorización de lo que con criterio harto simplista y superficial se ha dado en llamar hispanofobia de aquella generación. Los jóvenes ponen las cosas en su justo lugar cuando dicen a este propósito: "Si, pues, en las ideas, en el carácter, en las creencias y hábitos de nuestros habitantes, habían consignado los españoles el régimen colonial, es evidente que aún conservamos infinitos restos del régimen colonial, pues que conservamos infinitas ideas, caracteres, creencias y hábitos españoles... Es, pues, bajo la síntesis general de españolismo que nosotros comprendemos todo lo que es retró-

<sup>104</sup> Véase el artículo de Alberdi intitulado *Literatura en La Moda*, N° 8, Bs. As., 6 de enero de 1838, pág. 3, cols. 1-2; y pág. 4, col. 1.

grado..."<sup>105</sup> Formularon cáusticas críticas en una serie de artículos costumbristas —el fuerte del periódico— que a su vez despertaron la airada reacción de algunos lectores, los cuales pretendieron polemizar con *La Moda*, pero ésta respondió altaneramente que no se dedicará a réplicas, pues harto tenía de qué ocuparse en cosas más útiles. Las satíricas observaciones de Figarillo, que apuntaban en varias direcciones, no eran un jovial pasatiempo sino que tenían miras reformistas bien trascendentes: "Las luces no tienen más enemigos que los restos consuetudinarios del antiguo régimen, cuya demolición no es de la misión oficial sino exclusivamente de la prensa literaria y moralista..., y nosotros, escritores de costumbres, nos hemos puesto a realizarla..." Es digno de señalarse también la preocupación reiterada por jerarquizar intelectualmente a la mujer para colocarla en un plano de verdadera igualdad con el hombre.

Las páginas de *La Moda*, menudas en dimensiones, inocentes en la apariencia —cada número tenía un suplemento musical con un minué o una valsa—, eran un molesto moscardón en una ciudad no habituada a semejantes disquisiciones periodísticas. A los cuatro meses de existencia una nota editorial hizo un verdadero examen de conciencia de la juvenil empresa.

*La Moda*, desde su origen, no ha sido establecida con mira de un lucro pecuniario. Habría sido un medio de especulación demasiado pobre... Muy distinto y opuesto interés le ha dado origen. Tal vez no ha nacido una publicación más pura, del interés del bien público.

La frivolidad de sus primeros números puede presentar visos de seducción mercantil. Es cierto que se intentó seducir lectores, pero no para sacarles dinero, sino para hacerlos aceptar nuestras ideas.

Ha seguido y seguirá empleando formas semejantes. Es una desgracia requerida por la condición todavía juvenil de nuestra sociedad... *La Moda* es, o al menos procura serlo, la aplicación continua del pensamiento a las necesidades serias de nuestra sociedad. Ningún periódico literario había llenado hasta ahora esta misión en nuestro país. Y en este sentido nosotros podemos decir que hemos fundado una publicación nueva. La más frívola de sus chanzas lleva su objeto serio. Y este

<sup>105</sup> Cfr. *La Moda*, N° 22, Bs. As., 14 de abril de 1838, pág. 1, col. 1; y pág. 2, cols. 1-2. Por otra parte, completando su pensamiento, se muestran solidarios con los que en la propia España buscaban su renovación y progreso. Esa era la "joven España, la única España amiga y querida nuestra". La influencia señera de Larra, de quien se adoptaron muchos planteos críticos, confirman esa actitud. "La mitad de Larra nos es útil —se lee en *La Moda*— porque la mitad de nuestra sociedad es española."

objeto no es jamás personal sino público: es el más bello carácter del papel. Hay, bajo su aparente indiscreción, más prudencia que lo que se calcula; bajo su estudiada negligencia, menos ignorancia que la que se oculta por lo común bajo las pretensiones de cultura.

*La Moda* no es un plan de hostilidad contra las costumbres actuales de Buenos Aires, como han parecido creerlo algunos. Hija ella misma de las ideas porteñas, no admite por blanco de sus ataques sino costumbres cuya vejez y tendencia las hace indignas de pertenecer más a Buenos Aires. Es el joven Buenos Aires que se levanta sobre el Buenos Aires viejo. Redactores, redacción, ideas, miras, todo es de nuestra patria: ¿por qué, pues, ofendernos de sus tiros? Somos nosotros mismos los que nos criticamos, no es ningún extranjero: es nuestra sociedad que se critica a sí misma. Si, pues, sus faltas la humillan, su criterio la levanta. Son más porteñas nuestras críticas que los defectos exóticos y viejos que censuramos: los que nos censuran sí son extranjeros al siglo como a Buenos Aires.

No hay, pues, por nuestra parte por qué arrepentirnos; ni por la del público por qué quejarse de la marcha de *La Moda*.<sup>106</sup>

En las páginas del gacetín de Alberdi-Corvalán no hay ninguna referencia al Salón Literario; ni se le nombra una sola vez. No es que la entidad ya no existiera, lo cual se demostrará más luego, sino que habían ocurrido algunas divergencias entre los integrantes del movimiento juvenil. El Salón, es cierto, a esas fechas veía palidecer su estrella. Un crepúsculo forzado limitaba su acción al mínimo. Acaso esta misma situación hizo que algunos socios, encabezados por Alberdi, tentaran otro camino. Y este otro camino tangencial quiso ser precisamente *La Moda*, que anduvo esquivando anticipadamente los posibles riesgos. Aclaremos esto un poco más. Si bien entre los jóvenes del Salón constituía sector mayoritario el que dejaba traslucir hacia Rosas una actitud de antipatía pasiva<sup>107</sup> o por lo menos de frialdad, no debe inferirse de ello —en ese momento— que fueran decididamente antirrosistas. Esto vendría después, a impulsos de ciertos acontecimientos públicos. Otros socios, comenzando por Alberdi, creyeron oportuno dejar de lado el Salón y proseguir la difusión de las nuevas ideas literarias y sociales acercándose al can-

<sup>106</sup> Cfr. *La Moda*, N° 18, Bs. As., 17 de marzo de 1838, pág. 1, cols. 1-2; y pág. 2, col. 1. En un próximo ensayo ampliaremos los detalles que aquí sintetizamos sobre este periódico. El estudio más completo al respecto corresponde a JOSÉ A. ORÍA, Prólogo a la reimpression facsimilar de *La Moda*, Ed. Academia Nacional de la Historia, Bs. As., 1938, págs. 23-74.

<sup>107</sup> Sería el caso de Gutiérrez. *Vid. supra*, nota 66.

delero oficial, ¿Fue una treta ingeniosa o una resolución sinceramente inspirada?<sup>108</sup> Lo positivo es que *La Moda* hizo señalados esfuerzos por congraciarse con el gobierno de Rosas y aparecer enrolada con la política de su partido. Sin excepción cada uno de los números están encabezados por el lema de ¡Viva la Federación! No es todo. Hay varios artículos de inequívoco alcance. Así, al hablar de "Modas políticas" se dirá que el emblema punzó expresa el pensamiento y el interés de todos, y que los adversarios "debieran ver que le lleva sobre su seno el pueblo, que es mejor que ellos y que honra todo lo que toca. Se ha de cerrar los ojos a lo que el pueblo quiera, para ser buen patriota; y lo que él acostumbre ha de ser santo..."<sup>109</sup> Y con motivo del tercer aniversario del ascenso de Rosas al gobierno con facultades extraordinarias, manifiesta *La Moda* su adhesión alabando el apoyo que don Juan Manuel presta al "admirable progreso inteligente operado en la juventud durante el período de su mando"; y añadía, con tono categórico: "Las luces, pues, no tienen sino motivos de gratitud respecto de un poder que no ha restringido la importación de libros, que no ha sofocado la prensa, que no ha mutilado las bibliotecas, que no ha invertido la instrucción pública, que no ha levantado censura periódica ni universitaria. Las luces no tienen más enemigos que los restos consuetudinarios del antiguo régimen..." Así saludaban el acontecimiento "memorable" en que el pueblo de Buenos Aires, "acosado de tantos padecimientos innmerecidos, se arrojó él mismo en los brazos del hombre poderoso que tan dignamente le ha conducido hasta este día".<sup>110</sup>

Esta actitud de *La Moda* —proponerse difundir las "novedades del progreso inteligente" al precio de concesiones y halagos al gobierno— restó desde el primer momento a sus páginas el concurso de Echeverría. El autor de las "lecturas" más medulares e inquietantes que se dieron en el Salón Literario, tenía una clara línea de conducta cívica-

<sup>108</sup> Recordemos los elogios a Rosas y a su régimen tributados con anterioridad, en el discurso inaugural del Salón pronunciado por Alberdi; en el *Fragmento preliminar*; y aún en el prospecto de *El Semanario de Buenos Ayres*, antecesor directo de *La Moda*.

<sup>109</sup> Cfr. *La Moda*, N° 3, Bs. As., 2 de diciembre de 1837, pág. 4, cols. 1-2.

<sup>110</sup> Cfr. *La Moda*, N° 22, Bs. As., 14 de abril de 1838, pág. 1, cols. 1-2. La promesa que allí se formula de demostrar más adelante cada uno de esos asertos no se pudo cumplir porque el periódico, una semana más tarde y sorpresivamente, dejó de aparecer... Incluso en el que habría de ser último número se insiste en el respeto, veneración y lealtad que se le debía al magistrado supremo. Cfr. *La Moda*, N° 23, Bs. As., 21 de abril de 1838, pág. 1, cols. 1-2.

ca. Desde su regreso al país, en 1830, fué consecuentemente antirrosista según hay múltiples y abrumadoras pruebas. Y exteriorizó públicamente su posición en marzo de 1835, haciendo circular en forma clandestina hojas manuscritas que contenían una poesía suya en que formulaba un enérgico llamado a la juventud para que reaccionara virilmente contra el flamante despotismo. Y esto hizo Echeverría cuando muchos jóvenes se forjaban ilusiones imprecisas acerca de las intenciones de don Juan Manuel. De manera que él no podía compartir la tendencia política que Alberdi —animador del semanario— pretendía infundir a sus camaradas, por lo que se alejó de ese grupo.<sup>111</sup> Hay dos omisiones sugestivas que confirman tal situación: en *La Moda* no aparece ningún escrito, en prosa o verso, de Echeverría; y tampoco se hace allí referencia alguna a su más reciente obra poética, *La Cautiva*, publicada en el volumen de *Rimas* en setiembre de 1837, que consta fué un acontecimiento singular en Buenos Aires. La sola mención del nombre de Echeverría resultaba para los redactores de *La Moda* no sólo incómoda sino comprometedora. Se ha de concluir, pues, que "todo permite suponer en la realidad del apartamiento aludido por Ingenieros".<sup>112</sup>

Mas las entusiastas energías que Alberdi derrochó para apoyar a Rosas —y quizá para atraerlo (?) hacia el programa de la juventud— se enfriaron repentinamente. Las terminantes declamaciones filorrosistas de *La Moda* no pudieron impedir el desencuentro que sobrevino. Rosas no se dejó seducir por esos elogios y los jóvenes se desengañaron.<sup>113</sup> Había una disidencia de fondo que les separaba. El realismo implacable de Rosas —según la exacta puntualización de

<sup>111</sup> Este distanciamiento entre Echeverría y Alberdi, a fines de 1837, fué ya entrevisto y señalado por JOSÉ INGENIEROS, *La evolución de las ideas argentinas*, en *Obras Completas* de..., revisadas y anotadas por Aníbal Ponce, Ed. L. J. Rosso, Bs. As., 1937, vol. XVI, pág. 260.

<sup>112</sup> Cfr. JOSÉ A. ORÍA, Prólogo a *La Moda*, cit., pág. 49.

<sup>113</sup> Estos hechos, más adelante, determinaron situaciones incómodas y enojosas para Alberdi. En el exilio montevidiano se vió precisado a aclarar los alcances que pretendió dar a sus actitudes de 1837. En un editorial de un diario que él corredactaba en la vecina orilla escribió: "Es cierto que en otro tiempo, a ejemplo del desgraciado pueblo argentino, su legítimo maestro y soberano, Alberdi regaló, no vendió, sus elogios al Restaurador, para tener el derecho de decir a este Restaurador algunas verdades que le fueron dichas a par de los elogios y para ver si tributándole esos elogios le nacía el gusto de merecerlos. Si Alberdi se engañó él no tiene la culpa de ser zonzo. Él hizo entonces y hace ahora lo que su conciencia, no su interés, le ha dicho que es bueno." Cfr. *El Nacional*, N° 65, Montevideo, 31 de enero de 1839, pág. 2, cols. 2-3; y pág. 3, col. 1. Meses más tarde, por iguales

Oría— se oponía casi instintivamente a lo que pensaban, decían y sentían los jóvenes. Unos y otros representaban corrientes sociales antagónicas.<sup>114</sup> De allí que, de improviso, desapareció el periódico. En efecto, don Juan Manuel resolvió suprimir *La Moda* temiendo que las actividades literarias de los "muchachos regeneradores y reformistas" derivaran en otras de índole militante menos inocentes y menos tranquilizadoras para el orden público.<sup>115</sup> Esto ocurrió cuando el semanario había tirado ya veintitrés números a lo largo de cinco meses. Pero, estando de por medio el hijo del edecán de Rosas, se salvaron las apariencias y se permitió a *La Moda* publicar un aviso de despedida anunciando inopinadamente a sus lectores que "ha querido cesar"... Era el 27 de abril de 1838.<sup>116</sup>

La actividad cultural del año 1837 en Buenos Aires se cerró con una nota de definitoria simpatía, protagonizada por Larra, el inolvidable Fígaro, uno de los astros mayores en la constelación de las grandes devociones juveniles. La aleccionadora vitalidad de sus escritos resurgía en el Plata sobreviviendo a despecho de la distancia y de la muerte. Un grupo de ciudadanos uruguayos dispuso, como mejor homenaje a su memoria, reeditar las obras de aquel acucioso amador de la España popular. A principios de noviembre los "Editores de la Biblioteca Dramática y Reimpresores del Fígaro" lanzaron a la circulación en Montevideo, en la tradicional librería de Jaime Hernández, el primer tomo de la *Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres* de don Mariano José de Larra, Fígaro (Imprenta Oriental). Quince días después Mompíe e Isac

motivos, se suscitó en la misma ciudad una violenta polémica periodística que derivó en un juicio de imprenta.

<sup>114</sup> Cita Oría —a quien seguimos de cerca en esta parte de nuestro estudio— una caracterización que hizo Carlos Ibarguren y que explica sagazmente esa disidencia fundamental: "Rosas condujo y personificó la irresistible corriente nacionalista antiliberal, antieuropea, autóctona y tradicionalmente española del pueblo argentino, contra la prédica demagógica y revolucionaria de los logistas, anarquistas y francmasones, como llamaba a los unitarios agitadores y propagandistas del liberalismo."

<sup>115</sup> Obra en nuestro poder un importante dato desconocido hasta ahora —que publicaremos en su oportunidad— el cual confirma ampliamente la hipótesis que *La Moda* fué clausurada.

<sup>116</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 2045, Bs. As., 27 de abril de 1838, pág. 3, col. 3. Desde el día anterior se admitían suscripciones en una librería porteña para *El Iniciador*, publicación literaria quincenal que en Montevideo redactaban Lamas y Cané y cuyo primer número apareció el 15 de abril de 1838. *El Iniciador* sería una definida tribuna de difusión doctrinaria de la nueva generación, sin los equívocos elegantes de *La Moda*...



lo ofrecían en Buenos Aires. Para la Navidad estaba listo el tomo segundo, que los escaparates porteños empezaron a ofrecer el 22 de enero siguiente, esto es poco antes de cumplirse el primer aniversario de la trágica muerte de Larra. En meses sucesivos aparecerían dos tomos más con sus artículos, constituyendo los cuatro volúmenes un verdadero banquete literario en estas tierras del meridión de América, que en aquel ilustre madrileño reivindicaban como suyo propio el fervor liberal y renovador de la Joven España.

#### XV. EL CREPÚSCULO FINAL

A todo esto, desde fines de 1837 se estaban produciendo ciertos acontecimientos que modificarían el panorama político de Buenos Aires, incidiendo a su vez en un cambio de rumbo en los planes de los núcleos juveniles de la ciudad.

El país —desde el 19 de mayo de 1837— se hallaba en guerra con el gobierno de la Confederación Perú-Boliviana, y cuyas principales operaciones bélicas se desarrollaron en las postrimerías de 1837 y a principios de 1838. Por su parte en el Uruguay un nuevo alzamiento del general Fructuoso Rivera, apoyado por Lavalle y otros exilados unitarios, se proponía derrocar al presidente Oribe, quien contaba a su vez con la ayuda de Rosas. Y simultáneamente el conflicto diplomático con Francia se agravaba momento a momento. Serias dificultades económicas, descontento en el litoral, amagos de conspiración, fueron la secuela de estos sucesos. Poco antes, el 25 de octubre, pusieron una nota dramática las ejecuciones públicas en la plaza de la Victoria de los reos convictos del asesinato de Facundo Quiroga.

La cuestión planteada por el cónsul Aimé Roger da oportunidad a que, como reacción, se despertase una creciente antipatía hacia los franceses y en general hacia todo lo proveniente de Francia, mercancías e ideas. Así, pues, que las minorías ilustradas que pregonaban su admiración por las corrientes culturales de aquel país se encontraron impensadamente envueltas en el conflicto. El peligro aumentó por las acusaciones y amenazas públicas dirigidas a la gente culta —equivalente perfecto de unitario, a los ojos del vulgo— a la cual por añadidura se consideraba afrancesada, esto es sinónimo de enemigo y traidor a la causa de la Confederación.

Es fácil imaginar qué le ocurriría en un ambiente así al Salón

Literario. Los tropiezos anteriores que el establecimiento afrontó se agravaron hasta desbarrancarlo en apremiante fatalidad. Los tiempos que corrían no eran propicios para estudios, reuniones y debates sobre asuntos sociales, económicos, filosóficos o meramente literarios. Falta tranquilidad y la agitación callejera golpeaba inexorablemente en las conciencias ciudadanas. El Salón —escribió Alberdi— “estaba condenado a desaparecer porque era público”.

Ya muy tempranamente el presidente de la Cámara de Justicia bonaerense, doctor Vicente Maza, se refirió con sorna a las actividades de “los muchachos reformistas y regeneradores”. Mas luego el mismísimo Rosas mandó decir a Vicente López, miembro también de ese supremo Tribunal, y asiduo concurrente y consejero del Salón: “usted es demasiado bueno y débil: ése no es su lugar”.<sup>117</sup> Y en posterior ocasión, insistiendo, le hizo llamar Rosas y le increpó acremente su debilidad, pidiéndole que se retirara del Salón y advirtiera a los jóvenes “que eran poco serios sus proceder”.<sup>118</sup> Hasta ahí los “consejos” de don Juan Manuel.

La mirada vigilante y desconfiada del gobierno era suficiente para engendrar el desaliento. Pero después vinieron directamente las insinuaciones ofiosas. Y más tarde “algunas advertencias amenazadoras que provenían de la policía”.<sup>119</sup> No había duda alguna: el Salón debía dar por cumplido su ciclo.

El 10 de enero de 1838 un anuncio periodístico, firmado por Marcos Sastre y dirigido a los suscriptores del Salón Literario, revela la crisis.

Avisa el que firma que se ha tenido por conveniente interrumpir la suscripción hasta que se reciban todas las obras encargadas a Europa, y que organizado el establecimiento bajo un nuevo plan se abra de nuevo aquella para que se suscriban los que gusten. Se suplica a los Señores que tengan en su poder algunos libros del Salón, que los devuelvan en caso que no quieran continuar en la suscripción de lectura.

Marcos Sastre<sup>120</sup>

<sup>117</sup> Cfr. VICENTE FIDEL LÓPEZ, *Autobiografía*, cit.

<sup>118</sup> Cfr. JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA, *Rosas y su tiempo*, Ed. Félix Lajouane y Cía., Bs. As., 1907, t. II, págs. 35-36. También Ramos Mejía se funda en datos suministrados por Vicente Fidel López en conversaciones privadas entrambos.

<sup>119</sup> Cfr. VICENTE FIDEL LÓPEZ, *Autobiografía*, cit.

<sup>120</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1958, Bs. As., 10 de enero de 1838, pág. 3, col. 4.



Este anuncio se parece demasiado a aquel postrero de *La Moda*: "ha querido cesar". Y señala con carácter oficial la conclusión de las actividades del Salón Literario.

Los socios, en efecto —dice López—, resolvieron cerrar la institución y rematar su biblioteca.<sup>121</sup> Pero lo grave del asunto es que el generoso dueño de casa, Sastre, vió envuelta a su acreditada librería en la perentoria liquidación. Ante ciertas sugerencias conminatorias no hubo más alternativa que sacar también a subasta los colmados anaqueles de su negocio.

Inexorablemente, el 15 de enero de 1838 se publicó el primer anuncio comunicando que los días 24 y 25 de ese mismo mes se "rematarán todas las obras selectas que contiene la Librería Argentina... al mejor precio que se pueda obtener en el acto del remate".<sup>122</sup> El martillo de Tomás Gowland comenzó a realizar la ingrata tarea. El 25 de enero otro anuncio de Sastre decía que "Debiendo

<sup>121</sup> "Obligado el Sr. Sastre a cerrar el Salón Literario, sufrió un quebranto enorme en sus intereses por las grandes sumas que había invertido en la biblioteca de aquel establecimiento..." Cfr. EMILIO MANGEL DU MESNIL, *Notoriedades del Plata. Marcos Sastre*, cit., pág. 8. Poco antes expresaba Du Mesnil que el Salón hubiera producido grandes bienes "si los celos y las sospechas de Rosas no le hubieran dado la muerte en sus primeros albores. Y sin embargo no fueron efímeros los frutos que dió durante su efímera existencia".

<sup>122</sup> Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 1962, Bs. As., 15 de enero de 1838, pág. 3, col. 4. Como lo conceptuamos de interés se reproduce la nómina completa "de los principales autores" de las obras sacadas a remate: "Obras francesas, inglesas, italianas y castellanas: Fenelón, Montesquieu, Dupin, Iriarte, Jovellanos, Cuvier, La Harpe, Lermier, Herder, Tocqueville, Lamennais, Blackstone, Bentham, Richerand, Watel, Bello, Robertson, Alibert, Brunet, Broussais, Cabanis, Spurzheim, Shakespeare, Dante, Petrarca, Ariosto, Boiardo, Buonaroti, Tassoni, Boccaccio, Locke, Scarpa, Tissot, Vives, Calderón, Cellini, Virey, Saavedra, Luque, Isla, Laromiguière, Víctor Hugo, Lamartine, Franklin, Saint-Pierre, Gioja, Montaigne, Constant, Gessner, Linneo, Mirbel, Lanjuinais, Sismondi, Ganiilh, Smith, Sturm, Chaucer, Ulloa, Bowles, Wistar, Young, Levesque, Erskine, Sheridan, Blair, Homero, Platón, Aristóteles, Fr. Luis de León, Funes, Mohedanos, Marina, Maquiavelo, Hipócrates, Malthus, Mably, Beranger, Lacunza, Adams, Trollope, Destutt de Tracy. Autores clásicos latinos y otros; sus obras completas: Cicerón, Séneca (el filósofo), Quintiliano, Plinio (hist. nat.), Tácito, Tito Livio, Plauto, Terencio, Séneca (tragedias), Veleyo Paterculo, Pomponio Mela, Lucano, Valerio Máximo, Lucrecio, Aulo Gelio, Silio Italico, Aurelio Víctor, Erasmo, Eutropo, Horacio, Quinto Curcio, Ovidio, Virgilio, Suetonio, Amiano, Floro, Julio César, Marcelo Palingenio, Justino, Cornelio Nepote, Fedro, Marcial, Juvenal, Plinio (epístolas). También se sacarán algunas novelas españolas y francesas."

concluirse en la semana entrante el remate de todos los libros de este establecimiento, suplico encarecidamente a todas las personas que me tengan algunos libros, por suscripción o prestados, me los devuelvan con la posible brevedad, porque de lo contrario se me seguirá el perjuicio de no poder vender un gran número de obras de las más interesantes, por no estar presentes el día del remate".

Durante los días 5 y 6 de febrero se realizó el segundo remate de "todo el contenido de la Librería Argentina y la Biblioteca del Salón..." como así también de varios objetos artísticos. Y como prueba que el remate era forzoso y tenía lugar en un momento de florecimiento de la librería, se puntualiza en un anuncio de esos días que "nunca ha estado dicho establecimiento mejor surtido de excelentes obras de la literatura antigua y moderna". El 15 de febrero por la mañana, continuó la subasta de libros y de cuadros, pinturas y curiosidades de propiedad de Sastre. El citado día, por la tarde, Sastre deja definitivamente su famoso local de la calle de la Victoria número 59 y se traslada a otro, provisorio, situado en el número 120  $\frac{1}{2}$  de esa misma calle. Al día siguiente pone allí en venta el libro de Clausz, ya mencionado, sobre la cría de ovejas.

¡Malos y raros vientos soplaban en Buenos Aires! En febrero se remató también la imprenta y casa de litografía del finado César H. Bacle, cuyo encarcelamiento fué un factor determinante de la intervención francesa en el Plata. ¡Ah, eso sí, *La Moda*, haciendo esfuerzos por sobrevivir, duplicaba el número de sus páginas y más luego ensancharía sus columnas con un formato más amplio!

El 28 de marzo el contraalmirante Leblanc declara riguroso bloqueo al puerto de Buenos Aires. Un mes después las dificultades económicas emergentes de la situación resuelven a Rosas a suprimir los sueldos del personal de la Universidad, de la Sociedad de Beneficencia, de la Casa de Expósitos, de las escuelas y de los hospitales. El mismo día se ordena de improviso el cese de *La Moda*.

Aunque el caudal bibliográfico de la Librería Argentina parecía inagotable, Sastre apresura la liquidación. En marzo ofrecía un "baratillo singular", pues "estando por cerrarse este establecimiento se venden las obras a precios ínfimos que jamás han tenido los libros en Buenos Aires". El 16 de mayo un nuevo aviso anuncia el "Fin de la Librería Argentina" en estos términos: "No pudiendo el propietario atender a su establecimiento de Librería por haberse retirado al campo, se avisa al público que va a quitarla en toda la presente semana, y en estos cuatro días se venderán los libros que han que-

dado por cualquier precio, pero que no sea éste inferior al que tienen los libros que se destinan para envolver. En esto habrá muy pocas excepciones con algunas obras raras y de mucha estimación, que, sin embargo, se darán por menos de lo que cuestan."

Está todo dicho: el sábado 19 de mayo de 1838 quedó "cerrado y concluido" el popular establecimiento de Sastre.<sup>123</sup> Y para fines de junio solicitó su pasaporte y se embarcó para Montevideo.

#### XVI. UNA GENERACIÓN DECIDE SU DESTINO

Con el episodio que protagonizara Sastre quedaba cerrado también un capítulo en la vida cultural de Buenos Aires. ¿Y qué fué de la juventud porteña? Lejos de quedar en desamparo se aprestó con energía a iniciar inmediatamente su etapa más decisiva y gloriosa.

Esta es la más significativa consecuencia del Salón Literario. El techo acogedor cedido por Sastre atrajo y congregó a las más sanas y dispuestas voluntades de la ciudad, hasta ahí dispersas y desconcentradas. La levantada intención de los concurrentes más empeñosos hizo el resto y, con todas las limitaciones e improvisaciones que el caso sugiere, elaboró para quienes sabían pensar y sentir el camino singular vagamente presentado, resultante de las múltiples premisas echadas a andar en inacabables pláticas nocturnas. En el Salón "se produjo poco, se leyó mucho, se conversó más", recordaba uno de sus antiguos contertulios. ¿Es que acaso podía pedirse más?

La nueva generación era mirada con desconfianza y ojeriza por la facción rosista, porque la hallaban poco dispuesta a aceptar su librea de vasallaje; la veían ojear libros y vestir frac. Y los unitarios aislados en Montevideo, por su parte, la observaban con lástima y menosprecio porque la creían federalizada y ocupada solamente de frivolidades. Esa generación nueva, empero, que unitarizaban los

<sup>123</sup> Años más tarde, todavía en tiempos de Rosas, existió en Buenos Aires otra "Librería Argentina", en la calle de la Federación número 4, pero ninguna relación tenía con Sastre pues era un anexo de la Litografía Argentina de propiedad de Gregorio Ibarra, el celebrado grabador. No obstante la amarga experiencia que Sastre afrontó en 1838, después de Caseros volvió a instalar una librería en nuestra ciudad. Allá por el año 1881, ya septuagenario, le sorprendemos con negocio en la calle Moreno número 166, cuando estaba por lanzar una nueva edición de *El Tempe Argentino*. Ese su amor por los libros hizo que fuera llamado a ejercer la dirección de la Biblioteca Nacional, en 1852.

federales y federalizaban los unitarios y era rechazada a un tiempo por el gremio de ambas facciones, no podía pertenecerles. La situación moral de esa juventud se tornaba así poco menos que desesperante. Los federales, satisfechos con el poder, habían llegado al colmo de sus ambiciones. Los unitarios en el destierro, fraguando intrigas, se alimentaban con esperanzas de una restauración imposible. La juventud, aislada, desconocida en su país, débil, sin vínculo alguno que la uniese y le diera fuerza, se consumía en impotentes votos y nada podía para sí, ni para la patria. Así ha sintetizado Echeverría la situación, convicciones y sentimientos de la juventud porteña.<sup>124</sup>

Cuando desapareció el Salón Literario, Echeverría inició gestiones para reunir a los jóvenes en una entidad de muy distinta índole. El ambiente de la ciudad y la experiencia mostraban que ahora para trabajar con firmeza en torno de un programa definido había que afrontar los riesgos de una organización clandestina. Comenzaba por fin, decididamente, para la juventud, la militancia cívica, culminación de tantos años de labor en los campos intelectuales. El Salón había sido el aprendizaje, la anticipación del camino definitivo.

La noche del 23 de junio de 1838 se congregaron en un vasto local unos treinta y cinco jóvenes, entre ellos Alberdi, de regreso de su aventura de *La Moda*. No estaban todos los que fueron socios del extinguido Salón pero sí "lo más notable y mejor dispuesto de la juventud". Refulgía allí el metal purísimo liberado de las pusilánimes gangas que se desecharon en el camino. Cada rostro reflejaba curiosidad inquieta y regocijo entrañable. Habló Echeverría, bosquejando la situación moral de la juventud argentina que ellos representaban. Manifestó la necesidad de crear una asociación para fortalecerse y fraternizar en pensamiento y acción. Leyó después las "palabras simbólicas" del nuevo credo: Asociación; Progreso; Fraternidad; Igualdad; Libertad; Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa; el cristianismo, su ley; el honor y el sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social; Adopción de todas las glorias tanto individuales como colectivas de la Revolución; menosprecio de toda reputación usurpada e ilegítima; Continuación de las tradiciones progresivas de la Revolución de Mayo; Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen; Emancipación del espíritu americano; Organización de la patria sobre

<sup>124</sup> Cfr. ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, cit., cap. I.

la base democrática; Confraternidad de principios; Fusión de todas las doctrinas en un centro progresivo; Abnegación de las simpatías que puedan ligarnos a las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la Revolución.

Fueron recibidas estas "palabras simbólicas" con tal entusiasmo que parecía la revelación elocuente de un pensamiento común y la síntesis emblemática de los deseos y esperanzas de los jóvenes.

Y se abre en seguida el proceso de estructuración de lo que se llamó Asociación de la Joven Generación Argentina, que presidió y orientó Echeverría, a quien se debe la redacción del *Código o Declaración de principios que constituyen la creencia social de la República Argentina* —luego conocido como *Dogma Socialista de la Asociación de Mayo*— documento que formulaba la doctrina de toda su generación.

Sintetizando los acontecimientos posteriores, recordaremos que mientras tanto el bloqueo francés pareció brindar un atisbo de desenlace de la situación de Buenos Aires. Se agravaron las penurias económicas. Se hablaba de conspiraciones a estallar en la propia ciudad. El clima se hizo más tenso aún cuando la Legislatura local trató la crisis en medio de borrascosas sesiones. En el aniversario de la Revolución de 1810 aparecieron en algunas paredes céntricas leyendas que decían: "¡Viva el 25 de Mayo! ¡Muera el tirano Rosas!" Luego —el 15 de junio— se produce el triunfo decisivo de Rivera en la batalla de Palmár; y el mismo día fallecía en Santa Fe el general Estanislao López, columna fuerte del federalismo. Todos estos sucesos causaron honda impresión en el espíritu público. Se esperaba un cambio brusco que acaso determinara la salida de Rosas del gobierno.

"La juventud —escribió Alberdi— dejó inmediatamente la revolución inteligente y se entregó a la revolución armada: dejó las ideas y tomó la acción. Este camino le pareció preferible por ser más corto. Diplomacia, concesiones, manejos parlamentarios, todo quedó a un lado con las letras: la juventud dió la cara y se proclamó en guerra abierta con la tiranía."<sup>125</sup> Pero ese cambio de ruta no significó cambio de fines —aclaró en otra oportunidad el propio Alberdi— porque estos fines siempre habían sido los mismos. Era ahora un asunto de simple táctica dentro de la estrategia orgánica del movimiento de la Asociación, pues era "creencia universal de que las

<sup>125</sup> Cfr. JUAN B. ALBERDI, *Escritos póstumos*, cit., t. XV, pág. 435.

bayonetas y no las ideas cambiarían la situación de la República Argentina... y nos pusimos a luchar de frente".<sup>126</sup>

Después de varias reuniones celebradas a hurtadillas, la Asociación resolvió entrar en receso. De su seno se había desprendido el llamado "club de los cinco", grupo que se mostró partidario de la acción revolucionaria directa, y que promovería una frustrada conspiración en 1839. Alguno de estos protagonistas fué ejecutado por la policía y no pocos ingresaron en la cárcel. Otros jóvenes habían comenzado a dispersarse con alguna anticipación, asilándose en los países vecinos para proseguir desde allí la lucha con los escasos medios a su alcance. Echeverría se retiró a su hacienda en el norte bonaerense —la fascinación telúrica obraba en el poeta de la pampa— porque tenía la convicción de que emigrar es morir...; aunque tiempo vendría en que, impelido por dramáticas circunstancias, él también se integraría en la nutrida legión de los camaradas proscriptos.<sup>127</sup>

La generación de 1837, la del Salón Literario, estaba transitando por nuestra historia.

FÉLIX WEINBERG.

Setiembre de 1957 - enero de 1958.

<sup>126</sup> Cfr. *Revista del Plata*, N° 55, Montevideo, 23 de julio de 1839, pág. 2, cols. 1-2. Está reproducido en ALBERDI, *Escritos póstumos*, cit., t. XIII, págs. 685-689.

<sup>127</sup> Como se ha visto, el presente ensayo sobre el Salón Literario de 1837 se circunscribe en sus pormenores a los antecedentes y actividades de la juventud de Buenos Aires hasta poco después de la disolución de ese establecimiento, todo ello basado única y esencialmente —salvo pocas y justificadas excepciones— en documentos de época o en recuerdos de algunos de sus protagonistas. Los acontecimientos posteriores al Salón Literario constituirán material de otro trabajo. De ahí que a los efectos de no alterar la unidad que requiere esta exposición se ha evitado analizar varias cuestiones culturales y políticas que a la luz de su proyección posterior gravitaron hondamente en aquella generación. Prometemos también para entonces proporcionar las indicaciones bibliográficas (de índole general y particular, referencias biográficas, ideológicas, etc.) que aquí se han restringido a lo indispensable.

**BUENOS AIRES.**  
Este libro fué comprado en la librería de M. SASTRE, en la calle de la Reconquista No. 54, de San Francisco un poco mas de una cuadra para Santo Domingo; en la cual se venden otras muchas obras, y se compran y truecan toda clase de libros, aunque sean viejos.

"Cedulilla" adherida a un ejemplar del libro *Historia del Comercio y de la Navegación de los Antiguos*, de Huet, perteneciente a la Biblioteca de R. García Lupo.

OJEADA FILOSÓFICA SOBRE EL ESTADO  
PRESENTE Y LA SUERTE FUTURA DE LA  
NACIÓN ARGENTINA

por

D. MARCOS SASTRE

Señores:

Si el establecimiento literario, cuya apertura habéis tenido a bien solemnizar con vuestra presencia, fuera semejante a los que con el nombre de Gabinetes de Lectura se ven en todas las ciudades cultas, ni os hubiera molestado pidiéndoos la honra de vuestra concurrencia, ni me creería en el deber de manifestar ante vosotros, y ante toda la Nación —su plan, su objeto, su tendencia, y mis miras y esperanzas como fundador de él.

Fácil me hubiera sido reunir en esta biblioteca un gran número de esos libros que tanto lisonjean a la juventud; de esa multitud de novelas inútiles y perniciosas, que a montones abortan diariamente las prensas europeas. Libros que deben mirarse como una verdadera invasión bárbara en medio de la civilización europea y de las luces del siglo; vandalismo que arrebató a las huestes del progreso humano un número inmenso de inteligencias vírgenes, y pervierte mil corazones puros. Porque sacando a la pública luz las pasiones más vergonzosas, los extravíos más secretos de un corazón corrompido, la crónica escandalosa de las costumbres, pican sobremanera la curiosidad de los jóvenes, halagan sus pasiones, los aleccionan para la intriga y la seducción; o cuando menos, con la novedad de las aventuras, y con lo agradable y picante del estilo, atraen innumerables lectores a esos gabinetes, proporcionando así a sus propietarios un gran lucro; que es su único objeto y anhelo.

Pero es noble, es puro, es sagrado el fin de nuestro establecimiento. Así su fundador, como los muy estimables individuos que concurren con sus luces y sus recursos para fomentarlo y sostenerlo, han sido impulsados únicamente por el amor a la sa-

biduría, por el deseo de perfeccionar su instrucción, o contribuir a la de la juventud argentina.

Primero: Reuniendo en esta biblioteca las obras más importantes de la república de las letras, y particularmente las producciones modernas que siguen la marcha del espíritu humano; haciéndolas venir directamente de la Europa, o de donde quiera que aparezca el genio o el talento; de modo que nos sea fácil conocer los progresos de las ciencias y de las artes, en el mismo orden y tiempo del desarrollo de las ideas, y de los descubrimientos. Formando una biblioteca escogida, que alimentando constantemente la curiosidad con lo nuevo útil, bello y agradable, aficione a la juventud a los estudios serios, llene de ideas su inteligencia, y de sentimientos su corazón; para que esta generación nueva, en quien reposa toda la esperanza de la Patria, se vea siempre rodeada de una atmósfera benéfica de ideas sublimes, de pensamientos grandiosos, que mantendrá en sus almas aquel temple divino de la religión y la virtud, que engendra y alimenta en la mente el ansia de saborear todo lo bello, todo lo grande, todo lo útil, y nos hace hollar con desdén esas sabandijas literarias, que se revuelcan en el cieno amontonado por sus corazones corrompidos; con el cual, si no atollan, salpican al menos la blancura de las almas que a ellos se acercan. Muy distante está el fundador de este Salón Literario de creerse dotado de los conocimientos, del buen gusto y tino indispensables para juzgar del mérito de los libros que deban admitirse o rechazarse; pero el éxito que tengan a su publicación, la crítica de los sabios y el juicio de nuestros literatos, será el criterio que le guíe, el bieldo que empuñará para separar el trigo de la cizaña, y de la paja. En una palabra, señores, todo libro que dé un impulso notable al progreso social, tendrá un lugar en esta biblioteca; si no, no.

Segundo: Estableciendo un curso de lecciones, o más bien de lecturas científicas, que tengan por objeto: ya exponer las altas

concepciones filosóficas de los sabios, tales como Vico, Herder y Jouffroy; ya expresar en nuestro idioma los acentos poéticos y religiosos de almas como las de Lamartine y Chateaubriand; ya dar cuenta de los progresos de las artes industriales, discurriendo sobre su intromisión, y aplicación en nuestro país; ya comunicar ideas y nociones importantes sobre la religión, la filosofía, la agricultura, la historia, la poesía, la música y la pintura.

Acabo de exponeros el plan y los objetos de este establecimiento; pero muy lejos está de haberse llenado completamente desde el día de su apertura. La obra está empezada, el tiempo la llevará a su perfección.

El primer objeto, el de la reunión de libros, se llenará en razón de los recursos que proporcionen las personas que se suscriban por amor a la ilustración y al bien público. En cuanto al desempeño del segundo objeto, el de las lecturas científicas, se deberá todo al sacrificio que quieran hacer en obsequio de las ciencias, de la religión y de la patria, las capacidades intelectuales de nuestro país. Y mientras no concurren a esta sagrada institución todos los talentos distinguidos que honran la nación, el curso de lecturas que desde hoy se establece, estará limitado a las materias que toman a su cargo, por un empeño a que los obliga mi amistad, los señores, D. Vicente López, D. Juan María Gutiérrez, D. Juan Bautista Alberdi, D. Pedro de Ángelis, D. Esteban Echeverría. Sé muy bien la gravedad del empeño, y lo intenso del sacrificio; pero conociendo sus talentos y su entusiasmo científico, no temo que abandonen tan laudable y fecunda empresa.

¡Ah, señores!, si como arde mi alma en el amor de la ciencia, tuviera los conocimientos técnicos, y los talentos literarios que me faltan, yo reuniría aquí todo el saber argentino, y se levantaría una institución científica, de que pudieran gloriarse muchas naciones cultas, y que produciría inmensos bienes a la



Patria. Porque yo veo, señores, que el país ha dado un gran paso hacia su engrandecimiento.

Porque tengo por indudable que estamos en la época más propia y que presenta más facilidades para dar un empuje fuerte a todo género de progresos.

Porque el actual gobierno es el único conveniente, el único poderoso para allanar los caminos de la prosperidad nacional. El gran Rosas es el hombre elevado por la sola fuerza de su genio al alto grado de influencia y de fama, que le pone en aptitud de rechazar toda reacción extraña o anárquica que intente oponerse a la realización de las esperanzas de la nación.

Porque los espíritus todos están preparados a la adopción del gran principio del *progreso pacífico*, que debe ser efectuado por el tiempo, y dirigido por las luces.

Porque encuentro en nuestra sociedad grandes elementos, gran riqueza de inteligencia, para dar un impulso veloz al *progreso pacífico*.

Porque veo ya dispuesta a la nueva generación a conocer todos los errores que han entorpecido el desarrollo intelectual, y por consecuencia la marcha pacífica del *progreso*; errores que pueden reducirse a esta simple expresión:

- Error de plagio político;
- Error de plagio científico;
- Error de plagio literario.

Porque veo que está dispuesta a abjurar el triple plagio, y declarar solemnemente:

- Su divorcio de toda política y legislación exóticas;*
- Su divorcio con el sistema de educación pública, transplantado de la España;*
- Su divorcio de la literatura española, y aún de todo modelo literario extraño.*

Y por fin, que el país se dispone a adoptar:

*Una política y legislación propias de su ser; un sistema de instrucción pública acomodado a su ser; y una literatura propia y peculiar de su ser.*

He aquí, señores, el análisis de la siguiente división de mi discurso, a la que no pasaré sin apoyarme de nuevo en vuestra indulgencia.

Las verdades más importantes, cuando salen por primera vez al público, o son acogidas y proclamadas con entusiasmo por los espíritus inteligentes y generosos (y éstos son raros); o van a estrellarse contra las cabezas torpes (y éstas son muchas); o son rechazadas por el amor propio de los que no pueden sufrir que otros alcancen a ver más allá del horizonte de su capacidad (y esto es lo más frecuente).

Empero las verdades que acabo de enunciaros, no tienen que temer nada de este rechazo, porque estriban en la observación de los hechos, y los hechos son indestructibles.

Esta observación hará aparecer con evidencia la consoladora y luminosa verdad de que *el país ha dado un gran paso hacia su engrandecimiento*.

Veámoslo:

En un pueblo que al conquistar su independencia se encontró en la escala más elevada de la civilización —la democracia— sin poseer las virtudes republicanas, las luces, la civilización, que son los elementos de un gobierno popular; sin industria, sin artes, sin costumbres, sin conocimiento de sus derechos y sus deberes, ¿cómo podrían las instituciones liberales crear las virtudes y las luces, cuando ellas mismas necesitan del apoyo de las luces y las virtudes? Levantáronse por todas partes las aspiraciones, la ambición y la codicia, e invocando los nombres sagrados de Patria y libertad, atraieron a su alrededor una muchedumbre, que, careciendo de toda propiedad e industria, se halla siempre dispuesta a seguir el primer partido que le ofrezca algunas esperanzas, y

establecieron con el sable el reinado de la anarquía. En vano se hacen esfuerzos por restablecer el imperio de la razón y de las leyes, repitiendo el error de echar mano de los principios democráticos; pues la libertad no puede refrenar el desorden que es un abuso de la libertad. El único poder que puede suceder a la anarquía es el absoluto. Conducida por la licencia nuestra sociedad a los críticos momentos de realizar esta terrible verdad en medio de las tempestades civiles, llegó la hora en que para evitar el naufragio que la amenazaba, se presentaba la necesidad de un poder fuerte; y encontrando un hombre dotado de valor y virtudes, de tanta actividad, como energía, de tanto amor al orden, como inflexibilidad, se apodera de él, lo eleva al poder, y este hombre, superior a la pesada carga que se le impone, consiente en aceptarla; el genio lo inspira; se engrandece su alma; se multiplican las fuerzas de su espíritu; ¡salva a la Patria! Este hombre, señores, no necesitáis que os lo nombre. Dotado de gran capacidad, activo, infatigable, y felizmente animado de un sentimiento de antipatía contra toda teoría extraña; de aquel temple de alma vigorosa, y enérgico que le da un predominio misterioso sobre todo espíritu díscolo y altivo; éste es el hombre que la Providencia nos presenta más a propósito para presidir la gran reforma de ideas y costumbres que ya ha empezado. Él refrena las pasiones, mientras las virtudes se fortifican, y adquieren preponderancia sobre los vicios. La paz y el orden son los grandes bienes de su gobierno. El crimen es castigado, la virtud y la religión respetadas, los habitantes de los campos viven tranquilos en sus hogares, porque ven en seguridad sus bienes y sus personas, y el agricultor laborioso se afana en cultivar la tierra, porque no teme que le cambien el arado por el sable. El hombre ilustrado también debe esperar de este orden, que aumentándose el amor al trabajo, multiplicándose los hombres propietarios o industriales, mejorándose las costumbres con la educación y que la instrucción, y la libre circulación de

las ideas, de las luces de todo el mundo que existe en nuestro país, obrando grandes, aunque lentas reformas en los sentimientos del pueblo, se prepare la época más venturosa.

El conocimiento, pues, del verdadero estado del país debe llenar de satisfacción a todo hombre honrado, amante del orden; debe hacerlos apreciar nuestra época, concebir grandes esperanzas del Gobierno, apoyarlo, ayudarlo y concurrir cada uno con sus luces a la grande obra de la prosperidad nacional.

¡Señores! Ya es tiempo que se revele el gran tesoro ignorado que posee la nación; la prueba clásica de nuestro progreso social, y el más seguro garante de la futura prosperidad. Una nueva generación se levanta, llena de virtudes, de actividad y de talentos, que promete a la Patria hermosos días de grandeza y de gloria. La nación tiene en su seno una juventud adornada de las más bellas cualidades que pueden ennoblecer al hombre; una juventud dotada de los más puros, nobles y generosos sentimientos: llena de capacidad, animada del más grande amor a la sabiduría, y de los más ardientes deseos de consagrarse al bien público. Con tanta virtud y talento, con tan poderosos elementos, ¿qué cosa habrá, por ardua y grande que sea, que no pueda alcanzarse?

¡Oh jóvenes dignos de la estimación de la nación y de los hombres! ¿Cómo es que permanece oculto hasta ahora vuestro mérito? ¿Y cómo es que vosotros mismos no conocíais el tesoro inestimable que poseían en su pecho vuestros jóvenes compatriotas?

¡Oh! ¡Cómo he visto yo esos corazones ardientes y puros, esos entendimientos llenos de ideas grandes, entregados al desaliento creyéndose aislados en nuestra sociedad, sin encontrar quien los comprendiese, y viendo a cada paso ofendido su heroico entusiasmo por la mortífera insensibilidad del egoísmo, o el hielo de la ignorancia! Os he visto ocultaros recíprocamente vuestros nobles sentimientos, temiendo no hallar la simpatía que

une deliciosamente las almas que se comprenden. Pero he aquí que yo os presento los unos a los otros: conoceos y amaos. Todos sois virtuosos, sensibles e ilustrados, amantes del saber, y tal vez poseedores de los gérmenes del genio. Unid vuestras almas con los divinos vínculos del amor; trabajad de consuno en instruiros y perfeccionaros. Que la armonía de vuestros sentimientos, y la fragancia de vuestras virtudes, despierte del letargo del vicio, o del abandono, a esa parte considerable de la juventud, que no ha tenido ni vuestras luces ni vuestra resolución para no dejarse enseñorear de las pasiones. ¡Mil veces dichosas la sociedad que os posee!

Ved, señores, si con razón he aseverado que el país marcha hoy a su engrandecimiento; que cuenta con una gran riqueza intelectual; y que estamos en la época más favorable a los progresos. Pero es necesario que esta marcha progresiva se la deje sujeta a la ley del tiempo; que jamás se intente precipitarla con la espada, porque no pueden usurparse impunemente los derechos del tiempo.

La gran sociedad sudamericana debe anticiparse a proclamar el gran principio del *progreso pacífico de la civilización*, que es el alma de la perfectibilidad. La adopción de este principio la conducirá a empuñar algún día el cetro del poder, de la riqueza y de la inteligencia. "Conozcamos, pues, la época presente; que ya es tiempo de levantarnos del sueño del error, porque está nuestra salud más cerca que lo que creíamos. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz: *Abjiciamus ergo opera tenebrarum, et induamur arma lucis.*"<sup>1</sup> Esta es la voz del apóstol, que consagra el principio sublime del poder irresistible de las luces, por medio de su pacífico progreso. Éste es el gran lema que expresa el espíritu de este establecimiento: palabras llenas de sabiduría, que hacen resonar todas las fibras

<sup>1</sup> Estas últimas palabras se hallan inscriptas, sobre la biblioteca: son el capítulo XIII, vers. 11 y 12 de la carta de S. Pablo a los Romanos.

del corazón y de la inteligencia. Abandonemos, pues, para siempre las obras de las tinieblas, todas aquellas acciones que se ocultan de la claridad del día, o que salen de la tenebrosa fábrica de las pasiones — la bajeza, la intriga, la violencia, y la sangre, y la desolación y la muerte: *abjiciamus ergo opera tenebrarum*; y empuñemos únicamente las armas de la luz, las armas de la razón, del convencimiento, de la instrucción, de las virtudes, del desarrollo intelectual, que no hay quien las resista; *et induamur arma lucis.*

¿Cómo podrán el acero y el fuego, instrumentos de destrucción, en manos de las pasiones, dar a los pueblos los bienes sociales que son el fruto de la inteligencia, de los esfuerzos del saber humano? ¿Pueden acaso adquirirse la ilustración y la virtud a precio de sangre? Las costumbres, la ilustración son progresos del espíritu, y para los progresos del espíritu se necesita orden, paz y tiempo. Éste es el buen camino, la marcha directa. Ésta es la que sigue la naturaleza en todas sus obras: ninguna violencia, ningún salto, nada repentino; todo es lento y progresivo en la naturaleza. Afortunadamente la experiencia ya ha revelado al pueblo esta verdad. Hasta los hombres menos instruídos tienen antipatía a toda idea revolucionaria, porque han visto mil veces que lo que el sable levanta, el sable lo destruye, y que al fin no le quedan al pueblo sino vicios, miseria y ruina.

Puesta, señores, nuestra sociedad en el buen camino, ya no le falta más, para dar un impulso rápido a los progresos, que conocer y abjurar todos los errores que la han hecho sufrir veintiséis años de quebrantos y de incertidumbres.

Ya el error clásico en política, que tan funesto ha sido a la nación, comienza a manifestarse con evidencia aún a aquellos entendimientos que con más fe y entusiasmo le habían abrazado. La razón y la experiencia han puesto al descubierto el extravío de una marcha política, que guiada sólo por teorías exageradas, y alucinada con el ejemplo de pueblos de otra civilización,

no ha hecho más que imitar formas e instituciones extranjeras; cuando todo se debía buscar en el estudio de la naturaleza de nuestra sociedad, de sus vicios y virtudes, de su grado de instrucción y civilización, de su clima, su territorio, su población y sus costumbres; y sobre estos datos establecer el sistema gubernativo que mejor los llenase. Esa errada marcha es la que he designado con el nombre de *error de plagio político*. Repugnando esta acción extraña al instinto nacional, éste la ha rechazado constantemente, hasta que al fin venció la naturaleza, y se adoptó el sistema federal apoyado por la mayoría.

Es, pues, la época de la federación la expresión de la voluntad instintiva del pueblo, y por consiguiente el tránsito del error a la verdad; de las teorías erróneas, o inaplicables, a las instituciones adecuadas a su modo de ser, que le conducirán a la perfección democrática, a que llama el cristianismo a los pueblos.

¡Señores! Para que se efectúe esta gran reforma moral, todavía tenemos que luchar contra el error de *plagio científico*, que aún reina entre nosotros, y que consiste particularmente en los absurdos sistemas de instrucción pública que debemos a la España.

El objeto de la educación, es dirigir el desarrollo de los órganos y de las facultades intelectuales del hombre. La enseñanza pública, según se ha practicado en nuestro país, es responsable de los males causados a la sociedad por la cultura exclusiva de algunos conocimientos, con perjuicio de otros quizá más esenciales para formar al hombre.

¿Una enseñanza vacía de ideas y de sentimientos, será capaz de producir algún bien moral en el corazón humano? Ocupar las facultades nacientes de la niñez con un estudio árido y difícil, a[!] que no se puede aplicar sino por fuerza o con gran repugnancia, ¿no es más bien encadenar el pensamiento, ahogar el talento, rehusarle los alimentos que únicamente podían nutrirlo, para atestarle de otros sin substancia? ¿Qué hay para el desarro-

llo físico del hombre en esa enseñanza de ocho o diez años? ¿Qué cosa hay para la moral y la religión? ¿Hay algo que ilustre a la razón; que toque y conmueva el corazón, que dirija el pensamiento al Ser Supremo, autor de las maravillas que nos presenta el estudio de la naturaleza, y criador de esos mundos innumerables, que ocupan el espacio; cosas que se acostumbra a la juventud a mirar con indiferencia? ¿Hay alguna cosa que hable al alma; que le inspire sentimientos nobles; que sea conforme a su destino sublime y a su inmortalidad? ¿Hay algo que inspire a la juventud el amor a nuestros semejantes que es la plenitud de la moral y de la ley; ese entusiasmo ardiente por el bien de los hombres, fuego sagrado, para el que los pechos juveniles no son más que un puro combustible?

Sólo vosotros, jóvenes estimables, podréis sentir profundamente la amarga verdad de estas observaciones: vosotros, los que en medio del fastidio y disgusto de los estudios universitarios, huyendo de la fatal inanición a que os veáis conducidos, os habéis buscado una nueva senda por medio de estudios nobles, bebiendo en las verdaderas fuentes de esa ciencia vivífica, que os hace hoy rebosar de inteligencia y de vida para prodigaros por la felicidad de la patria. Todo, todo lo debéis a vuestros heroicos esfuerzos.

Empero, ¡cuántos hay que abrumados con el rudo peso de las aulas, no han tenido fuerzas ni tiempo para buscar el verdadero camino del saber! Se ha secado su inteligencia, se ha helado su corazón, y no viendo ya en los estudios más objeto que el lucro, salen de las universidades a explotar la sociedad para su provecho; y como los gusanos que no se alimentan sino de muerte y corrupción, tienen que buscar su sustento en las dolencias y en los vicios de los hombres. Éstos son, después, los que primero y más obstinadamente rechazan la luz y la verdad; porque a favor de las tinieblas de la ignorancia engordan impunemente con los frutos de la mentira y del error. Éstos son los

que hollan la moral y la justicia, por tragarse las dignidades y las riquezas. Éstos los que, tan henchidos de presunción como obstinados, llenos de confianza en su capacidad, y admiradores de sí mismos, se entrometen en dirigir los destinos de los pueblos, creyéndose investidos de tan alta misión, y no hacen más que añadir yerro sobre yerro, absurdo sobre absurdo; todo lo atrasan, todo lo arruinan; porque espíritus tardos (o mediocres cuando más), todo lo hacen por imitación y por plagio. He aquí, señores, una de las primeras causas de los grandes errores políticos, y de los crueles males que ha sufrido esta tierra.

Mas todavía veo al régimen universitario producir otro fruto mortífero entre nosotros, y este mal es común a las naciones más civilizadas, en que aún se conservan vestigios de este sistema absurdo de instrucción. Arrojada la niñez de golpe a estudios clásicos y exclusivos, sin hacerla subir por la escala de las nociones indispensables para formar el corazón; sin hacerla echar una mirada siquiera sobre la naturaleza, sobre la moral y la religión, quedan sus corazones vacíos de sentimientos, y sus cabezas llenas de orgullo. ¿Qué puede esperar la sociedad de hombres así confeccionados? Arrancados por una educación tan mal dirigida de las diversas posiciones sociales en que, sin desdoro, hubieran buscado su bienestar, se lanzan en alas de su orgullo, queriendo levantarse a la elevada esfera que sólo corresponde al talento y al genio. Así se encuentra la Nación sobrecargada con una juventud presuntuosa y llena de aspiraciones, en un país en que son tan limitados los caminos que por medio de las letras conducen a la elevación, o a la riqueza. Se agolpan todos a las únicas sendas señaladas que no pueden dar lugar para todos. Sienten la necesidad de un más dilatado campo de aspiraciones; y como éste no puede presentarse en los días de orden, se ven como a pesar de sí mismos, atraídos por la perspectiva halagüeña de los nuevos caminos para engrandecerse que se ofrecen en el trastorno del orden público, en esos espantosos

interregnos de la razón y de las leyes. Porque en los días de desorden todo se toma por sorpresa, sin tener que esperar la marcha lenta del tiempo, o el arduo camino del mérito: el heroísmo, el talento, la astucia, la audacia y aún la misma estupidez, sirven para satisfacer la ambición, la codicia, las venganzas, las aspiraciones de toda clase.

Ved ahí, señores, la causa secreta del espíritu de oposición que se ha observado en nuestra juventud en todos los gobiernos.

Todo demuestra el gran vacío que hay en la instrucción pública de nuestro país, la imperfección de nuestros métodos de estudios, y la necesidad que tiene la juventud estudiosa de recibir otras ideas, adquirir otros conocimientos, ocuparse de otras lecturas, que den pábulo a su talento, elevación a su alma, nobleza a sus sentimientos; encendiendo en sus pechos el amor de la sabiduría y de la humanidad.

¿Y deberemos renunciar a la esperanza de ver desaparecer esta fatal dolencia inoculada con tanto empeño a cada generación? No, señores; ya ha llegado el tiempo de la fecundación del germen intelectual argentino. El desarrollo de la inteligencia requiere ya alimentos más vigorosos: necesita una instrucción que enriquezca los espíritus de todo el pueblo con los tesoros de la ciencia moderna, sin salir del círculo de los estudios que convienen a las exigencias del país, y a sus progresos. Nuevos estudios, nuevas ideas, los frutos nutritivos de la ciencia moderna, es lo que demanda; y este establecimiento científico, como resultado espontáneo de esos sentimientos, está destinado a llenar, en parte, esa exigencia de la intelectual nacional. Por lo que hace a la obra completa de un sistema sabio de instrucción pública, ella será con el tiempo un efecto necesario de los progresos de la inteligencia.

También he observado, señores, que los esfuerzos de ésta se dirigen a sacudir las perniciosas influencias de la literatura española. Encontrándonos sin la gloria de una literatura nacional nos

lisonjeábamos con la idea de participar de los honores de la literatura española, por la identidad de origen y de idioma; y con esta vaná satisfacción, no sólo nos empeñábamos en ver cosas grandes en las producciones de la España, sino que hemos encadenado nuestro entendimiento con el estéril estudio, y la mezquina imitación de los autores clásicos de aquella nación; y éste es el error que os he enunciado con el epíteto de *plagio literario*. Y a la verdad, señores, nada sublime, nada grande, nada importante, se ve resaltar en todo el campo de los trabajos de la inteligencia española. ¿Qué importa que en los antiguos códigos de España se vean proclamados los derechos del hombre, conminado el despotismo, y señalados los límites de la autoridad de los reyes? ¿Qué importa que un Vives, haya señalado antes que Bacon la senda que deben seguir las ciencias, si estas ideas importantes han quedado sepultadas en los infolios, y bajo el manto mortuorio de un idioma ininteligible para el pueblo? Si se citara un solo libro español que haya revelado verdades importantes, que adelanten los progresos del entendimiento humano; aun preguntaría si debe estudiarse y tomarse por modelo una literatura que apenas produce un libro bueno. ¿Pero qué hemos recibido hasta ahora de las prensas españolas? Compilaciones monstruosas e indigestas, ideas rancias, pésimas traducciones, poesías insípidas, novelas insulsas, y despropósitos periódicos. Apliquémosles, pues, el *abjiciamus opera tenebrarum*, y busquemos la luz entre las otras naciones que han cultivado las ciencias, pero a ninguna tomemos por modelo, porque la literatura debe ser una pura expresión de la intelectual nacional.

¡Señores! Substrayéndose hoy nuestra juventud de la acción soporosa de la literatura española, de la acción nociva de los sistemas de estudios traídos de una nación atrasada en las ciencias, y de la acción funesta de toda política extraña; ha tomado su inteligencia un vuelo elevado que encumbrará la nación sobre

otras que la han precedido en la admirable carrera de la civilización.

Ya empieza a brillar la aurora de la literatura argentina en nuestro despejado horizonte intelectual. Ya se ven bajo la prensa obras filosóficas, de mayor interés social,<sup>2</sup> y se preparan otras, que harán mucho honor a la literatura nacional.<sup>3</sup> Saldrá a luz un libro, que sin duda dará un gran impulso a la mejora social; porque descubriendo su autor las cuerdas de la sensibilidad que se ocultan en todos los corazones sabrá conmoverlas, y despertar a los hombres del sueño del egoísmo, gritándoles en lo hondo de sus pechos que *¡todos son hermanos! y que deben unirse por los dulces vínculos del amor*. Un libro, que insinuando blandamente en las almas la voz de la razón, y de la religión, las dispondrá a recibir con gozo el benéfico rocío de la enseñanza; que levantará la indignación contra el vicio y el engaño, y hará conocer las dulzuras de la virtud. Una obra de poesía, pero que sin sujeción a la rima, obliga al hermoso idioma de Cervantes

<sup>2</sup> Aludimos a la obra que D. Juan Bautista Alberdi ha anunciado con el título de *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*. [Este libro, con prólogo de B. Canal Feijóo ha sido publicado en esta misma Colección "El Pasado Argentino". N. del E.]

<sup>3</sup> El *Curso de filosofía*, dictado por el señor D. Diego Alcorta en la Universidad de Buenos Aires, es una de las obras que altamente merece esta calificación. [Este *Curso* fué publicado por Paul Groussac en 1902. — N. del E.]

No hago mención de la importante obra que está publicando el señor de Angelis, y que ya ha sido recibida con aplauso en varias sociedades científicas de Europa; porque no se habla aquí sino de literatura nacional. Tampoco me ocupo, como pudiera, de varias producciones literarias de mérito que han salido a luz en nuestro país, porque sólo se trata del impulso que recibe hoy nuestra literatura. Debo también prevenir que yo menciono únicamente las obras literarias inéditas de que tengo noticia y conocimiento; pues indudablemente hay entre la juventud argentina muchos talentos apreciables, que se ocupan en trabajos literarios y artísticos, que por la estrechez de mis relaciones no he podido conocer; y por eso no me he aventurado a recomendarlos, como lo merecerán. Pero no faltará ocasión en que, proveído de los datos indispensables, haya lugar de hacer honorífica mención de ellos, para corroborar los asertos que he avanzado en este discurso.



a prestarse a giros tan armoniosos y nuevos, como los que nos deleitan en Fenelón, en Saint-Pierre, en Macpherson y Chateaubriand.<sup>4</sup>

Nos falta un libro para el pueblo; y el pueblo es el que más necesita la instrucción. ¿Dónde está el libro escrito para el pueblo; que sea buscado y entendido por el pueblo; que sea el consejero de las familias; que enseñe a las madres y a los padres cómo deben criar, educar y dirigir a sus hijos; que esparza las semillas de las virtudes en los años fértiles de la infancia y la juventud; que enjague las lágrimas de la desgracia; que levante algunos de la sima de los vicios, y guíe a todos, por el áspero camino de la vida, al fin dichoso y eterno de las almas? Pues bien, señores: este libro tan útil, tan necesario, aparecerá entre nosotros. Escrito en aquel lenguaje natural y sensible, lleno de imágenes y de símiles, que sin recurrir a los argumentos filosóficos, hace palpables al pueblo las verdades más importantes; será como la suave claridad del crepúsculo, que sin ofender los ojos habituados a la noche de la ignorancia, los prepara a recibir la luz de la sabiduría en todo su esplendor.<sup>5</sup>

Y no sólo se ocupa el talento de la mejora moral del hombre, sino que también atiende a lo que toca a su conservación, a su salud y a su comodidad. Atraído por la admirable feracidad de nuestro suelo, se ha dado al estudio delicioso de las plantas que le adornan y enriquecen, examinando sus usos, su aplicación a las artes y particularmente sus virtudes medicinales.<sup>6</sup> Y ¡ojalá

<sup>4</sup> Esta obra, en cuyo elogio quizá soy exagerado, porque toda ella está en armonía con mi corazón tiene por título: *Ideas de Angelo Pairini*, y su editor será D. Juan María Gutiérrez. Sé que este señor tiene adelantados otros varios trabajos: tales son las *Efemérides de la Provincia de Buenos Aires desde 1810*; una traducción de los *Deberes del hombre*, de *Silvio Pellico*; y una *Carta de los viajes de descubrimiento y expediciones militares, hechos en la Provincia de Buenos Aires*.

<sup>5</sup> El título de este libro será *Clamores de un Cristiano*. No me es permitido nombrar al autor.

<sup>6</sup> Los trabajos botánicos que aquí anuncio son debidos al señor D. Vicente

tan ilustre ejemplo, atraiga a nuestra juventud al estudio de la naturaleza, que es el más digno del hombre, el más útil, el que más nos llena de sabiduría y de deleite; cuyas dulzuras sólo pueden ser comparadas con el enajenamiento del más puro y tierno amor!

Un poeta, inspirado por el espectáculo de nuestra naturaleza, prepara poemas, en que toda entera se refleja. Tomando por fondo de sus cuadros nuestras extensas llanuras, busca en ellas y canta nuestros hombres libres, poéticos, esforzados; no conocidos hasta ahora a pesar del interés que presentan al literato y al artista, en nada inferior al que nos ofrecen los árabes y sus desiertos. Poema enteramente original, sólo debido a la inspiración de las bellezas de nuestro suelo.<sup>7</sup>

Sabemos que se desempeña admirablemente por otro poeta argentino una versión de la *Eneida*, que llevará mucha ventaja a las traducciones españolas de este poema.

También conocemos muchas excelentes versiones, ya preparadas para la prensa, de obras útiles, que en Alemania y en Francia han tenido mucha parte en el gran progreso científico de estas naciones, y que en la nuestra producirán grandes bienes.<sup>8</sup>

Vemos jóvenes de una imaginación fecunda y de un talento

López. Aunque no hayan todavía llegado a la perfección que deseará darles, haría con su publicación un gran beneficio a sus compatriotas.

<sup>7</sup> Este poema, que se titula *La Cautiva*, es de D. Esteban Echeverría; y esperamos que muy pronto vea la luz con otras poesías inéditas del mismo autor.

<sup>8</sup> Una de las interesantes traducciones, cuyo juicio me atrevo a anticipar es la que ha hecho del idioma francés D. José Manuel Sánchez de la obra alemana titulada: *Nuevos cuadros de familia*, por *Augusto Lafontaine*. Son tan sabios los documentos que graba en el corazón de los que la leen, y excita tan gratos y nobles sentimientos, que debe reputarse por un merecido elogio de toda la obra, el epígrafe que se ve al frente de cada tomo. "La erudición pasará o se aumentará, el saber humano puede variar; pero mientras haya corazones sensibles, se conmoverán leyendo mi obra; y como en todos tiempos ha de haber padres, hijos y esposos, cuyos sentimientos escribo con toda la efusión de mi alma, estoy seguro de encontrar siempre lectores."

prodigioso, hacer progresos admirables en la sublime arte de la pintura.<sup>9</sup>

Todo, todo, señores, nos demuestra la virtud heroica, la gran capacidad, la gran fuerza intelectual de nuestra juventud. ¡Cosa admirable! ¡Ella sola!; sin guía, sin estímulos, sin el auxilio de esas famosas escuelas que en la Europa derraman la ciencia a torrentes; sin la inspiración de las obras inmortales de los grandes artistas; ¡ella sola conquista, arrebatada la ciencia, vuela a la inmortalidad y la gloria!

¡Ea, jóvenes argentinos! ¡Abrazaos más y más en el santo entusiasmo de la virtud, y la sabiduría! Trabajad más y más en la grande obra del porvenir. Mirad que el tiempo se pasa: mirad que hemos entrado en la senda de los progresos, y que la nación con el solo hecho de poseeros ha dado ya un gran paso hacia su engrandecimiento.

La sociedad marcha; el espíritu adelanta; se desarrolla la inteligencia; pasó la noche del error, el día de la verdad se acerca; los obstáculos desaparecen; los males se disminuyen; crecen los bienes; el país se encuentra vigoroso; el gobierno, fuerte y sabio; reina la paz; el orden está asegurado. Todo nos anuncia una época venturosa.

Todos, pues, debemos esforzarnos en sostener la marcha del *progreso pacífico* de la nación.

A vos, particularmente, juventud virtuosa y sabia, está encomendada la alta misión de dar ciencias, artes, industria y gloria a la nación. ¡Oh, feliz generación, que le ha tocado en suerte el tiempo más oportuno para llegar al templo de la Inmortalidad y la Gloria! No de esa inmortalidad y esa gloria conquistadas a costa de sangre y de lágrimas; sino de la verdadera gloria, de aquella fama inmortal que se adquiere al precio de hacer bien

<sup>9</sup> No trepido en asociar los nombres de D. Marcelina Saint Arroman, D. Fernando García, D. Carlos Morel y D. Antonio Somellera: porque presiento que de todos ellos se gloriará algún día la nación.

a los hombres; de esa fama, de esa gloria pura, que no deja en la humanidad sino dulces recuerdos e inmensos beneficios.

¡¡¡Jóvenes!!! Medio siglo debe pasar ante vosotros: Considerad cuánto puede hacerse en medio siglo. ¡Fe en el porvenir! ¡Sed el ejemplo de todas las virtudes: Sed los apóstoles de la paz, de la moderación y de la sabiduría! y cumpliréis vuestra misión.

DOBLE ARMONÍA ENTRE EL OBJETO DE ESTA  
INSTITUCIÓN, CON UNA EXIGENCIA DE NUESTRO  
DESARROLLO SOCIAL; Y DE ESTA EXIGENCIA CON  
OTRA GENERAL DEL ESPIRITU HUMANO

*por*

D. JUAN BAUTISTA ALBERDI

## ADVERTENCIA

*El que se crea obligado a decir que no son exactas las aseveraciones contenidas en este discurso, puede pedir antes al autor algunas explicaciones sobre ellas, que no tendrá obstáculo en dar, y puede ser que de estas explicaciones salga su evidencia, y el desgano de refutarlas. No sería extraño que la concisión esencial de un discurso de esta naturaleza, hubiese esparcido alguna oscuridad sobre ideas que se vuelven claras desde que se cuenta con algunos antecedentes históricos y filosóficos.*

Señores:

No hace muchas mañanas que el *cañón de Mayo* vino a quitarnos el sueño, para advertiros que estaban cumplidos 27 años a que nosotros entramos en un movimiento nuevo y fecundo.

Pero, señores, no pudiéramos saber por qué y para qué entramos en este movimiento; porque estoy creído que mal nos será dado caminar si no sabemos de dónde venimos, y a dónde vamos. Aquí tenéis, pues, nuestra revolución en presencia de la filosofía, que la detiene con su eterno *por qué* y *para qué*.

Cada vez que se ha dicho que nuestra revolución es hija de las arbitrariedades de un virrey, de la invasión peninsular de Napoleón, y otros hechos semejantes, se ha tomado, en mi opinión, un motivo, un pretexto por una causa. Otro tanto ha sucedido cuantas veces se ha dado por causa de la revolución de Norteamérica la cuestión del té; por causas de la Revolución Francesa, los desórdenes financieros y las insolencias de una aristocracia degradada. No creáis, señores, que de unos hechos tan efímeros hayan podido nacer resultados inmortales. Todo lo que queda, y continúa desenvolviéndose, ha tenido y debido tener un desenvolvimiento *fatal* y necesario.

Si os colocáis por un momento sobre las cimas de la historia, veréis al género humano marchando, desde los tiempos más primitivos, con una admirable solidaridad, a su desarrollo, a su perfección indefinida. Todo, hasta las catástrofes más espantosas al parecer, vienen a tomar una parte útil en este movimiento progresivo. La caída del Oriente en manos de Alejandro es el complemento del mundo griego; la caída del mundo griego es el desarrollo del mundo romano; la destrucción del mundo romano es la elevación del mundo europeo; las victorias emancipadoras de América son la creación del mundo universal, del mundo humano, del *mundo definitivo*.<sup>1</sup>

Vos veis, pues, esta eterna dinastía de mundos generarse sucesivamente para prolongar y agrandar las proporciones de la vida del linaje humano: cada civilización nace, se desarrolla, se resume en fin en una palabra fecunda, y muere dando a luz otra civilización más amplia y más perfecta.

La causa, pues, que ha dado a luz todas las repúblicas de las dos Américas; la causa que ha producido la Revolución Francesa, y la próxima que hoy amaga a la Europa, no es otra que esta eterna impulsión progresiva de la humanidad.

Así, señores, nuestra revolución es hija del desarrollo del espíritu humano, y tiene por fin este mismo desarrollo: es un hecho nacido de otros hechos, y que debe producir otros nuevos: hijo de las ideas, y nacido para engendrar otras ideas: engendrado para engendrar a su vez, y concurrir por su lado al sostén de la cadena progresiva de los días de la vida humanitaria. Tengamos, pues, el 25 de Mayo de 1810 por el día en que nosotros fuimos envueltos e impelidos por el desenvolvimiento progresivo de la vida de la humanidad, cuya conservación y desarrollo es el fin de nuestra revolución, como de todas las grandes revoluciones de la tierra. Pero para alcanzar este fin ¿no hay más que un solo medio, un solo camino, una sola forma, y un solo día?

<sup>1</sup> Expresión de Jouffroy.

¿Y este camino, y esta forma, y este día, son los que han seguido y en que han llegado la Francia, o la Confederación de Norteamérica? A la vista de nuestra carrera constitucional, pudiera decirse que nosotros lo hubiésemos creído así; pero evidentemente si así lo hemos creído, nos hemos equivocado.

El desarrollo, señores, es el fin, la ley de toda la humanidad; pero esta ley tiene también sus leyes. Todos los pueblos se desarrollan necesariamente, pero cada uno se desarrolla a su modo; porque el desenvolvimiento se opera según ciertas leyes constantes, en una íntima subordinación a las condiciones del tiempo y del espacio. Y como estas condiciones no se reproducen jamás de una manera idéntica, se sigue que no hay dos pueblos que se desenvuelvan de un mismo modo. Este modo individual de progreso constituye la civilización de cada pueblo; cada pueblo, pues, tiene y debe tener su civilización propia, que ha de tomarla en la combinación de la ley universal del desenvolvimiento humano, con sus condiciones individuales de tiempo y espacio. De suerte que, es permitido opinar, que todo pueblo que no tiene civilización propia, no camina, no se desenvuelve, no progresa, porque no hay desenvolvimiento sino dentro de las condiciones del tiempo y del espacio; y esto es por desgracia lo que a nosotros nos ha sucedido. Al caer bajo la ley del desenvolvimiento progresivo del espíritu humano, nosotros no hemos subordinado nuestro movimiento a las condiciones propias de nuestra edad y de nuestro suelo; no hemos procurado la civilización especial que debía salir como un resultado normal de nuestros modos de ser nacionales; y es a esta falta, que es menester referir toda la esterilidad de nuestros experimentos constitucionales.

¿Qué es lo que nosotros hemos hecho, señores? El tiempo es corto; permitidme cambiar por un instante la pluma por el pincel.

La España nos hacía dormir en una cuna silenciosa y eterna; y de repente aquella nación que no duerme nunca, y que parece

encargada de ser la centinela avanzada en la gran cruzada del espíritu humano, hace sonar hasta nosotros un cañón de alarma, en los momentos en que recién paraba el cañoneo de la emancipación del Norte. Nosotros entonces despertamos precipitados, corrimos a las armas, buscamos las filas de los gigantes, marchamos con ellos, peleamos y vencimos. El mundo nos bate las manos, se descubre, se inclina, nos saluda hombres libres, y nos abre sus rangos. El estrépito del carro y las trompetas de nuestra gloria, aturde nuestra conciencia; y nos figuramos de la estructura del mundo libre, porque habíamos tomado un papel en su inmenso drama.

Un día, señores, cuando nuestra patria inocente y pura sonreía en el seno de sus candorosas ilusiones de virilidad, de repente siente sobre su hombro una mano pesada que le obliga a dar vuelta, y se encuentra con la cara austera del Tiempo que le dice: está cerrado el día de las ilusiones; hora es de volver bajo mi cetro.

Y entonces conocemos que mientras los libres del Norte y de la Francia no habían hecho más que romper las leyes frágiles de la tiranía, nosotros nos empeñábamos en violar también las leyes divinas del tiempo y del espacio.

Luego, señores, nuestra situación quiere ser propia, y ha de salir de las circunstancias individuales de nuestro modo de existir juvenil y americano.

Entretanto, el movimiento general del mundo, comprometiéndonos en su curso, nos ha obligado a empezar nuestra revolución por donde debimos terminarla: por la acción. La Francia había empezado por el pensamiento para concluir por los hechos; nosotros hemos seguido el camino inverso, hemos principiado por el fin. De modo que nos vemos con resultados y sin principios. De aquí las numerosas anomalías de nuestra sociedad: la amalgama bizarra de elementos primitivos con formas perfectísimas; de la ignorancia de las masas con la república represen-

tativa. Sin embargo, ya los resultados están dados, son indestructibles, aunque ilegítimos: existen mal, pero en fin existen. ¿Qué hay que hacer, pues, en este caso? Legitimarlos por el desarrollo del fundamento que les falta; por el desarrollo del pensamiento. Tal, señores, es la misión de las generaciones venideras; dar a la obra material de nuestros padres una base inteligente, para completar de este modo nuestro desarrollo irregular; de suerte que somos llamados a ejecutar la obra que nuestros padres debieron de haber ejecutado, en vez de haber hecho lo que nosotros debiéramos hacer recién.

Así, señores, seguir el desarrollo, no es hacer lo mismo que hicieron nuestros padres, sino aquello que no hicieron, y debieron hacer. Continuar la vida principiada en Mayo, no es hacer lo que hacen la Francia y los Estados Unidos, sino lo que nos manda hacer la doble ley de nuestra edad y nuestro suelo; seguir el desarrollo es adquirir una civilización propia, aunque imperfecta, y no copiar las civilizaciones extranjeras, aunque adelantadas. Cada pueblo debe ser de su edad y de su suelo. Cada pueblo debe ser él mismo; lo natural, lo normal nunca es reprochable. La infancia no es risible con toda su impotencia; lo que la ridiculiza es la pretensión de virilidad. Hasta lo perfecto es ridículo fuera de su lugar; o más bien, no hay más perfección que la oportunidad.

Estamos, pues, encargados, los que principiamos la vida, de investigar la forma adecuada en que nuestra civilización deba desarrollarse, según las circunstancias normales de nuestra actual existencia argentina; estamos encargados de la conquista de las vías de una civilización propia y nacional.

Es cierto que en Mayo de 1810 comenzamos nuestro desarrollo; pero es cierto también que lo comenzamos mal. Lo comenzamos sin deliberación; lo hemos seguido sin conciencia; nosotros no nos hemos movido; hemos sido movidos por la impulsión *fatal* de otras cosas más grandes que las nuestras. Así es que nosotros



sabíamos que nos movíamos, pero no sabíamos ni por qué ni para qué. Y si sabíamos en fin, no conocíamos ni su distancia, ni el rumbo especial; porque se ha de notar, que en virtud de una perfecta semejanza de las leyes de la gravitación del mundo físico con las leyes de la gravitación del mundo moral, cada pueblo, como cada cuerpo material, busca un solo fin; pero por camino peculiar, y mil veces opuesto. Ya es tiempo, pues, de interrogar a la filosofía la senda que la nación argentina tiene designada para caminar al fin común de la humanidad. Es, pues, del pensamiento, y no de la acción material, que debemos esperar lo que nos falta. La fuerza material rompió las cadenas que nos tenían estacionarios, y nos dió movimiento; que la filosofía nos designe ahora la ruta en que debe operarse este movimiento. Por fortuna de nuestra patria, nosotros no somos los primeros en sentir esta exigencia; y no venimos más que a imitar el ejemplo dado ya en la política, por el hombre grande que preside nuestros destinos públicos. Ya esta grande capacidad de intuición, por una habitud virtual del genio, había adivinado lo que nuestra razón trabaja hoy por comprender y formular: había ensayado de imprimir a la política una dirección completamente nacional; de suerte que toda nuestra misión viene a reducirse a dar a los otros elementos de nuestra sociabilidad, una dirección perfectamente armónica a la que ha obtenido el elemento político en las manos de este hombre extraordinario.

Pero si la percepción de la ruta en que deba caminar nuestra sociabilidad, debe salir del doble estudio de la ley progresiva del desarrollo humano, y de las calidades propias de nuestra nacionalidad, se sigue que dos direcciones deben tomar nuestros trabajos inteligentes: 1º La indagación de los elementos filosóficos de la civilización humana. 2º El estudio de las formas que estos elementos deben de recibir bajo las influencias particulares de nuestra edad y nuestro suelo. Sobre lo primero es menester escuchar a la inteligencia europea, más instruída y más

versada en las cosas humanas y filosóficas que nosotros. Sobre lo segundo no hay que consultarlo a nadie, sino a nuestra razón y observación propia. Así nuestros espíritus quieren una doble dirección extranjera y nacional, para el estudio de los dos elementos constitutivos de toda civilización: el elemento humano, filosófico, absoluto; y el elemento nacional, positivo, relativo.

En estos dos objetos tenemos que hacer estudios nuevos. La Europa que no cesa de progresar en el primero, tiene hoy ideas nuevas, que nuestros predecesores no pudieron conocer, y que nosotros somos llamados hoy a importar en nuestro país. Con la Revolución Francesa de [17]89 termina el siglo XVIII su misión inteligente. El imperio hace contraer el pensamiento a la naturaleza y a la observación; y el Instituto, y la Escuela Normal tienen desarrollo. La Restauración, de naturaleza ecléctica, imprime su carácter mixto al pensamiento de su época, y Platón y Kant, y Hegel, son presentados y asociados a Condillac, por Royer Collard y Victor Cousin.

De aquí una nueva filosofía que termina con la revolución de Julio y por ella; porque esta revolución no siendo en el fondo otra cosa que la destrucción del eclecticismo de la Carta de 1814, viene también a destruir el eclecticismo de la filosofía restauradora, y una nueva dirección toma el pensamiento. Todos estos movimientos sociales y políticos proporcionan a las ciencias morales numerosas conquistas. Mas, como estos movimientos y estas conquistas pertenecen a nuestro siglo, nuestros padres no han podido elevarse sobre el espíritu moral del siglo antecedente. Estoy obligado aquí a confesar que esta aserción está llena de brillantes excepciones. Yo he dicho la Francia, cuando he hablado de la Europa, porque en materias de inteligencia, la Francia es la expresión de la Europa. Yo he dicho las ciencias morales, cuando he hablado del pensamiento humano, porque son por ahora las ciencias que nos importan: ellas son por esencia y por misión las ciencias de los republicanos, porque, en efecto,

la república no es en el fondo otra cosa que la más alta y la más amplia realización social de la moral, de la razón y la moral del evangelio.

En cuanto al segundo objeto, el estudio de lo nacional, es un trabajo nuevo, en que no se entró con decisión en nuestro país; sin duda porque no se conoció bastantemente que lo nacional era un elemento necesario de nuestro desenvolvimiento argentino. Bien, pues, señores, es el pensamiento de esta doble exigencia inteligente de nuestra patria, el que ha presidido a la elección de los libros que forman la colección, cuyas lecturas vamos a abrir desde este día. Ya veis, pues, que aquí no se trata de leer por leer. Habría sido frívolo suscribirse con un semejante objeto. Se trata nada menos que de alistarse para llenar una exigencia de nuestro desenvolvimiento social. Habéis visto salir esta exigencia de la comparación de nuestro desarrollo histórico, con la ley filosófica de todo progreso nacional; para lo cual he principiado por mostraros que estamos en desarrollo, y que estamos, así, porque tal es la ley de todos los pueblos del mundo. Me ha sido, pues, indispensable, para informaros del interés público de esta institución, de señalaros la doble armonía que existe entre ella, con una exigencia de nuestra marcha progresiva, y entre esta marcha nuestra con la marcha de toda la humanidad.

FISONOMIA DEL SABER ESPAÑOL: CUAL DEBA SER  
ENTRE NOSOTROS

*por*

D. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

Señores:

Alzar la voz en medio de vosotros no era tal vez misión de un hombre nuevo. La palabra que persuade y convence en materias de saber y de estudio, parece que resuena más poderosa en nuestros oídos, cuando nace de los labios de un hombre que el tiempo ha sazonado. El respeto y el amor hacia la persona que exhorta o alecciona, son sentimientos de que debe estar embobado el ánimo del que escucha. Siempre que la fantasía me representa la imagen material de aquellos genios beneméritos de la humanidad, que descubrieron verdades, introdujeron leyes nuevas en el mundo de la inteligencia y predicaron sus doctrinas, es bajo la forma de un hombre encanecido, de sentidos debilitados, de frente impenetrable, y hermosa con aquellas arrugas, que más son cicatrices de las heridas del alma, que huellas de los años, según la expresión de un gran poeta.

Yo vengo aquí, no confiado en mi capacidad ni en mi suficiencia; cedo a las instancias de un amigo, cuyas generosas esperanzas y miras sentiría ver malogradas, si se equivocó al encomendarme este corto y modesto trabajo.

Por poco que meditemos acerca de los elementos que constituyen un pueblo civilizado, veremos que las ciencias, la literatura y el arte existen a la par de la religión, de las formas gubernativas; de la industria, en fin, y del comercio, que fortalecen y dan vigor al cuerpo social. Aquéllas son como el pensamiento y el juicio; éstos como el brazo y la fuerza física, que convierte en actos y hace efectiva la voluntad. Las ciencias y la literatura viven en la región de las abstracciones, y se dignan de cuando en cuando descender hasta la tierra, cargadas de ricos descubrimientos, ya para mejorar nuestra existencia material, ya para

revelarnos derechos que desconocíamos, ya para aligerar los padecimientos del corazón, ya para perfeccionarnos. Para *perfeccionarnos*, ¡señores!... Para levantarnos paso a paso al sublime y misterioso puesto que la Providencia reserva al hombre para más remotas y venturosas edades.

Pero ¿de qué servirán estas palancas de la perfectibilidad si no se aplican dentro de la esfera de su acción? ¿De qué nos serviría la brújula si no tuviésemos mares que surcar? ¿De qué la palabra si careciésemos de ideas? La historia general filosófica ha demostrado que cada pueblo debe, según sus necesidades, según su suelo y propensiones, cultivar aquellos ramos del saber que le son análogos; que cada pueblo tiene una literatura y un arte, que armoniza con su moral, con sus creencias y tradiciones, con su imaginación y sensibilidad. La literatura, muy particularmente, es tan peculiar a cada pueblo, como las facciones del rostro entre los individuos; la influencia extraña es pasajera en ella; pero en su esencia no está, ni puede estarlo, sujeta a otros cambios que a los que trae consigo el progreso del país a que pertenece. La ciencia es una matrona cosmopolita, que en todas las zonas se aclimata, y se nutre con los frutos de todos los climas. La literatura es un árbol que cuando se trasplanta degenera: es como el habitante de las montañas, que llora y se aniquila lejos de la tierra natal.

En esta inteligencia, me propongo decir cuáles sean los objetos a que la inteligencia del pueblo argentino deba contraerse; cuál deba ser el carácter de su literatura.

Antes es preciso volver atrás la vista, para examinar el camino que hemos andado, y apartarnos de él si le seguíamos extraviados.

Al empezar toda obra útil y grande, al buscar un estímulo para acometer cualquiera empresa de las que honran al hombre, todo americano debe recordar aquel portentoso suceso que dió nacimiento al suelo en que nació. Si así lo hace se ensanchará

su mente; su actividad cobrará brío, y al traer a la memoria los prodigios que rodearon la cuna de su patria ¿cuál será el obstáculo que no venza? ¿Cuáles no serán los mundos también nuevos, que no se revelen a su inteligencia?

Expiraba el décimoquinto siglo, cuando a la mente fecunda de un hombre inmortal le fué revelada la existencia de un hemisferio nuevo. Este genio, nacido en la patria de Dante y de Galileo, miraba más allá del *mare magnum* de los romanos, que los geógrafos antiguos poblaban de sirtes destructores y de voraces monstruos, un cielo más puro que el de Europa, un suelo más rico y lleno de maravillas. Llevó de corte en corte sus sublimes ensueños: en todas fué tratado de visionario; y la América aun fuera todavía un misterio no revelado, si la exaltada imaginación de Isabel la Católica, ávida de sucesos fantásticos, no hubiese alentado las esperanzas de aquel italiano inmortal.

La *virgen del mundo*, como la apellida un moderno, surgió inocente y bella del seno del Océano, como la madre de todos los seres en la ficción antigua.

El hierro y el fuego de la conquista destruyeron de consuno los monumentos de nuestros padres. Moctezuma y Atahualpa; los sacerdotes de sus dioses; las vírgenes consagradas a su culto, enterraron consigo la ciencia que poseían, y los testimonios de una civilización que se encaminaba a su zenit. Sin embargo, algunos hombres sabios y laboriosos han reedificado con sus escombros, el templo del saber americano, y enseñado, que aquellos denominados *barbaros* habían llegado a un grado de cultura en nada inferior a la de los caldeos y egipcios. Las figuras simbólicas, y los quipos de los mejicanos (cuyo imperio se alzaba en medio de la América, para difundir por toda ella sus luces, como desde un centro) prueban que el desarrollo intelectual no contaba en aquella región los largos siglos que en el viejo mundo, desde la época inmemorial en que brilló la luz de la razón en el Oriente; y a pesar de esto ¿qué les faltaba para cons-

truir un pueblo civilizado? ¿No tenían una creencia que Clavijero no ha trepido en parangonar con la de los griegos y de los romanos? ¿No tenían un gobierno paternal y poderoso? ¿Un monarca rodeado de suntuosidad y de riquezas? ¿No tenían una legislación y unas costumbres, que pueden llamarse sin exageración, sabia a la una, humanas a las otras? Así lo dicen escritores ilustres, filósofos y desapasionados.

¡Señores! Es preciso respetar los altos designios de la Providencia; es preciso inclinar nuestra orgullosa frente, y replegar el atrevido vuelo de nuestra razón, al meditar sobre aquellos mismos designios. Si así no fuera, si no viésemos que la invasión de bárbaros que asoló la Europa romana, trajo regeneración y nueva vida a un mundo ya caduco y corrompido, yo deploraría la suerte de nuestro continente, que no pudo alimentarse con su propia substancia, sino hasta los primeros albores de la décimasexta centuria. Yo me atrevería a desear que el velo del espacio ocultase aún a los ojos del otro hemisferio la existencia del que habitamos; y que para otras edades más remotas hubiese quedado reservado su descubrimiento. Si cupiera en lo posible este vano e hipotético deseo, la civilización americana, original, sin influencia alguna extraña, se habría desenvuelto y crecido a la manera de la de otras naciones, de que sólo su historia y nombre conocemos. ¿Cuál sería el carácter de esta civilización?... He aquí un problema que no tiene solución; pero que, sin embargo, daría materia a una inteligencia vasta y a una imaginación poética como la de Herder, para fraguar un sistema seductor y bellissimo, partiendo de los datos conocidos, y pintándonos lo que *pudo ser*, sabiendo lo que *fué en realidad*.

La conquista cortó el hilo del desenvolvimiento intelectual americano. Esta bella parte meridional del nuevo mundo se trocó en hija adoptiva de la España, se pobló de ciudades, recibió costumbres análogas a las de sus conquistadores; y la ciencia y la

literatura española fueron desde entonces nuestra ciencia y nuestra literatura.

La nación española presenta un fenómeno que sólo puede explicarse con conocimiento de su historia política. Dotada de un suelo feraz y variado, fecunda en hombres de talento y de imaginación, atrevidos en la guerra, sufridos en los trabajos, constantes en las grandes empresas, nunca ha salido de un puesto humilde e ignorado en la escala de la civilización europea. Muchos de sus hijos en diferentes épocas se han esforzado en hacer apologías de su importancia literaria, que los extraños le negaban; pero se han reducido a darnos una nomenclatura de escritores amenos y ingeniosos; de artistas, que a sus lienzos, mármoles, o monumentos, han sabido imprimir el sello de sus almas apasionadas y fogosas, de sus imaginaciones atrevidas; mas que apenas son conocidos de los eruditos. Estos tesoros son como los del avaro, estériles para sus semejantes, pues que se hallan enterrados en las entrañas de la tierra. Los conocimientos sólo son útiles cuando se derraman en provecho de la humanidad, cuando revelan leyes y verdades no conocidas y aplicables, que ensanchan la esfera del saber y de la inteligencia humana.

La Italia, acordándose que fué madre de los romanos, ha producido a Dante, a Galileo, a Miguel Ángel, a Cristóbal Colón, a Filangieri y a Beccaria; la Inglaterra, a Shakespeare, a Bacon, a Newton; la Alemania, aquella Alemania, bárbara e inculta, cual nos la dió a conocer Tácito, es una fuente fecunda de ideas valientes, de erudición profunda, de crítica eminente; y la Francia, colocada como centinela avanzada del mundo intelectual, no permite que una sola idea se pierda o desvirtúe, de cuantas emiten los hombres de todos los climas, en todos los idiomas. Yo busco un español que colocar al lado de los que dejo nombrados, y no le encuentro. Busco algún descubrimiento, algún trabajo inmortal de la razón española, y no le encuentro; es decir,

no encuentro hombres como Newton y Galileo; descubrimientos como los de la atracción universal y el movimiento de la tierra. ¿Y se le podrá pedir menos a una nación que ha vivido dieciocho siglos?

Es de admirar como las ciencias físicas y exactas, y particularmente la astronomía, no han llegado en España, no diré a su esplendor, pero ni a la altura que han alcanzado en las demás naciones; siendo así que los árabes, sus dominadores por algún tiempo, las cultivaron con tan gran suceso; siendo así que D. Alfonso X de Castilla, único de sus reyes que haya alentado aquellos conocimientos, enviaba hasta el Egipto, a costa de muchos caudales, en busca de un sabio, primoroso *en los movimientos que hace la esfera*, como él mismo dice en la introducción a su libro *del Tesoro*. Pero sus sucesores al trono no siguieron este digno ejemplo, ni reconocieron la máxima de Alfonso, de que *siempre a los sabios se debe el honor*. D. Juan II en 1434 autorizó con su silencio la destrucción de la biblioteca y escritos del famoso marqués de Villena, hombre que con amor y talento cultivaba las ciencias naturales. Felipe II no dió importancia alguna a los trabajos geodésicos del maestro Esquivel, que logró formar un mapa general de la península durante el reinado de aquel monarca; naciendo de esta indiferencia, el que un trabajo tan importante pasase ignorado y se perdiera completamente, quedándonos apenas una vaga noticia de él. Después acá (dice el autor del discurso sobre la *Ley agraria*) perecieron estos importantes estudios, sin que por eso se hubiesen adelantado los demás. Las ciencias dejaron de ser para nosotros un medio de buscar la verdad, y se convirtieron en un arbitrio para buscar la vida. Multiplicáronse los estudiantes, y con ellos la imperfección de los estudios; y a la manera de ciertos insectos que nacen de la podredumbre, y sólo sirven para propagarla, los escolásticos, los pragmáticos, los casuístas y malos profesores de

las facultades intelectuales, envolvieron en su corrupción los principios, el aprecio, y *basta la memoria de las ciencias útiles*.

Si hemos de dar crédito al ilustrado Blanco White, se enseñaba en sus días, en las universidades de España, el sistema de Copérnico, bajo la suposición de que era erróneo. En fin, para completar este cuadro lamentable, baste decir, que cuando Descartes aplicaba el cálculo algebraico a la resolución de los problemas de geometría, y Leibniz y Newton inventaban el infinitesimal, los españoles calificaban de matemáticos a los que aprendían solamente las proposiciones de Euclides.

Sólo cegados con tan denso velo de ignorancia, pudieron dejar los españoles desconocidas por tanto tiempo, la geografía y la historia natural de la América. Esta bella porción que nosotros habitamos, en donde la naturaleza se presenta portentosa y rica; en donde empezando por el hombre y terminando por el más ruin gusanillo, todo es raro, todo es nuevo, todo nunca visto para el antiguo mundo: las llanuras sin horizonte como el Océano; las montañas que encumbran más allá de las nubes; los fenómenos celestes y las constelaciones de un hemisferio nuevo, nada de esto fué examinado ni estudiado por sus poseedores y señores, y lo poquísimo que hicieron, o ha sido pasto de las llamas en el incendio del Escorial, o existe inédito en el polvo de los archivos. Preciso ha sido que el genio y la constancia de Humboldt mostrasen al mundo las maravillas que por tres desgraciados siglos habían mirado los españoles con indiferencia; preciso ha sido, que un sabio y laborioso francés desenvolvese y aclarase las investigaciones de Azara, para que llegasen a alcanzar la importancia que tienen en el día, como acertadamente se ha dicho ya entre nosotros.

El campo de las bellas letras no está menos despoblado de esos frondosos y fragantes árboles, a cuya sombra se abriga con placer y con amor el hombre que se dedica al estudio.

¿No habéis experimentado, señores, en vuestros paseos solita-



rios —en aquellas horas, en que el alma, acordándose de su destino, quisiera levantarse de la tierra, y respirar aires de mejor mundo—, no habéis experimentado la necesidad de un libro escrito en el idioma que habláis desde la cuna? ¿De uno de esos libros que encierran en sí a la vez, poesía, religión, filosofía; la historia del corazón, las inquietudes o la paz del espíritu, y el embate de las pasiones? ¿Un libro, en fin, que conteniendo todos estos elementos, destile de ellos un bálsamo benéfico para nuestras enfermedades morales? Sí, sin duda, habéis experimentado una necesidad semejante, sin poderla satisfacer con ninguna producción de la antigua, ni de la moderna literatura española. En toda ella no encontraréis un libro que encierre los tesoros que brillan en cada página de René; en cada canto de Childe Harold; en cada meditación de Lamartine; en cada uno de los dramas de Schiller.

Mucho se ha celebrado la imaginación de los escritores españoles; mucho el colorido de sus descripciones; mucho la armonía y grandilocuencia de su lenguaje. Algunos extranjeros de nuestros días, a modo de arqueólogos y numismáticos empeñosos, se han propuesto desenterrar las riquezas que se decían desconocidas e ignoradas; dándonos ya colecciones de poesías antiguas castellanas, ya ediciones lujosas de Calderón o de Lope de Vega. El crítico Schlegel ha levantado hasta las nubes a éstos y los demás infinitos dramáticos de la península. Pero, señores, en este amor exaltado, en esta estima exagerada, ¿no se encerrará algún excusable engaño? ¿Algunas de esas ilusiones a que están expuestos los hombres sistemáticos y de imaginación fogosa y movable? ¿Qué extraño es que se mida el mérito de un escritor por el trabajo que ha costado el entenderlo? ¿No es natural que después de leer con dificultad y con fatiga un centenar de autos sacramentales, se quiere hallar un prodigio en cada extravagancia? El genio y la imaginación española pueden compararse a un extendido lago, monótono y sin profundidad; jamás sus aguas

se alteran, ni perturban la indolente tranquilidad de las naves que le surcan. Crecen en su orilla árboles sin frutos nutritivos, aunque lozanos, cuya sombra difunde un irresistible sopor.

Este es mi sentir, señores; al llenar el objeto que en estas cortas líneas me he propuesto, he caído naturalmente en estas consideraciones; y estoy muy lejos de pretender que se me considere infalible. Por inclinación y por necesidad he leído los clásicos españoles, y mi alma ha salido de entre tanto volumen, vacía y sin conservar recuerdo alguno, ni rastro de sacudimientos profundos. Sólo en los oídos me susurran aún armoniosamente las églogas de Garcilaso, o los cadenciosos períodos de Solís.

No faltan, a más de éstas, otras ilustres excepciones al juicio desfavorable que me he atrevido a formar de la literatura de la España. Su teatro, como acabo de indicar, es estimado por literatos de renombre, y las odas del maestro León y de Herrera son dignas de leerse muchas veces. Juan de Mena, puede compararse por la sublimidad de concepción que desplegó en su *Laberinto*, al autor de la *Divina Comedia*; y Manrique, en su bíblica elegía a la muerte de su padre, fué como el cisne de la poesía patria que entona al perecer un himno inmortal.

Nula, pues, la ciencia y la literatura española, debemos nosotros divorciarnos completamente con ellas, y emanciparnos a este respecto de las tradiciones peninsulares, como supimos hacerlo en política, cuando nos proclamamos libres. Quedamos aún ligados por el vínculo fuerte y estrecho del idioma; pero éste debe aflojarse de día en día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de la Europa. Para esto es necesario que nos familiaricemos con los idiomas extranjeros, y hagamos constante estudio de aclimatar al nuestro cuanto en aquéllos se produzca de bueno, interesante y bello.

Pero, esta importación del pensamiento y de la literatura euro-

pea no debe hacerse ciegamente, ni dejándose engañar del brillante oropel con que algunas veces se revisten las innovaciones inútiles o perjudiciales. Debemos fijarnos antes en nuestras necesidades y exigencias, en el estado de nuestra sociedad y su índole, y sobre todo en el destino que nos está reservado en este gran drama del universo, en que los pueblos son actores. Tratemos de darnos una educación análoga y en armonía con nuestros hombres y con nuestras cosas; y si hemos de tener una literatura, hagamos que sea *nacional*; que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza, así como nuestros lagos y anchos ríos sólo reflejan en sus aguas las estrellas de nuestro hemisferio.

Antes de ser sabios y eruditos, civilicémonos; antes de descubrir y abrir nuevos rumbos en el campo de las ciencias físicas o morales, empapémonos del saber que generosamente nos ofrece la Europa culta y experimentada. Adquiramos aquellos conocimientos generales que preparan al hombre a entrar con suceso al desempeño de los variados destinos a que debe ser llamado en un país, donde todos somos iguales; en donde, desde el seno del humilde giro mercantil, del interior de los campos, y de en medio de las faenas rurales, somos llamados a la alta misión de legislar, de administrar la justicia, de ejecutar las leyes. Todo argentino debe llenar el vacío que en su educación ha dejado un vicioso sistema de enseñanza, y la falta de escalones intermedios entre la escuela de primeras letras y los estudios universitarios.

Nuestros padres todos han recibido las borlas doctorales sin conocimiento de aquellas leyes más palpables que sigue la naturaleza en sus fenómenos; sin una idea de la historia del género humano; sin la más leve tintura de los idiomas y costumbres extranjeras. Jamás los perturbó en medio de las pacíficas ocupaciones del foro, de la medicina o del culto, el deseo de indagar el estado de la industria europea. Jamás creyeron ni soñaron que la economía pública era una ciencia, y que, sin conocer la esta-

dística y la geografía de un pueblo, era imposible gobernarlo.

El estudio práctico de las leyes, la lectura de sus glosadores, la inteligencia oscura e incompleta de algún poeta o historiador latino, he aquí el caudal intelectual de nuestros antiguos letrados; he aquí los títulos en que apoyaban su renombre de literatos. Y, ¿a esto, señores, estarán reducidas las ciencias y el saber? ¿Acaso el hombre ha recibido de Dios la inteligencia para empobrecerla y amenguarla con tan reducidas aplicaciones? ¡No, señores! Yo ofendería, si quisiera inculcar más sobre este punto, y si pretendiera trazar el círculo dentro del cual debe moverse nuestra facultad de pensar; porque este círculo es como aquel de que nos habla Pascal, cuyo centro está en todas partes, y su circunferencia en ninguna.

No olvidemos que nuestros tesoros naturales se hallan ignotos, esperando la mano hábil que los explote; la mano benéfica que los emita al comercio y los aplique a las artes y a la industria; que la formación y origen de nuestros ríos (vehículos de actividad y de riqueza) aún son inciertos y problemáticos; que la tierra, fértil, virgen, extensa, pide cultivo, pero cultivo inteligente; y en fin, que las ciencias exigen ser estudiadas con filosofía, cultivadas con sistema, y la literatura requiere almas apasionadas, pródidas, sensibles a lo bello, y eminentemente poseídas de espíritu nacional.

Aquí un campo no menos vasto y más ameno se presenta. Sobre la realidad de las cosas, en la atmósfera más pura de la región social, mueve sus alas un genio que nunca desampara a los pueblos; que mostrando al hombre la nada de sus obras, le impele siempre hacia adelante, y señalándole a lo lejos bellas utopías, repúblicas imaginarias, dichas y felicidades venideras, infúndele en el pecho el valor necesario para encaminarse a ellas, y la esperanza de alcanzarlas. Este genio es la *poesía*. Que a este nombre, señores, no se desplieguen vuestros labios con la sonrisa del desprecio y de la ironía. Que este nombre no traiga

a vuestra memoria la insulsa cáfila de versificadores que plaga el Parnaso de nuestra lengua. Recordemos sí los consuelos y luz que han derramado los verdaderos padres del canto sobre el corazón y la mente de la humanidad. Recordemos lo que pasa en nuestras almas al leer las obras de los modernos, Byron, Manzoni, Lamartine, y otros infinitos, y confesemos a una voz, que la misión del verdadero poeta es tan sagrada como la del sacerdocio. Recordemos que la poesía no es una hacinación armoniosa de palabras desnudas de pensamientos y de afectos, sino el fruto de una fantasía fértil y poderosa, que expresa con rara vivacidad y con palabras inmortales las cosas que la hieren; que es la contemplación fervorosa y grave que hace el alma sobre sí misma, y sobre los grandiosos espectáculos que presenta la naturaleza. Consiste unas veces en los raptos del corazón de un hombre religioso, que como Milton experimenta una vaga turbación en lo íntimo de su ánimo; la poesía es otras veces un sentimiento tierno y candoroso, que se interesa eficazmente por las cosas más humildes, y deteniéndose a contemplar el cáliz de una flor, no se contenta con describirla, sino que se conmueve y entusiasma al contemplar esta belleza imperceptible de la creación.

Si la poesía es una necesidad de los pueblos adelantados y viejos, es una planta que nace espontáneamente en el seno de las sociedades que empiezan a formarse. Ley es del desarrollo humano, que el joven más se guíe por los impulsos del instinto, que por los consejos de la razón; y que derrame en himnos y en cantares los efectos que rebozan en su corazón. Importa, empero, que esta tendencia de nuestro espíritu no se extravíe y que cuando *con el transcurso de los tiempos, llegue a formar un caudal abundante, conserve su color propio al entrar en el océano de la poesía universal.*

He aquí reducido a limitados términos el espacio en que puede moverse la inteligencia argentina, que tantos frutos indígenas y preciosos promete a la patria. Para remover y dar vida a toda

idea fecunda, para adquirir todo género de conocimientos, para mantener y dar pábulo a ese dulce comercio que debe existir entre los hombres que se consagran al estudio, un compatriota, celoso de la ilustración y que cuento con orgullo entre mis amigos, ha concebido la idea de este establecimiento a que es particularmente llamada la juventud, esa parte interesante de la república que aún no se ha maniatado con la rutina, ni cegado con la triste incredulidad de una filosofía ya caduca; cuyo pecho está libre de odios y temores; cuya alma, como el cáliz de un vegetal, en el instante de su florescencia, está dispuesta a recibir el rocío benéfico de la ciencia, y el amor a la paz que nacen de la contemplación de la naturaleza, y de la armonía de las palabras del sabio.

En esta sala modesta, cual conviene a una institución que comienza, se encierran ya muchos libros, reunidos a costa de esfuerzos y erogaciones; algunas personas, recomendables por su saber, se han comprometido a comunicar sus conocimientos como en una conversación amistosa, y es de esperar, que todos los llamados a un fin tan laudable se empeñen en mostrarse dignos de la elección que en ellos ha recaído.

Yo pido al Cielo que bendiga la simiente del árbol que hoy se planta, y lo levante sobre los cedros. Que a su sombra llegue a descansar la juventud venidera, del mismo modo que nosotros, de esa terrible lucha que el hombre mantiene en su interior entre la duda y la verdad.

LECTURAS PRONUNCIADAS EN EL  
"SALÓN LITERARIO"

*por*

D. ESTEBAN ECHEVERRÍA

## PRIMERA LECTURA

Señores:

Véome aquí rodeado de un concurso numeroso y sin saber aún por qué ni para qué. Tal vez muchos de los que me escuchan lo ignorarán también; tal vez otros esperan de mi labio palabras elocuentes, pero ¿sobre qué rodarían ellas? ¡Cuál sería el asunto digno de vuestra expectación! ¿A qué objeto deberán encaminarse nuestras investigaciones? ¿En qué límites circunscribirse? En una palabra, ¿qué cuestiones deben ventilarse en este lugar? Hemos, llenos de ardor y esperanza, emprendido la marcha; pero ¿a dónde vamos? ¿Por qué camino y con qué mira? He aquí, en concepto mío, lo que importa averiguar antes de emprender la tarea.

En otros tiempos, señores, en los tiempos de nuestra infancia, solía el estruendo del cañón o el repique de las campanas arrebatarnos del teatro de nuestros juegos infantiles y llevarnos en pos de sus mágicos acentos. ¿Cuál era esa voz omnipotente que hacía hervir de júbilo nuestra sangre? Era la voz de la Patria que nos convocaba al templo del Dios de los ejércitos para que allí le tributásemos gracias por una nueva victoria del valor argentino, o para que entonásemos himnos al sol de Mayo, reunidos al pie del sencillo monumento que consagró a su memoria el heroísmo. El entusiasmo, entonces, era el genio bienhechor que nos movía; nuestro amor a la patria y a la libertad una religión sin más fundamento que la fe, y los homenajes que le tributábamos un culto espontáneo de nuestro corazón que se exhalaba en vivas y coros de alabanza. La patria en aquel tiempo no podía exigir más de nosotros ni pedía otra cosa que victores que inflamasen el pecho de sus heroicos hijos, porque para ser independiente necesitaba victorias. Necesitaba menos la razón que analiza y calcula que la decisión que obra; más del

entusiasmo fogoso y turbulento, que de la silenciosa y pacífica reflexión, porque sabía que el león que duerme nunca rompe sus cadenas.

Esa época pasó, señores, y pasó para siempre porque en la vida de los hombres como en la de los pueblos hay algo fatal y necesario; pasó para nosotros porque dejamos de ser niños; pasó para nuestra sociedad porque emancipada ya no tiene campo digno donde hacer alarde de sus heroicas virtudes. La primera, la más grande y gloriosa página de nuestra historia pertenece a la espada. Pasó por consiguiente la edad verdaderamente heroica de nuestra vida social. Cerróse la liza de los valientes, donde el heroísmo buscaba por corona de sus triunfos los espontáneos videntes de un pueblo; abrióse la palestra de las inteligencias, donde la razón severa y meditabunda, proclama otra era; la nueva aurora de un mismo sol; la adulta y reflexiva edad de nuestra patria. Dos épocas, pues, en nuestra vida social, igualmente gloriosas, igualmente necesarias: entusiasta, ruidosa, guerrera, heroica la una, nos dió por resultado la independencia, o nuestra regeneración política; la otra pacífica, laboriosa, reflexiva, que debe darnos por fruto la libertad. La primera podrá llamarse desorganizadora, porque no es de la espada edificar, sino ganar batallas y gloria; destruir y emancipar; la segunda organizadora, porque está destinada a reparar los estragos, a curar las heridas y echar el fundamento de nuestra regeneración social. Si en la una obraron prodigios el entusiasmo y la fuerza, en la otra los obrarán el derecho y la razón. Ahora bien, sentados estos preliminares ¿qué buscamos aquí, señores? ¿Qué causa nos ha reunido en este recinto? Fácil es discernirla. Ahora que no nos pide la patria una idolatría ciega, sino un culto racional; no gritos de entusiasmo, sino la labor de nuestro entendimiento; porque el entusiasmo ardoroso y la veneración idólatra, si bien útiles y necesarios en épocas heroicas para conmover y electrizar los pechos, no lo son en aquellas en que debe reinar la fría y despreocupada reflexión. Ya no retumba el cañón de la victoria, ni tumulto alguno glorioso despierta en nosotros espíritu marcial y nos abre el camino a la gloria; pero tenemos patria y

queremos servirla, si no con la espada, al menos con la inteligencia. Somos ciudadanos y como tales tenemos derechos que ejercer y obligaciones que cumplir; somos ante todo entes racionales y sensibles, y buscamos pábulo para nuestro entendimiento y emociones para nuestro corazón. Fácil nos sería encontrarlos en el bullicio de los placeres y de la disipación; pero la vida es demasiado corta para malgastarla toda en frívolos pasatiempos. Y la razón, llamando a nuestra puerta, nos ha dicho ¡hasta cuándo! Corridos y aleccionados hemos entrado en nosotros mismos con el fin de conocernos, hemos procurado discernir el mundo que nos rodea, lo que la patria exige de nosotros y el blanco a donde deben encaminarse nuestras nobles ambiciones. En una palabra, hemos querido saber cuál es la condición actual de nuestra sociedad, cuáles sus necesidades morales, y cuál es, por consiguiente, la misión que nos ha cabido en suerte. He aquí, sin duda, el secreto móvil que nos ha impelido.

Lejos estoy de pensar que ninguno de los que me escuchan venga aquí por un mero pasatiempo, ni con otro interés que el de instruirse por un cambio mutuo de ideas. La mezquina vanidad de hacer muestra de un falso saber para atraer sobre sí una aura fugitiva de consideración, no puede reunir a jóvenes sensatos, que cansados de oírse llamar niños, por la ignorancia titulada o la vejez impotente, ambicionan ser hombres y mostrarse dignos descendientes de los bravos que supieron dejarles en herencia una patria.

Nuestro compromiso, señores, es grave; llevemos por divisa la buena fe, por escudo una conciencia sin mancha, y a falta de ciencia traigamos a este lugar un vivo deseo de instruirnos, de fijar nuestras ideas y de adquirir, sobre todo, profundas convicciones, pues sólo ellas son capaces de formar grandes y virtuosos ciudadanos.

Señalado el punto de partida, determinada nuestra posición, ¿qué debemos hacer antes de ponernos en marcha? Echar una mirada sobre el vasto campo cuya exploración intentamos.

He dicho, señores, que nuestra sociedad ha entrado en una época reflexiva y racional. No es esto significar que antes hubiese



carecido de dirección inteligente, sino que ahora más que nunca siente la necesidad de apoyar su vida y bienestar en la fuerza moral, de aleccionarse con el conocimiento de lo pasado para precaverse en lo porvenir, de adquirir luces, de agrandar, en fin, la esfera de sus ideas para continuar la grande obra de la revolución de Mayo, y engalanar los trofeos de sus armas con las ricas joyas del pensamiento.

¿Pero falta acaso ilustración, faltan ideas en nuestra patria? No, señores, sobreabundan. Desde el principio de la revolución, las luces del mundo civilizado tienen entrada franca entre nosotros. Desde entonces se han acogido y proclamado por la prensa, en la tribuna y hasta en el púlpito, las teorías más bellas, los principios más sanos, las mejores doctrinas sociales, y al ver su abundancia se diría que nuestra sociedad ha marchado, en punto a riqueza intelectual, casi a la par de las naciones europeas. Si abundan, pues, ideas de todo género en nuestro país, ¿cómo es que su influjo no se ha extendido más allá de un corto número de individuos? ¿Cómo es que no ha penetrado en las masas? ¿Cómo no se ha incorporado en las leyes y constituido un gobierno? ¿Cómo no ha logrado formar una opinión moral y compacta, un espíritu público tan robusto y omnipotente que él solo imperase, y a un tiempo diese vida y dirección a la máquina social? He aquí cuestiones arduas que es preciso resolver antes de formular.

¿Repetiremos, señores, como muchos reputados hombres de nuestro país, que nuestra sociedad, envuelta todavía en los pañales de la infancia, no estaba en estado de aprovecharse de esas ideas, de esas luces que difundía la prensa o la tribuna? No; porque este sofisma envuelve una injuria contra la especie humana; porque con él algunos hombres siempre niños procuran escudar su incapacidad; con él algunos pueblos pusilánimes e imprudentes pretenden cohonestar sus extravíos echándolos a cargo de su inexperiencia; con él, en fin, los gobiernos suelen legitimar su despotismo, poner mordaza a la palabra, sofocar la razón y embotar los resortes del pensamiento.

El hombre es criatura sensible y racional y en todo tiempo y

en cualquier clima hábil por consiguiente para concebir la verdad, e ilustrarse con los consejos de la razón. ¿Será culpa del pueblo si no se aprovecha de esos consejos, o de los que debieron instruirlo y encaminarlo como encargados de su dirección? Las sociedades además no son jóvenes ni viejas ni pasan por las edades del hombre porque constantemente se regeneran. Cada nueva generación deposita nueva sangre y nueva vida en las venas del cuerpo social y de aquí nace ese engendramiento continuo, esa existencia idéntica y perpetua de los pueblos y de la humanidad. Sólo los individuos orgánicos nacen, crecen y mueren y están sujetos a todos los accidentes y edades de la vida. Los pueblos, pues, no deben esperar a ser grandes y viejos para ser pueblos, porque jamás les llegará su día y nunca saldrán de pañales. La ley franca de la condición social es el progreso, porque la sociedad para él y por él existe. Permanecer siempre en infancia y estacionario es, por consiguiente, obrar contra la naturaleza y fin de la sociedad. Moverse sólo para comer o satisfacer sus necesidades físicas, es hacer lo que el salvaje, que después de harto y cansado se echa a dormir para no despertarse sino al sentir otra vez el aguijón del apetito. Guarecer su impotencia con el sofisma de la infancia es no sólo injuriarse a sí mismo injuriando al pueblo, sino también blasfemar contra la razón del género humano y la Providencia.

Pero hay más. Nosotros fuimos parte integrante de la sociedad española y, dado que los pueblos pasen por las edades del hombre, debimos contar cuando estalló la revolución los siglos de existencia que aquella tenía. Verdad es que la España entonces era la más atrasada de las naciones europeas y que nosotros en punto de luces, nos hallábamos, gracias a su paternal gobierno, en peor estado; pero también es cierto que la revolución, rompiendo el vasallaje y derribando las murallas que nos separaban de la Europa civilizada, nos abrió la senda del progreso y puso a nuestra disposición todas las teorías intelectuales, patrimonio de las generaciones, que había sucesivamente acaudalado los siglos. Dejó de ser para nosotros vedado el árbol de la ciencia, y siendo de hecho emancipados debimos creernos adultos y dar

de pie a las andaderas de la infancia. No lo hicimos, sin duda, perdido hemos el tiempo de nuestra robustez y energía en vanas declamaciones, en gritos al aire, en guerras fratricidas y después de 25 años de ruido, tumultos y calamidades hemos venido a dar al punto de arranque; hemos anulado las pocas instituciones acertadas en los conflictos de la inexperiencia; hemos declarado a la faz del mundo nuestra incapacidad para gobernarnos por leyes y gozar de los fueros de emancipados; hemos creado un poder más absoluto que el que la revolución derribó y depositado en su capricho y voluntad la soberanía; hemos protestado de hecho contra la revolución de Mayo, hemos realizado con escándalo del siglo una verdadera contra-revolución.

¿Y este mísero fruto sólo ha producido tanta sangre derramada, tanta riqueza destruída, tan brillantes y halagüeñas esperanzas? Cuando vasallos dormíamos al menos el sueño de la indolencia dejando a nuestros amos el cuidado de nuestra suerte: nada deseábamos porque nada conocíamos. Ahora independientes, nuestra condición ha empeorado: más esclavos que nunca llevamos en la imaginación el tormento de haber perdido o más bien vendido una libertad que nos costó tantos sacrificios, y de la cual usamos como insensatos. ¿Y qué, la grande revolución de Mayo pudo tener solamente en mira adquirir a costa de sangre una independencia vana que no ha hecho más que sustituir a la tiranía peninsular, la tiranía doméstica; a la abyección y servidumbre heredada, una degradación tanto más profunda e infamante, cuanto sólo ha sido obra de nuestros propios extravíos? No. El gran pensamiento de las revoluciones, y el único que puede justificarlas y legitimarlas en el tribunal de la razón, es la emancipación política y social. Sin él sería la mayor calamidad con que la Providencia puede afligir a los pueblos.

Tenemos independencia, base de nuestra regeneración política, pero no derechos ni leyes, ni costumbres que sirvan de escudo y salvaguardia a la libertad que ansiosamente hemos buscado. Nos faltaba lo mejor, la techumbre, el abrigo de los derechos, el complemento del edificio político —la libertad—, porque ésta no se apoya con firmeza sino en las leyes y las costumbres.

Hemos sabido destruir, pero no edificar, los bárbaros también talan...

¿Qué nos ha faltado para concluir la obra de nuestra completa emancipación? Grandes hombres. Sólo el heroísmo de nuestros guerreros y de algunos cuantos iniciadores de Mayo cumplió con su deber y satisfizo las esperanzas de la revolución. Por lo demás, han pululado talentos mediocres de todo género, políticos, científicos, literarios; pero la mediocridad nada produce; de suyo es infecunda. Si literaria, se contenta con *imitar*, si científica almacena en la memoria lo que otros aprendieron y descubrieron, si política, sierva de sus propias pasiones o de la ambición de las más diestras, es azote y ludibrio de los pueblos. Sólo el genio estampa en sus obras el indeleble sello de su individualidad, y deja por donde pasa vivos e indelebles rastros.

Entretanto, señores, es doloroso decirlo, ningún pueblo se halló en mejor aptitud que el argentino para organizarse y constituirse, al nacer a la vida política. Nuestra sociedad entonces era homogénea; ni había clases, ni jerarquías, ni vicios, ni preocupaciones profundamente arraigadas; reunía en sí lo que el pueblo ideal de Rousseau, es decir, "la conciencia de un pueblo antiguo, con la docilidad de uno nuevo".<sup>1</sup> La revolución no encontró más resistencia que las que le oponían los intereses pecuniarios de un puñado de españoles, una fuerza lejana. Ésta cayó vencida al primer amago en Tucumán y Montevideo; aquélla capituló con la necesidad, y el campo le quedó libre. La revolución pudo casi al principio concentrar toda su fuerza al objeto de constituirse; y tenía todo por sí; un pueblo dócil y despreocupado; potencia moral y física, todos los elementos necesarios para realizar sus miras; y los encargados de dirigirla se hallaron en la mejor aptitud para haber dado al cuerpo social como a un pedazo de cera, la forma que hubiesen querido. El pueblo argentino no era como el de París o Londres que se matan por *pan* y al toque de asonada se regocijan; gozaba del bienestar que apetecía. Si lo llamaba el tambor, iba lleno de ardor y entusiasmo, pasaba los Andes, batallaba y vencía; si lo dejaban quieto, se entretenía

<sup>1</sup> *Contrato Social*.

en su pacífica labor. Sólo deseaba paz, orden, libertad. ¿Qué le dieron nuestros gobernantes, los encargados de su bienestar y progreso? Tiranía, tumultos, robos, saqueo, asesinato.

¿Por qué no obraron, pudiendo, el bien los que dirigieron el timón del Estado? ¿Qué les faltó, echando a un lado la perversidad o los extravíos de las pasiones? Capacidad, ideas; y no ideas vagas, erróneas, incompletas, que producen la anarquía moral, mil veces más funesta que la física, sino ideas sistematizadas, conocimiento pleno de la ciencia social, de su alta y delicada misión y de las necesidades morales de la sociedad que incautamente puso en ellos su confianza. Los gobiernos son la Providencia de los pueblos; si aquéllos oprimen o dormitan, éstos se dejan estar, porque su vicio radical es la inercia y el apego a sus hábitos. La potestad que el pueblo les ha confiado debe especialmente desvelarse en promover la instrucción, único medio capaz de formar la opinión pública interesada en el sostén del orden, las leyes y autoridades de donde emanan el bienestar y protección de todos los ciudadanos. La falta de espíritu público en los gobiernos, dice Constant, es una prueba infalible o de la falta de aptitudes en los gobernantes o de imperfección en las mismas instituciones: y éstas son imperfectas siempre que la influencia de algunos hombres puede arrastrar al Estado al borde del abismo.

La revolución tuvo espadas brillantes, y es lo único de que puede vanagloriarse; faltóle dirección, inteligencia, y se extravió e inutilizó su energía. Se soltaron entonces las pasiones frenéticas, y reinó la anarquía; y la violencia y el crimen fueron el derecho común. Y el hecho elocuente está ahí señores; visible, palpable, yo no hago más que notarlo. Toda la labor inteligente de la revolución se ha venido abajo en un día y sólo se ven los rastros sangrientos de la fuerza bruta sirviendo de instrumento al despotismo y la iniquidad. Y a juzgar por los resultados que han dejado en pos de sí, ¿cómo calificar la imperturbable serenidad e impavidez con que tantos hombres vulgares se han sentado en la silla del poder y arrastrado la pompa de las dignidades? ¿Se creyeron muy capaces, o pensaron que eso de gobernar

y dictar leyes no requiere estudio ni reflexión y es idéntico a cualquier negocio de la vida común? La silla del poder, señores, no admite medianía, porque la ignorancia y errores de un hombre pueden hacer cejar de un siglo a una nación y sumirla en un piélago de calamidades. La ciencia del estadista debe ser completa, porque la suerte de los pueblos gravita en sus hombros.

Si los gobiernos nada han creado estable y adecuado en materia de instituciones orgánicas, si nada han hecho por la educación política del pueblo y han burlado las esperanzas de la revolución, busquemos también en otra parte el origen de la poca influencia de las ideas que, como he dicho antes, sobreamundan en nuestra sociedad.

Es un hecho, señores, que entre nosotros se ha escrito y hablado mucho sobre política; que todas las opiniones, las doctrinas más abstractas como las más positivas, han tenido abogados hábiles y elocuentes defensores; sin embargo, gran parte de ese inmenso trabajo ha sido estéril; sólo existe para la historia puesto que no ha alcanzado viva y permanente realidad.

Nos preguntamos otra vez ¿qué faltó a nuestra educación política para ser verdaderamente fecunda? A mi juicio, señores, dirección hábil, dirección sistematizada, dirección elemental. Faltaron hombres, que conociendo el estado moral de nuestra sociedad y profundamente instruídos quisiesen tomar sobre sí el empeño de encaminar progresivamente al pueblo al conocimiento de los deberes que le imponía su nueva condición social. Faltaron escritores diestros que supiesen escoger el alimento adecuado a su inculta inteligencia, infundirle claras y completas ideas sobre la ciencia del ciudadano, y hacerlo concurrir con su antorcha al ejercicio de la augusta soberanía con que lo había coronado la revolución.

Abundaron, en suma, ciudadanos instruídos, patriotas virtuosos, que henchidos de entusiasmo y buena fe proclamaron, ya en la tribuna, ya por la prensa, verdades útiles por cierto; pero cuyo influjo fué efímero, por cuanto ni echaron honda raíz en la conciencia popular, ni menos tuvieron fuerza para conciliar los intereses ni uniformar las opiniones de los partidos.

La prensa, además, en lugar de ser la tribuna de la razón, fué a menudo la arena en donde las pasiones más bajas se hicieron guerra con dicterios calumniosos y sarcasmos: otras veces convertida en órgano imprudente de teorías exóticas, cuya inteligencia presuponía conocimiento anterior que no teníamos, cuya bondad no era, ni podía ser absoluta, cuya aplicación a nuestro estado social era extemporánea, contribuyó eficazmente a enajenar los ánimos y confundir las ideas.

Representantes, periodistas, ministros, cuidaban más de hacer alarde de una instrucción fácil de adquirir, de profesar opiniones ajenas y citar autores, que de aplicar al discernimiento de nuestras necesidades morales y políticas la luz de su propia reflexión; al progreso de nuestra cultura intelectual su labor propia; a la consolidación de un orden político permanente, los elementos de nuestra existencia como pueblo o nación distinta de las demás.<sup>2</sup> Cuando las circunstancias estrechaban, cuando hallaban inscrita en el orden del día una cuestión importante, un problema vital o una ley orgánica, estando desprovistos del caudal de luces que suministra la propia reflexión, acudían ansiosos a buscarlas en los publicistas y autores que tenían a la mano en la historia o leyes de otros países y corrían ufanos a entrar en lid con ajenas armas. Veíalos entonces la tribuna o la prensa divididos en tantos bandos como autores habían leído; veíalos, digo, abogando con calor, al parecer, la causa del pueblo, cuando sólo defendían obstinadamente las opiniones falibles de un hombre cuyas doctrinas eran el resultado o del examen filosófico de hechos históricos de otras naciones o sistemas abstractos concebidos por la razón europea. Se gritaba, se disputaba encarnizadamente; era preciso resolverse; y en el acaloramiento de la disputa, en los conflictos de la necesidad se adoptaba un partido, o cada uno se quedaba con su opinión, o se dictaba una ley, ajustada, si se quiere, a los más sanos principios; pero no al voto público, pero no a las necesidades y exigencias del país; pero no fruto sazonado de una robusta, independiente e ilustrada razón.

<sup>2</sup> El que se mezcla en dar instituciones a un pueblo debe saber dominar las opiniones y procurar gobernar las pasiones de los hombres. ROUSSEAU.

Este parto monstruoso salía a luz sin fuerza ni vigor, casi exánime y sin vida, lo desconocía y desechaba el sentido popular; salía a luz para ser hollado y escarnecido, para provocar más y más el menosprecio de toda ley y de toda justicia y dar margen a los desafueros de la anarquía. ¿Y esto hacían nuestros legisladores cuando su misión era organizar? Sí, señores, lo hacían de buena fe, porque iban a tientas y se retiraban muy satisfechos, creyendo haber legislado, como si el legislar consistiese solamente en dictar leyes, y no en que éstas lleven en sí mismas virtud suficiente para su sanción o ejecución. El poder de los legisladores, decía un convencional, Henault Sechelles, estriba todo en su genio, y éste no es grande sino cuando fuerza la sanción y protege las conveniencias nacionales; y observad, señores, que éste no es un cargo ni una acusación, sino referir hechos. Nuestros padres hicieron lo que pudieron: nosotros haremos lo que nos toca.

Léanse nuestros estatutos y constituciones orgánicas, documentos en que debe necesariamente haberse refundido toda la ciencia política de nuestros legisladores y se verá, aunque es duro decirlo, cuán a tientas hemos andado y cuán poco podemos envernecernos de nuestra ilustración. ¿Qué resultó de este extravío de los legisladores y escritores que pretendieron ilustrar la opinión? A la vista, señores, está. Sobreabundan, como he dicho antes, las ideas entre nosotros; pero éstas son la mayor parte erróneas, incompletas, porque el verdadero saber no consiste en tener muchas ideas sino en que sean sanas y sistematizadas y constituyan un fondo de doctrina o una creencia, por decirlo así, religiosa para el que las profesa. Más vale ignorancia que ciencia errónea, pues el que ignora puede aprender; y es difícil olvidar errores para adquirir verdades. ¿Qué más resultó de ahí, señores? Confusión, caos, anarquía moral de todas las inteligencias. Cada uno poseyendo un fragmento de teoría, una idea vaga y vacilante, una chispa de luz, se creyó sabio y en plena posesión de la verdad. Cada cual se juzgó capaz de hablar con magisterio, porque podía articular algunas frases pomposas que no entendía, y había recogido de paso en la prensa, en la tribuna o los libros

mal traducidos. Todos en suma pensaron que nada más obvio, más fácil, nada que menos exigiese talento, estudio y reflexión que sentarse en la silla del poder a presidir los destinos de un gran pueblo. Yo podría, señores, preguntaros cuáles son los principios de nuestro *credo* político, filosófico y literario; podría hacer la misma pregunta a esa multitud de hombres doctos tan vanos de suficiencia y avaros de su saber. ¿Qué me contestarán? El uno yo soy utilitario con Helvecio y Bentham, el otro yo sensualista con Locke y Condillac; aquél, yo me atengo al eclecticismo de Cousin; éste, yo creo en la infalibilidad de Horacio y de Boileau; muchos con Hugo dirán que ésta es absurda. Cada uno en suma daría por opiniones tuyas las de su autor o libro favorito. ¿Se cree acaso que la ciencia consiste en leer mucho, tener memoria y saber traer a cuento un texto o una cita? No, señores, la verdadera ciencia es el fruto de la doble labor del estudio y la reflexión. El verdadero ingenio no es erudito ni pedante; hace sí uso de la erudición para robustecerse y agrandarse; pero no suicida su inteligencia convirtiéndose en órgano mecánico de opiniones ajenas. Nuestros sabios, señores, han estudiado mucho pero yo busco en vano un sistema filosófico, parto de la razón argentina y no lo encuentro; busco una literatura original, expresión brillante y animada de nuestra vida social, y no la encuentro; busco una doctrina política conforme con nuestras costumbres y condiciones que sirva de fundamento al Estado, y no la encuentro. Todo el saber e ilustración que poseemos no nos pertenece; es un fondo, si se quiere, pero no constituye una riqueza real, adquirida con el sudor de nuestro rostro, sino debida a la generosidad extranjera. Es una vestidura hecha de pedazos diferentes y de distinto color, con la cual apenas podemos cubrir nuestra miserable desnudez. Yo no dudo, y debo creerlo, pues lo oigo a menudo repetir, que nuestro país cuenta con talentos distinguidos, con muchos hombres de luces; pero, señores, esa tan decantada sabiduría ¿por qué no sale a luz, por qué no muestra sus obras? ¿De qué sirve al país, mientras permanece encerrada como una ciencia oculta y misteriosa destinada solamente a los adeptos? ¿De qué nos sirve a nos-

otros, que andamos en tinieblas y descaminados por falta de luz? ¿Dónde están los testigos fehacientes de ella; o estamos en tiempos todavía de creer en diplomas de sabiduría y sobre la palabra de los interesados como cuando nadie se atrevía a dudar de la infalibilidad de Aristóteles y del Papa? Hemos visto al contrario que cada vez que el vaivén de la revolución ha puesto a esos hombres en posesión de hacer alarde de su saber y con todos los elementos necesarios para obrar el bien del país, no han cometido sino desaciertos y burlado miserablemente sus esperanzas. ¿A qué debemos atenernos? ¿A lo que dice o piensa el vulgo sobre su intrínseco mérito, o a lo que depone contra ellos el testimonio elocuente y doloroso de los hechos y desastres de la revolución, y la situación presente de nuestra mísera patria? Ellos contestarán si pueden. Entretanto, si como es probable caduca y muere esa ciencia sin haber producido frutos, ¿será digno de hombres, será digno de los [*hijos de los*] héroes de la independencia echarse a dormir esperando en la incertidumbre. El tiempo no da espera, él nos llama a trabajar por la patria; acudamos, como nuestros padres de Mayo y Julio...

Si bajamos de la clase que se llama ilustrada al pueblo, a las masas, ¿qué encontraremos! La ignorancia ínfima, sin ningún medio para salir de ella; ninguna noción de derechos y deberes sociales, ni de patria, ni de soberanía ni de libertad; cuando más las palabras; porción de preocupaciones absurdas; buena índole, pero costumbres depravadas por la anarquía y la licencia y retroceso más bien que progreso en esta parte. El pobre pueblo ha sufrido todas las fatigas y trabajos de la revolución, todos los desastres y miserias de la guerra civil y nada, absolutamente nada, han hecho nuestros gobiernos y nuestros sabios por su bienestar y educación. Nuestras masas tienen casi todas los vicios de la civilización sin ningunas de las luces que las modera. Pero alejemos, señores, la vista de verdades tan amargas, para todo buen argentino.

Todas las doctrinas, todos los sistemas y opiniones tienen, si se quiere, partidarios hábiles en nuestra sociedad; pero coexisten en el caos los primitivos elementos de la creación; y así

permanecerán en lucha hasta que resuene el *fiat* omnipotente y generador, hasta que aparezca el *genio* destinado por la Providencia a enfrenarlos y a infundirles vida nacional y americana. Y ¿qué hará, señores, ese genio predilecto? Beberá en las fuentes de la civilización europea, estudiará nuestra historia, examinará con ojo penetrante las entrañas de nuestra sociedad y enriquecido con todos los tesoros del estudio y la reflexión, procurará aumentarlos con el caudal de su labor intelectual para dejar en herencia a su patria obras que la ilustren y la envanezcan. Hasta entonces, señores, el influjo de las ideas será casi nulo y contribuirá muy escasamente al progreso intelectual de nuestra sociedad; porque es ley providencial revelada en la historia: que para que las ideas triunfen de la preocupación, la ignorancia y la rutina, para que se esparzan, arraiguen y predominen en los espíritus, es preciso que se encarnen en un hombre, en una secta o en un partido, de cuya inteligencia brotarán, como Minerva, de la fuente de Júpiter, revestidas de hermosura, prestigio e irresistible prepotencia.

Ved, señores, el cristianismo consumando a un tiempo la ruina del mundo antiguo y echando el cimiento de la sociedad moderna. ¿Y qué otra cosa es el cristianismo, hablando humanamente, sino la sabiduría de los siglos encarnada en Jesucristo? Ved en el siglo xv la filosofía renaciendo de la cabeza de algunos pensadores solitarios; más tarde Lutero luchando cuerpo a cuerpo con el coloso decrepito del Vaticano y aniquilando su infalibilidad; el siglo xviii, que no es más que una secta de filósofos engendrando todas las revoluciones modernas y una nueva era de la humanidad en el xix. Hugo y su escuela emancipando el arte; y entre nosotros, señores, cuatro hombres, en Mayo, haciendo brotar de la nada una nación; y Bolívar, descollando sobre tantos héroes, como el genio marcial de la independencia americana. Si lo que acabo de asentar es una verdad incontestable, resulta que el triunfo y predominio de un partido importa más a nuestro progreso político que la coexistencia de muchos siempre en lucha encarnizada y por lo mismo cada día más extenuados e impotentes.

Os he bosquejado, señores, el carácter de nuestra época y el estado de nuestra cultura intelectual. Ahora bien, en vista de esos antecedentes, ¿qué debemos hacer, cuál será nuestra marcha? ¿Se cree acaso poder con escombros y ripio echar los cimientos de un grande y sólido monumento? ¿Se piensa con vagas e incompletas ideas, con teorías exóticas, con fragmentos de doctrinas ajenas, echar la base de nuestra renovación social? ¿Podremos persuadirnos que con tal débil apoyo, entraremos con paso firme en las vías del progreso y en la grande obra de realizar las miras de la revolución? No nos alucinemos. No nos basta el entusiasmo y la buena fe; necesitamos mucho estudio y reflexión, mucho trabajo y constancia; necesitamos sobre todo mucha prudencia y método para no descarriarnos y caer en los extravíos de nuestros antecesores. Hagamos de cuenta que nada nos sirve la instrucción pasada sino para precavernos; procuremos, como Descartes, olvidar todo lo aprendido, para entrar con toda la energía de nuestras fuerzas en la investigación de la verdad. Pero no de la verdad abstracta sino de la verdad que resulte de los hechos de nuestra historia, y del conocimiento pleno de las costumbres y espíritu de la nación. Procuremos hacer uso de nuestra libre reflexión, que es el principio y fin de la filosofía. Si estamos en la época reflexiva, que nuestros pasos sean calculados y medidos. Nuestra marcha será lenta, pero segura. Habremos emprendido una obra que los hijos de nuestros hijos consumarán.

Sacudamos, entretanto, el polvo a nuestra pereza, rompamos la venda a nuestra presuntuosa ignorancia, confesemos ingenuamente que después de 26 años de vida política sólo tenemos por resultado positivo la independencia, que nuestra literatura y nuestra filosofía están en embrión; que nuestra legislación está informe y la educación del pueblo por empezar; que en política hemos vuelto al punto de arranque, y que, en fin, con nada o muy poco contamos para poner mano a la empresa de la emancipación de la inteligencia argentina. Estudios profundos, confianza varonil en nuestras fuerzas, y marchemos. Nada se ha hecho para lo que queda sin hacer. La obra debe renovarse o



más bien empezarse desde el cimiento. No han faltado operarios en ella, pero todos, más bien intencionados que hábiles, han visto desmoronarse el edificio aéreo que fabricó su imprudencia. Vivamos como vivimos, vegetando; renunciemos a la dignidad de hombres libres, si hemos de estrellarnos en los errores pasados. No vengamos a renovarlos, a malgastar el tiempo, y a sembrar, como nuestros antecesores, esperanzas para recoger desengaños amargos. Debemos buscar los materiales de nuestra futura grandeza en la ilustración del siglo; sin eso no hay salud; sin eso será frágil y caerá a plomo. Nuestra sociedad necesita empuje, y empuje vigoroso para alcanzarla, pero trabajando con tesón será nuestra. El tiempo da espera, si no a nosotros, a las generaciones venideras, cuya herencia y porvenir están vinculados en los esfuerzos de la generación presente. No consintamos que ellas lloren y maldigan nuestra pereza y desidia, como nosotros lloramos y maldecimos los extravíos de nuestros padres y sufrimos el castigo de ajena culpa. No cuando en todos los ámbitos de la tierra la humanidad se mueve y marcha permanezcamos inmóviles. Hinquemos la consideración en esta idea: que Dios al dotar al hombre de inteligencia y darle por teatro la sociedad, le impuso la obligación de perfeccionarse a sí mismo, y de consagrar sus esfuerzos al bienestar y progreso de su patria y sus semejantes; y llenos de buena fe y entusiasmo, amparándonos de los tesoros intelectuales que nos brinda el mundo civilizado, por medio del tenaz y robusto ejercicio de nuestras facultades, estampemos en ellos el sello indeleble de nuestra individualidad nacional. Al conocimiento exacto de la ciencia del siglo XIX deben ligarse nuestros trabajos sucesivos. Ellos deben ser la preparación, la base, el instrumento en suma, de una cultura nacional verdaderamente grande, fecunda, original, digna del pueblo argentino, la cual iniciará con el tiempo la completa palingenesia y civilización de las naciones americanas.

En otra lectura demostraré, que, por lo mismo que estamos en la época reflexiva y racional, nuestra misión es esencialmente crítica porque la crítica es el instrumento de la razón.

## SEGUNDA LECTURA

Señores:

En la anterior lectura bosquejando el estado de nuestra cultura intelectual, de la cual nos proponemos hacer un completo y circunstanciado inventario, hemos deducido: que no tenemos ni literatura ni filosofía; que nuestro saber político nada estable y adecuado ha producido en punto a organización social; que nuestra legislación está informe; que de ciencias positivas apenas sabemos el nombre; que la educación del pueblo no se ha empezado; que existen muchas ideas en nuestra sociedad pero no un sistema argentino de doctrina políticas, filosóficas, artísticas; que, en suma, nuestra cultura intelectual permanece en estado embrionario, y que con nada o muy poco contamos para iniciar la grande obra de la emancipación de la inteligencia argentina.

Ahora bien, ¿cómo daremos principio a ella? ¿De qué materiales nos valdremos? He aquí la cuestión que me propongo ventilar antes de hablaros de la Crítica.

Señores: se ha escrito ya: los elementos que constituyen la civilización humanitaria son: el elemento industrial, el científico, el religioso, el político, el artístico, el filosófico. No hace a nuestro propósito estudiarlos desde su origen en la sociedad primitiva, siguiendo su desarrollo en el tiempo o en la vida de la humanidad. Los tomaremos tales como los presentan la civilización del siglo y las actuales conclusiones de la filosofía. Basta decir que en las grandes civilizaciones, en la civilización asiática y en la europea, estos elementos coexisten, no en un completo desenvolvimiento porque la vida de la humanidad es infinita, sino en un grado inmenso y multiforme de desarrollo, y que algunos de ellos ya en este o aquel clima europeo, han progresado más que en otro según las circunstancias, modo de ser social y espíritu de cada nación.

En las sociedades nuevas como la nuestra, es claro que estos elementos deberán manifestar su acción o desarrollarse gradualmente, porque un pueblo que empieza a vivir es como un hombre cuyas facultades se van sucesivamente manifestando y ejercitando hasta que llega a completa madurez, y porque, según las necesidades físicas y morales que una sociedad experimenta en su vida, van los hombres aplicando la energía y actividad de su inteligencia y sus brazos a encontrar los medios de satisfacerlas.

Así, pues, el desarrollo de estos elementos es normal en cada sociedad y sigue una ley necesaria en relación con el espacio y el tiempo. Nosotros no podemos abrigar la quijotesca pretensión de poseer en el día todo el caudal de luces industriales, filosóficas, políticas, artísticas de la Europa civilizada; porque nuestra sociedad comienza a vivir; pero marchamos a su conquista. Cada cosa tiene su tiempo, y cada ser animado, cada hombre, cada pueblo, destinado por la Providencia a progresar, o lo que es lo mismo, a ejercer la actividad de su vida, debe hacerlo en los límites incontrastables del tiempo.

El estado, por consiguiente, embrionario de nuestra civilización es y debe ser normal; y esta confesión no debe humillarnos ni desalentarnos. No está por eso cerrado para nosotros el camino del más alto y perfectible progreso. Pertenecemos a una raza privilegiada, a la raza caucásica, mejor dotada que ninguna de las conocidas, de un cráneo extenso y de facultades intelectuales y perceptivas. Dejamos atrás pocos recuerdos y ruinas, tenemos delante, como el joven adolescente, un mundo de esperanzas y una fuente inagotable de vida, y marchamos a la vista de Dios en busca de un porvenir incógnito. ¿Quién podrá detener nuestra marcha? Quizá el nuevo mundo sea el taller de una nueva civilización y el grandioso templo augusto donde la Providencia revele sus recónditas miras sobre los destinos de la humanidad.

Verdad es que desde la revolución acá poco hemos adelantado; pero no será difícil reparar el tiempo perdido si dejamos la pereza heredada de nuestros abuelos y trabajamos con tesón en

fecundar en nuestra patria los elementos de la civilización más conforme con su estado y necesidades actuales.

Para que nuestras tareas sean verdaderamente fecundas es preciso circunscribirlas a la vida actual de nuestra sociedad, a las exigencias vitales por el momento para el país. No abundan aquí como en Europa los operarios de la obra civilizadora. Allí mientras multitud de talentos traen cada uno una piedra al grande edificio que descansa ya sobre sólidos cimientos, otros se entretienen solitarios en profetizar su grandeza y hermosura. El nuestro no tiene todavía comienzo, está por empezar, los materiales son escasos y los operarios en corto número. ¿Emplearíamos nosotros nuestro sudor en fabricar un edificio aéreo, empezando por la techumbre, violando la ley del tiempo y usurpando sus derechos a las generaciones venideras? Aunque quisiéramos no podríamos hacerlo porque somos muy débiles.

Dejémonos de utopías y de teorías quiméricas para el porvenir. Harto haremos con satisfacer a las exigencias actuales de nuestro país. Consagrandolo a este objeto nuestras fuerzas, preparemos al porvenir, y a nuestros hijos la tierra donde sembrarán y recogerán ópimos y delicados frutos. Los padres plantan el olivo y el dátil para los hijos de sus hijos (Lando). Cada hombre, cada generación tiene una misión que resulta del estado actual de la sociedad que le engendra y de cuya vida, votos, deseos y esperanzas participa. Nuestro primer deber, pues, debe ser para nosotros, generación nueva y robusta, observar qué deseos, qué esperanzas, qué necesidades manifiesta nuestra sociedad actualmente y qué género de luces imperiosamente demanda; en qué forma y de qué modo exige desarrollarse cada uno de los elementos de la civilización que he enumerado.

Comenzaré por aquellos que a mi juicio más importan, y hablaré primero del elemento industrial, porque la industria es fuente de la riqueza y poder de las naciones.

La industria es el trabajo o la actividad humana aplicándose a modificar y transformar la materia, a remover los obstáculos que la estorban y a hacer propio y útil a su bienestar cuantas cosas le brinda la creación inerte y la organizada. La industria

está siempre en relación con las necesidades de un pueblo porque es hija de la necesidad. Aumentar las necesidades de un pueblo, hacerle conocer las comodidades, es aguijonearle para que sea industrioso. La industria de los salvajes se confunde con la de los brutos. La de nuestra sociedad es mezquina, porque a pesar de que conocemos gran parte de las necesidades de los pueblos europeos, nos faltan medios para satisfacerlas. No bastan, pues, las necesidades para que la industria progrese, se necesitan también otros resortes, otros elementos para agrandarla y vivificarla. Estos medios son los brazos, los capitales y el espíritu de asociación.

El humilde artesano puede en su taller bastarse a sí mismo para ganar lo suficiente para la vida y satisfacer sus limitados deseos; pero las grandes operaciones de la industria fabril, mercantil, agrícola, exigen capital y brazos. Nosotros carecemos de uno y de otros, y de aquí resulta que tengamos que mendigar del extranjero lo necesario en estos ramos para satisfacer nuestras necesidades, dándole en cambio los escasos productos de nuestra industria.

Si carecemos de esos indispensables elementos para promover con suceso esos géneros de industria, debemos aplicarnos a fomentar aquellos que existen ya y han tomado grande incremento; tales son, la industria agrícola y el pastoreo.

La industria, además, está en relación con las localidades. Un pueblo que habita las montañas no ejerce los mismos géneros de industria que uno que habita los valles. Esta nación está destinada por la naturaleza a dar un poderoso ensanche a la industria mercantil ligada con la fabril; aquélla a la manual. Ginebra se enriquece con sus relojes, Inglaterra con sus manufacturas, el Brasil con su azúcar y algodón; nosotros enriquecemos con nuestras pieles y granos, y aglomeraremos capital para llevar con el tiempo nuestra actividad a otra clase de industrias. Pero nosotros no hemos aprendido todavía a sacar todo el partido que podemos de nuestras vastas y fértiles llanuras. Verdad es que los campos y haciendas han tomado después de la revolución un valor infinitamente mayor que el que antes tenían, merced a la

libertad de comercio; pero este valor no es debido a ninguna transformación ni mejora en la cría de animales ni en los productos de nuestra industria, sino a la concurrencia del extranjero en demanda de esos frutos, y al aprecio y estimación que de ellos hace. Debemos esa riqueza, más a la naturaleza que a nuestra industria y trabajo. Sin embargo, no puede negarse que el espíritu de mejora y progreso se va introduciendo en nuestras faenas rurales, que se abandonan viejas rutinas y que sin duda ellas ofrecen más lucro, empleándose en explotarla mayor número de capitales y de hombres activos e inteligentes; que el orden, la actividad y la economía se van introduciendo en nuestros campos y que ellos prometen ser la fuente inagotable de nuestra futura grandeza. Pero también, esforcémonos para que los productos de los animales que se crían en nuestros campos, aun brutos y sin beneficio alguno, los elabore y transforme la industria indígena para darles el valor que el extranjero les da en su país y del cual los recibimos manufacturados por doble o mayor precio de aquel a que los hemos vendido.

He aquí el modo de ensanchar la esfera de nuestra industria, empleando las materias que tenemos a mano. ¿Quién duda que las pieles de vacuno y caballar podrían salir curtidas y preparadas de nuestro mercado? ¿Que las crines y lanas podrían beneficiarse y adquirir más precio que el que tienen? Lo que gana el curtidor, el limpiador y el escardador europeo, nosotros podríamos ganarlo. No nos hallamos en estado de fabricar con nuestras lanas paños, ni con nuestras pieles y crines cosas útiles, porque nos faltan elementos; pero la industria puede imprimirles más valor, aumentando su precio antes de ponerles en manos del extranjero.

Mi objeto, como veis, es anunciar que para que nuestra industria progrese de un modo normal y seguro es preciso que echando mano de las materias primeras que ofrece nuestra tierra, la transforme y beneficie cuanto sea dable, les imprima un valor y estimación, y así los expendan al extranjero, y nadie negará que esto es muy realizable en todos y con todos los productos vacunos y lanares; es preciso que no malogre su trabajo en grandes em-

presas de lucro dudoso y que exigen elementos que no tienen; que antes de ser fabril y mercantil procure ser rural pero no como hoy día sino extendiendo su acción y especulaciones; que antes de construir canales y puertos, piense en mejorar los caminos, en facilitar los medios de transporte, en remover las infinitas trabas naturales que se oponen a su desarrollo, que se afane más para fundar el resultado de sus especulaciones en el cálculo y la diligencia y la actividad, que se ponga a cubierto de las inclemencias de la naturaleza, que cave pozos, que construya aguadas permanentes para abreviar sus haciendas, que no se entregue a la Providencia, sino que confíe en su trabajo y diligencia, que a esas cosas da Dios el galardón.

Doloroso es ver que nuestra industria rural, ahora como antes de la revolución, esté sujeta a los movimientos de la atmósfera. Si no llueve, su vida se agota, nada produce: los animales se mueren y las sementeras se esterilizan. La principal fuente de nuestra riqueza se convierte en manantial de miseria y calamidades y que lo deberemos todo siempre a la naturaleza y al acaso. ¿No podrán arbitrarse medios, si no para evitar, al menos para minorar esos males y hacer menos precaria la suerte de nuestros industriales? Si los individuos no lo pueden, a los gobiernos toca como instituidos para el bien y prosperidad común, emplear los caudales que emplean en vanas e improductivas empresas, en fomentar, proteger y estimular la industria. Yo sé bien que el interés individual es casi siempre el mejor consejero de la industria; pero también conozco que un pueblo como el nuestro donde se vive con poco porque se desea poco, el interés individual suele dormirse y necesita el estímulo de la autoridad. Además, está acostumbrado por la indolencia de nuestros padres a esperar todo de la Providencia...

La industria que no se vale activamente a sí misma para producir, no es industria, es el apetito del salvaje que sólo se mueve para recoger el fruto o perseguir la caza. Por lo demás, lo que la industria requiere para prosperar no son restricciones y trabas sino fomento y libertad. La libertad es un derecho suyo natural.

Cada hombre puede ejercer la que le parezca y del modo que le parezca, con tal que no dañe el derecho de otro a la misma libertad. Otorgar privilegios, poner restricciones es destruir la igualdad y la libertad, sofocar las facultades del hombre, y violar un derecho sagrado suyo, y atentar a la más sagrada de las propiedades, su sudor, su trabajo personal.

¿Qué pediremos, pues, nosotros para la industria? Libertad, garantías, protección y fomento por parte de los gobiernos. Sólo en estas condiciones nuestra industria puede progresar...

Útil e interesante será indagar las transformaciones que ha sufrido el valor de la propiedad rural y bestial desde fines del siglo pasado hasta hoy; calcular el número de animales que existía entonces en nuestros campos, el que la guerra civil y el que la seca ha destruído sin fruto, el consumido productivamente en este período y el que hoy existe. Así podríamos averiguar si en punto a riqueza debemos algo a la revolución o si en éste como en otros muchos hemos más bien retrogradado. Averiguar también la población de entonces y de ahora, el valor de las principales mercancías peninsulares que se consumían entonces y el que han tomado nuevamente las extranjeras desde la revolución. Calcular la riqueza, lo que se insumía en esa época en objetos de primera necesidad peninsulares y la que se insume hoy en los mismos, para ver hasta qué punto han aparecido nuevas necesidades en nuestra sociedad y se han extendido en ella las comodidades. Si contamos hoy con más riqueza real que en aquellos tiempos cuando circulaba mucho oro y plata y estaba a granel en las casas. Si el sistema prohibitivo colonial era más productivo de riqueza que el comercio libre, etc.

Estos datos y otros muchos podrían engendrar con el tiempo una ciencia económica verdaderamente argentina, y estudiada nuestra industria, la ilustraría con sus consejos y le enseñaría la ley de la producción. Por más que digan los economistas europeos, lo que ellos dan por principio universal y leyes invariables en el desarrollo de la riqueza y la industria, no son más que sistemas o teorías fundadas sobre hechos, es verdad, pero

tomados de la vida industrial de las naciones europeas. Ninguno de ellos ha estudiado una sociedad casi primitiva como la nuestra, sino sociedades viejas que han sufrido mil transformaciones y revoluciones, donde el hombre ha ejercido la actividad de su fuerza, donde la industria ha hecho prodigios, donde sobreabundan los capitales y los hombres, y donde existen en pleno desarrollo todos los elementos de la civilización. Verdad es que ellos han descubierto porción de verdades económicas que son de todos los tiempos y climas; pero si se exceptúan ellas, de poco pueden servirnos sus teorías para establecer nada adecuado a nuestro estado y condición social. Además, cada economista tiene su sistema, y entre sistemas contradictorios fácil es escoger en abstracto, pero no cuando se trata de aplicar a un país nuevo en donde nada hay estable, todo es imprevisto y dependiente de las circunstancias, de las localidades y de los sucesos; en donde es necesario muchas veces obrar contra la corriente de las cosas por ajustarse a un principio cuya verdad no es absoluta. Hemos sin embargo visto, en nuestras asambleas, como en política, disputar en economía, cuando se trataba de fundar un impuesto, de arbitrar medios para el erario, de establecer bancos, etc., a nombre de tal o cual economista; echar mano de la economía europea para deducir la economía argentina sin tener en consideración nuestras localidades, nuestra industria, nuestros medios de producción, casi ninguno de los elementos que constituyen riqueza y nuestra vida social. Así las providencias de nuestros legisladores a este respecto unas veces han sido ineficaces o ilusorias como en la contribución directa, otras han producido más mal que bien como el Banco y el papel moneda, y ninguna ha tenido en mira poner a cubierto al estado de insolvencia, y de no poder hacerse nada por falta de recursos pecuniarios en caso de bloqueo o guerra con alguna potencia extranjera, estableciendo un impuesto sobre bases sólidas, permanentes, y no sobre el recurso precario de las importaciones y exportaciones extranjeras.

Además este impuesto indirecto no sólo es precario sino mons-

truosamente injusto porque recae principalmente sobre el mayor número de consumidores, sobre los pobres. ¿Pero cuándo nuestros gobiernos, nuestros legisladores se han acordado del pueblo, de los pobres? ¿Cuándo han echado una mirada compasiva a su miseria, a sus necesidades, a su ignorancia, a sus industrias? Nada, absolutamente nada han hecho por él, y antes al contrario, parece haberse propuesto tratarlo como a un enjambre de ilotas o siervos.

Los habitantes de nuestra campaña han sido robados, saqueados, se les ha hecho matar por millares en la guerra civil. Su sangre corrió en la de la Independencia, la han defendido y la defenderán, y todavía se les recarga con impuestos, se les pone trabas a su industria, no se les deja disfrutar tranquilamente de su trabajo, única propiedad con que cuentan mientras los ricos huelgan.

Se ha proclamado la igualdad y ha reinado la desigualdad más espantosa: se ha gritado libertad y ella sólo ha existido para un cierto número; se han dictado leyes, y éstas sólo han protegido al poderoso. Para los pobres no han hecho leyes, ni justicia, ni derechos individuales, sino violencia, sable, persecuciones injustas. Ellos han estado siempre fuera de la ley.

.....

Sabido es que la labranza o industria agrícola entre nosotros está reducida a la siembra del trigo y maíz, y que la mayor parte de los que ejercen esta industria son unos pobres labradores que no cuentan con más capital que el arado y sus bueyes, un campo, las más veces arrendado y su trabajo personal. El primer renglón de subsistencia de la Provincia, depende del buen éxito del trabajo de esos pobres labradores. Entretanto ese hombre esperó exclusivamente de la bondad del año. Si hay seca o mucha lluvia en ciertas épocas, la cosecha se pierde; si viene plaga de langosta la cosecha se pierde; y si en la sementera ha brotado mucha maleza, la cosecha es mala. Ella depende, en fin,

de mil accidentes que pueden sobrevenir y que la industria ni precave ni estorba con su diligencia.

Malograda la cosecha, los infelices pierden su trabajo, se empeñan sobre el fruto de su trabajo venidero para poder subsistir mientras llega el tiempo; y lejos de hacer ahorros para acumular riquezas, nunca salen de la miseria. Si la cosecha es buena, o ha sido bueno el año, unos para recoger su trigo, piden prestado; otros enajenan el derecho de recogerlo a medias; otros lo venden en la sementera, porque ninguno tiene recursos para hacer frente a los gastos de levantarla. Contados son los que llevan su trigo (por los crecidos gastos de transporte) y logran un precio acomodado por su trabajo.

Aquí vemos dos hechos: por una parte, los labradores sin garantía ninguna de buen éxito y adelanto en su industria, y por otra parte la subsistencia de esta provincia pendiente del precario trabajo de esos labradores y de los accidentes naturales que pueden malograrlo. ¿Y es posible que no se hayan tomado providencias por nuestros gobiernos para fomentar este ramo de industria? ¿Es posible que tierras tan fértiles como las nuestras, consagradas únicamente al pastoreo y siembra de trigo y maíz, apenas produzcan lo suficiente para el consumo de la Provincia, cuando podían abastecer medio mundo? ¿Es posible que cuando la cosecha es mala media población no coma pan, y la otra media, caro y malo?

¿No podrían, tantos caudales consumidos en vanas empresas, ser empleados en establecer emigraciones regulares en las tierras de chacras? ¿No podrían estimularse y protegerse a los labradores industriosos que no tienen campo de propiedad suya, dándoles suertes de chacras que se han malvendido? ¿No podría premiarse a los más diligentes, suministrándoles recursos para cosechar, con un fondo público que se destinase a este objeto para que no malgastasen y empeñasen su trabajo, e hiciesen ahorros?

Pero lejos de hallar protección en los gobiernos, los labradores, la industria rural no encuentra sino inestabilidad y des-

aliento. El estado de guerra en que nos hallamos desde la revolución y con los salvajes y aun con nosotros mismos, y el régimen militar que reina en la campaña...<sup>3</sup>

.....<sup>4</sup>

renta que será progresiva a medida que aumentare el valor de los terrenos. La propiedad territorial que como la única, al menos es la primera que debe imponerse en nuestra provincia porque ella es la más productiva y la que recompensa con más creces, en rigor de verdad, la industria del hombre. Los capitales que más pagan en el día son los que menos producen y están más sujetos a las pérdidas irreparables. Cuando se piense entre nosotros, en fundar un impuesto sobre bases sabias, sólo lo encontrarán en nuestros campos, fuente inagotable de nuestra riqueza.

<sup>3</sup> "Hasta aquí llegan los fragmentos de esta *lectura*, los únicos que hemos podido descifrar entre los manuscritos, confusos y desordenados, que tenemos a la vista." [Nota de J. M. Gutiérrez al publicar esta *lectura* por vez primera en 1873.]

<sup>4</sup> Este pequeño párrafo, del cual nos ha resultado imposible descifrar el comienzo, se encuentra escrito en una hojilla suelta de los manuscritos pertenecientes a Echeverría. [Esta nota corresponde a la citada edición crítica del *Dogma Socialista* publicada por la Universidad Nacional de La Plata.]



APENDICE

CARTA DE D. FLORENCIO VARELA A  
D. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

Montevideo, 1º de agosto de 1837.

Sr. D. Juan María Gutiérrez,

Queridísimo amigo:

Tiene usted razón cuando cree que sólo algún motivo insuperable puede hacer que yo converse con usted más a menudo. Mi última enfermedad, y el atraso de mis negocios, consiguientemente a ella, no me han dado lugar para contestar sus dos últimas cartas; y aún ahora mismo muy poco más haré que acusarle recibo de ellas.

Por la primera me anuncia usted el establecimiento y apertura del Salón de lectura, y me acompaña usted los discursos, que en esa ocasión se pronunciaron. Usted, Juan María, puede comprender mejor que otros el interés que yo tomo en los progresos de la inteligencia, en nuestro país, y el placer que me causa cualquier mejora que tienda a promover esos progresos. Esto le explicará a usted cuánto me ha complacido la fundación de ese nuevo establecimiento. Pero temo que ese placer no sea duradero; porque preveo un término no muy remoto a la institución del señor Sastre. Yo creía que había más cooperadores, más personas interesadas en su sostén, que las que veo hasta ahora, y eso es para mí de mal agüero. Después de eso, amigo mío, me parecen capacidades muy heterogéneas, si así puede decirse, las que ahí se reúnen. Por supuesto que De Angelis va a que los demás le aplaudan y a reírse, y mofarse de todos: conozco profundamente su carácter, como literato; y nada me ha sorprendido ver, en una carta de ésa, la burla que hace de algunos de los discursos que se pronunciaron. De ese caballero no esperen ustedes cooperación eficaz y sincera.

Don Vicente López y Planes no puede pertenecer a las ideas que ustedes tratan de promover: sus estudios, su carácter, sus hábitos, sus trabajos pertenecen a la *Generación* que ustedes quieren (sin razón a juicio mío), alejar de la escena.

No conozco los extranjeros que usted me nombra, y no puedo juzgar de su cooperación.

La del joven Alberdi no puede ser ninguna. Se ha apresurado muchísimo a escribir, y publicar antes de estudiar; y ha perdido completamente, en mi sentir, el sendero bueno; y el lugar que hoy debía ocupar, para subir después a otro más alto. Tengo que reprochar a usted, entre otros, el haber contribuido a extraviar aquel joven, en cuya capacidad tenía yo grandes esperanzas. Nada pierde más a un joven que los elogios inmerecidos; y usted ha elogiado, bajo su firma, y en público, producciones de aquél, que usted mismo debía juzgar muy malas. Eso no es[tá] bien hecho: el que ama la ciencia, y la verdad; el que desea los progresos de sus conciudadanos, no debe contentarse, con poner de su caudal, lo que pueda por ilustrarlos, debe también aconsejar, dirigir al extraviado; y sobre todo, no empeñarle más en su error mostrándole, como aciertos, los extravíos más notables.

Los esfuerzos del señor Echeverría, de usted, y de otros, sostendrán por algún tiempo el establecimiento; pero luego no bastarán porque no podrán soportar solos la carga.

En cuanto a los discursos, diré a usted, muy rápidamente mi juicio, por el orden en que aparecen en el ejemplar que usted me remitió.

Comprendo bien las ideas del pronunciamiento por el señor Sastre; participo de ellas, en el fondo; pero he visto pocas cosas escritas con menos gusto, y en un estilo más propio para cansar. Cuando digo que participo, en el fondo, de las ideas del señor Sastre, quiero dar a entender que deseo, como él, que ajustemos a nuestro carácter, a nuestras costumbres, a nuestras necesidades, y aun a nuestras preocupaciones los sistemas de educación política, moral y literaria. Pero la conveniencia, y necesidad, de hacerlo así, me parece un axioma demostrado, más bien que un teorema por demostrar. Creo que todos los que *piensan*, están conformes en eso; y que se ha tomado muchísimo trabajo en demostrar lo que todos saben. Hay, además, muchísimo de falso, en ese discurso; y el que se precia de filósofo no debe empañar la verdad con el soplo de una adulación, tanto más repugnante cuanto menos necesaria.

El discurso del señor Alberdi será muy bueno, o muy malo, pero yo no puedo decidirlo, porque a excepción (*sic*) de la idea dominante (que también es falsa) digo a usted, con la más sincera verdad, que no comprendo una sola de sus frases; no sé lo que quieren

expresar, ni a dónde se dirige su autor. Por mucho que quiera yo comprender en el *abjiciamus opera tenebrarum*, no puedo disipar las que cubren mi inteligencia, o las concepciones, y el estilo del joven Alberdi. A mi juicio su discurso no dice nada y nadie lo ha entendido, no podría entenderle, aun haciendo lo que dice la advertencia preliminar.

Ese discurso, además, como el del señor Sastre, adolece en mi sentir, de la singular, y contradictoria, manía de prodigar ciertas palabras y frases, tomadas de autores extranjeros contemporáneos que suenan más de lo que expresan; y también de haber expresado en muchas páginas lo que se encerraría en una.

El discurso del señor Gutiérrez, escrito con templanza, con gusto, con conocimiento, y examen, de la materia que trata, me parece que sobresaie inmensamente sobre los otros; y que no hay término de comparación entre él y cualquiera de los anteriores. Adolece, sin embargo, a juicio mío, de varios errores: digo a *juicio mío*, porque yo los creo tales; sin pretender que el joven Gutiérrez, u otros, los crean como yo. Creo que el autor del discurso combate un enemigo que no existe. En cuanto yo he podido ver y juzgar, en mi país, no sé que haya joven alguno, ni hombre *nuevo* que haya pensado seguir como modelo, la educación, ni los estudios españoles: que haya desconocido que esa nación es la más atrasada, en todo y muy principalmente en lo que tiene relación a la inteligencia, y sus progresos, comprimidos por la potencia del fanatismo, y del gobierno absoluto.

Creo también injusto, y falso; o cuando menos exagerado, el decir que en Buenos Aires no se ha hecho más que seguir la rutina de nuestros padres. La filosofía, el derecho, las ciencias físicas, la economía política, que se han enseñado en los últimos años en Buenos Aires no son, sin duda, como la que estudiaron nuestros padres y, cuando menos, nos han puesto en el camino de conseguir la perfección.

Juzgo también muy exagerado lo que el doctor Gutiérrez dice acerca de la falta absoluta de buenos libros españoles. En cuanto a mí creo que los españoles no tienen nada, nada, en ciertos géneros, pero que tienen mucho bueno, en otros. En la poesía lírica, por ejemplo, creo que podrían citarse muchas piezas capaces de sostener el parangón con las mejores extranjeras, muchas que dejan en el alma esa impresión que dejan las de Lamartine y Byron, y que el doctor Gutiérrez dice, que no ha sentido, leyendo poetas españoles.

Otro error muchísimo más esencial, hallo en este discurso, y que,

sin embargo, me parece formar parte del sistema literario de su autor, porque le he visto ya sostenido en una carta, fecha primero de mayo, que tuvo la bondad de escribirme.

El señor Gutiérrez quiere que no leamos libros españoles, de temor de impregnarnos de sus ideas menguadas; quiere que nos hagamos *menos puristas*, y que relajemos algo la severidad respecto de la admisión (o importación como ahora se llama) de ciertas frases extranjeras en nuestra habla. Yo no puedo convenir en que, por leer en castellano, nuestro espíritu haya de afectarse de las ideas de los autores españoles; creo que sólo el que carezca de juicio y discernimiento, puede correr ese riesgo; pero no el que lee, discurre, y elige, separando lo bueno de lo malo. No puedo comprender que para expresar nuestras ideas, con claridad, con vigor, con belleza, sea necesario tomar frases ni vocablos, del extranjero: y pienso que, si los franceses y los ingleses, pueden expresar esas ideas, como lo han hecho Voltaire y Hume, Dupin y Burke, Lamartine y Byron, valiéndose de idiomas mucho menos ricos y sonoros que el nuestro, nosotros las podremos expresar con más facilidad, mayor pureza y lozanía mayor, manejando un idioma más caudaloso y lleno de armonía. Amigo mío, desengáñese usted: eso de *emancipar la lengua* no quiere decir más que *corrompamos el idioma*. ¿Cómo no lo *emancipa* Echeverría?

El doctor Gutiérrez mismo ha mostrado en su discurso, que no juzga acertados los principios en este punto; porque ha escrito con toda la corrección, y pureza posibles, sin que se advierta una sola frase extranjera, ni tampoco la *novedad de sintaxis* que él ha elogiado en otros; y que yo ni he comprendido ni deseo.

A más de eso, querido amigo: si el objeto principal que busca el doctor Gutiérrez, es sacudir la influencia extraña en nuestra educación, y literatura, y darles un carácter puramente nacional, ¿cómo ir a tomar del extranjero parte de los elementos con que se ha de obrar esta reforma? Tengamos una literatura nuestra y alteremos nuestro idioma, mezclándole con los extraños: esto me parece contradictorio.

Por último, no estoy conforme con el doctor Gutiérrez sobre la influencia que él quiere dar a la poesía. Yo pienso que ésta no puede entrar en la política, en la legislación, en la filosofía, en la historia, sino como un auxiliar muy remoto y que es preciso manejar con suma economía. La poesía pertenece a los dominios de la imaginación, necesita más galas que solidez; y no puede profundizar los

abismos de la historia, los arcanos de la metafísica. El *Ensayo* de Pope, es un discurso filosófico, más bien que un poema. Es preciso tomar el mundo como es; y como necesariamente debe ser, cada día más. La tendencia universal del siglo, producto del convencimiento, de los progresos de la razón, y de las lecciones de la historia, se dirige a conseguir la mayor suma posible de beneficios sólidos, materiales —mayor libertad civil y religiosa—: mayor riqueza, más medios de producir, y de conservar las producciones, de vivir contento, tranquilo, y seguro. Nada de esto, mi amigo, puede obtenerse por medio de la Poesía. Ella es, y no puede dejar de ser, un adorno; y, entre todos los poetas que usted respeta, y que se lo habrán probado, cuento yo a mi distinguido compatriota Echeverría. Ése es un poeta en todo el rigor de la voz; y vea usted si ha pensado en legislar, ni en enseñar la historia, en sus versos. Nos halaga (*sic*), nos deleita, nos arranca lágrimas; y cuando nos enseña, es sólo aquellas máximas suaves de la moral, a que no alcanza la legislación, y quedan bajo el dominio del filósofo, del orador, del poeta. Esto pienso yo.

No crea usted, querido amigo, que me he demorado más analizando este discurso que los anteriores, porque me lleva el mayor afecto a su autor: no; créamelo usted; lo he hecho porque, siendo el más perfecto bajo todos respetos se presta más al análisis. Aquellos otros no ofrecen materia, a mi juicio, ni aun para censurarlos.

Muchísimo temo que usted no me hable acerca de mis juicios, con la franqueza que yo lo hago sobre los discursos; y me pesará ver realizado mi tema.

Por lo demás, eso me muestra que la inteligencia no duerme, que se hacen esfuerzos, laudables en sumo grado; y que si hay errores, ellos sirven de primeros escalones para llegar a la cumbre de la verdad.

Basta de esto: figúrese usted qué puede salir de una cabeza atestada de pleitos que dan asco, de leyes que forman un caos, de doctrinas que consumen la imaginación y el juicio; y qué puede dar una pluma que corre sobre el papel sin que haya tiempo ni aun para pensar lo que ella estampa. Disculpe usted el desaliño de esta carta.

Recibí el *Calderón*, en la víspera de comprarle yo. Doy a usted por ello mil gracias, y conservaré ese nuevo recuerdo de su cariño y bondad. Aún no he visto a su recomendado, a quien procuraré servir.

Otro petardo: Estoy enojado con Delille porque estropeó a Milton,

y puede que me meta a paladín, y trate de volver por la fama del ciego bribón, traduciendo yo diez o docé pasajes que me gustan más. Tengo el original del *Paríso perdido* pero es ajeno, y no me gusta tener libros que no son míos. Ruego a usted que me busque por ahí un ejemplar de Milton en inglés, lo más completo posible: si es buena edición y bien encuadrado me alegraré más. Ocurra usted por el precio, a Marianito Cané, mi hermano. No se canse usted de mí; ni crea que pronto me ocuparé de esa traducción: no tengo tiempo para nada.

Juan Cruz ha venido: estuvo expirando, pero está muy mejorado, bueno enteramente. Creo que se ha determinado, al fin a dar a luz sus poesías: y, por supuesto, no quiere que las vean fuera de su país. Por encargo suyo, y conforme a lo que usted me dijo antes, pido a usted que me dé los datos necesarios para realizar este pensamiento.

Los versos de Juan C., incluso el primer libro de la Eneida (sin comprender las tragedias), compondrían dos volúmenes en octavo, como de 400 páginas: no hay en ellos cosas que *deban* contrariar a las ideas dominantes hoy en Buenos Aires; pero hay piezas en elogio de instituciones, reformas, y medidas, debidas a hombres proscriptos, y como el autor mismo de esas piezas lo está; quiero saber de usted si eso será obstáculo para hacer ahí la impresión.

Igualmente espero que me diga usted, con conocimiento de causa, y con verdad, si se puede contar ahí con alguna suscripción, y cuáles las que usted calcula. Por último qué facilidades, o inconvenientes, habrá por lo tocante a lo material de la impresión; y, sobre todo, si se encargaría usted u otro, de corregir las pruebas, con una escrupulosidad extremadísima. Dígame usted, en respuesta, todo lo que crea conducente al mejor acierto a este negocio, importante para Juan C., y para mí.

A Dios: no puedo escribir más: recuérdeme usted al señor Echeverría, pienso distraerle pronto, con una carta proponiéndole un trabajo. A Thompson y Manuel Eguía mil cariños míos. No puedo escribir a ninguno de los dos, aunque de ambos tengo cartas. A Manuel dígame usted que esta carta responde a su curiosidad sobre los discursos.

Justita, Rufino, Miguel, etc., etc., envían a usted mil recuerdos: —A Dios— Le quiere a usted muchísimo.

FLORENCIO VARELA

CARTA DE D. FLORENCIO G. BALCARCE A  
D. FÉLIX FRIAS

París, octubre 29 de 1837.

Querido Félix:

Cuando reciba usted esta carta habrá ya tenido el gusto de pasar su examen, y con un *sobresaliente* agregado a la media docena de antes estará disfrutando de aquellas vacaciones que dejan tantos recuerdos y de que no puede gozar su amigo hace dos años. Yo continúo, como siempre, atacado por ciertas ideas que me persiguen o me acompañan según la época y el lugar en que estoy. Durante los dos meses de navegación estuve embebido en los sueños del provecho que sacaría de mi viaje; me subía a la gavia y señalaba en un pedazo de papel la marcha que iba seguir en mis estudios, como la planilla que hacíamos en la clase de Filosofía. Un mes después empecé a echar de menos a mis amigos, cobré odio al francés, y por no hablarlo me pasé días enteros sin saludar a nadie y leyendo a gritos en español. Cuando me fijé en París estuve otro mes aturdido, sin saber a qué dedicarme, intentando aprender a un tiempo todo y conociendo que no aprendía nada. En fin, desde que empezó el mes de octubre me ha entrado la manía con los exámenes de Buenos Aires. De día me envuelvo en mi capotón hasta los ojos y me paso horas enteras pensando en aquellas reuniones que teníamos para prepararnos en el año 35, en aquellas noches que nos pasábamos en vela en el 33 discutiendo sobre el nominativo de persona que hace y el nominativo de persona que padece; en aquellos días que nos pasábamos oyendo al bueno de D. Mariano Guerra que comentaba el texto de *Sintaxis grace latina constructio* (sic). De noche no me duermo hasta tarde con el mismo recuerdo que unas veces me hace reír, otras me entristece, y siempre me distrae de todo otro pensamiento.

Hace algún tiempo que empezaron en la Sorbona los exámenes de los que aspiran al grado de Bachiller en letras, y tuve el gusto de asistir a ellos dos días seguidos. A primera vista, nada corresponde

allí a la grandeza de la idea que nos formamos de la Universidad de París. En la sala caben apenas cincuenta personas, y la mayor parte de éstas tienen que permanecer de pie porque [sólo hay] seis bancos de pino que hoy están ocupados por los examinandos. La falta de ventilación hace imposible estar allí más de media hora, y los mismos examinadores se levantan, así que hacen sus preguntas y pasan a una habitación contigua. Yo creo que han calculado bien al cerrar los balcones: si el aire circulase, todos los asistentes se dejarían estar hasta el fin de los exámenes; pero obligados a salir de media en media hora, pueden entrar los que están en las escaleras y por medio de esta renovación se suple a los inconvenientes de la falta de espacio, evitando al mismo tiempo los de una concurrencia numerosa. La sala es una habitación común en el 2º alto, sin más adorno que un estante con los libros necesarios, y una baranda de madera que la divide en dos partes; una destinada para el público, es decir, para cincuenta personas, y otra para los examinadores. Ésta es una circunstancia que merece notarse; porque remedia un mal que entre nosotros casi no ha fijado la atención. Allá el estudiante que no sabe puede deber a su buen oído una clasificación superior a su mérito; los estudiantes que saben tienen la obligación de auxiliar a sus compañeros desde que el orden establecido les facilita los medios para ello; pero aquí no. En primer lugar los examinadores no están allá en el fondo de una sala escondidos en sillones de jacarandá, ni sobre una tarima que elevándolos los separa de los estudiantes; en segundo lugar, el que se examina está en medio del espacio desocupado, sentado contra la mesa, como en una conversación familiar con sus jueces. Así se le inspira confianza quitándole todos los medios de fraude. Cuanto mayor es el aparato con que se presenta el tribunal mayor es la confusión en el que va a ser juzgado; y un estudiante tiene ya en la importancia de un examen bastante motivo para turbarse, sin necesidad de que la tarima, y las sillas, y la campanilla vengán a aumentar su confusión aumentando la distancia que hay de él a los jueces. Además, los concurrentes agrupados sin orden en la parte de la sala que tienen destinada, no dejan ni el recurso de poner un amigo en un lugar fijo, para que haga signos en los casos de apuro. Los examinadores, lejos de mostrar empeño en hacer ver la ignorancia del joven que examinan, parecen más bien amigos interesados en hacerle salir con lucimiento. Aquí está la verdadera superioridad sobre nosotros. Usted debe haber observado que tenemos examinador que cree comprometida su reputación si sus preguntas

no presentan dificultades insuperables; y que se goza como de haber alcanzado un triunfo cuando consigue confundir a un estudiante. El grado de Bachiller en letras es necesario para obtener matrícula en las aulas de Derecho; así como el de Bachiller en ciencias para las de Medicina. De este modo se reduce el número de los abogados y médicos dando sólo entrada a los que tienen los conocimientos elementales necesarios. Vea usted de cuánta utilidad sería entre nosotros un artículo semejante. Pero a nadie se le pasa por la imaginación preguntar si los estudios han sido hechos en la Universidad o en la orilla del Río, sólo es necesario presentar certificados de haber seguido un curso de Filosofía por un año, en su casa o en un colegio establecido, con el objeto de evitar las consecuencias de los estudios precipitados. Los jóvenes admitidos deben tener más de dieciséis años, artículo que unido con el del examen hubiera impedido en Buenos Aires la admisión ridícula de Ugarte en la clase de Derecho. Las materias del examen son: traducción griega entre veinte obras distintas; traducción latina entre otras tantas; Retórica, Historia Antigua, de la Edad Media y Moderna, Geografía ídem, Filosofía, Matemáticas elementales, Física, Química, y Astronomía. Todas estas ciencias están divididas en tres series de cuestiones, numeradas éstas desde uno hasta cincuenta. En el momento de presentarse un estudiante a examen el secretario revuelve en una urna 50 bolitas con los mismos números, y saca una de ellas que indica todas las cuestiones a que debe responder el estudiante. Por ejemplo, el N° 5 indica la 5ª cuestión de Retórica, la 5ª de Historia, y la 5ª de la tercera serie, que comprende la Filosofía, las Matemáticas &c. Hay un examinador para cada serie, además del de latín y griego; pero todos pueden exigir explicaciones al estudiante sobre sus respuestas. Esto permite que un examinador se retire concluyendo sus preguntas, sin que su ausencia perjudique; porque su voto sólo recae sobre un ramo. Aunque cada uno de ellos podría examinar sobre todas las materias exigidas, a mi modo de ver se prefiere con razón que cada uno se limite a cuestionar sobre la ciencia a que se ha consagrado especialmente. Un individuo que posee a fondo un ramo de los conocimientos, se expresa naturalmente con más claridad, abunda más en cuestiones y las dirige a los puntos que la experiencia le ha señalado como más importantes. Usted recordará a este respecto la diferencia que encontrábamos entre las preguntas de Mosotti o de Alcorta, y las de D. Ingeniero Ferros; entre las de Alsina, y las del Rector o de Vanegas. Todos los examinadores son aquí hombres



distinguidos nombrados *ad hoc* por el Ministro de la Instrucción pública. En cuanto a su integridad como jueces, usted juzgará por lo que voy a decirle. He presenciado los exámenes de 15 estudiantes, entre los cuales uno solo ha sabido responder a todas las cuestiones, y uno a ninguna. En nuestra Universidad se habría satisfecho el Reglamento poniendo al primero la clasificación de *sobresaliente* y reprobando al segundo. Clasificaciones que anunciadas por escrito habrían dado crédito al uno y hecho perder la vergüenza al otro. Este inconveniente es evitado aquí dando un carácter entre privado y público, pero terrible, a la opinión de los jueces. Los asistentes forman un auditorio reducido al número necesario para dar solemnidad al acto. El que respondió bien fué elogiado sucesivamente por los jueces, presentado como un ejemplo a los otros, e incitado a estudiar para no descender en la consideración a que en aquel momento se elevaba; el que no supo, fué reprendido enérgicamente por haber osado presentarse ante un tribunal como aquel sin estar preparado, se le pintó el porvenir de un ignorante en la sociedad actual, la influencia que el crédito adquirido en la edad temprana ejerce sobre el resto de la vida, y se le incitó a estudiar para borrar la mancha que aquel examen echaba sobre su reputación. Todos estos elogios y amonestaciones siguen inmediatamente a la respuesta del estudiante, porque los jueces no tratan de encubrir su voto. Están convencidos de que desde aquella mesa preparan el porvenir del país, son en cierto modo responsables de los errores y de las injusticias cometidos por los magistrados futuros y deben además por respeto al mérito presente establecer una total separación entre el saber y la ignorancia. Pero dejemos a un lado la dignidad de los examinadores para que mi carta no degenere en plática. De los quince estudiantes de que iba hablando, seis fueron reprobados, ocho admitidos con una clasificación equivalente a nuestro *bueno*, y uno elogiado, que nosotros llamaríamos *sobresaliente*. El resultado de esta visita mía a la Universidad fué el proyecto que formé y en que persisto de dar mis exámenes para bachiller. Ya usted ve que tengo adelantada la charla para merecer el título. He tomado mi proyecto con tanto empeño que en veinte días he estudiado la Historia Antigua, a excepción de Roma, un largo período de la Edad Media, la Astronomía elemental, una parte de la Geografía descriptiva moderna, y estoy haciendo temas griegos como si dentro de algunos meses hubiera de ir a conversar con Homero y Platón. Afortunadamente yo tenía ideas anteriores sobre todo; el trabajo se ha reducido a metodizarlas, y si

tuviera un maestro hubiera adelantado tres veces más. Este proyecto lleva ya trazas de duradero: yo conozco palpablemente lo que adelanto; y dentro de seis meses pienso hallarme en estado de pedir mi diploma de bachiller. Las vacaciones me favorecen hasta ahora; cuando la Universidad se abra a mediados del entrante, tendré menos tiempo para consagrar a este trabajo. Como estoy incierto del tiempo que debo permanecer aquí, no quiero perder las lecciones de Derecho de Gentes y Economía Política, que me servirán notablemente en Buenos Aires. Escribo a usted tan circunstanciadamente sobre la Universidad, porque supongo que todo lo que tiene relación con ella le interesa tanto como a mí. Cuando los cursos empiecen le daré la razón del régimen anterior del establecimiento. Los medios que tienen aquí los estudiantes para instruirse son tantos que llegan al exceso. Hay puentes alfombrados, en toda la parte que no huellan las carretas, de libros usados que compra uno por una friolera, si no pone en cuenta el tiempo que emplea en revolverlos y buscar lo que necesita; porque el chalán nunca sabe las obras que tiene; hay además miles de librerías en que alquilan obras por tomo o por mes; en todas las calles hay también gabinetes de lectura, donde por 5 fr. mensuales lee uno las gacetas francesas y muchas veces también las italianas, españolas e inglesas, las obras recién publicadas y las clásicas todas. Hay gabinetes hasta de 30.000 volúmenes, con su museo de anatomía, su laboratorio de física, etc., etc. Hay además cinco grandes Bibliotecas públicas entre las cuales están distribuidos dos millones de volúmenes impresos y cien mil manuscritos. En cuanto a las láminas para los que cultivan el dibujo, la Biblioteca Real solamente posee quince millones. Hay además museos de medicina, de marina, de artillería, de escultura, de arquitectura, pintura, etc., etc. A propósito de pintura, se me olvidaba decirle que me he hecho concurrente infalible a los museos del Luxemburgo y del Louvre los domingos, que son los días de entrada pública. Antes me refa yo de la pintura como de la música; ahora me detengo un cuarto de hora delante de cada cuadro, porque descubro la relación más íntima entre la pintura y la poesía, en que, de paso, siempre meto mi cucharada.

Pero la pintura no existe entre nosotros, y no le importa [a] usted sobre todo, a quien nunca he oído nombrarla sino cuando me encargó un libro que tratase de ella. Antes de mi llegada había sido enviado: aquí no hay nada en español que pueda competir con la

obra italiana que fué, ni aun con el pequeño Manual que va ahora. Esta escasez de obras españolas sobre pintura, me hace acordar de la sociedad de Sastre que se me iba quedando en el tintero. Armese de resignación, porque todavía antes de ver tierra tiene que atravesar otro pliego. ¿A mí qué me importa? El deseo de hablar español y de hablar con mis amigos me hace con gusto molerles la paciencia.

He leído los discursos de Sastre y Gutiérrez en el *Diario de la Tarde*. Me alegraría infinito de que la sociedad progresase, es decir, que durase y mejorase sus principios; porque las ideas emitidas en los dos discursos hacen ver que ha nacido tan contrahecha que antes de poder desarrollarse debe morir, si el ejercicio y la edad no modifican sus defectos de constitución. En primer lugar, el origen de la sociedad no es muy limpio. En una institución de esa clase, todo lo que tenga visos de interés personal en los fundadores perjudica a la dignidad de la misma sociedad. En segundo lugar, la contribución mensual la irá matando; porque en nuestros ilustrados compatriotas no hay uno en cada 500 capaz de sacrificar una hora de teatro, de tertulia o de jarana a una hora de sociedad literaria *gratis*. ¿Qué será cuando a la calidad de literaria, que basta ya para espantar a muchos de ellos, vean unida una contribución pecuniaria? Raro será el que no prefiera gastar con una mujer pública ese dinero que se le pide para sostener un establecimiento tan útil a él como honroso al país. Otro síntoma mortal es la desproporción de instrucción, moralidad y educación entre los socios. No habiendo unidad de pensamiento en la sociedad no puede ésta durar; y esa unidad no existe, por las calidades de los socios y por lo vago y lo falso del objeto que se han propuesto. Yo no puedo suponer que Don Vicente López y Don Pedro Ángelis adopten las ideas de Alberdi sobre el lenguaje y sigan sus huellas. Para vencer este inconveniente, Sastre se ha reservado la dirección de los trabajos y la formación del Reglamento, pero con dificultad se encontrará una persona menos apta para desempeñar una función de esa clase. Yo he formado este juicio desde que he leído su discurso. Fuera de la instrucción, para dirigir una sociedad de individuos casi todos díscolos y presumidos, es preciso tener sangre fría que prevea, flexibilidad que se doblegue a las primeras exigencias, y humildad, a lo menos aparente, que no ofenda el amor propio. Pero Sastre no ha entendido de bromas; desde que le han abierto la puerta ha salido pegando cornadas a diestro y siniestro; ha envuelto todas las novelas en una misma con-

denación, y se ha valido de un lenguaje que de violento se hace ridículo. Esas opiniones generales, y por consiguiente exageradas, anuncian siempre falta de buen fondo en el que las emite. Yo descubro toda un alma de jesuíta en esa declaración contra las *novelas* y no contra los *malos libros* de cualquier clase que sean. Hubo tiempo en que no había sermón sin su pedrada a los *libritos de pasta dorada*; sin embargo, los sermones se fueron a un cuerno, y los libritos quedaron y quedarán. La moda es ahora declamar contra las novelas. Estos hombres que gritan y se desesperan contra todo lo nuevo no son primitivamente mal intencionados; sino que por una mala elección en sus lecturas sólo han cultivado la parte más añeja de la literatura, de modo que cuando han querido seguir la marcha de la sociedad se han encontrado atrás sin esperanza de alcanzarla. Entre lo que ellos han estudiado y lo que la literatura actual produce hay un grado que no han recorrido, de modo que sería perder tiempo y trabajo querer hacerles sentir las bellezas y la benéfica influencia de W. Scott o de Víctor Hugo. Para desempeñar Sastre su papel el día de la apertura, debió haberse reducido a exponer las ventajas de una sociedad literaria, por la influencia que ejerce sobre la formación del buen gusto, porque éste es el fin que debe ella proponerse. El buen gusto no es más que el hábito de juzgar bien en literatura: desde que está formado, los malos libros desaparecen, porque nadie los lee. Yo no conozco una persona que guste de Pigault Lebrun lo mismo que de W. Scott. El uno excluye al otro y sólo se confunden por aquellos puntos comunes al talento, por mal empleado que esté. Pero no parece que la sociedad quiere ejercer esa influencia sobre el gusto. Según Sastre, ella va a perseguir las novelas hasta debajo de tierra; según Gutiérrez, su objeto es formar un lenguaje nacional, dejando las novelas en paz de Dios y aun aumentando su número siempre que sea en lenguaje nuevo. Hágame usted el gusto de explicarme en lo qué consiste esta *formación del lenguaje nacional*, porque la llamaría un solemne disparate si no estuviera anunciada por el mismo Gutiérrez. Comprendería yo, si dijese *literatura nacional*; porque significaría una poesía que reprodujese nuestras costumbres, nuestros campos y nuestros ríos; pero salir de buenas a primeras queriendo formar un lenguaje dos o tres mozos apenas conocidos en un pequeño círculo por algunos escritos de gaceta, es anunciar una presunción ridícula, es atribuirse una influencia que sólo ejercen los talentos de primer orden. El primer paso para modificar el len-

guaje es modificar las ideas; la diferencia que existe ya entre el español y el americano no proviene de ahí. El lenguaje científico, es decir, el que expresa ideas invariables con respecto a las diversas naciones, es el mismo en todas éstas, a excepción de una ligera modificación producida por el uso. La nación que hace un descubrimiento presta a las otras la palabra que ha inventado para designarle. En esta parte el español tiene que someterse a la influencia del inglés, del francés y el alemán, pero sin perder su carácter primitivo, so pena de degenerar en una algarabía semejante a la de Alberdi en su *Prospecto*. La diferencia notable de los idiomas está en las locuciones familiares y en la parte que sirve para representar la naturaleza física, por la razón muy sencilla de que estos objetos han existido simultáneamente en todos los países, varían en todos y por consiguiente varían también y se multiplican las relaciones. El lenguaje americano en esta parte es ya tan distinto del español que merece ser designado con diferente nombre. Vea usted una prueba de esta verdad en el lenguaje de la campaña, donde la naturaleza de objetos y costumbres desconocidos en España, ha hecho inventar un idioma incomprensible para un castellano. Lo único, pues, que puede hacer la sociedad es publicar obras literarias en que se representen las escenas de nuestro país; pero tendrán que conformarse al lenguaje que existe; porque para modificarlo es preciso tener un prestigio de talento o instrucción escogida y sobresaliente. La influencia de los mejores autores en la primera época del lenguaje se reduce siempre a fijar su forma. No hizo más Garcilaso en la literatura española. A nadie se le ha ocurrido más que a Góngora una emancipación como la que propone y practica Alberdi en su *Prospecto*. Pero al menos éste es consecuente consigo mismo; si sus ideas son extravagantes, su lenguaje no lo es menos. Pero Gutiérrez que manifiesta conformidad en los pensamientos se sirve de locuciones tan españolas que son ya inusitadas entre nosotros. Dos o tres hay que ningún español moderno se atrevería a emplear, porque pertenecen al siglo XVI. En cuanto a los ataques a la literatura española, me parece que sólo sirven para desacreditar la sociedad a los ojos de los pocos hombres ilustrados que hay en el país. Es cosa de muchachos reunirse un domingo y, entre música y cohetes, declarar que no vale nada lo antiguo, es decir, lo que ha servido para crear lo que existe. Yo siento en el alma que desde el primer día empiecen manifestando así el deseo de llamar la atención por la novedad, a expensas del

buen sentido. En todo esto no veo más que el término inmediato de la sociedad: quisiera que durase, y haría todo empeño por pertenecer a ella. Otra causa de su pérdida ha de ser la publicidad con que ha empezado. Hay ciertas épocas en que es deshonesto mostrarse al público. Salir hablando de literatura, que es lujo en la sociedad, al son de las descargas que diezman la población parece hacer burla de las desgracias públicas. Un Don Vicente López u otra persona que tenga su reputación formada podrá dar sus lecciones y mostrarse sin temor ejerciendo una influencia benéfica; él no trabaja para sí sino para los otros: pero un joven no puede sin desventaja presentarse solicitando aplausos, cuando todos tienen el cuchillo a la garganta. Por noble que sea el amor a la fama, se hace vergonzoso cuando es extemporáneo y denota insensibilidad a los infortunios del país. La sociedad literaria puede influir mucho en la mejora de las costumbres, fomentando la industria y generalizando los libros de una aplicación local. Pero, ¿cómo quiere hacer el bien a son de caja cuando hay un poder irresistible interesado en prolongar y aumentar el mal? En fin, la falta de amistad en los socios es otro dato que me hace pronosticar la disolución de la sociedad. Gutiérrez no puede ser amigo sincero de Sastre, si no ha variado en sus sentimientos de un año a esta parte: Sastre se ríe de los escritos de Gutiérrez, no puede oír nombrar las poesías de Echeverría, y sigue la opinión general con respecto a Alberdi. Yo he visto esto muchas veces con mis propios ojos. Angelis se burla de todos.

Ya voy a acabar porque me caigo de sueño y la carta va larga como por toda la temporada que ha de pasar antes que escriba a usted otra vez. Dígame algo del discurso inaugural de Alberdi, que no ha sido publicado. A Luis, su hermano, dígame que me quedo con un pliego de papel en que no he escrito más que *Mi querido Luis*, sin poder pasar más adelante. Escribirle una carta para decirle que soy su amigo y que me acuerdo de él me ha parecido cosa de comadres. He sabido que Don Tomás Guido pensaba llevarse a Tomasito, de lo que me he alegrado mucho. La navegación debe establecer entre ellos una intimidad que no existe y que debe salvar a Tomás de la disipación.

Expresiones a todos los compañeros, y usted crea en la amistad de su condiscípulo.

FLORENCIO G. BALCARCE.

P. S. Espero de usted noticias sobre la Universidad, sobre la Sociedad literaria, sobre las publicaciones importantes de allá, sin excluir los artículos de diario, particularmente sobre el modo de pensar general. Hágame el gusto de decirme cuál es la opinión de Alcorta sobre la Sociedad. El *Ensayo sobre el empleo*, etc., no ha ido porque la edición está agotada. Sólo he encontrado un ejemplar de la segunda edición (1814) que contiene apenas la mitad de la de 1823. He creído mejor no comprarlo.

Sr. D. Félix G. Frías.

Buenos Aires.

## INDICE

### *El Salón Literario de 1837, por FÉLIX WEINBERG*

I. Introducción .....	9
II. El ambiente universitario .....	10
III. La vida cultural de Buenos Aires; libros, críticas, polémicas ....	16
IV. Tentativas precursoras de organización .....	30
V. Breve historia de la librería de Marcos Sastre .....	33
VI. El Salón Literario .....	40
VII. Los discursos inaugurales .....	49
VIII. Primeras reacciones .....	55
IX. Acerca de un presunto antiespañolismo .....	59
X. Críticas coetáneas .....	64
XI. La obra del Salón Literario .....	71
XII. Un periódico frustrado .....	75
XIII. Echeverría, una presencia decisiva .....	77
XIV. <i>La Moda</i> , singular empresa de Alberdi .....	86
XV. El crepúsculo final .....	94
XVI. Una generación decide su destino .....	98
<i>Ojeada filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la Nación Argentina, por D. MARCOS SASTRE .....</i>	103
<i>Doble armonía entre el objeto de esta institución, con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia con otra general del espíritu humano, por D. JUAN B. ALBERDI .....</i>	125
<i>Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros, por D. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ .....</i>	135
<i>Lecturas pronunciadas en el "Salón Literario", por D. ESTEBAN ECHEVERRÍA.</i>	
<i>Primera Lectura .....</i>	153
<i>Segunda Lectura .....</i>	169

## APÉNDICE

<i>Carta de D. Florencio Varela a D. Juan María Gutierrez .....</i>	183
<i>Carta de D. Florencio G. Balcarce a D. Félix Frías .....</i>	189



## COLECCIÓN "EL PASADO ARGENTINO"

### Títulos publicados

- ALBERDI, JUAN B., *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Estudio Preliminar de Bernardo Canal Feijóo.
- BARROS, ÁLVARO, *Fronteras y territorios federales de las pampas del sur*. Estudio Preliminar de Álvaro Yunque.
- BEAUMONT, J. A. B., *Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental*. Estudio Preliminar de Sergio Bagú. Traducción y Notas de José Luis Busaniche.
- CALDERÓN DE LA BARCA, PEDRO, *La aurora en Copacabana*. Estudio Preliminar de Ricardo Rojas. Notas de Antonio Pagés Larraya.
- FALKNER, P. TOMÁS, *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sud*. Estudio Preliminar de Salvador Canals Frau. Traducción y Notas de Samuel Lafone Quevedo.
- GONZÁLEZ, JOAQUÍN V., *La tradición nacional*. Prólogo de Bartolomé Mitre.
- GUTIÉRREZ, EDUARDO L., *Croquis y siluetas militares*. Estudio Preliminar de Álvaro Yunque.
- HOLMBERG, EDUARDO L., *Cuentos fantásticos*. Estudio Preliminar de Antonio Pagés Larraya.
- MACKINNON, L. B., *La escuadra anglo-francesa en el Paraná (1846)*. Estudio Preliminar, Traducción y Notas de José Luis Busaniche.

- MANSILLA, LUCIO V., *Mis memorias. Infancia. Adolescencia*. Estudio Preliminar de Juan Carlos Ghiano.
- MITRE, BARTOLOMÉ, *Las ruinas de Tiahuanaco*. Estudio Preliminar de Fernando Márquez Miranda.
- OBLIGADO, PASTOR, *Tradiciones Argentinas*. Selección y Estudio Preliminar de Antonio Pagés Larraya.
- PAYRÓ, ROBERTO J., *Teatro Completo. (Canción trágica; Sobre las ruinas; Marco Severi; El triunfo de los otros; Vivir quiero conmigo; Fuego en el rastrojo; Mientraíga; Alegría)*. Estudio Preliminar de Roberto F. Giusti.
- PARISH, WOODBINE, *Buenos Aires y las Provincias Unidas*. Estudio Preliminar de José Luis Busaniche. Traducción y Notas de Justo Maeso.
- ROJAS, RICARDO, *El País de la Selva*.
- Sainete Criollo (El)*. (*El amor de la estanciera*, anónimo del siglo XVIII; *Los devotos*, de Nemesio Trejo; *Gabino el mayoral*, de Enrique García Velloso; *Fumadas*, de Enrique Buttaró; *A falta de pan*, de Pedro E. Pico; *El velorio del angelito*, de Carlos R. De Paoli; *El debut de la piba*, de Roberto L. Cayol; *La Fonda del pacarito*, de Alberto Novión; *La ribera*, de Carlos Mauricio Pacheco; *Entre bueyes no hay cornadas*, de José González Castillo; *El candidato del pueblo*, de José A. Saldías; *Tu cuna fué un conventillo*, de Alberto Vacarezza; *Babilonia*, de Armando Discépolo.) Estudio Preliminar de Tulio Carella.
- SÁNCHEZ GARDEL, JULIO, *Teatro. (Noche de luna; Después de misa; Las campanas; Los mirasoles; La montaña de las brujas)*. Estudio Preliminar de Juan Carlos Ghiano.
- SARMIENTO, DOMINGO F., *Viajes*.  
Tomo I, *De Valparaiso a París*. Estudio Preliminar de Alberto Palcos.  
Tomo II, *España e Italia*. Estudio Preliminar de Norberto Rodríguez Bustamante.
- WOODBINE HINCHLIFF, THOMAS, *Viaje al Plata en 1861*. Estudio Preliminar de Rafael Alberto Arrieta. Traducción y Notas de José Luis Busaniche.

ZEBALLOS, ESTANISLAO S., *Callvucurá y la dinastía de los Piedra*. Estudio Preliminar de Roberto F. Giusti.  
*Painé y la dinastía de los Zorros*.  
*Relmu, reina de los Pinares*.

en prensa

BURGIN, MIRON, *Aspectos económicos del federalismo argentino*. Estudio Preliminar de Beatriz Bosch. Traducción de Mario Calés.

*Cancionero Argentino*. Recopilación, Notas y Estudio Preliminar de Horacio Jorge Becco.

*Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López*. Recopilación, Notas y Estudio Preliminar de Enrique M. Barba.

*Drama rural (El)*. (*Barranca abajo*, de Florencio Sánchez; *La flor del trigo*, de José de Maturana; *Madre tierra*, de Alejandro Berruti; *Las víboras*, de Rodolfo González Pacheco; *El guaso*, de Alberto T. Weisbach; *Los afinceaos*, de Enzo Aloisi y Bernardo González Arrili.) Estudio Preliminar de Luis Ordaz.

*Doctrina Drago (La)*. Estudio Preliminar de Alfredo L. Palacios.

LIMA, FÉLIX, *Entraña de Buenos Aires*. Recopilación, Notas y Estudio Preliminar de José Barcia.

GUIDO Y SPANO, CARLOS, *Rátagas*. Selección y Estudio Preliminar de Luis Emilio Soto.

GUTIÉRREZ, EDUARDO, *La muerte de Buenos Aires*. Estudio Preliminar de Juan Carlos Ghiano.

GUTIÉRREZ, JUAN MARÍA; SASTRE, MARCOS; y ALBERDI, JUAN BAUTISTA, *El Salón Literario*. Estudio Preliminar de Félix Weinberg.

PODESTÁ, MANUEL T., *Irresponsable*. Estudio Preliminar de Bernardo Verbitsky.

PRADO, COMANDANTE MANUEL, *La conquista de la pampa*. Estudio Preliminar de Germán García.

ROSSI, VICENTE, *Cosas de Negros*. Estudio Preliminar y Notas de Horacio Jorge Becco.

SARMIENTO, DOMINGO F., *Viajes*.

Tomo III, *Estados Unidos*. Estudio Preliminar de Antonio de la Torre.

ZEBALLOS, ESTANISLAO S., *La conquista de quince mil leguas*. Estudio Preliminar de Enrique M. Barba.

ZENNY, ANTONIO, *Estudios Biográficos*. Estudio Preliminar de Narciso Binayán.

fuera de colección:

*Estampas del Pasado. Lecturas de Historia Argentina*. Recopilación, Notas y Estudio Preliminar de José Luis Busaniche.



SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA  
DIECIOCHO DE JUNIO DEL AÑO MIL  
NOVECIENTOS CINCUENTA Y OCHO,  
ANIVERSARIO DE LA INAUGURACIÓN  
DE "EL SALÓN LITERARIO", EN LOS  
TALLERES GRÁFICOS DE LA COM-  
PAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A.,  
CALLE ALSINA 2049-BUENOS AIRES.

ADEMÁS DE LA EDICIÓN CORRIENTE  
SE HAN IMPRESO 50 EJEMPLARES  
ESPECIALES NUMERADOS DEL 1 AL  
50 EN PAPEL FABRICADO POR  
MATHIESEN-EIDSVOLD VÆRK, BØN,  
NORUEGA.

reclama la necesaria experiencia  
de la historia hecha para orientar  
la historia que se promete hacer.

Esta edición recoge los discursos pronunciados por Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez y Esteban Echeverría, y agrega, como testimonios elocuentes de aquella milicia sin fronteras, dos cartas excepcionalmente importantes: una, de Florencio Varela, fechada en Montevideo; otra de Florencio Balcarce, en París; las dos confirman que la pasión del bien público, en el acierto o en el error, inflamaba de ardor combatiente también el epistolario personal.

Félix Weinberg es el autor del minucioso estudio preliminar, apoyado en renovadores aportes, fruto de sus investigaciones personales sobre aquel período "iniciador".

JAVIER FERNÁNDEZ

La lista completa de los títulos publicados y en prensa de la Colección "El Pasado Argentino" puede verse en págs. 200 a 203.